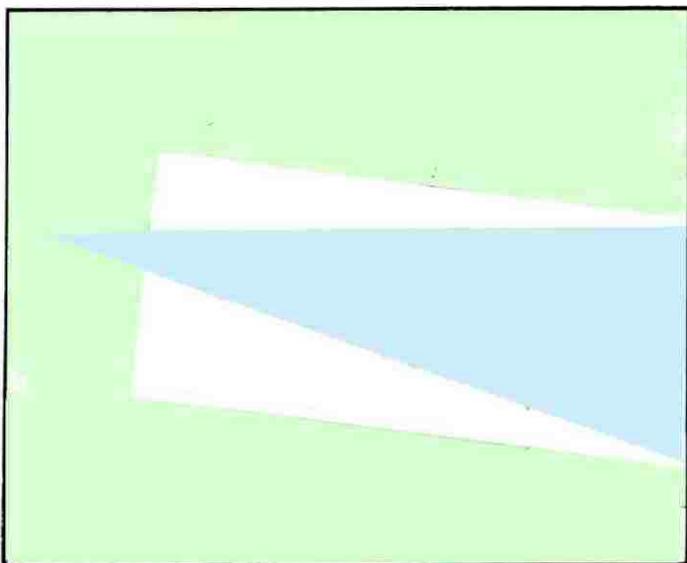


problemas
de
lingüística
general II
émile
benveniste



siglo
veintiuno
editores

lingüística

traducción de

JUAN ALMELA

PROBLEMAS DE LINGÜÍSTICA GENERAL

II

por

ÉMILE BENVENISTE





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310. MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

PRÍNCIPE DE VERGARA 78 2º DCHA. MADRID, ESPAÑA

portada de anheló hernández

primera edición en español, 1977

decimoquinta edición en español, 1999

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-0029-0 (obra completa)

isbn 968-23-0333-8 (volumen 2)

primera edición en francés, 1974

© éditions gallimard, paris, francia

título original: *problèmes de linguistique générale, 2*

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

INDICE

Prefacio	9
I. TRANSFORMACIONES DE LA LINGÜÍSTICA	
1. Estructuralismo y lingüística	13
2. Este lenguaje que hace la historia	32
II. LA COMUNICACIÓN	
3. Semiología de la lengua	47
4. El lenguaje y la experiencia humana	70
5. El aparato formal de la enunciación	82
III. ESTRUCTURAS Y ANÁLISIS	
6. Estructura de la lengua y estructura de la sociedad	95
7. Convergencias tipológicas	107
8. Mecanismos de trasposición	117
9. Las transformaciones de las categorías lingüísticas	130
10. Para una semántica de la preposición alemana <i>vor</i>	141
IV. FUNCIONES SINTÁCTICAS	
11. Fundamentos sintácticos de la composición nominal	147
12. Formas nuevas de la composición nominal	164
13. Estructura de las relaciones de auxiliaridad	178
V. EL HOMBRE EN LA LENGUA	
14. El antónimo y el pronombre en francés moderno	199
15. La forma y el sentido en el lenguaje	217
VI. LÉXICO Y CULTURA	
16. Difusión de un término de cultura: latín <i>orarium</i>	243

17. Génesis del término <i>scientifique</i>	249
18. La blasfemia y la eufemia	256
19. Cómo se formó una diferenciación léxica en francés	260
20. Dos modelos lingüísticos de la ciudad	274

PREFACIO

Para sus *Problemas de lingüística general*, Émile Benveniste eligió veintiocho artículos entre sus publicaciones de 1939 a 1964, y los clasificó en seis partes: transformaciones de la lingüística, la comunicación, estructuras y análisis, funciones sintácticas, el hombre en la lengua, léxico y cultura.

Ahora bien, de 1964 acá ha publicado numerosos estudios importantes en diferentes compilaciones y publicaciones periódicas, a veces de difícil acceso.

El inmenso interés despertado por los *Problemas de lingüística general*, traducidos bien pronto al inglés, el italiano y el español, suscitó en buen número de amigos y discípulos el deseo de que la empresa siguiera adelante y apareciera un nuevo volumen. Cuando expusimos, con M. Lejeune, este anhelo a Émile Benveniste, estuvo gustosamente de acuerdo y nos autorizó para escoger entre sus artículos recientes (de 1965 a 1972). Reunimos así veinte estudios (los dos primeros en forma de conversaciones), repartidos bajo las mismas seis grandes rúbricas del primer volumen, bajo la estrecha vigilancia de Émile Benveniste en persona.

M. DJ. MOÏNFAR

I. TRANSFORMACIONES DE LA LINGÜÍSTICA

1. ESTRUCTURALISMO Y LINGÜÍSTICA¹

PIERRE DAIX. En los últimos treinta, y aun cuarenta, años ha vivido usted la transformación de la lingüística y de paso su acceso a una especie de posición central en las ciencias humanas, de "ciencia piloto", como dicen. Quisiera preguntarle qué es lo que le parece que caracteriza esta evolución, esta transformación, desde el punto de vista de la lingüística. Pero, de no tener usted inconveniente, me gustaría, a fin de situar mejor las cosas, hacerle una pregunta personal correspondiente a una que fue planteada a Jakobson en mi revista. ¿Qué lo condujo a usted a la lingüística?

ÉMILE BENVENISTE. Tuve la suerte de abrazar muy joven la carrera científica, en gran medida bajo la influencia de un hombre que fue un gran lingüista, que contribuyó mucho a formar los lingüistas y modelar la lingüística durante —diríamos— los veinte o treinta primeros años de este siglo: mi maestro Antoine Meillet. Su encuentro resultó decisivo para mí en vista de mi extrema juventud cuando estudiaba en la Sorbona y de que sin duda me atraía mucho más la investigación que la rutina de la enseñanza. Meillet enseñaba estrictamente gramática comparada. Aquí hay que remontarse algo atrás, pues a través suyo es la enseñanza de Ferdinand de Saussure la que fue transmitida en parte a los discípulos de Meillet. Esto es muy importante para quienquiera trace de algún modo la biografía intelectual de la lingüística francesa, con todo y que el Saussure que enseñó durante diez años en la École des Hautes Études no fuese el Saussure de quien tanto se habla en todas partes hoy en día.

P. D. Era en cierto modo el comparatista.

É. B. Era estrictamente el comparatista, extremadamente joven y

¹ Conversación de Pierre Daix con Émile Benveniste, *Les Lettres françaises*, núm. 1242 (24-30 de julio de 1968), pp. 10-13.

precoz, quien apenas a los 21 o 22 años fue adivinado y adoptado por alguien que sabía conocer a los hombres, Michel Bréal. Nos remontamos con ello al verdadero nacimiento de la lingüística en Francia. Bréal adivinó lo que podía ser un Saussure, lo que era ya. Se había afirmado con un verdadero golpe de genio en gramática comparada y había renovado la restitución de las formas del indoeuropeo.

P. D. ¿En qué época pasaba esto?

É. B. Exactamente en 1878. Saussure fue profesor a los 24 años en la École des Hautes Études, donde enseñó del 81 al 91. De París volvió a Ginebra, a los 34 años, un poco a disgusto, abandonando una carrera brillante que se le abría en París y que Bréal hubiera de fijo seguido apoyando. Durante aquel tiempo, formó a varios hombres eminentes, de una misma generación, en particular a los dos principales: Antoine Meillet y Maurice Grammont. Los formó en cuanto a la disciplina comparativa, es decir, el análisis y la comparación de cierto número de lenguas de la misma cepa, y la restitución sistemática de los estados antiguos, que la comparación de las lenguas históricas permite alcanzar. Tal es la disciplina y, pudiera decirse, el horizonte, en que la lingüística se desarrolló como ciencia histórica, como ciencia comparativa y como ciencia enderezada a la restitución de estados prehistóricos. Y todos los itinerarios de la gramática comparada eran por naturaleza rigurosos y perseguían sin cesar mayor rigor. Fue lo que me atrajo personalmente. Era el carácter de las leyes que la lingüística estaba ya en condiciones de formular y, al tiempo, el horizonte que abría sobre la extensión posible del método a otras familias de lenguas. Y efectivamente, puede decirse que la gramática comparada, tal como fue modelada en particular por Saussure, tal como la desarrolló Meillet a su zaga, ha servido de modelo a los intentos paralelos que se siguen haciendo hoy por hoy en otras familias de lenguas. Cuando ahora se razona acerca de las lenguas de Oceanía y se procura constituir su genealogía, o cuando se emprende el mismo trabajo en el inmenso dominio amerindio, siempre es en mayor o menor medida el modelo indoeuropeo el que guía las indagaciones, el que permite organizarlas.

P. D. O sea que la lingüística comparada sigue desarrollándose en la actualidad

É. B. Mucho, y con hermosos triunfos. Pero, en fin, a eso volveremos luego. No hay duda de que todas las lingüísticas especializadas están destinadas a pasar por esa fase. Actualmente se trabaja muy activamente en Francia y América para constituir esas familias de lenguas, para coordinarlas y tratar de ver cómo es posible representarse el desenvolvimiento lingüístico de los diferentes continentes. Se realizan esfuerzos considerables en el dominio africano: varias escuelas están en ello. De modo que no se trata en modo alguno de un método que esté envejeciendo o que pertenezca a una época pasada; absolutamente no. Creo que, al contrario, la lingüística comparada va a renacer transformada por entero, y de hecho se transforma. Es evidente que la que hoy practicamos no se parece nada a la fisonomía de la misma disciplina hace treinta o cincuenta años.

He aquí, pues, cómo se definía lo esencial del trabajo lingüístico en aquel tiempo. Había también, sí, una lingüística general, pero trasponía a rasgos generales las características deslindadas por los métodos comparativos. Los datos lingüísticos eran los que se recogían en textos. Ahora, como estos textos son la mayoría —hablo del dominio indoeuropeo— textos muy antiguos, textos homéricos, textos védicos —y hoy en día ya conoce usted la nueva dimensión que se agrega con los textos micénicos, que hacen retroceder cuando menos medio milenio la protohistoria del griego—, había que interpretarlos en su realidad de textos antiguos, en relación con una cultura que ya no conocemos. Por lo cual el aspecto filológico-histórico disfrutaba de un puesto de consideración en este estudio. Había, por tanto, ciertos preliminares antes de abordar directamente los hechos; preliminares que evidentemente no detienen a quien estudia en conjunto el francés, el inglés, las lenguas vivas. No diría que hubiese entonces un prejuicio contra las lenguas vivas, de ningún modo. Sólo que la lengua viva era siempre concebida como resultado de una evolución histórica. Verdad es que teníamos delante a un hombre que contaba mucho y cuyo prestigio ha palidecido un poco a estas alturas: Gilliéron, con la escuela de dialectología francesa. Gilliéron y sus discípulos

opinaban que precisamente la restitución histórica no alcanzaba la realidad compleja de la lengua viva y que ante todo era preciso registrar la riqueza de las hablas, coleccionarlas mediante cuestionarios y representarlas en mapas.

P. D. Los datos hablados.

É. B. Datos hablados, orales, y representados en mapas; es lo que se llamaba geografía lingüística. He aquí en cierta manera los dos polos de la lingüística en los primeros años de este siglo. En cuanto a Saussure, casi no era leído. Había vuelto a Ginebra. Casi de inmediato se había encerrado en el silencio. Sin duda sabe usted esta historia. Es un hombre que ha actuado sobre todo después de muerto. Lo que enseñó en materia de nociones generales, y que entró en el *Curso de lingüística general* publicado por sus discípulos, lo enseñó, sépase bien, a regañadientes. No hay que figurarse que Saussure fuera un hombre ridiculizado, impedido para expresarse, no. Aún no se ha hecho la historia de las ideas de Saussure. Habrá muchos documentos que utilizar, en particular cartas que muestran con qué estado de ánimo trabajaba. Saussure rechazaba casi todo lo que se hacía en su tiempo. Hallaba que las nociones corrientes carecían de base, que todo descansaba en supuestos previos no verificados, y sobre todo que el lingüista no sabía lo que hacía. Todo el esfuerzo de Saussure —y para responder a la pregunta que usted me hacía esto tiene importancia decisiva, puede decirse que aquí está el viraje de la lingüística— se concentra en la exigencia que planteó de enseñarle al lingüista *qué hace*. De abrirle los ojos al itinerario intelectual que sigue y a las operaciones que practica cuando, de modo en cierta forma instintivo, razona acerca de lenguas o las compara o las analiza. ¿Cuál es pues la realidad lingüística? Todo comenzó aquí y fue aquí donde Saussure planteó las definiciones que hoy se han vuelto clásicas, sobre la naturaleza del signo lingüístico, sobre los diferentes ejes según los cuales hay que estudiar la lengua, la manera como se nos presenta la lengua, etc. Pues bien, todo esto lo elaboró Saussure dolorosamente y sin que nada haya pasado directamente a su enseñanza, salvo por tres años al final de su vida, los años 1907 a 1911, durante los cuales, para suplir a un

colega que se había jubilado, tuvo que dar un curso de introducción general a sus alumnos. Es el curso que Bally y Sechehaye publicaron y sobre el cual se ha alzado, directamente o no, toda la lingüística moderna. Opino que algo de aquello, algunos de los principios fundamentales, debía asomar en las lecciones que Saussure, muy joven, impartía en París: lecciones de gramática comparada, sobre el griego, el latín, sobre el germánico en particular, pues se ocupó mucho de lenguas germánicas. Y es claro que desde aquella época padecía Saussure esta obsesión a la que se entregó años enteros en silencio, este interrogarse sobre el valor de la lengua y sobre lo que la distingue de todo otro objeto de ciencia. De ahí que las ideas de Saussure fueran más fácilmente comprendidas en Francia, aunque para imponerse hayan tardado tanto como en los demás sitios. Así, pese a todo, a través de la gramática comparada es toda esta inspiración de lingüística general la que entró en la enseñanza de Meillet. A partir de entonces, el paisaje se fue modificando, conforme poco a poco las nociones saussurianas se afianzaban, o eran redescubiertas por otros, o, bajo diversas influencias, sobre todo en Estados Unidos, surgían ciertas convergencias. Es poco sabido que hombres como Bloomfield descubrieron a Saussure por su cuenta, por mucho que suela tenerse la lingüística estadounidense, y en especial la corriente bloomfieldiana, por frutos de una reflexión independiente. Hay pruebas de que Bloomfield conocía las ideas de Saussure y tenía conciencia de su importancia.

P. D. ¿Esto de Bloomfield nos conduce hacia los años cuarenta?

É. B. Hay una reseña de Saussure, debida a Bloomfield, de 1924. Muy distinta fue la formación de Sapir, lingüista y antropólogo estadounidense.

Con todo, Sapir redescubrió algunas nociones esenciales, como la distinción entre fonemas y sonidos, algo que corresponde más o menos a la distinción saussuriana entre lengua y habla. Vea usted, corrientes independientes han convergido a fin de cuentas y ocasionado el nacimiento de una lingüística teórica muy exigente, empeñada en formularse como ciencia y progresando siempre en esta área científica. Es decir, tratando de

darse un cuerpo de definiciones, de enunciarse como estructura orgánica. Esto ha producido orientaciones muy diferentes. Está por una parte el estructuralismo, que de ahí salió directamente. Para un lingüista acostumbrado a practicar el trabajo lingüístico y que desde temprano —es mi caso— tuvo preocupaciones estructuralistas, es un espectáculo sorprendente la boga de esta doctrina, mal comprendida, descubierta tardíamente y en un momento en que el estructuralismo en lingüística era ya para algunos cosa superada. En mi obra he seguido brevemente la pista a la suerte léxica de este término. En este año de 1968, la noción de estructuralismo lingüístico cumple cuarenta años justos. Es mucho para una doctrina en una ciencia que va muy aprisa. Hoy en día, un esfuerzo como el de Chomsky va dirigido contra el estructuralismo. Su manera de abordar los hechos lingüísticos es exactamente inversa.

P. D. ¿Es decir que usted identifica el estructuralismo en lingüística con el período en que se procuró sacar a luz las estructuras lingüísticas propiamente dichas?

É. B. Se trató ante todo de mostrar en los elementos materiales de la lengua y, en cierta medida, encima, en los elementos significantes, dos cosas, los dos datos fundamentales en toda consideración estructural de la lengua. Primero, las piezas del juego, después, las relaciones entre estas piezas. Pero no es nada fácil, ni aun para empezar, identificar las piezas del juego. Tomemos los elementos no significantes de la lengua, los sonidos. ¿Cuáles son los sonidos de una lengua dada? No del lenguaje en general, cuestión que no puede plantearse, sino de una lengua dada; esto quiere decir cuáles son los sonidos que tienen valor distintivo, que sirven para manifestar diferencias de sentido. ¿Y cuáles son los sonidos que, aunque existan materialmente en la lengua, no cuentan como distintivos sino solamente como variantes o aproximaciones de los sonidos fundamentales? Se aprecia que los sonidos fundamentales tienen siempre número reducido, jamás hay menos de 20 y jamás hay más de 60 o cosa así. No son variaciones enormes, ¿por qué? En todo caso, cuando se estudia una lengua hay que determinar cuáles son los sonidos distintivos. Así, que en francés se pronuncie *pauvre*

o *povre* no tiene la menor importancia; es sencillamente cuestión de origen local, ¿no?, pero que no crea diferencia de sentido. Pero hay lenguas en las que esta diferencia, o algo comparable a la diferencia entre *pauvre* y *povre*, daría dos palabras totalmente diferentes. Es la prueba de que en este caso la distinción entre *ó* y *ò* en francés no cuenta, mientras que en otras lenguas sería distintiva.

P. D. Y, sin embargo, si en francés dice usted *pôle* y *Paul* ¿ahí sí cuenta?

É. B. Claro, como en *saute* y *sotte*, y por consiguiente es una distinción que hay que reconocer como fonológica, pero en condiciones por determinar. En francés tenemos *pó*, trátase de *peau* o de *pot*, poco importa, pero no hay *po* con *o* abierta, simplemente porque las condiciones de articulación del francés exigen que la *o* final de un monosílabo sea cerrada y no abierta, en tanto que *marchai* y *marchais* tienen dos fonemas distintos porque diferencian dos tiempos del verbo. Ve usted que el asunto es complejo. Paso a paso, hay que estudiar toda la lengua muy atentamente para discernir lo que es fonema y lo que es variante. He aquí el nivel no significativo, en el sentido de que se trata sencillamente de los sonidos. Hay un nivel encima, donde se aborda el mismo problema desde puntos de vista mucho más difíciles, cuando los elementos son los significantes o las porciones de significantes y así sucesivamente. De modo que aquí está la primera consideración: reconocer los términos constituyentes del juego.

La segunda consideración esencial para el análisis estructural es precisamente ver cuál es la relación entre estos elementos constituyentes. Estas relaciones pueden ser extremadamente variadas, pero siempre se pueden reducir a cierto número de condiciones básicas. Por ejemplo, no es posible que tal y cual sonido coexistan. No es posible que tal o cual sonido no sean silábicos. Hay lenguas como el servocroata en las que *r* sola, como en *krk*, forma una sílaba. En francés no es posible esto, es preciso que haya una vocal. He aquí leyes de estructura, y cada lengua tiene una multitud. Nunca se ha acabado de descubrirlas. Es todo un aparejo sumamente complejo, que se va extrayendo

de la lengua estudiada como un objeto, exactamente como el físico analiza la estructura del átomo. Tales son a grandes rasgos, muy sumariamente, los principios de la consideración estructural.

Cuando son extendidos a nociones sociales, la cosa adquiere un aire mucho más imponente. En vez de *a* y de *é* se habla de hombres y de mujeres, o de reyes y servidores. De inmediato los datos alcanzan una amplitud, y al mismo tiempo una accesibilidad que los hechos lingüísticos no permiten, considerados en sí mismos, a su nivel. Es lo que quizás explique que estas nociones se hayan degradado a partir del momento en que el calificativo de estructural ha sido aplicado a realidades distintas de aquellas donde naciera. No obstante, al nivel de la reflexión seria, el itinerario es el mismo, trátase de mitología o de matemáticas. Un epistemólogo podría mostrar que la misma consideración ha sido aplicada en lógica, en matemáticas. De hecho, hay una especie de estructuración de la matemática, para suceder a la labor más o menos intuitiva que los primeros matemáticos tenían por única posible. Todo esto representa en conjunto el mismo movimiento de pensamiento y la misma manera de objetivar la realidad. Esto es lo importante.

P. D. Acaba usted de decirnos que Chomsky rompía con esta corriente de investigación.

É. B. Exacto; él considera la lengua como producción, lo cual es del todo diferente. El estructuralista tiene que empezar por constituir un corpus. Así se trate de la lengua que usted y yo hablamos, primero hay que registrarla, que ponerla por escrito. Decidamos que está representada por tal o cual libro, por 200 páginas de texto que acto seguido serán convertidas en material, clasificadas, analizadas, etc. Hay que partir de los datos. En cambio para Chomsky es exactamente al revés, parte de la palabra como producida. Mas ¿cómo es producida la lengua? No se reproduce nada. Al parecer se dispone de cierto número de modelos. Ahora, todo hombre inventa su lengua y la inventa toda la vida. Y todos los hombres inventan su propia lengua en el instante y cada quien de manera distintiva, y cada vez de modo nuevo. Dar a alguien los buenos días cada día de la vida,

es una reinención cada vez. Con mayor razón cuando se trata de frases, no son ya los elementos constitutivos los que cuentan, es la organización de conjunto completa, la disposición original cuyo modelo no puede haber sido dado directamente y que el individuo fabrica, pues. Cada locutor fabrica su lengua. ¿Cómo la fabrica? Es una cuestión esencial, pues domina el problema de la adquisición del lenguaje. Cuando el niño aprende una vez a decir que “la sopa está demasiado caliente”, sabrá decir “la sopa no está bastante caliente”, o bien “la leche está demasiado caliente”. Construirá así frases donde utilizará en parte estructuras dadas, pero renovándolas, llenándolas de objetos nuevos, y así sucesivamente.

P. D. Pero ¿no cree usted —sin que pretenda yo que así haya sido en realidad— que un proceder como el de Chomsky tenía, en cierto modo, que seguir al estructuralismo, que supone el estructuralismo?

É. B. Es muy posible. Ante todo como reacción, acaso, contra una consideración exclusivamente mecanista, empirista, de la estructura, particularmente en su versión estadounidense. En Estados Unidos el estructuralismo proscribía todo recurso a lo que llamaba “mentalismo”. El enemigo, el diablo, era el mentalismo, o sea todo lo que se refería a lo que llamamos pensamiento. Sólo una cosa contaba, y eran los datos registrados, leídos u oídos, que podían ser organizados materialmente. En tanto no bien se trata de un hombre hablando, el pensamiento es rey, y el hombre está entero en su querer hablar, es su capacidad de palabra. De manera que puede presumirse que hay una organización mental propia del hombre y que le otorga la capacidad de reproducir ciertos modelos, aunque variándolos al infinito. ¿Cómo se empalman tales modelos? ¿Cuáles son las leyes que permiten pasar de una estructura sintáctica a otra, de un tipo de enunciado a otro? ¿Cómo se invierten a negativas las frases positivas? ¿Cómo es que una expresión formulada por medio de un verbo activo puede transformarse en formulación pasiva? He aquí el tipo de problemas que se plantean los transformacionalistas, pues se trata en verdad de una transformación. A ese nivel, entonces, y vistas así las cosas, la estructura fone-

mática de una lengua tiene poca importancia. Se trata ante todo de la lengua como organización y del hombre como capaz de organizar la lengua. Es como se explica que haya en Chomsky un retorno bastante curioso a los antiguos filósofos y una especie de reinterpretación de las nociones de Descartes acerca de los vínculos entre el espíritu y la lengua. Todo esto es, a la vez, muy interesante y muy técnico, muy seco, algebraico.

P. D. Pero, hablando, hemos perdido de vista una parte del legado propiamente saussuriano, que disfruta de adelantos considerables; hablo de la ciencia de los signos que preveía, de la semiología.

É. B. En efecto, es un gran asunto y que acaso esté aún más a la orden del día de lo que se sospecha. En realidad, es cosa muy nueva. Es claro que, cuando se habla, es para decir alguna cosa, para transmitir un mensaje. Se sabe también que la lengua se compone de elementos aislables, cada uno de los cuales tiene un sentido y que se hallan articulados de acuerdo con un código. Son éstos los elementos que los diccionarios catalogan, y al lado de cada uno de los cuales agregan una definición; dan pues lo que llaman su sentido. Pero el simple hecho de que existan diccionarios implica en realidad un mundo de problemas. ¿Qué es el sentido? Si se mira de cerca, se advierte que los diccionarios yuxtaponen cantidad de cosas muy dispares. Si buscamos *sol*, encontraremos una definición más o menos desarrollada del astro así llamado. Si buscamos *hacer* hallaremos doce o quince rúbricas. Buscando en francés *faire* en el diccionario de Littré, hay 80, contando las subdivisiones. ¿Es el mismo sentido? ¿Hay muchos sentidos? No se sabe.

P. D. Incluso somos los primeros en plantearnos este género de cuestión.

É. B. Absolutamente. Suele decirse entonces que el uso de la lengua regula todo esto. Pero entonces topamos con cuestiones fundamentales: ¿Cómo es que la lengua admite esta "polisemia"? ¿Cómo se organiza el sentido? Más generalmente, ¿cuáles son las condiciones para que alguna cosa sea dada como signifi-

cante? Todo el mundo puede fabricar una lengua, pero no existe ésta, en el sentido más literal, en tanto no haya dos individuos que la puedan manejar nativamente. Una lengua es primero que nada un consenso colectivo. ¿Cómo es dado? El niño nace en una comunidad lingüística, aprende su lengua, proceso que parece instintivo, tan natural como el crecimiento físico de los seres o de los vegetales, pero lo que aprende, en realidad, no es el ejercicio de una facultad "natural", es el mundo del hombre. La adecuación del lenguaje al hombre es la adecuación del lenguaje al conjunto de los datos que le incumbe traducir, la adecuación de la lengua a todas las conquistas intelectuales que permite el manejo de la lengua. Se trata de una cosa fundamental: el proceso dinámico de la lengua, que permite inventar nuevos conceptos y por consiguiente rehacer la lengua, sobre ella misma en cierto modo. Pues bien, todo esto es el dominio del "sentido". Por lo demás, están las clases elementales de sentido, las distinciones que la lengua hace constar o no, así las distinciones de color, por tomar un caso clásico. No hay dos lenguas que organicen los colores de la misma manera. ¿Difieren acaso los ojos? No, es la lengua lo diferente. Por consiguiente, algunos colores no tienen "sentido" en cierto modo, otros, en cambio, tienen demasiados, y así por el estilo. Aquí, de paso, siento la tentación —es lo que trato de elaborar en este momento— de introducir distinciones. Se ha razonado con la noción de sentido como si fuera una noción coherente, que operase únicamente en el interior de la lengua. Planteo, de hecho, que hay dos dominios o dos modalidades de sentido, que distingo respectivamente como semiótica y semántica. El signo saussuriano es en realidad la unidad semiótica, o sea la unidad dotada de sentido. Se reconoce lo que tiene un sentido; todas las palabras que hay en un texto francés tienen, para quien posee esta lengua, un sentido. Pero importa poco que se sepa cuál es dicho sentido y no hay que cuidarse de ello. Tal es el nivel semiótico: ser reconocido como poseedor o despojado de sentido. Esto se define diciendo que sí o que no.

P. D. En tanto que la semántica . . .

É. B. La semántica es el "sentido" resultante del encadenamien-

to, de la adecuación a la circunstancia y del ajuste de los diferentes signos entre ellos. Es absolutamente imprevisible. Es un abrirse al mundo. En tanto que la semiótica es el sentido cerrado sobre sí mismo y contenido, en cierto modo, en sí mismo.

P. D. Es decir que, en suma, el sentido semiótico es un sentido inmediato. En cierta manera sin historia ni ambiente.

É. B. Sí, así es. Se determina por unidad aislada: se trata de averiguar, por ejemplo, si la palabra *rôle* es aceptada como significativa. Sí, *rôle* sí; *ril* no.

P. D. En francés, no.

É. B. En francés *ril* no significa nada, no es significante, en tanto que *rôle* sí. He aquí el nivel semiótico, es un punto de vista muy distinto del de distinguir el *rôle* de la ciencia en el mundo, el *rôle* de tal actor. Éste es el nivel semántico: esta vez hay que comprender y distinguir. Es en este nivel donde se manifiestan los 80 sentidos del verbo *faire* o del verbo *prendre*. Son acepciones semánticas. Es cosa, pues, de dos dimensiones del todo diferentes. Y si no se empieza por reconocer esta distinción, me temo que no se sale de la vaguedad. Pero esto no pasa de ser una visión personal, que falta demostrar. Tenemos que elaborar poco a poco todo un cuerpo de definiciones en este inmenso dominio, que no comprende nada más la lengua. Y esto me lleva a la cultura. La cultura es también un sistema que distingue lo que tiene un sentido y lo que no lo tiene. Las diferencias entre las culturas se reducen a esto. Tomo un ejemplo que no es lingüístico: para nosotros el color blanco es un color de luz, de alegría, de juventud. En China es el color del luto. He aquí un ejemplo de interpretación de sentido en el seno de la cultura; una articulación entre cierto color y cierto comportamiento y, por último, un valor inherente a la vida social. Todo ello se integra en una red de diferencias: el blanco, el negro, no valen en la cultura occidental como en la cultura extremo-oriental. Todo lo que es del dominio de la cultura participa en el fondo de valores, de sistemas de valores. De articulación entre los valores. Pues bien, tales valores son los que se imprimen

en la lengua. Sólo que es un trabajo muy difícil sacarlos a relucir, porque la lengua arrastra toda suerte de datos heredados; la lengua no se transforma automáticamente a medida que la cultura se transforma. Y esto es justamente lo que provoca a menudo la panoplia semántica. Considere usted la palabra francesa *homme* (tomo el primer ejemplo que me pasa por la cabeza). Tiene usted por una parte el empleo del término como designación; por otra, los nexos de que es susceptible esta palabra, *homme*, y que son muy numerosos. Por ejemplo, el *honnête homme*, concepción que data de cierta fase del vocabulario, que se remonta a un aspecto de la cultura clásica francesa. Al mismo tiempo, una locución como *je suis votre homme* se refiere a la edad feudal. Ahí tiene usted una estratificación de cultura que deja rastro en los diferentes empleos posibles. Todos éstos están comprendidos hoy por hoy por la definición de la palabra, porque son aún susceptibles de ser empleados con su verdadero sentido en la misma fecha. Vemos aquí el correlato de una definición acumulativa de las culturas. A nuestra cultura de hoy está integrado todo el espesor de otras culturas. Es por aquí por donde la lengua puede ser reveladora de la cultura.

P. D. Hay una noción muy importante que ha subrayado usted diciendo que el hombre no nacía en la naturaleza sino en la cultura. Creo que una de las rupturas entre la lingüística tal como usted la practica y —digamos— sus orígenes en el siglo xviii es que los primeros lingüistas tenían la idea de que la lengua partía de la naturaleza y trataban de dar con procesos naturales de invención de la lengua por el hombre.

É. B. Sí, y en los mismos principios del siglo pasado, en particular durante la primera fase de descubrimientos que permitía la gramática comparada, hubo la idea de que se estaba ascendiendo a los orígenes del espíritu humano, de que estaba siendo captado el nacimiento de la facultad de lenguaje. Se preguntaban entonces si habría nacido primero el verbo o el nombre. Eran planteadas cuestiones de génesis absoluta. Hoy se aprecia que semejante problema no tiene la menor realidad científica. La gramática comparada, aun la más refinada, la que beneficia las circunstancias históricas más favorables, como la de las

lenguas indoeuropeas, antes que la de las semíticas, atestiguadas con todo desde fecha muy antigua, sólo nos entrega en su reconstrucción un trecho de unos cuantos milenarios. Es decir, una fracción muy pequeña de la historia lingüística de la humanidad. Los hombres que hacia el decimoquinto milenio antes de nuestra era decoraban las cavernas de Lascaux, eran gente que hablaba. Es evidente. No hay existencia común sin lengua. Es imposible por consiguiente fechar los orígenes del lenguaje, ni más ni menos que los de la sociedad. Pero nunca sabremos cómo hablaban. Tenemos la certidumbre de que ni la reconstrucción más audaz nos deja alcanzar nada que sea muy elemental. La idea de que el estudio lingüístico revelaría el lenguaje como producto de la naturaleza no puede ser ya sostenida hoy. Siempre vemos el lenguaje en el seno de una sociedad, en el seno de una cultura. Y si he dicho que el hombre no nace en la naturaleza sino en la cultura, es que todo niño en toda época, desde la prehistoria más remota hasta ahora, aprende necesariamente con la lengua los rudimentos de una cultura. Ninguna lengua es separable de una función cultural. No hay aparato de expresión tal que se pueda imaginar que un ser humano fuera capaz de inventar solo. Las historias de lenguaje inventado, espontáneo, fuera del aprendizaje humano, son fábulas. El lenguaje siempre ha sido inculcado a las criaturas humanas, y siempre en relación con lo que se llaman realidades, que son realidades definidas, por necesidad, como elementos de cultura.

P. D. Realidades definidas, en cierto modo, bajo dos aspectos, por una parte la línea hereditaria, puesto que la cultura es una cosa que se hereda y trasmite conocimientos adquiridos, pero también, por otra parte, el ambiente inmediato, el presente.

É. B. En absoluto; y lo que el niño adquiere, aprendiendo, como se dice, a hablar, es el mundo en el cual vive en realidad, que el lenguaje le entrega y sobre el cual aprende a actuar. Aprendiendo el nombre de una cosa, adquiere el medio de obtenerla. Empleando la palabra actúa, pues, sobre el mundo y muy pronto, se da cuenta oscuramente. Es el poder de acción, de transformación, de adaptación, lo que es la clave de la relación hu-

mana entre la lengua y la cultura, una relación de integración necesaria. Y de paso respondo también a la pregunta que me planteaba usted acerca del papel de la lingüística como ciencia piloto. En la vida de relación hay la diferencia de que la lengua es un mecanismo inconsciente, en tanto que un comportamiento es consciente: se cree que se comporta uno de tal o cual manera por razones que se eligen o, cuando menos, que puede uno elegir. En realidad no es esto lo importante sino el mecanismo de la significación. Es en este nivel donde el estudio de la lengua puede tornarse ciencia piloto, ilustrándonos acerca de la organización mental que resulta de la experiencia del mundo o a la cual la experiencia del mundo se adapta, no sé bien cuál de las dos cosas. Hay, en particular, una manera de organizar relaciones lógicas que aparece muy pronto en el niño. Piaget ha insistido mucho en esta capacidad de formar esquemas operatorios, y esto va aparejado a la adquisición de la lengua. Esta red compleja reaparecería a nivel profundo en los grandes menesteres intelectuales, en la estructura de las matemáticas, en las relaciones que constituyen el fundamento de la sociedad. Opino que algunos conceptos marxistas pudieran ir ingresando a su vez, ya debidamente elaborados, en este círculo de nociones articuladas por las mismas relaciones básicas de las que la lengua ofrece la imagen más fácilmente analizable. Pero hago mal en hablar de todo esto como de teorías ya expuestas que bastaría con buscar en un libro, cuando que son cosas en las que reflexiono, pero que aún están en elaboración.

P. D. La historia que acaba usted de contar se origina en el tiempo de la lingüística comparada. Se procuraba entonces, en el fondo, merced a la comparación de las lenguas más antiguas a nuestro alcance, reconstituir aquel mecanismo del espíritu humano, o al menos sus mecanismos fundamentales. Y se advierte que luego de echar por tierra muchos métodos y direcciones de investigación, la lingüística a fin de cuentas vuelve a su objeto primitivo, pero por caminos del todo diferentes, que creo mucho más científicos.

É. B. Mucho más científicos, pues no se trata ya de los orígenes sino de los fundamentos, y en el fundamento de todo está la simbólica de la lengua como poder de significación.

P. D. La simbolización.

É. B. La simbolización, el hecho de que precisamente la lengua sea el dominio del sentido. Y, en el fondo, todo el mecanismo de la cultura es un mecanismo de carácter simbólico. Damos un sentido a ciertos gestos, no damos ninguno a otros, en el interior de nuestra cultura. Así es, pero ¿por qué? Será cosa de identificar, de descomponer y luego clasificar los elementos significantes de nuestra cultura, es un trabajo todavía por hacer. Se requiere una capacidad de objetivación bastante rara. Se vería entonces que hay como una semántica que pasa por todos estos elementos de cultura y que los organiza —que los organiza en varios niveles. Está luego la manera como estos elementos se rigen unos a otros en su valoración, el predominio que hoy se concede a algunas imágenes: la jerarquía que se establece entre valores nuevos. La importancia que ganan hoy por hoy, digamos, ciertas cuestiones de generación; hace treinta años, la noción de juventud no tenía para nada el mismo sentido que hoy. Hay un corrimiento completo que afecta a todos los elementos, materiales o no, de la cultura, que va desde el vestido, la actitud, hasta los fines últimos de la vida. La jerarquía, la acción recíproca de estos valores, y por consiguiente los modelos que uno se propone, los objetos que uno anhela —todo se está moviendo dentro de nuestra cultura, que ya no tiene nada en común con 1910 o 1930.

P. D. Es decir que ahora, en cierto modo, no sólo la lingüística se halla situada en la situación central de que comenzamos hablando, con ese carácter de ciencia piloto, sino también que se vuelve indisociable del conjunto de las ciencias humanas.

É. B. Se hace indisociable, en efecto, sobre todo en virtud del hecho de que otras ciencias confluyen con ella en pos de modelos paralelos a los suyos. Puede suministrar a ciencias cuya materia es más difícil de objetivar, como la culturología —de admitirse el término—, modelos que ya no habrá por fuerza que imitar mecánicamente, sino que procuran cierta representación de un sistema combinatorio, de suerte que estas ciencias de la cultura puedan a su vez organizarse, formalizarse a la zaga de

la lingüística. En aquello que ya ha sido intentado en el campo social, la primacía de la lingüística es abiertamente reconocida. No es en modo alguno a causa de una superioridad intrínseca, sino sencillamente porque con la lengua estamos en el fundamento de toda vida de relación.

P. D. Quisiera plantearle una pregunta que se me ocurre escuchándolo, y que en el fondo, creo yo, se dirige muy naturalmente al universitario que es usted. ¿Opina usted que la enseñanza de la lingüística, quiero decir la enseñanza universitaria ordinaria como existía, diríamos, antes de los acontecimientos, era coherente con lo que acaba usted de decir acerca del papel de la lingüística en las ciencias humanas?

É. B. Por desgracia, en la universidad se arrastra una carga muy pesada; se está (o se estaba) sometido —ignoro qué quede— a constreñimientos arcaicos, los de los exámenes, de los programas, etc. Con todo, son numerosos los lingüistas que desean renovar las enseñanzas en la universidad. Pertenezco, como usted sabe, al Collège de France, donde se dispone por este lado de completa libertad, en vista de que no hay que someterse a ningún programa y de que, por el contrario, es preciso que un curso nunca se repita, a más de que no haya tampoco responsabilidad de exámenes, de colación de títulos; sólo se es responsable ante la ciencia y uno mismo. Ahora bien, me llama mucho la atención ver que desde diferentes rumbos se mira hacia la lingüística, hay entre los jóvenes una curiosidad muy viva hacia las nuevas ciencias humanas. Se aprecia, tanto en filosofía como entre quienes tienen conciencia de la realidad de las ciencias sociales, de su especificidad, una comprensión que es un fenómeno nuevo. De suerte que la lengua no aparece como lo hizo tanto tiempo, como una especialidad al lado de otras, paralela, pero no más importante. Esto alimenta la esperanza de que, en los planos un poco ideales que se elaboran, las cosas hallarán su nivel real, aunque...

P. D. Habrá que ver...

É. B. No sé bien cómo marcharán las cosas, pero lo importante

es esta noción de ciencia humana que, ahora, está en condiciones de tornarse organizadora, de reunir reflexiones dispersas, en muchos hombres que aspiran a descubrir su hogar común. Es muy importante. De manera general, estamos en la época de las tomas de conciencia. Acaso, en el fondo, lo que caracterice a toda la cultura moderna sea que se vuelva más y más consciente. Cuando se ve cómo la gente razonaba, imaginaba y creaba, en los siglos pasados y aun a principios del presente, se nota que ha cambiado algo, y las manifestaciones, las creaciones más espontáneas hoy en día (no sé si esté bien o mal, usted está mucho mejor situado que yo para juzgar) implican una porción de conciencia mucho mayor que en otro tiempo.

P. D. Creo que tiene usted razón.

É. B. Hasta el artista trata de comprender lo que hace, no es ya instrumento de la inspiración.

P. D. Creo que está dando usted una buena caracterización del arte moderno. . .

É. B. Es muy nuevo. . . y no creo que esto altere las calidades de la invención; saber qué es rechazado y por qué, puede estimular a la conciencia hacia lo que hay que inventar, y ayudar a descubrir los marcos en los que puede ser inventado.

P. D. Por supuesto.

É. B. Pues me parece que en el fondo es ahí donde encontramos el problema que la lengua nos ha enseñado a ver. Al igual que no hablamos al azar, quiero decir: sin marco, que no producimos la lengua fuera de determinados marcos, de ciertos esquemas que poseemos, así creo que el arte ya tampoco se produce fuera de marcos o esquemas diferentes, pero que existen también. Y que se reforman o que renacen en la medida misma en que se adquiere conciencia de lo periclitado. Esta toma de conciencia es ya una vía abierta hacia el nuevo siglo. Actualmente, lo cual me llama mucho la atención, se ve deshacerse el siglo xx, deshacerse muy de prisa.

P. D. Sí, tiene uno la impresión de estar ya más allá...

É. B. Muy claramente. Se tiene la sensación de haber atravesado una de esas fases de transformación en algunas semanas, aun si, como pasa también, hay retrocesos momentáneos. Verdad es que nunca es fácil pasar de un siglo al siguiente, ni de una forma de cultura a la siguiente, pero me parece que la época favorece tales tomas de conciencia por el hecho mismo de que tantos valores aceptados vuelven a estar en tela de juicio, y hasta los sistemas de producción.

P. D. Esto me parece una buena conclusión.

2. ESTE LENGUAJE QUE HACE LA HISTORIA ¹

GUY DUMUR. Nunca se habló tanto de lingüística. Con todo, poca gente sabe de qué se trata.

ÉMILE BENVENISTE. La lingüística es el intento de apresar ese objeto evanescente que es el lenguaje, y de estudiarlo a la manera como son estudiados los objetos concretos. Se trata de transformar las palabras que vuelan —las “palabras aladas” que decía Homero— en una materia concreta, que es estudiada, disecada, cuyas unidades son deslindadas, aislados los niveles. Tal es siquiera una tendencia de esta disciplina, de una lingüística que procura constituirse como ciencia; es decir, que trata primero de constituir su objeto, de definir el modo como lo examina e intenta luego forjar los métodos apropiados para cercir, analizar esta materia.

G. D. ¿En qué se distingue la lingüística de las antiguas ciencias del lenguaje como, por ejemplo, la gramática, la filología o la fonética?

É. B. La lingüística pretende englobar todo esto y trascenderlo. Todo lo que atañe al lenguaje es objeto de la lingüística. Algunas de las disciplinas que menciona usted, la filología en particular, no se ocupan sino del tenor de los textos, de su transmisión a través de las edades, etc. La lingüística se ocupa del fenómeno que constituye el lenguaje y, por supuesto, sin descuidar la porción del lenguaje que se transforma en escrito. Las preocupaciones del filólogo no son las del lingüista, por mucho que éste aporte a aquél una ayuda indispensable, en particular cuando es cosa de interpretar textos en lenguas desaparecidas, ya que el lingüista tiene necesidad de conocer el mayor número posible de lenguas para definir el lenguaje. Es ésta una

¹ Plática recogida por Guy Dumur en *Le Nouvel observateur*, especial literario, núm. 210 bis (20 de noviembre a 20 de diciembre de 1968), pp. 28-34.

de las direcciones por las que se adentra la lingüística. Podría decirse que es una dirección positiva —hay quien dice positivista—, con todas las implicaciones que este término acarrea.

c. D. La lingüística es una ciencia reciente, pero tiene una historia, un comienzo.

é. B. De hecho la lingüística ha tenido varios comienzos. Más de una vez se ha reiniciado y reengendrado a sí misma —no sin darse antecedentes cada vez. Hablando en absoluto, para nosotros, occidentales, la lingüística nació en Grecia, cuando los filósofos más antiguos, contemporáneos del despertar del pensamiento filosófico, empezaron a reflexionar acerca del instrumento de la reflexión, y por consiguiente acerca del espíritu y el lenguaje. Hubo otro comienzo en la Edad Media, cuando a través de las categorías aristotélicas vuelve a iniciarse la definición de los fundamentos del lenguaje.

Hoy se descubre otro comienzo, fuera y muy lejos del mundo clásico: es la teoría hindú de Pāṇini. Es cosa extraordinaria, una descripción lingüística puramente formal que data, según la estimación más prudente, del siglo IV antes de nuestra era. Pāṇini, aquel gramático hindú, tomó como objeto la lengua sánscrita. No dice palabra de especulación filosófica; es sólo un análisis formal de los elementos constituyentes de la lengua (palabras, frases, relaciones entre las palabras, etc.). Es un texto sumamente arduo, de una densidad increíble (cuando es traducido hacen falta diez palabras de glosa por palabra de texto), pero esta concisión es cosa buscada, pues era un conjunto de fórmulas por memorizar, destinado a una enseñanza oral que los maestros se trasmitían y enriquecían con comentarios. Este texto es conocido en occidente desde mediados del siglo XIX, cuando se empezó a interpretarlo, y hoy suscita de nuevo interés. Insisto mucho en el punto porque ahí está ya el antepasado de las indagaciones científicas de hoy. Esto es válido en particular a propósito de la escuela estructuralista, que deseaba apartar el “mentalismo” (que introduce en el estudio de lenguaje nociones psicológicas), para atenerse al registro y al análisis formal de un cuerpo de textos. Disociando las unidades del lenguaje se trataba de encontrar los elementos de una es-

estructura y de describirlos en su articulación: constitución vocálica y consonántica de las formas, distribución estadística de estos elementos, naturaleza de las sílabas, longitud de las palabras, análisis de estos elementos, análisis de los tonos si se trata del chino, de la acentuación si es una lengua que tiene acentos. Esto es el estudio de la lengua como sistema formal. Y es contra semejante concepción contra lo que reacciona un lingüista como Chomsky. Hoy en día esta reacción no es ya individual sino colectiva. En esta investigación de los orígenes de la lingüística a lo largo de la historia, Chomsky ya no se empalma a Panini sino a Descartes. Sabe usted que Chomsky es autor de *Cartesian Linguistics*, que va a ser traducida al francés, y redescubre en las consideraciones de Descartes sobre el funcionamiento de la mente la justificación filosófica de lo que por su parte llama "gramática generativa"

c. d. Entre los comienzos, y por atenernos a la cronología trivial, volvamos a Saussure.²

É. g. Saussure no es un comienzo, es otra cosa, es otro tipo de comienzo. Su aportación consiste en esto: "El lenguaje —dice— es forma, no sustancia." No hay absolutamente nada de sustancial en el lenguaje. Todas las ciencias de la naturaleza hallan su objeto constituido de punta a cabo. La lingüística, por su parte —y es lo que la diferencia de toda otra disciplina científica—, se ocupa de una cosa que no es objeto ni sustancia, pero que es forma. Si no hay nada de sustancial en el lenguaje, ¿qué es lo que hay? Los datos del lenguaje no existen sino por sus diferencias, no valen más que por sus oposiciones. Puede contemplarse un guijarro en sí, sin dejar de colocarlo en la serie de los minerales. En cambio una palabra, por sí sola, no significa absolutamente nada. Sólo por oposición, por "vecindad" o por diferenciación con otra, un sonido por relación con otro sonido, así sucesivamente.

La historia, para Saussure, no es por necesidad una dimensión de la lengua, no es sino una de las dimensiones posibles y no es la historia lo que hace vivir el lenguaje, antes a la inversa.

² Sus cursos de lingüística, publicados después de su muerte, datan de 1907-1911.

Es el lenguaje el que, por su necesidad, su permanencia, constituye la historia.

Saussure reaccionó contra la consideración histórica que impedía en la lingüística cuando él escribía. Ciertamente, seguimos, por ejemplo, la historia del francés, durante cierto número de siglos, gracias a los textos que han sido consignados por escrito; podemos pues seguir el curso de lo que llamamos una historia, un desenvolvimiento de acontecimientos en el tiempo, mas el lenguaje, en su funcionamiento, no conoce ninguna referencia histórica, en absoluto: todo lo que decimos está comprendido en un contexto actual y en el interior de discursos que son siempre sincrónicos.³ No se mezcla la menor partícula de historia al uso vivo de la lengua. He aquí lo que Saussure quiso afirmar. A estas alturas, esto ya no sorprende a nadie; cuando lo enunció, hace unos sesenta años, cuando la lingüística llevaba la impronta de una concepción histórica, diacrónica, de la lengua —cada lengua era considerada como una etapa en un devenir, y descrita como tal—, era una novedad importante. Hablando, nos referimos a situaciones que son siempre situaciones presentes o situadas en función del presente, de suerte que, cuando evocamos pasado, es siempre en el seno del presente. Si podemos hablar, si nuestra lengua nos da manera de construir frases, es porque unimos palabras que valen a la vez por los sintagmas⁴ y por su oposición. Saussure se dio cuenta de que hay, así, dos ejes en la manera de ver la lengua, a los que llamó *sincrónico* y *diacrónico*. Hacemos dos cosas al hablar: disponemos palabras; todos los elementos de estas ordenaciones representan cada uno una elección entre varias posibilidades; cuando digo “soy”, he eliminado “sois”, “era”, “seré”, etc. Es pues, de una serie que se llama paradigma, una forma la que elijo, y así para cada porción de un enunciado que se constituye en *sintagma*. Aquí tiene usted el principio y la clave de lo que se llama estructura. Para alcanzarla es preciso: 1) aislar los ele-

³ “La lingüística sincrónica se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva. La lingüística diacrónica estudiará por el contrario las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre sí.” (Saussure, trad. de A. Alonso.)

⁴ Grupo de palabras que forman una unidad dentro de una frase.

mentos distintivos de un conjunto finito; 2) establecer las leyes de combinación de estos elementos.

Cuanta vez se dispone de estas posibilidades, se construye una estructura. La sociedad es una estructura: hallamos en ella elementos dispuestos de cierto modo; tenemos hombres y mujeres de distintas edades, en diferentes situaciones, en diferentes clases; por lo tanto, tenemos ya las identidades y las diferencias que permiten constituir un juego, y la primera característica de un juego es que haya un número limitado de piezas; luego, hace falta que cada elemento sea otra cosa que el otro: que sacerdote sea cosa distinta de obrero y obrero cosa distinta de soldado, y así sucesivamente. Puede intentarse constituir una especie de combinatoria con estos elementos. Así es como el problema se plantea teóricamente.

c. d. ¿Y el signo, el valor simbólico del lenguaje? El sistema que acaba usted de describir es positivismo... ¿En qué momento interviene la semiología?⁵

é. b. Estamos aquí ante el problema esencial de hoy, el que va más allá de lo que corrientemente se entiende por estructuralismo, con todo y que el estructuralismo lo implique. ¿Qué es el signo? Es la unidad de base de todo sistema significante. Tiene usted un sistema significante, que es la lengua. Pueden encontrarse otros. Saussure citó dos o tres: el lenguaje de los sordomudos, por ejemplo, que opera con otras unidades, las gestuales; citó igualmente, y es más discutible, el ritual de los gestos de cortesía. Pero es un repertorio limitado: no puede decirse con gestos de cortesía todo lo que el lenguaje permite decir pero, a grandes rasgos, es del mismo orden. He aquí sistemas significantes. La sociedad por sí misma no puede ser dicha si se la toma en bloque como sistema significante.

c. d. Se ha interesado usted en el lenguaje de las abejas, tal como permiten estudiarlo los trabajos de Von Frisch. ¿Es del mismo orden?

⁵ "Ciencia que estudia la vida de los signos en el seno de la vida social." (Saussure.)

É. B. Ese lenguaje tiene una significación. Por lo que alcanzamos a entenderlo, las danzas de las abejas representan alguna cosa y sus compañeras lo comprenden. Este lenguaje es significativo porque dicta un comportamiento que verifica la pertinencia significativa del gesto. En cambio, si hago un gesto para abrir un libro, es un gesto útil pero no significa, no tiene alcance conceptual.

En sentido estricto, el estructuralismo es un sistema formal. No dice absolutamente nada acerca de lo que llamamos la significación. La ponemos entre paréntesis. Suponemos que todo el mundo comprende que si decimos: "Usted tiene hambre" ponemos "tiene" a causa de "usted". Hay pues una combinatoria con ciertas correlaciones codificadas, fijadas por un código de convención: *usted* va con *tiene* y no con *tenemos*. Pero ¿qué significa "tener"? Cuando digo: "Usted tiene razón", el verbo "tener" ¿significa lo mismo que si digo: "Usted tiene frío"? Esto no interesa en lo más mínimo al estructuralismo: interesa a la semiología.

G. D. Pero ¿no son confundidos a menudo semiología y estructuralismo?

É. B. Tengo la impresión de que en las discusiones a las que alude usted se confunden muchas cosas. Lo que más se echa de menos es rigor en el empleo de los términos y conocimiento de los límites dentro de los cuales quieren decir algo: son conceptos operatorios. No hay que tomarlos por verdades eternas.

G. D. La lingüística se alimenta de cierto número de ciencias, o al menos de observaciones, y pienso que una de las primeras cosas que han servido a la lingüística fue la gramática comparada, la comparación de lenguas entre ellas, incluyendo las lenguas "primitivas".

É. B. Es exacto, salvo que hoy ya no se emplea la palabra "primitivo", como tampoco la expresión "sociedades primitivas"... Hasta los alrededores de 1900 puede decirse que hubo primacía de las lenguas indoeuropeas. Seguimos su historia durante milenios; tienen literaturas muy bellas, muy ricas, que nutren

el humanismo; de ahí que hayan sido privilegiadas. Hacia 1900 hubo gente, particularmente estadounidenses, que dijeron: "Los conceptos de ustedes son irreales o, en todo caso, muy parciales, no tienen ustedes en cuenta más que una parte del mundo lingüístico: el mundo indoeuropeo. Hay multitud de lenguas que escapan a sus categorías." Esta advertencia fue muy útil y estas lenguas, sobre todo las lenguas indígenas de América, que he estudiado personalmente, resultan muy instructivas por lo que nos hacen conocer en materia de tipos de categorización semántica y de estructura morfológica, rotundamente diferentes de lo que los lingüistas formados dentro de la tradición clásica consideraban inherente al espíritu humano.

g. d. Teniendo en cuenta esas diferencias fundamentales, ¿puede hablarse de psicologías diferentes? Dijo usted hace un momento que el lenguaje es un hecho en sí, que nada debe a la historia.

é. b. En su ejercicio. Pues por otra parte toda lengua es siempre una lengua heredada y tiene un pasado detrás. No hay razón para pensar que las lenguas de los aborígenes de Australia tengan detrás menos pasado que las indoeuropeas. Sólo que no hay testimonio escrito de ese pasado. Es la gran escisión en la humanidad: hay pueblos que tienen lenguas escritas, otros que no.

g. d. A propósito de esas lenguas no indoeuropeas, ¿qué puede aportar a la lingüística un antropólogo como Lévi-Strauss?

é. b. Siempre es útil ver cómo un etnólogo conceptualiza las categorías sociales, puesto que, en esas lenguas, estamos mucho más cerca de la representación social que en las lenguas nuestras, mucho más desprendidas de su objeto. En nuestras sociedades hay una capacidad de distanciamiento, de abstracción entre la lengua y los objetos concretos que describe. Pueden construirse lenguas sobre lenguas, lo que se llaman metalenguajes, lenguas que sirven para describir una lengua, y tal es su sola y única función.

G. D. ¿Podría ponerme un ejemplo?

É. B. La lengua de la gramática, que describe el uso de las formas de la lengua, es un metalenguaje: hablar de sustantivo, de adverbio, de vocal, de consonante, es hablar un metalenguaje. Todo el vocabulario del metalenguaje no halla aplicación más que en la lengua. Este metalenguaje puede a su vez ser descrito en una lengua "formalizada" en símbolos lógicos, planteando las relaciones de implicación entre tal o cual categoría lingüística. Por ejemplo, en el verbo francés la persona está implicada: no puede emplearse una forma verbal (salvo el infinitivo) que no acarree referencia a la persona. Tal pasa en francés, pero no forzosamente por doquier.

Con esto son ya dos niveles. Con una mente más llevada a la simbolización matemática, es posible alcanzar otro nivel de abstracción. En cambio, lo que se conoce de las lenguas de las sociedades arcaicas son textos, transmitidos oralmente, leyendas o mitos, son textos tradicionales, no simples narraciones. Rituales que sirven para que llueva, para que crezcan las plantas. En este sentido, se está mucho más cerca de la realidad vivida, de la experiencia. Sin ir más lejos, los análisis de los etnógrafos pueden resultar muy esclarecedores.

G. D. Hay otra disciplina que ha prestado servicios a la lingüística: el psicoanálisis. ¿No hay en Freud reflexiones que hablan acerca del funcionamiento del lenguaje?

É. B. No son muy numerosas, pero todas son importantes, sugestivas, instructivas, aunque no conciernan sino al lenguaje ordinario. Está lo que pudiera llamarse la retórica onírica de Freud —no es él quien emplea la expresión. Descubrió que el sueño habla. Pero sólo el psicoanalista puede comprender este lenguaje. Freud intentó dar con sus rudimentos. Es aquí donde interviene, según yo, una especie de retórica articulada por imágenes, sumamente sugestivas, y que, bajo la apariencia de un encadenamiento incoherente, halla, gracias a Freud, una especie de significación con referencia a cosas muy hondas.

G. D. ¿Considera usted que el lenguaje del inconsciente, que no

es hablado, es tan importante como otro para su estudio lingüístico?

É. B. He tratado de indicar una analogía entre el lenguaje del inconsciente y lo que llamamos las grandes unidades, un discurso entero, un poema entero, a los que puede hallárseles un sentido a menudo muy alejado del literal. Puede usted escribir una carta cuyo sentido profundo será exactamente lo contrario de lo que las palabras tienen aire de significar. Es así como opera la significación en el interior de un sueño. Igualmente, un discurso que trata de conmoverlo puede empujar a determinada conducta sin pregonarla jamás. Ahí tiene usted retórica, es decir un segundo sentido, diferente del literal y que actúa sobre la afectividad.

c. D. Ha pronunciado usted la palabra poema. ¿Acaso el lenguaje poético es interesante para la lingüística?

É. B. Inmensamente. Pero el trabajo apenas empieza. No puede decirse que estén aún claramente definidos el objeto de estudio, el método por emplear. Hay tentativas interesantes, pero que muestran la dificultad de salir de las categorías utilizadas para el análisis del lenguaje ordinario.

c. D. A partir de la lingüística y del estructuralismo hemos visto crearse obras cada vez más difíciles, cada vez menos accesibles a la mayoría. ¿Le parece fundada semejante oscuridad?

É. B. Veo ahí dos cosas, y no sé si la idea que me hago al respecto coincide con el sentir de quienes las realizan. 1) Un intento muy nuevo, curioso, de sacudir todo lo que es inherente al lenguaje, es decir, cierta racionalización que el lenguaje aporta por necesidad; de destruirla en el interior del lenguaje, aunque sin dejar de servirse de él. Tiene usted aquí una lengua que se vuelve contra sí misma y que trata de refabricarse a partir de una explosión previa. 2) Habla usted de la no comprensión, precio de algunas creaciones: me parece que entramos en un período de experimentación. No todo lo que se imprime está hecho para ser leído, en el sentido tradicional; hay nuevos mo-

dos de lectura, adecuados a los nuevos modos de escritura. Estos intentos, estos trabajos, no interesan por el momento más que a los profesionales, a los demás escritores, hasta el momento —si es que llega— en que se desprenda algo positivo. Es volver a poner en tela de juicio todo el poder significativo tradicional del lenguaje. Se trata de saber si el lenguaje está destinado a describir siempre un mundo idéntico por medios idénticos, variando solamente la selección de los epítetos o de los verbos. O bien si puede uno considerar otros medios de expresión no descriptivos y si hay otra calidad de significación que naciera de tal ruptura. Es un problema.

c. d. En su enseñanza ¿tiene usted la impresión de que prolonga un estudio que usted inició hace mucho, o es cada vez un nuevo comienzo?

é. b. Hay de las dos cosas. Evidentemente, cierto número de interrogantes lo acompañan a uno toda la vida, pero, después de todo, acaso sea inevitable en la medida en que tiene uno su manera de ver las cosas. Pero está el enriquecimiento continuo del trabajo, de la lectura, el estímulo que viene de los demás. Aprovecho también del desarrollo de todas las ciencias que siguen la misma corriente. Durante largo tiempo la única compañera de la lingüística era la filología.

Ahora vemos desarrollarse todo el conjunto de las ciencias humanas, toda una gran antropología (en el sentido de “ciencia general del hombre”) que se forma. Y se advierte que las ciencias del hombre son, en el fondo, mucho más difíciles que las ciencias de la naturaleza, y no por azar son las últimas que han nacido. Hace falta gran capacidad de abstracción y de generalización para empezar a entrever los desenvolvimientos de los que es sede el hombre.

c. d. ¿No le parece que la moda de la lingüística será sustituida por la otra moda de la epistemología?

é. b. ¡Por supuesto, si considera usted la lingüística como una moda! Para mí no lo es.

c. d. Naturalmente, pero cuando dice usted que es preciso que los conocimientos del hombre confluyan, la ciencia de las ciencias debiera ser la epistemología.

é. b. La epistemología es la teoría del conocimiento. Cómo sea adquirido este conocimiento, no es cosa dicha de antemano. Hay muchas posibilidades de epistemología. La lingüística es una epistemología, puede considerársela como tal.

c. d. Sí, pero decía usted que todas las ciencias le han salido al encuentro.

é. b. Tengo la conciencia cada vez más viva de que el nivel significativo une el conjunto de las ciencias del hombre y de que, por lo tanto, llega un momento en que es posible plantearse esta pregunta: "¿Puede leerse una significación en nociones que hasta el presente parecían pertenecer a la naturaleza pura y simple?" Ahora se encuentran analogías entre la lengua y la economía.

Cuando le decía que vemos hoy esta especie de convergencia entre varias ciencias, era para subrayar que se descubren las mismas articulaciones en las nociones tal como las han configurado ciertas mentes que de fijo no tenían presentes las categorías lingüísticas. Es esta convergencia lo interesante, lo que se vuelve un nuevo problema para nosotros. La epistemología, como usted ve, es cosa que se construye y se reconstruye de continuo a partir de la ciencia tal como se va haciendo.

c. d. ¿Desea usted que haya muchos estudiantes de lingüística? La lingüística ¿es útil para otros estudios o no es más que una especialización?

é. b. Hay que distinguir. Hay varias lingüísticas, hay varias maneras de practicarlas. Hay a la vez, al mismo tiempo, estudios de varios tipos, unos de naturaleza más tradicional, otros de índole más avanzada, y hay lo que cae entre medias: estudios que son la conversión de principios generales en aplicación, etc. Cada quien hace lo que puede, pero creo, por una parte, que hay mucho por hacer y, por otra, que pasar por aquí da a la

mente cierta formación. Pienso por supuesto en aquellos que no se interesan en el asunto particularmente. Para los que sí, es otra cosa, no hay que decir por qué. Estos estudios pueden ser formadores en el sentido de que destruyen muchas ilusiones que se hace uno espontáneamente y que son muy tenaces en el público, acerca del valor absoluto de la lengua, los valores absolutos que cada quien halla en su propia lengua en comparación con otras. Esto permite al espíritu tomar cierta distancia, lo cual es muy útil. A partir de aquí, puede generalizarse la misma actitud y ver que de hecho existen muchos modos de considerar, en el dominio literario, por ejemplo, una obra, y que no hay sólo una manera de comprender a un autor. Puede haber puntos de vista nuevos aplicados a obras tradicionales, y que no por ello las destruyen.

c. d. ¿Hay obras de crítica literaria que hayan satisfecho a usted particularmente?

é. b. Veo tentativas interesantes de estudiar, con rigor, obras a las que hasta la fecha sólo se podían aplicar calificativos subjetivos (“Es bello”, “Es conmovedor”, etc.) o epítetos convencionales. Ahora se intenta construir sistemas que permitan encontrar las verdaderas dimensiones de la expresión literaria y de la obra literaria.

c. d. ¿Piensa usted en los trabajos realizados gracias a las computadoras?

é. b. No en especial. No creo que la máquina intervenga a este nivel. Pensaba sobre todo en lo que se llama explicación literaria, el análisis literario, cuyos métodos se renuevan por medio de parámetros⁶ y que pueden desconcertar a quienes sustentan disciplinas tradicionales. Pero precisamente aquí la iniciación a la lingüística puede dar mayor soltura, permite acoger más abiertamente nociones o indagaciones que apuntan a coordinar la teoría de la literatura y la de la lengua. Como usted ve —

⁶ Elemento constante en un cálculo.

que sea nuestra conclusión—, hoy muchas cosas se colocan o se desplazan en la perspectiva de la lengua. Estos cambios nos imponen una readaptación continua; pues son cambios en profundidad de donde nacerán acaso nuevas ciencias.

II. LA COMUNICACIÓN

3. SEMIOLOGÍA DE LA LENGUA ¹

I

La semiología tendrá mucho que hacer sólo para ver dónde acaba su dominio.

FERDINAND DE SAUSSURE ²

Desde que aquellos dos genios antitéticos que fueron Peirce y Saussure concibieron, desconociéndose por completo y más o menos al mismo tiempo,³ la posibilidad de una ciencia de los signos, y laboraron para instaurarla, surgió un gran problema, que aún no ha recibido forma precisa y ni siquiera ha sido planteado con claridad, en la confusión que impera en este campo: ¿cuál es el puesto de la lengua entre los sistemas de signos?

Peirce, volviendo con la forma *semeiotic* a la denominación σημειωτική que John Locke aplicaba a una ciencia de los signos y de las significaciones a partir de la lógica concebida, por su parte, como ciencia del lenguaje, se dedicó toda la vida a la elaboración de este concepto. Una masa enorme de notas atestigua su esfuerzo obstinado de analizar en el marco semiótico las nociones lógicas, matemáticas, físicas, y hasta psicológicas y religiosas. Llevada adelante durante una vida entera, esta reflexión se construyó un aparato cada vez más complejo de definiciones destinadas a distribuir la totalidad de lo real, de lo concebido y de lo vivido en los diferentes órdenes de signos. Para construir esta "álgebra universal de las relaciones", Peirce estableció una división triple de los signos en ICONOS, INDICIOS y SÍMBOLOS, que

¹ *Semiotica*, La Haya, Mouton & Co., I (1969), 1, pp. 1-12, y 2, pp. 127-135.

² Nota manuscrita publicada en los *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 15 (1957), p. 19.

³ Charles S. Peirce (1839-1914); Ferdinand de Saussure (1857-1913)

⁴ "My universal algebra of relations, with the subjacent indices and Σ and Π is susceptible of being enlarged so as to comprise everything and so, still better, though not to ideal perfection, is the system of existential graphs" (Peirce, *Selected Writings*, Philip P. Wiener, red., Dover Publications, 1958, p. 389).

es punto más o menos lo que se conserva hoy en día de la inmensa arquitectura lógica que subtiende.

Por lo que concierne a la lengua, Peirce no formula nada preciso ni específico. Para él la lengua está en todas partes y en ninguna. Jamás se interesó en el funcionamiento de la lengua, si es que llegó a prestarle atención. Para él la lengua se reduce a las palabras, que son por cierto signos, pero no participan de una categoría distinta o siquiera de una especie constante. Las palabras pertenecen, en su mayoría, a los "símbolos"; algunas son "indicios", por ejemplo los pronombres demostrativos, y a este título son clasificadas con los gestos correspondientes, así el gesto de señalar. Así que Peirce no tiene para nada en cuenta el hecho de que semejante gesto sea universalmente comprendido, en tanto que el demostrativo forma parte de un sistema particular de signos orales, la lengua, y de un sistema particular de lengua, el idioma. Además, la misma palabra puede aparecer en distintas variedades de "signo": como *QUALISIGN*, como *SIN-SIGN*, como *LEGISIGN*.⁵ No se ve, pues, cuál sería la utilidad operativa de semejantes distinciones ni en qué ayudarían al lingüista a construir la semiología de la lengua como sistema. La dificultad que impide toda aplicación particular de los conceptos peircianos, fuera de la tripartición bien conocida, pero que no deja de ser un marco demasiado general, es que en definitiva el signo es puesto en la base del universo entero, y que funciona a la vez como principio de definición para cada elemento y como principio de explicación para todo conjunto, abstracto o concreto. El hombre entero es un signo, su pensamiento es un signo,⁶ su emoción es un signo.⁷ Pero a fin de cuentas estos signos, que

⁵ "As it is in itself, a sign is either of the nature of an appearance, when I call it a *QUALISIGN*; or secondly, it is an individual object or event, when I call it a *SIN-SIGN* (the syllable *sin* being the first syllable of *semel, simul, singular, etc.*); or thirdly, it is of the nature of a general type, when I call it a *LEGISIGN*. As we use the term 'word' in most cases, saying that 'the' is one 'word' and 'an' is a second 'word', a 'word' is a *legisign*. But when we say of a page in a book, that it has 250 'words' upon it, of which twenty are 'the's, the 'word' is a *sinsign*. A *sinsign* so embodying a *legisign*, I term a 'replica' of the *legisign*" (Peirce, *op. cit.*, p. 391).

⁶ "... the word or sign which man uses is the man himself. For, as the fact that every thought is a sign, taken in conjunction with the fact that life is a train of thought, proves that man is a sign; so that every thought is an *EXTERNAL* sign proves that man is an *external sign*" (Peirce, *op. cit.*, p. 71).

⁷ "Everything in which we take the least interest creates in us its particular emo-

son todos signos de otros, ¿de qué podrían ser signos QUE NO FUERA signo? ¿Daremos con el punto fijo donde amarrar la PRIMERA relación de signo? El edificio semiótico que construye Peirce no puede incluirse a sí mismo en su definición. Para que la noción de signo no quede abolida en esta multiplicación al infinito, es preciso que en algún sitio admita el universo una DIFERENCIA entre el signo y lo significado. Hace falta, pues, que todo signo sea tomado y comprendido en un SISTEMA de signos. Ahí está la condición de la SIGNIFICANCIA. Se seguirá, contra Peirce, que todos los signos no pueden funcionar idénticamente ni participar de un sistema único. Habrá que constituir varios sistemas de signos, y entre esos sistemas explicitar una relación de diferencia y de analogía.

Es aquí donde Saussure se presenta, de plano, tanto en la metodología como en la práctica, en el polo opuesto de Peirce. En Saussure la reflexión procede a partir de la lengua y la toma como objeto exclusivo. La lengua es considerada en sí misma, a la lingüística se le asigna una triple tarea:

1] Describir en sincronía y diacronía todas las lenguas conocidas; 2] deslindar las leyes generales que actúan en las lenguas; 3] delimitarse y definirse a sí misma.⁸

Programa en el cual no se ha observado que, bajo sus aires racionales, trasunta algo raro, que constituye precisamente su fuerza y su audacia. La lingüística tendrá pues por objeto, en tercer lugar, definirse a sí misma. Esta tarea, si se acepta comprenderla plenamente, absorbe a las otras dos y, en un sentido, las destruye. ¿Cómo puede la lingüística delimitarse y definirse a sí misma, si no es delimitando y definiendo su objeto propio, la lengua? Pero ¿puede entonces desempeñar sus otras dos tareas, designadas como las dos primeras que le incumbe ejecutar, la descripción y la historia de las lenguas? ¿Cómo podría la lingüística buscar las fuerzas que intervienen de manera permanente y universal en todas las lenguas y deslindar las leyes generales a las que pueden reducirse todos los fenómenos particulares de la historia, si no se ha empezado por definir los poderes y los recursos de la lingüística, es decir, cómo capta el lengua-

tion, however slight this emotion may be. This emotion is a sign and a predicate of the thing" (Peirce, *op. cit.*, p. 67).

⁸ F. de Saussure, *Cours de linguistique générale* (abreviado C. L. G.), 4ª ed., p. 21.

je, y así la naturaleza y los caracteres propios de esta entidad que es la lengua? Todo se interrelaciona en esta exigencia y el lingüista no puede mantener una de sus tareas aparte de las demás ni asumir ninguna hasta el fin si no tiene por principio de cuentas conciencia de la singularidad de la lengua entre todos los objetos de la ciencia. En esta toma de conciencia reside la condición previa a todo otro itinerario activo y cognitivo de la lingüística, y lejos de estar en el mismo plano que las otras dos y de suponerlas cumplidas, esta tercera tarea —“delimitarse y definirse a sí misma”—, da a la lingüística la misión de trascenderlas hasta el punto de suspender su consumación por mor de su consumación propia. Ahí está la gran novedad del programa saussuriano. La lectura del *Cours* confirma fácilmente que para Saussure una lingüística sólo es posible con esta condición: conocerse al fin descubriendo su objeto.

Todo procede entonces de esta pregunta: “¿Cuál es el objeto a la vez íntegro y concreto de la lingüística?”,⁹ y la primera misión aspira a echar por tierra todas las respuestas anteriores: “de cualquier lado que se mire la cuestión, en ninguna parte se nos ofrece entero el objeto de la lingüística”.¹⁰ Desbrozado así el terreno, Saussure plantea la primera exigencia metódica: hay que separar la LENGUA del lenguaje. ¿Por qué? Meditemos las pocas líneas en donde se deslizan, furtivos, los conceptos esenciales:

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social, no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.¹¹

La preocupación de Saussure es descubrir el principio de unidad que domina la multiplicidad de los aspectos con que nos

⁹ C. L. G., p. 23 (trad. de A. Alonso).

¹⁰ C. L. G., p. 24.

¹¹ C. L. G., p. 25.

aparece el lenguaje. Sólo este principio permitirá clasificar los hechos de lenguaje entre los hechos humanos. La reducción del lenguaje a la lengua satisface esta doble condición: permite plantear la lengua como principio de unidad y, a la vez, encontrar el lugar de la lengua entre los hechos humanos. Principio de la unidad, principio de clasificación —aquí están introducidos los dos conceptos que por su parte introducirán la semiología.

Uno y otro son necesarios para fundar la lingüística como ciencia: no se concebiría una ciencia incierta acerca de su objeto, indecisa sobre su pertenencia. Pero mucho más allá de este cuidado de rigor está en juego el estatuto propio del conjunto de los hechos humanos.

Tampoco aquí se ha notado bastante la novedad del camino saussuriano. No es cosa de decidir si la lingüística está más cerca de la psicología o de la sociología, ni de hallarle un lugar en el seno de las disciplinas existentes. El problema es planteado en otro nivel, y en términos que crean sus propios conceptos. La lingüística forma parte de una ciencia que no existe todavía, que se ocupará de los demás sistemas del mismo orden en el conjunto de los hechos humanos, la SEMIOLÓGIA. Hay que citar la página que enuncia y sitúa esta relación:

La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc., etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas.

Se puede, pues, concebir *una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social*. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos *semiología* (del griego *semeion* 'signo'). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos.

Al psicólogo toca determinar el puesto exacto de la semiología;¹² el tarea del lingüista es definir qué es lo que hace de la lengua un sistema.

¹² Aquí Saussure remite a Ad. Naville, *Classification des sciences*, 2ª ed., p. 104.

especial en el conjunto de los hechos semiológicos. Más adelante volveremos sobre la cuestión; aquí sólo nos fijamos en esto: si por vez primera hemos podido asignar a la lingüística un puesto entre las ciencias es por haberla incluido en la semiología.¹³

Del largo comentario que pediría esta página, lo principal quedará implicado en la discusión que emprendemos más adelante. Nos quedaremos nada más, a fin de realzarlos, con los caracteres primordiales de la semiología, tal como Saussure la concibe, tal, por lo demás, como la había reconocido mucho antes de traerla a cuento en su enseñanza.¹⁴

La lengua se presenta en todos sus aspectos como una dualidad: institución social, es puesta a funcionar por el individuo; discurso continuo, se compone de unidades fijas. Es que la lengua su unidad y el principio de su funcionamiento? En su carácter consiste en "un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y donde las dos partes del signo son igualmente psíquicas".¹⁵ ¿Dónde halla la lengua su unidad y el principio de su funcionamiento? En su carácter semiótico. Por él se define su naturaleza, por él también se integra a un conjunto de sistemas del mismo carácter.

Para Saussure, a diferencia de Peirce, el signo es ante todo una noción lingüística, que más ampliamente se extiende a ciertos órdenes de hechos humanos y sociales. A eso se circunscribe su dominio. Pero este dominio comprende, a más de la lengua, sistemas homólogos al de ella. Saussure cita algunos. Todos tienen la característica de ser sistemas de signos. La lengua es sólo el más importante de esos sistemas. ¿El más importante vistas las cosas desde dónde? ¿Sencillamente por ocupar más lugar en la vida social que no importa cuál otro sistema? Nada permite decidir.

El pensamiento de Saussure, muy afirmativo a propósito de la relación entre la lengua y los sistemas de signos, es menos claro acerca de la relación entre la lingüística y la semiología, ciencia de los sistemas de signos. El destino de la lingüística será vincularse a la semiología, que a su vez formará una parte de la

¹³ C. L. G., pp. 33-34.

¹⁴ La noción y el término estaban ya en una nota manuscrita de Saussure publicada por R. Godel, *Sources manuscrites*, p. 46, y que data de 1894 (cf. p. 37).

¹⁵ C. L. G., p. 32.

psicología social y, por consiguiente, de la psicología general. Pero hay que esperar que la semiología, ciencia que estudia "la vida de los signos en el seno de la vida social", esté constituida para que averigüemos "en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan". Saussure encomienda pues a la ciencia futura la tarea de definir el signo mismo. Con todo, elabora para la lingüística el instrumento de su semiología propia, el signo lingüístico: "Para nosotros... el problema lingüístico es primordialmente semiológico, y en este hecho importante cobran significación nuestros razonamientos."¹⁶

Lo que vincula la lingüística a la semiología es el principio, puesto en el centro de la lingüística, de que el signo lingüístico es "arbitrario". De manera general, el objeto principal de la semiología será "el conjunto de sistemas fundados en lo arbitrario del signo".¹⁷ En consecuencia, en el conjunto de los sistemas de expresión, la superioridad toca a la lingüística:

Se puede, pues, decir, que los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico; por eso la lengua, el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión, es también el más característico de todos; en este sentido la lingüística puede erigirse en el modelo general de toda semiología, aunque la lengua no sea más que un sistema particular.¹⁸

Así, sin dejar de formular netamente la idea de que la lingüística tiene una relación necesaria con la semiología, Saussure se abstiene de definir la naturaleza de esta relación, de no ser a través del principio de la "arbitrariedad del signo" que gobernaría el conjunto de los sistemas de expresión y ante todo de la lengua. La semiología como ciencia de los signos no pasa de ser en Saussure una visión prospectiva, que en sus rasgos más precisos es modelada según la lingüística.

En cuanto a los sistemas que, con la lengua, participan de la semiología, Saussure se limita a citar de pasada algunos, sin siquiera agotar la lista, ya que no adelanta ningún criterio delimitativo: la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, las señales militares, etc.¹⁹

¹⁶ C. L. G., pp. 34-35.

¹⁷ C. L. G., p. 100.

¹⁸ C. L. G., p. 101.

¹⁹ Antes, p. 51.

Por otro lado, habla de considerar los ritos, las costumbres, etc., como signos.²⁰

Volviendo a este gran problema en el punto en que Saussure lo dejó, desearíamos insistir ante todo en la necesidad de un esfuerzo previo de clasificación, si se quiere promover el análisis y afianzar los fundamentos de la semiología.

Nada diremos aquí de la escritura; reservamos para un examen particular ese problema difícil. Los ritos simbólicos, las formas de cortesía, ¿son sistemas autónomos? ¿De veras es posible ponerlos en el mismo plano que la lengua? Sólo mantienen una relación semiológica por mediación de un discurso: el "rito" que acompaña al "rito"; el "protocolo" que rige las formas de cortesía. Estos signos, para nacer y establecerse como sistema, suponen la lengua, que los produce e interpreta. De modo que son de un orden distinto, en una jerarquía por definir. Se entrevé ya que, no menos que los sistemas de signos, las RELACIONES entre dichos sistemas constituirán el objeto de la semiología.

Es tiempo de abandonar las generalidades y de abordar por fin el problema central de la semiología, el estatuto de la lengua entre los sistemas de signos. Nada podrá ser asegurado en teoría mientras no se haya aclarado la noción y el valor del signo en los conjuntos donde ya se le puede estudiar. Opinamos que este examen debe comenzar por los sistemas no lingüísticos.

ii

El papel del signo es representar, ocupar el puesto de otra cosa, invocándola a título de sustituto. Toda definición más precisa, que distinguiría en particular diversas variedades de signos, supone una reflexión sobre el principio de una ciencia de los signos, de una semiología, y un esfuerzo de elaborarla. La más mínima atención a nuestro comportamiento, a las condiciones de la vida intelectual y social, de la vida de relación, de los nexos de producción y de intercambio, nos muestra que utilizamos a

²⁰ C. L. G., p. 35.

la vez y a cada instante varios sistemas de signos: primero los signos del lenguaje, que son aquellos cuya adquisición empieza antes, al iniciarse la vida consciente; los signos de la escritura; los “signos de cortesía”, de reconocimiento, de adhesión, en todas sus variedades y jerarquías; los signos reguladores de los movimientos de vehículos; los “signos exteriores” que indican condiciones sociales; los “signos monetarios”, valores e índices de la vida económica; los signos de los cultos, ritos, creencias; los signos del arte en sus variedades (música, imágenes; reproducciones plásticas) —en una palabra, y sin ir más allá de la verificación empírica, está claro que nuestra vida entera está presa en redes de signos que nos condicionan al punto de que no podría suprimirse una sola sin poner en peligro el equilibrio de la sociedad y del individuo. Estos signos parecen engendrarse y multiplicarse en virtud de una necesidad interna, que en apariencia responde también a una necesidad de nuestra organización mental. Entre tantas y tan diversas maneras que tienen de configurarse los signos, ¿qué principio introducir que ordene las relaciones y delimite los conjuntos?

El carácter común a todos los sistemas y el criterio de su pertenencia a la semiología es su propiedad de significar o SIGNIFICANCIA, y su composición en unidades de significancia o SIGNOS. Es cosa ahora de describir sus caracteres distintivos.

Un sistema semiológico se caracteriza:

- 1] por su modo de operación,
- 2] por su dominio de validez,
- 3] por la naturaleza y el número de sus signos,
- 4] por su tipo de funcionamiento.

Cada uno de estos rasgos comprende cierto número de variedades.

El MODO DE OPERACIÓN es la manera como el sistema actúa, especialmente el sentido (vista, oído, etc.) al que se dirige.

El DOMINIO DE VALIDEZ es aquel donde se impone el sistema y debe ser reconocido u obedecido.

La NATURALEZA y el NÚMERO DE LOS SIGNOS son función de las condiciones mencionadas.

El TIPO DE FUNCIONAMIENTO es la relación que une los signos y les otorga función distintiva.

Ensayemos esta definición en un sistema de nivel elemental: el sistema de luces del tráfico:

Su modo de operación es visual, generalmente diurno y a cielo abierto.

Su dominio de validez es el desplazamiento de vehículos por caminos.

Sus signos están constituidos por la oposición cromática verde-rojo (a veces con una fase intermedia, amarilla, de simple transición), por tanto un sistema binario.

Su tipo de funcionamiento es una relación de alternación (jamás de simultaneidad) verde/rojo, que significa camino abierto/camino cerrado, o en forma prescriptiva *go/stop*.

Este sistema es susceptible de extensión o de transferencia, pero sólo en una, nada más, de estas cuatro condiciones: el dominio de validez. Puede ser aplicado a la navegación fluvial, al abalazamiento de los canales, de las pistas de aviación, etc., a condición de conservar la misma oposición cromática, con la misma significación. La naturaleza de los signos no puede ser modificada sino temporalmente y por razones de oportunidad.²¹

Los caracteres reunidos en esta definición constituyen dos grupos: los dos primeros, relativos al modo de operación y al dominio de validez, suministran las condiciones externas, empíricas, del sistema; los últimos, relativos a los signos y a su tipo de funcionamiento, indican las condiciones internas, semióticas. Las dos primeras admiten ciertas variaciones o acomodaciones, los otros dos no. Esta forma estructural dibuja un modelo canónico de sistema binario que reaparece, por ejemplo, en los modos de votación, con bolas blancas o negras, levantándose o sentándose, etc., y en todas las circunstancias en que la alternativa pudiera ser (pero no es) enunciada en términos lingüísticos como sí/no.

Aquí ya podemos deslindar dos principios que afectan a las relaciones entre sistemas semióticos.

El primer principio puede ser enunciado como el PRINCIPIO DE NO REDUNDANCIA entre sistemas. No hay "sinonimia" entre sistemas semióticos; no puede "decirse la misma cosa" mediante

²¹ Constreñimientos materiales (niebla) pueden imponer procedimientos suplementarios, por ejemplo señales sonoras en lugar de señales visuales, pero tales expedientes pasajeros no modifican las condiciones normales.

la palabra y la música, que son sistemas de fundamento diferente.

Esto equivale a decir que dos sistemas semióticos de diferente tipo no pueden ser mutuamente convertibles. En el caso citado, la palabra y la música tienen por cierto un rasgo en común, la producción de sonidos y el hecho de dirigirse al oído; pero este nexo no prevalece ante la diferencia de naturaleza entre sus unidades respectivas y entre sus tipos de funcionamiento, como mostraremos más adelante. Así, la no convertibilidad entre sistemas de bases diferentes es la razón de la no redundancia en el universo de los sistemas de signos. El hombre no dispone de varios sistemas distintos para el MISMO nexo de significación.

En cambio el alfabeto gráfico y el alfabeto Braille o Morse o el de los sordomudos son mutuamente convertibles, por ser todos sistemas de iguales fundamentos basados en el principio alfabético: una letra, un sonido.

De este principio se desprende otro que lo completa.

Dos sistemas pueden tener un mismo signo en común sin que resulte sinonimia ni redundancia, o sea que la identidad sustancial de un signo no cuenta, sólo su diferencia funcional. El rojo del sistema binario de señales de tránsito no tiene nada en común con el rojo de la bandera tricolor, ni el blanco de ésta con el blanco del luto en China. El valor de un signo se define solamente en el sistema que lo integra. No hay signo transistemático.

Los sistemas de signos ¿son entonces otros tantos mundos cerrados, sin que haya entre ellos más que un nexo de coexistencia acaso fortuito? Formularemos una exigencia metódica más. Es preciso que la relación planteada entre sistemas semióticos sea por su parte de naturaleza semiótica. Será determinada ante todo por la acción de un mismo medio cultural, que de una manera o de otra produce y nutre todos los sistemas que le son propios. He aquí otro nexo externo, que no implica necesariamente una relación de coherencia entre los sistemas particulares. Hay otra condición: se trata de determinar si un sistema semiótico dado puede ser interpretado por sí mismo o si necesita recibir su interpretación de otro sistema. La relación semiótica entre sistemas se enunciará entonces como un nexo entre siste-

MA INTERPRETANTE y SISTEMA INTERPRETADO. Es la que poseemos en gran escala entre los signos de la lengua y los de la sociedad: los signos de la sociedad pueden ser íntegramente interpretados por los de la lengua, no a la inversa. De suerte que la lengua será el interpretante de la sociedad.²² En pequeña escala podrá considerarse el alfabeto gráfico como el interpretante del Morse o el Braille, en virtud de la mayor extensión de su dominio de validez, y pese al hecho de que todos sean mutuamente convertibles.

Podemos ya inferir de esto que los subsistemas semióticos interiores a la sociedad serán lógicamente los interpretados de la lengua, puesto que la sociedad los contiene y que la sociedad es el interpretado de la lengua. Se advierte ya en esta relación una disimetría fundamental, y puede uno remontarse a la causa primera de esta no reversibilidad: es que la lengua ocupa una situación particular en el universo de los sistemas de signos. Si convenimos en designar por *S* el conjunto de estos sistemas y por *L* la lengua, la conversión siempre sigue el sentido $S \rightarrow L$, nunca el inverso. Aquí tenemos un principio general de jerarquía, propio para ser introducido en la clasificación de los sistemas semióticos y que servirá para construir una teoría semiológica.

Para realzar mejor las diferencias entre los órdenes de relaciones semióticas, ponemos ahora en la misma posición un sistema muy distinto, el de la música. En lo esencial, las diferencias van a manifestárenos en la naturaleza de los "signos" y en su modo de funcionar.

La música está hecha de SONIDOS, que tienen estatuto musical cuando han sido designados y clasificados como NOTAS. No hay en música unidades directamente comparables a los "signos" de la lengua. Dichas notas tienen un marco organizador, la GAMA, en la que ingresan a título de unidades discretas, discontinuas una de otra, en número fijo, caracterizada cada una por un número constante de vibraciones por tiempo dado. Las gamas comprenden las mismas notas a alturas diferentes, definidas por un número de vibraciones en progresión geométrica, mientras los intervalos siguen siendo los mismos.

²² Este punto será desarrollado en otra parte.

Los sonidos musicales pueden ser producidos en monofonía o en polifonía; funcionan en estado aislado o en simultaneidad (acordes), cualesquiera que sean los intervalos que los separan en sus gamas respectivas. No hay limitación a la multiplicidad de los sonidos producidos simultáneamente por un conjunto de instrumentos, ni al orden, a la frecuencia o la extensión de las combinaciones. El compositor organiza libremente los sonidos en un discurso que no está sometido a ninguna convención "gramatical" y que obedece a su propia "sintaxis".

Se ve, pues, por dónde el sistema musical admite, y por dónde no, ser considerado como semiótico. Está organizado a partir de un conjunto constituido por la gama, que a su vez consta de notas. Las notas no tienen valor diferencial más que dentro de la gama, y ésta es, por su lado, un conjunto que recurre a varias alturas, especificado por el tono que indica la clave.

De modo que la unidad fundamental será la nota, unidad distintiva y opositiva del sonido, pero sólo adquiere este valor en la gama, que fija el paradigma de las notas. ¿Es semiótica esta unidad? Puede decidirse que lo es en su orden propio, en vista de que determina oposiciones. Pero entonces no tiene ninguna relación con la semiótica del signo lingüístico, y de hecho es inconvertible a unidades de lengua, en ningún nivel.

Otra analogía, que pone de manifiesto a la vez una diferencia profunda, es la siguiente. La música es un sistema que funciona sobre dos ejes: el eje de las simultaneidades y el eje de las sucesiones. Pensaría uno en una homología con el funcionamiento de la lengua sobre dos ejes, paradigmático y sintagmático. Ahora bien, el eje de las simultaneidades en música contradice el principio mismo del paradigmático en lengua, que es principio de selección, que excluye toda simultaneidad intrasegmental; y el eje de las sucesiones en música tampoco coincide con el eje sintagmático de la lengua, puesto que la sucesión musical es compatible con la simultaneidad de los sonidos, y que por añadidura no está sometida a ningún estreñimiento de enlace o exclusión con respecto a cualquier sonido o conjunto de sonidos, sea el que sea. Así, la combinatoria musical que participa de la armonía y del contrapunto carece de equivalente en la lengua, donde tanto el paradigma como el sintagma están sometidos a disposiciones específicas: reglas de compatibilidad, de selectivi-

dad, de recurrencia, etc., de lo que depende la frecuencia y la previsibilidad estadísticas, por una parte, y, por otra, la posibilidad de construir enunciados inteligibles. Esta diferencia no depende de un sistema musical particular ni de la escala sonora elegida; la dodecafonía serial la exhibe tanto como la diatonía.

Puede decirse, en suma, si la música es considerada como una "lengua", que es una lengua con una sintaxis, pero sin semiótica. Este contraste perfila por adelantado un rasgo positivo y necesario de la semiología lingüística que vale la pena anotar.

Pasemos ahora a otro dominio, el de las artes llamadas plásticas, dominio inmenso, donde nos conformaremos con indagar si alguna similitud u oposición puede esclarecer la semiología de la lengua. Por principio de cuentas, se tropieza con una dificultad de principio: ¿hay algo en común en el fundamento de todas estas artes, de no ser la vaga noción de "plástica"? ¿Se halla en cada una, o siquiera en una de ellas, una entidad formal que pueda denominarse UNIDAD del sistema considerado? Pero ¿cuál pudiera ser la unidad de la pintura o del dibujo? ¿La figura, el trazo, el color? Formulada así, ¿tiene aún algún sentido la cuestión?

Es tiempo de enunciar las condiciones mínimas de una comparación entre sistemas de órdenes diferentes. Todo sistema semiótico que descansa en signos tiene por fuerza que incluir: 1] un repertorio finito de SIGNOS, 2] reglas de disposición que gobiernan sus FIGURAS, 3] independientemente de la naturaleza y del número de los DISCURSOS que el sistema permita producir. Ninguna de las artes plásticas consideradas en su conjunto parece reproducir semejante modelo. Cuando mucho pudiera encontrarse alguna aproximación en la obra de tal o cual artista; entonces no se trataría de condiciones generales y constantes, sino de una característica individual, lo cual una vez más nos alejaría de la lengua.

Se diría que la noción de UNIDAD reside en el centro de la problemática que nos ocupa ²³ y que ninguna teoría sería pudiera cons-

²³ No pareció útil, ni aun posible, sobrecargar estas páginas, que anuncian nuestros puntos de vista personales, con una discusión de las teorías anteriores. El lector informado advertirá en particular lo que nos separa de Louis Hjelmslev en puntos esen-

tituirse olvidando o esquivando la cuestión de la unidad, pues todo sistema significante debe definirse por su modo de significación. De modo que un sistema así debe designar las unidades que hace intervenir para producir el "sentido" y especificar la naturaleza del "sentido" producido.

Se plantean entonces dos cuestiones:

1] ¿Pueden reducirse a unidades todos los sistemas semióticos?

2] Estas unidades, en los sistemas donde existen, ¿son signos?

La unidad y el signo deben ser tenidos por características distintas. El signo es necesariamente una unidad, pero la unidad puede no ser un signo. Cuando menos de esto estamos seguros: la lengua está hecha de unidades y esas unidades son signos. ¿Qué pasa con los demás sistemas semiológicos?

Consideramos primero el funcionamiento de los sistemas llamados artísticos, los de la imagen y del sonido, prescindiendo deliberadamente de su función estética. La "lengua" musical consiste en combinaciones y sucesiones de sonidos, diversamente articulados; la unidad elemental, el sonido, no es un signo; cada sonido es identificable en la estructura escalar de la que depende, ninguno está provisto de significancia. He aquí el ejemplo típico de unidades que no son signos, que no designan, por ser solamente los grados de una escala cuya extensión es fijada arbitrariamente. Estamos ante un principio discriminador: los sistemas fundados en unidades se reparten entre sistemas de unidades sig-

ciales. Lo que él llama *semiotics* es definido como "a hierarchy, any of whose components admits of a further analysis into classes defined by mutual relation, so that any of these classes admits of an analysis into derivatives defined by mutual mutation" (*Prolegomena to a Theory of Language*, trad. de Whitfield, 1961, p. 106). Semejante definición no será aceptable más que dentro de una adhesión global a los principios de la glosemática. Las consideraciones del mismo autor (*op. cit.*, p. 109) acerca del puesto del lenguaje en las estructuras semióticas, sobre los límites entre lo *semiótico* y lo no *semiótico*, reflejan una posición harto provisional y todavía imprecisa. No podrá sino aprobarse la invitación a estudiar desde un mismo punto de vista las diversas disciplinas semióticas: "it seems fruitful and necessary to establish a common point of view for a large number of disciplines, from the study of literature, art, and music, and general history, all the way to logistics and mathematics, so that from this common point of view these sciences are concentrated around a linguistically defined setting of problems" (*op. cit.*, p. 108). Pero este vasto programa no pasa de ser un piadoso anhelo mientras no se hayan elaborado los fundamentos teóricos de una comparación entre los sistemas. Es lo que tratamos de hacer aquí. Más recientemente, Charles Morris, *Signification and Significance* (1964), p. 62, se limita a hacer constar que para numerosos lingüistas, de quienes cita a algunos, la lingüística forma parte de la semiótica, pero no define la situación de la lengua desde este punto de vista.

nificantes y sistemas de unidades no significantes. En la primera categoría pondremos la lengua; en la segunda, la música.²⁴

En las artes de la figuración (pintura, dibujo, escultura) de imágenes fijas o móviles, es la existencia misma de unidades lo que se torna tema de discusión. ¿De qué naturaleza serían? Si se trata de colores, se reconoce que componen también una escala cuyos peldaños principales están identificados por sus nombres. Son designados, no designan; no remiten a nada, no sugieren nada de manera unívoca. El artista los escoge, los amalgama, los dispone a su gusto en el lienzo, y es sólo en la composición donde se organizan y adquieren, técnicamente hablando, una "significación", por la selección y la disposición. El artista crea así su propia semiótica: instituye sus oposiciones en rasgos que él mismo hace significantes en su orden. De suerte que no recibe un repertorio de signos, reconocidos tales, y tampoco establece ninguno. El color, un material, trae consigo una variedad ilimitada de matices que pasan uno a otro y ninguno de los cuales hallará equivalencia con el "signo" lingüístico.

En cuanto a las artes de la figura, ya participan de otro nivel, el de la representación, donde rasgo, color, movimiento, se combinan y entran en conjuntos gobernados por necesidades propias. Son sistemas distintos, de gran complejidad, donde la definición del signo no se precisará sino con el desenvolvimiento de una semiología todavía indecisa.

Las relaciones significantes del "lenguaje" artístico hay que descubrirlas DENTRO de una composición. El arte no es nunca aquí más que una obra de arte particular, donde el artista instituye libremente oposiciones y valores con los que juega con plena soberanía, sin tener "respuesta" que esperar, ni contradicción que eliminar, sino solamente una visión que expresar, según criterios, conscientes o no, de los que la composición entera da testimonio y se convierte en manifestación.

²⁴ Roland Harweg, "Language and Music, an Immanent and Sign Theoretic Approach" (*Foundations of Language*, 4, 1968, pp. 270ss.), verifica atinadamente que "the sign theoretic approach is inadequate for the study of music, for the only thing it can provide with regard to it are negative statements — 'negative' taken in a logical, not in an evaluative sense. All it can state may be comprised in the statement that music is NOT a significational-representational institution as is language" (p. 273). A esta verificación le falta, no obstante, el sustento de una elaboración teórica. El problema que discutimos aquí es precisamente el de la validez intersemiótica de la noción de "signo".

O sea que se pueden distinguir los sistemas en que la significancia está impresa por el autor en la obra y los sistemas donde la significancia es expresada por los elementos primeros en estado aislado, independientemente de los enlaces que puedan contraer. En los primeros, la significancia se desprende de las relaciones que organizan un mundo cerrado, en los segundos, es inherente a los signos mismos. La significancia del arte no remite nunca, pues, a una convención idénticamente heredada entre coparticipes.²⁵ Cada vez hay que descubrir sus términos, que son ilimitados en número, imprevisibles en naturaleza, y así por reinventar en cada obra —en una palabra, ineptos para fijarse en una institución. La significancia de la lengua, por el contrario, es la significancia misma, que funda la posibilidad de todo intercambio y de toda comunicación, y desde ahí de toda cultura.

No deja de ser válido, pues, con algunas metáforas de por medio, asimilar la ejecución de una composición musical a la producción de un enunciado de lengua; podrá hablarse de un “discurso” musical, que se analiza en “frases” separadas por “pausas” o “silencios”, señaladas por “motivos” reconocibles. También se podrá, en las artes de la figuración, buscar los principios de una morfología y de una sintaxis.²⁶ Cuando menos, una cosa es segura: ninguna semiología del sonido, del color, de la imagen, se formulará en sonidos, en colores, en imágenes. Toda semiología

²⁵ Mieczyslaw Wallis, “Medieval Art as a Language”, *Actes du 5^e Congrès international d'esthétique* (Amsterdam, 1964), p. 427, n.; “La notion de champ sémantique et son application à la théorie de l'Art”, *Sciences de l'art*, núm. especial (1966), pp. 3 ss., hace útiles observaciones acerca de los signos icónicos, especialmente en el arte medieval: discierne en él un “vocabulario” y reglas de “sintaxis”. Es verdad que puede reconocerse en la escultura medieval cierto repertorio icónico que corresponde a ciertos temas religiosos, a ciertas enseñanzas teológicas o morales. Pero son mensajes convencionales, producidos en una topología igualmente convencional donde las figuras ocupan puestos simbólicos, conformes a representaciones familiares. Por lo demás, las escenas figuradas son la trasposición icónica de relatos o parábolas; reproducen una verbalización inicial. El verdadero problema semiológico, que no ha sido planteado, qué sepamos, sería el buscar cómo se efectúa esta trasposición de una enunciación verbal a una representación icónica, cuáles son las correspondencias posibles entre un sistema y otro y en qué medida esta confrontación podría ser perseguida hasta la determinación de correspondencias entre signos distintos.

²⁶ La posibilidad de extender las categorías semiológicas a las técnicas de la imagen, y particularmente al cine, es debatida de manera instructiva por Chr. Metz, *Essais sur la signification au cinéma* (París, 1968), pp. 66s., 84 ss., 95 s. J. L. Scheffer, *Scénographie d'un tableau* (París, 1969), inaugura una “lectura” semiológica de la obra pintada y propone un análisis suyo análogo al de un “texto”. Estas indagaciones muestran ya el despertar de una reflexión original sobre los campos y las categorías de la semiología no lingüística.

de un sistema lingüístico tiene que recurrir a la mediación de la lengua, y así no puede existir más que por la semiología de la lengua y en ella. El que la lengua sea aquí instrumento y no objeto de análisis, no altera nada de la situación, que gobierna todas las relaciones semióticas; la lengua es el interpretante de todos los demás sistemas, lingüísticos y no lingüísticos.

Debemos precisar aquí la naturaleza y las posibilidades de las relaciones entre sistemas semióticos. Establecemos tres tipos de relaciones.

1] Un sistema puede engendrar otro. La lengua usual engendra la formalización lógico-matemática; la escritura ordinaria engendra la escritura estenográfica; el alfabeto normal engendra el alfabeto Braille. Esta RELACIÓN DE ENGENDRAMIENTO vale entre dos sistemas distintos y contemporáneos, pero de igual naturaleza, el segundo de los cuales está construido a partir del primero y desempeña una función específica. Hay que distinguir cuidadosamente esta relación de engendramiento de la relación de derivación, que supone evolución y transición histórica. Entre la escritura jeroglífica y la escritura demótica hay derivación, no engendramiento. La historia de los sistemas de escritura proporciona más de un ejemplo de derivación.

2] El segundo tipo de relación es la RELACIÓN DE HOMOLOGÍA, que establece una correlación entre las partes de dos sistemas semióticos. A diferencia de la precedente, esta relación no es verificada, sino instaurada en virtud de conexiones que se descubren o establecen entre dos sistemas distintos. La naturaleza de la homología puede variar, intuitiva o razonada, sustancial o estructural, conceptual o poética. "Los perfumes, los colores y los sonidos se responden." Estas "correspondencias" sólo son de Baudelaire, organizan su universo poético y la imaginería que lo refleja. De naturaleza más intelectual es la homología que ve Panofsky entre la arquitectura gótica y el pensamiento escolástico.²⁷ También se ha señalado la homología entre la escritura y el gesto ritual en China. Dos estructuras lingüísticas de índole diferente pueden revelar homologías parciales o dilatadas. Todo depende del modo como se planteen los dos sistemas, de los

²⁷ Erwin Panofsky, *Architecture gothique et pensée scolastique*, trad. de P. Bourdieu (Paris, 1967), pp. 104 s.; cf. P. Bourdieu, *ibid.*, pp. 152s., citando las homologías entre la escritura y la arquitectura gótica indicadas por R. Marichal.

parámetros que se empleen, de los campos donde se opere. Según el caso, la homología instaurada servirá de principio unificador entre dos dominios y se limitará a ese papel funcional, o creará una nueva especie de valores semióticos. Nada garantiza por adelantado la validez de esta relación, nada limita su extensión.

3] La tercera relación entre sistemas semióticos será denominada RELACIÓN DE INTERPRETANCIA. Designamos así la que instituimos entre un sistema interpretante y un sistema interpretado. Desde el punto de vista de la lengua, es la relación fundamental, la que reparte los sistemas en sistemas que se articulan, porque manifiestan su propia semiótica, y sistemas que son articulados y cuya semiótica no aparece sino a través de la reja de otro modo de expresión. Se puede así introducir y justificar el principio de que la lengua es el interpretante de todos los sistemas semióticos. Ningún sistema dispone de una "lengua" en la que pueda categorizarse e interpretarse según sus distinciones semióticas, mientras que la lengua puede, en principio, categorizar e interpretar todo, incluso ella misma.

Se ve aquí cómo la relación semiológica se distingue de toda otra, y en particular de la relación sociológica. Si se interroga por ejemplo a propósito de la situación respectiva de la lengua y de la sociedad —tema de debates incesantes— y acerca de su modo de dependencia mutua, el sociólogo, y probablemente quienquiera enfoque la cuestión en términos dimensionales, observará que la lengua funciona dentro de la sociedad, que la engloba; decidirá pues que la sociedad es el todo, y la lengua la parte. Pero la consideración semiológica invierte esta relación, ya que sólo la lengua permite la sociedad. La lengua constituye lo que mantiene juntos a los hombres, el fundamento de todas las relaciones que a su vez fundan la sociedad. Podrá decirse entonces que es la lengua la que contiene la sociedad.²⁸ Así la relación de interpretancia, que es semiótica, va al revés que la relación de encajonamiento, que es sociológica. Ésta, objetivando las dependencias externas, reifica parejamente lengua y sociedad, en tanto que aquélla las pone en dependencia mutua según su capacidad de semiotización.

Por aquí se verifica un criterio que indicamos antes, cuando,

²⁸ Tratamos más en detalle de esta relación en una exposición hecha en octubre de 1968 al Congreso Olivetti (cf. más adelante, pp. 95-106).

para determinar las relaciones entre sistemas semióticos, planteamos que estas relaciones deben ser, ellas mismas, de naturaleza semiótica. La relación irreversible de interpretancia, que incluye en la lengua los otros sistemas, satisface esta condición.

La lengua nos ofrece el único modelo de un sistema que sea semiótico a la vez en su estructura formal y en su funcionamiento:

1] Se manifiesta por la enunciación, que alude a una situación dada; hablar es siempre hablar de.

2] Consiste formalmente en unidades distintas, cada una de las cuales es un signo.

3] Es producida y recibida en los mismos valores de referencia entre todos los miembros de una comunidad.

4] Es la única actualización de la comunicación intersubjetiva.

Por estas razones, la lengua es la organización semiótica por excelencia. Da la idea de lo que es una función de signo, y es la única que ofrece la fórmula ejemplar de ello. De ahí procede que ella sola pueda conferir —y lo hace en efecto— a otros conjuntos la calidad de sistemas significantes informándolos de la relación de signo. Hay pues un MODELADO SEMIÓTICO que la lengua ejerce y del que no se concibe que su principio resida en otra parte que no sea la lengua. La naturaleza de la lengua, su función representativa, su poder dinámico, su papel en la vida de relación, hacen de ella la gran matriz semiótica, la estructura modeladora de la que las otras estructuras reproducen los rasgos y el modo de acción.

¿A qué se debe esta propiedad? ¿Puede discernirse por qué la lengua es el interpretante de todo sistema significativo? ¿Es sencillamente por ser el sistema más común, el que tiene el campo más vasto, la mayor frecuencia de empleo y —en la práctica— la mayor eficacia? Muy a la inversa: esta situación privilegiada de la lengua en el orden pragmático es una consecuencia, no una causa, de su preeminencia como sistema significativo, y de esta preeminencia puede dar razón un principio semiológico sólo. Lo descubriremos adquiriendo conciencia del hecho de que la lengua significa de una manera específica y que no es sino suya, de una manera que no reproduce ningún otro sistema. Está investida de una DOBLE SIGNIFICANCIA. He aquí propiamente un modelo sin análogo. La lengua combina dos modos distintos de

significancia, que llamamos el modo SEMIÓTICO por una parte, el modo SEMÁNTICO por otra.²⁹

Lo semiótico designa el modo de significancia que es propio del signo lingüístico y que lo constituye como unidad. Por mor del análisis pueden ser consideradas por separado las dos caras del signo, pero por lo que hace a la significancia, unidad es y unidad queda. La única cuestión que suscita un signo para ser reconocido es la de su existencia, y ésta se decide con un sí o un no: *árbol - canción - lavar - nervio - amarillo - sobre*, y no **ármol - *pación - *bavar - *nertio - *amafillo - *sibre*. Más allá, es comparado para delimitarlo, sea con significantes parcialmente parecidos: *casa : masa*, o *casa : cosa*, o *casa : cara*, sea con significados vecinos: *casa : choza*, o *casa : vivienda*. Todo el estudio semiótico, en sentido estricto, consistirá en identificar las unidades, en describir las marcas distintivas y en descubrir criterios cada vez más sutiles de la distintividad. De esta suerte cada signo afirmará con creciente claridad su significancia propia en el seno de una constelación o entre el conjunto de los signos. Tomado en sí mismo, el signo es pura identidad para sí, pura alteridad para todo lo demás, base signifiante de la lengua, material necesario de la enunciación. Existe cuando es reconocido como signifiante por el conjunto de los miembros de la comunidad lingüística, y evoca para cada quien, a grandes rasgos, las mismas asociaciones y las mismas oposiciones. Tal es el dominio y el criterio de la semiótica.

Con lo semántico entramos en el modo específico de significancia que es engendrado por el DISCURSO. Los problemas que se plantean aquí son función de la lengua como productora de mensajes. Ahora, el mensaje no se reduce a una sucesión de unidades por identificar separadamente; no es una suma de sig-

²⁹ Esta distinción fue propuesta por primera vez en la sesión inaugural del XIII^o Congrès des Sociétés de Philosophie de Langue Française, celebrada en Ginebra el 3 de septiembre de 1966. La exposición fue publicada en las Actes de dicho congreso, II, 29-40 (con discusión, pp. 41-47) (cf. adelante, cap. 15). Se verá aquí el remate del análisis presentado anteriormente con el título de "Niveaux de l'analyse linguistique" (en nuestros *Problèmes de linguistique générale*, I, 1966, pp. 119ss. [trad. esp., pp. 118ss.]). Habríamos preferido elegir, a fin de hacer más notoria esta distinción, términos menos parecidos uno al otro que SEMIÓTICA y SEMÁNTICA, puesto que los dos asumen aquí un sentido técnico. Hacía falta, con todo, que uno y otro evocasen la noción del *sema*, a la cual se vinculan ambos, si bien diferentemente. Esta cuestión terminológica no debería perturbar a quienes tengan a bien considerar la perspectiva completa de nuestro análisis.

nos la que produce el sentido, es, por el contrario, el sentido, concebido globalmente, el que se realiza y se divide en "signos" particulares, que son las PALABRAS. En segundo lugar, lo semántico carga por necesidad con el conjunto de los referentes, en tanto que lo semiótico está, por principio, separado y es independiente de toda referencia. El orden semántico se identifica con el mundo de la enunciación y el universo del discurso.

El hecho de que se trata, por cierto, de dos órdenes distintos de nociones y de dos universos conceptuales, es algo que se puede mostrar también mediante la diferencia en el criterio de validez que requieren el uno y el otro. Lo semiótico (el signo) debe ser RECONOCIDO; lo semántico (el discurso) debe ser COMPRENDIDO. La diferencia entre reconocer y comprender remite a dos facultades mentales distintas: la de percibir la identidad entre lo anterior y lo actual, por una parte, y la de percibir la significación de un enunciado nuevo, por otra. En las formas patológicas del lenguaje, es frecuente la disociación de las dos facultades.

La lengua es el único sistema cuya significancia se articula, así, en dos dimensiones. Los demás sistemas tienen una significancia unidimensional: o semiótica (gestos de cortesía; *mu-drās*), sin semántica; o semántica (expresiones artísticas), sin semiótica. El privilegio de la lengua es portar al mismo tiempo la significancia de los signos y la significancia de la enunciación. De ahí proviene su poder mayor, el de crear un nuevo nivel de enunciación, donde se vuelve posible decir cosas significantes acerca de la significancia. Es en esta facultad metalingüística donde encontramos el origen de la relación de interpretancia merced a la cual la lengua engloba los otros sistemas.

Cuando Saussure definió la lengua como sistema de signos, echó el fundamento de la semiología lingüística. Pero vemos ahora que si el signo corresponde en efecto a las unidades significantes de la lengua, no puede erigirse en principio único de la lengua en su funcionamiento discursivo. Saussure no ignoró la frase, pero es patente que le creaba una grave dificultad y la remitió al "habla",³⁰ lo cual no resuelve nada; es cosa precisamente de saber si es posible pasar del signo al "habla", y cómo.

³⁰ Cf. C. L. G., pp. 148, 172, y las observaciones de R. Godel, *Current Trends in Linguistics*, III, *Theoretical Foundations*, 1966, pp. 490ss.

En realidad el mundo del signo es cerrado. Del signo a la frase no hay transición ni por sintagmación ni de otra manera. Los separa un hiato. Hay pues que admitir que la lengua comprende dos dominios distintos, cada uno de los cuales requiere su propio aparato conceptual. Para el que llamamos semiótico, la teoría saussuriana del signo lingüístico servirá de base para la investigación. El dominio semántico, en cambio, debe ser reconocido como separado. Tendrá necesidad de un aparato nuevo de conceptos y definiciones.

La semiología de la lengua ha sido atascada, paradójicamente, por el instrumento mismo que la creó: el signo. No podía apartarse la idea del signo lingüístico sin suprimir el carácter más importante de la lengua; tampoco se podía extenderla al discurso entero sin contradecir su definición como unidad mínima.

En conclusión, hay que superar la noción saussuriana del signo como principio único, del que dependerían a la vez la estructura y el funcionamiento de la lengua. Dicha superación se logrará por dos caminos:

En el análisis intralingüístico, abriendo una nueva dimensión de significancia, la del discurso, que llamamos semántica, en adelante distinta de la que está ligada al signo, y que será semiótica.

En el análisis translingüístico de los textos, de las obras, merced a la elaboración de una metasemántica que será construida sobre la semántica de la enunciación.

Será una semiología de "segunda generación", cuyos instrumentos y método podrán concurrir asimismo al desenvolvimiento de las otras ramas de la semiología general.

4. EL LENGUAJE Y LA EXPERIENCIA HUMANA ¹

Todas las lenguas tienen en común ciertas categorías de expresión que parecen responder a un modelo constante. Las formas que adoptan estas categorías quedan registradas e inventariadas en las descripciones, mas sus funciones sólo aparecen con claridad si son estudiadas en el ejercicio del lenguaje y en la producción del discurso. Son categorías elementales, que son independientes de toda determinación cultural y donde vemos la experiencia subjetiva de los sujetos que se plantean y se sitúan en el lenguaje y por él. Tratamos aquí de poner en claro dos categorías fundamentales del discurso, conjuntas por lo demás necesariamente, la de la persona y la del tiempo.

Todo hombre se plantea en su individualidad en tanto que yo en relación con *tú* y *él*. Este comportamiento será juzgado “instintivo”; nos parece reflejar en realidad una estructura de oposiciones lingüísticas inherente al discurso. El que habla se refiere siempre por el mismo indicador yo a sí mismo que habla. Ahora bien, este acto de discurso que enuncia yo aparecerá, cuanta vez se reproduzca, como el mismo acto para el que lo oiga, pero para aquel que lo enuncie es cada vez un acto nuevo, así fuera repetido mil veces, pues opera en cada ocasión la inserción del locutor en un momento nuevo del tiempo y en una textura diferente de circunstancias y de discurso. Así, en toda lengua y en todo momento, el que habla se apropia el yo, ese yo que, en el inventario de las formas de la lengua, no es sino un dato léxico como cualquier otro, pero que, puesto en acción por el discurso, inserta en él la presencia de la persona sin la cual no hay lenguaje posible. No bien el pronombre yo aparece en un enunciado donde evoca —explícitamente o no— el pronombre *tú* para oponerse en conjunto a *él*, se instaura una vez

¹ Diogène, París, UNESCO, Gallimard, núm. 51 (julio-septiembre de 1965), pp. 3-13.

más una experiencia humana y revela el instrumento lingüístico que la funda. Baste para medir la distancia a la vez ínfima e inmensa que hay entre el dato y la función. Ahí están los pronombres, consignados y enseñados en las gramáticas, ofrecidos con los demás signos e igualmente disponibles. Con que uno de los hombres los pronuncie, los asume, y el pronombre yo, de elemento de un paradigma, se trasmuta en una designación única y produce, cada vez, una persona nueva. Es la actualización de una experiencia esencial, cuyo instrumento es inconcebible que faltara jamás en una lengua.

Tal es la experiencia central a partir de la cual se determina la posibilidad misma del discurso. Necesariamente idéntica en la forma (el lenguaje sería imposible si la experiencia cada vez nueva debiera inventarse, en boca de cada quien, una expresión cada vez distinta), esta experiencia no es descrita, está ahí, inherente a la forma que la trasmite, constituyendo la persona en el discurso y por consiguiente toda persona en cuanto habla. Por añadidura, este yo en la comunicación cambia alternativamente de estado: el que lo oye lo vincula al *otro*, de quien es signo innegable; pero, cuando habla a su vez, asume el yo por cuenta propia.

Una dialéctica singular es el resorte de esta subjetividad. La lengua suministra a los hablantes un mismo sistema de referencias personales que cada uno se apropia por el acto del lenguaje y que, en cada ocasión de su empleo, no bien es asumido por su enunciador, se torna único y sin igual, y no puede realizarse dos veces de la misma manera. Pero fuera del discurso efectivo, el pronombre no es más que una forma vacía, que no puede adherirse ni a un objeto ni a un concepto. Recibe su realidad y su sustancia del discurso nada más.

El pronombre personal no es la única forma de esta naturaleza. Algunos otros indicadores comparten la misma situación, en particular la serie de los deícticos. Al mostrar los objetos, los demostrativos ordenan el espacio a partir de un punto central, que es Ego, según categorías variables: el objeto está cerca o lejos de mí o de ti, está orientado así (delante o detrás de mí, arriba o abajo), visible o invisible, conocido o desconocido, etc. El sistema de las coordenadas espaciales se presta así a localizar todo objeto de no importa qué campo, una vez que quien lo or-

dena se ha designado a sí mismo como centro y punto de referencia.

Entre las formas lingüísticas reveladoras de la experiencia subjetiva, ninguna es tan rica como las que expresan el *tiempo*, ninguna es tan difícil de explorar: así son de tenaces las ideas recibidas, las ilusiones del "buen sentido", los cepos del psicologismo. Quisiéramos mostrar que este término de *tiempo* cubre representaciones muy diferentes, que son otros tantos modos de plantear el encadenamiento de las cosas, y quisiéramos mostrar sobre todo que la lengua conceptualiza el tiempo de muy otro modo que la reflexión.

Una confusión bastante divulgada es creer que algunas lenguas ignoran el tiempo, por el hecho de que, no perteneciendo a la familia de las lenguas flexivas, parecen carecer de verbo. Se sobreentiende que sólo el verbo permite expresar el tiempo. Hay aquí varias confusiones que deben ser denunciadas: la categoría del verbo se consigue reconocer aun en las lenguas no flexivas, y la expresión del tiempo es compatible con todos los tipos de estructuras lingüísticas. La organización paradigmática propia de las formas temporales de ciertas lenguas, notablemente de las indoeuropeas, no tiene el privilegio exclusivo, ni de hecho ni de derecho, de expresar el tiempo.

Más general y, por decirlo así, natural es otra confusión que consiste en pensar que el sistema temporal de una lengua reproduce la naturaleza del tiempo "objetivo": así de intensa es la propensión a ver en la lengua el calco de la realidad. Las lenguas no nos ofrecen de hecho más que construcciones diversas de lo real, y quizá sea precisamente en la manera de elaborar un sistema temporal complejo donde más diverjan. Tenemos que preguntarnos en qué nivel de la expresión lingüística podemos llegar a la noción del tiempo que informa necesariamente todas las lenguas, y luego cómo se caracteriza esta noción.

Hay en efecto un tiempo específico de la lengua, pero antes de llegar a él hay que pasar dos etapas y reconocer sucesivamente —para quitárnoslas de encima— dos nociones distintas del tiempo.

El *tiempo físico* del mundo es un continuo uniforme, infinito, lineal, segmentable a voluntad. Tiene por correlato en el hombre una duración infinitamente variable que cada individuo mide de acuerdo con sus emociones y con el ritmo de su vida interior. Es una oposición bien conocida y sin duda no hay por qué detenernos en ella aquí.

Del tiempo físico y de su correlato psíquico, la duración interior, distinguiremos con gran cuidado el *tiempo crónico*, que es el tiempo de los acontecimientos, que engloba asimismo nuestra propia vida en tanto que sucesión de aconteceres. En nuestra visión del mundo, así como en nuestra existencia personal, no hay más que un tiempo, éste. Debemos esforzarnos para caracterizarlo en su estructura propia y en nuestra manera de concebirlo.

Nuestro tiempo vivido corre sin fin y sin retorno, es la experiencia común. Nunca recobramos nuestra infancia, ni el ayer tan próximo, ni el instante huido al instante. No obstante, nuestra vida tiene puntos de referencia que situamos con exactitud en una escala reconocida por todos y a los que ligamos nuestro pasado inmediato o lejano. En esta contradicción aparente reside una propiedad esencial del tiempo crónico que hay que aclarar.

El observador que cada uno de nosotros es, puede pasear la mirada por los acontecimientos consumados, recorrerlos en dos direcciones, del pasado hacia el presente o del presente hacia el pasado. Nuestra propia vida forma parte de esos acontecimientos por los que nuestra visión baja o sube. En este sentido, el tiempo crónico, fraguado en la historia, admite una consideración bidireccional, en tanto que nuestra vida vivida fluye (es la imagen tradicional) en un solo sentido. Aquí es esencial la noción de acontecimiento.

En el tiempo crónico, lo que llamamos "tiempo" es la continuidad donde se disponen en serie esos bloques distintos que son los acontecimientos. Pues los acontecimientos no son el tiempo, *están* en el tiempo. Todo está en el tiempo, aparte del tiempo mismo. Ahora bien, el tiempo crónico, como el tiempo físico, trae consigo una versión doble, objetiva y subjetiva.

En todas las formas de cultura humana y en toda época, apreciamos de una u otra manera un esfuerzo de objetivar el tiem-

po crónico. Es una condición necesaria de la vida de las sociedades, y de la vida de los individuos en sociedad. Este tiempo socializado es el del calendario.

Todas las sociedades humanas han instituido un cómputo o una división del tiempo crónico fundado en la recurrencia de fenómenos naturales: alternación del día y de la noche, trayecto visible del sol, fases de la luna, movimientos de las mareas, estaciones del clima y de la vegetación, etc.

Los calendarios tienen rasgos en común que indican a qué condiciones necesarias tienen que responder.

Proceden a partir de un momento axial que sirve de punto cero del cómputo: un acontecimiento tan importante que pasa por dar a las cosas un curso nuevo (nacimiento del Cristo o del Buda; advenimiento de tal o cual soberano, etc.). Es la condición primera, que llamaremos *estativa*.

De ella se desprende la otra condición, que es *directiva*. Se enuncia mediante los términos opuestos "antes.../después..." con respecto al eje de referencia.

A la tercera condición la llamaremos *mensurativa*. Se fija un repertorio de unidades de medida que sirva para nombrar los intervalos constantes entre las recurrencias de fenómenos cósmicos. Así el intervalo entre la aparición y la desaparición del sol en dos puntos diferentes del horizonte será el "día"; el intervalo entre dos conjunciones de la luna y del sol será el "mes"; el intervalo definido por una revolución completa del sol y de las estaciones será el "año". Pueden agregarse a voluntad otras unidades, sean de agrupamiento (semana, quincena, trimestre, siglo) o de división (hora, minuto...), pero son menos usuales.

Tales son las características del tiempo crónico, fundamento de la vida de las sociedades. A partir del eje *estativo*, los acontecimientos son dispuestos según la una o la otra ojeada *directiva*, o anteriormente (hacia atrás) o posteriormente (hacia adelante) con respecto a este eje, y están alojados en una división que permite *medir* su distancia al eje: tantos años antes o después del eje, luego tal mes y tal día del año en cuestión. Cada una de las divisiones (año, mes, día) se alinea en una serie infinita, cuyos términos todos son idénticos y constantes, que no admite ni desigualdad ni vacío, de suerte que el aconte-

cimiento por situar está exactamente localizado en la cadena crónica por su coincidencia con tal o cual división particular. El año 12 *después de J.C.* es el único que se sitúa después del año 11 y antes del año 13; el año 12 *antes de J.C.* cae también después del año 11 y antes del año 13 pero en una visión de dirección opuesta que, como se dice, remonta el curso de la historia.

Son estos puntos de referencia los que dan la posición objetiva de los acontecimientos, y que así definen también *nuestra* situación con respecto a dichos acontecimientos. Nos dicen en sentido propio *dónde* estamos en la vastedad de la historia, cuál es nuestro lugar entre la sucesión infinita de los hombres que han vivido y de las cosas que han pasado.

El sistema obedece a necesidades internas que son apremiantes. El eje de referencia no puede ser corrido, ya que lo marca alguna cosa que ocurrió de veras en el mundo, y no una convención revocable. Los intervalos son constantes de uno y otro lado del eje. Por último, el cómputo de los intervalos es fijo e inmutable. De no ser fijo, estaríamos perdidos en un tiempo errático y todo nuestro universo mental partiría a la deriva. Si no fuera inmutable, si los años permutasen con los días o si cada cual los contase a su manera, ya no podría emitirse ningún discurso sensato acerca de nada y la historia entera hablaría el lenguaje de la locura.

De modo que puede parecer natural que la estructura del tiempo crónico esté caracterizada por su permanencia y su fijeza. Pero no hay que dejar de advertir a la vez que estos caracteres resultan de que la organización social del tiempo crónico es en realidad *intemporal*. No estamos enunciando ninguna paradoja.

Intemporal lo es este tiempo medido por el calendario, en virtud de su fijeza misma. Los días, los meses, los años son cantidades fijas, que observaciones inmemoriales han deducido del juego de las fuerzas cósmicas, pero estas magnitudes son denominaciones del tiempo que no participan para nada de la naturaleza del tiempo y están por sí mismas vacías de toda temporalidad. Habida cuenta de su especificidad léxica, se asimilarán a los números, que no poseen ninguna propiedad de las materias que enumeran. El calendario es exterior al tiempo.

No transcurre con él. Registra series de unidades constantes, llamadas días, que se agrupan en unidades superiores (meses, años). Ahora bien, como un día es idéntico a otro día, nada dice de tal día del calendario, tomado en sí mismo, si es pasado, presente o futuro. No puede ser colocado en una de estas tres categorías más que por aquel que *vive* el tiempo. "13 de febrero de 1641" es una fecha explícita y completa en virtud del sistema, pero que no nos permite saber en qué tiempo enunciada; puede lo mismo tomarse como prospectiva —por ejemplo en una cláusula que garantice la validez de un tratado concluido un siglo antes, que como retrospectiva, evocada dos siglos más tarde. El tiempo crónico fijado en un calendario es ajeno al tiempo vivido y no puede coincidir con él; por el hecho mismo de ser objetivo, propone medidas y divisiones uniformes donde se alojan los acontecimientos, pero éstas no coinciden con las categorías propias de la experiencia humana del tiempo.

Con respecto al tiempo crónico, ¿qué hay del *tiempo lingüístico*? Al abordar este tercer nivel del tiempo hay que instaurar de nuevo distinciones y separar cosas diferentes, incluso, o sobre todo, si no puede evitarse el llamarlas por el mismo nombre. Una cosa es situar un acontecimiento en el tiempo crónico, otra cosa insertarlo en el tiempo de la lengua. Es por la lengua como se manifiesta la experiencia humana del tiempo, y el tiempo lingüístico se nos manifiesta como igualmente irreducible al tiempo crónico y al tiempo físico.

Lo que tiene de singular el tiempo lingüístico es que está orgánicamente ligado al ejercicio de la palabra, que se define y se ordena como función del discurso.

Este tiempo tiene su centro —un centro generador y axial a la vez— en el *presente* de la instancia de palabra. Cuanta vez un locutor emplea la forma gramatical de "presente" (o su equivalente), sitúa el acontecimiento como contemporáneo de la instancia de discurso que lo menciona. Es evidente que este presente, en tanto que función del discurso, no puede ser localizado en una división particular del tiempo crónico, porque admite todas y no exige ninguna. El locutor sitúa como "presen-

te" todo lo que implica como tal en virtud de la forma lingüística que emplea. Este presente es reinventado cuanta vez un hombre habla porque es, al pie de la letra, un momento nuevo, no vivido aún. He aquí, una vez más, una propiedad original del lenguaje, tan particular que sin duda será cosa de buscar un término distinto para designar el tiempo lingüístico y separarlo así de las otras nociones confundidas bajo el mismo nombre.

El presente lingüístico es el fundamento de las oposiciones temporales de la lengua. Este presente que se desplaza con el progreso del discurso, sin dejar de ser presente, constituye la línea divisoria entre otros dos momentos que engendra y que son igualmente inherentes al ejercicio de la palabra: el momento en que el acontecimiento no es ya contemporáneo del discurso, ha salido del presente y debe ser evocado por la memoria, y el momento en que el acontecimiento no está todavía presente, va a estarlo y surge en proyección.

Se advertirá que en realidad el lenguaje no dispone sino de una sola expresión temporal, el presente, y que éste, señalado por la coincidencia del acontecimiento y del discurso, es por naturaleza implícito. Cuando es explicitado formalmente, es por medio de una de esas redundancias frecuentes en el uso cotidiano. Por el contrario, los tiempos no presentes, ellos sí siempre explicitados en la lengua, a saber, el pasado y el porvenir, no están en el mismo nivel del tiempo que el presente. La lengua no los sitúa en el tiempo según su posición propia, ni en virtud de una relación que debería entonces ser otra que la de la coincidencia entre el acontecimiento y el discurso, sino solamente como puntos vistos detrás o adelante *a partir del presente*. (Detrás y adelante, porque el hombre va al encuentro del tiempo o el tiempo viene a él, según la imagen que anime nuestra representación.) La lengua debe por necesidad ordenar el tiempo a partir de un eje, y éste es siempre y solamente la instancia de discurso. Sería imposible desplazar este eje de referencia y plantarlo en el pasado o en el porvenir; no puede ni imaginarse qué sería de una lengua en que el punto de partida de la ordenación del tiempo no coincidiese con el presente lingüístico y donde el eje temporal fuera, él mismo, una variable de la temporalidad.

Se llega así a una verificación —sorprendente a primera vista

pero profundamente acorde con la naturaleza real del lenguaje—: que el único tiempo inherente a la lengua es el presente axial del discurso, y que este presente es implícito. Determina otras dos referencias temporales; éstas son necesariamente explicitadas en un significante y, en compensación, hacen aparecer el presente como una línea de separación entre lo que ya no está presente y lo que va a estarlo. Estas dos referencias no llevan al tiempo sino a visiones del tiempo, proyectadas hacia atrás y hacia adelante a partir del punto presente. Tal parece ser la experiencia fundamental del tiempo que todas las lenguas atestiguan a su manera. Informa los sistemas temporales concretos y en particular la organización formal de los diferentes sistemas verbales.

Sin entrar en el detalle de estos sistemas, que a menudo son de gran complejidad, señalaremos un hecho significativo. Se advierte que en lenguas de los más variados tipos la forma del pasado no falta jamás, y muy a menudo es doble o aun triple. Las lenguas indoeuropeas antiguas disponen para esta expresión del pretérito y del aoristo, y aun del perfecto. En francés sigue habiendo dos formas distintas (tradicionalmente: pasado definido e indefinido) y el escritor sacará partido instintivamente de esta diferencia para separar el plano de la historia del de la narración. Según Sapir, hay en ciertos dialectos de la lengua chinook (hablada en la región del río Columbia) tres formas de pasado, distinguidas por sus prefijos: *in-* indica el pasado indefinido; *ga-*, el pasado muy remoto de los mitos; *na-*, el pasado bien reciente, ayer: “él fue” se dirá, según la circunstancia, *ninyaya* (*ni* prefijo + *y*, “él” + *uya*, “ir”) o *gayuya* (prefijo *ga* + *y* + *uya*) o *nayuya* (*na* + *y* + *uya*). Por el contrario, muchas lenguas no tienen forma específica de futuro. Se usa a menudo el presente con algún adverbio o partícula indicador de un momento por venir. En el mismo dialecto chinook que posee tres formas de pasado, no hay más que una para el futuro, y se caracteriza por un morfema redundante *a* que es a la vez prefijado y sufijado, a diferencia de los prefijos del pretérito. Así se dice *ačimluda*, “él te lo dará”, descomponible en *a-* futuro + *č*, “él” + *i*, “lo” + *m*, “tú” + *l*, “a” + *ud*, “dar” + *a* futuro. El análisis diacrónico, en las lenguas en que es posible, muestra que el futuro se constituye a menudo en fecha

reciente por especialización de ciertos auxiliares, notablemente "querer".

Este contraste entre las formas del pasado y las del futuro es instructivo por su generalidad aun en el mundo de las lenguas. Hay evidentemente una diferencia de naturaleza entre esta temporalidad retrospectiva, que puede adoptar varias distancias en el pasado de nuestra experiencia, y la temporalidad prospectiva que no entra en el campo de nuestra experiencia y que a decir verdad no se temporaliza sino en tanto que previsión de experiencia. Aquí la lengua recalca una disimetría que reside en la naturaleza desigual de la experiencia.

Merece atención un aspecto final de esta temporalidad: el modo como se inserta en el proceso de la comunicación.

Del tiempo lingüístico, indicamos la emergencia en el seno de la instancia del discurso que lo contiene en potencia y lo actualiza en hecho. Pero el acto de palabra es necesariamente individual; la instancia específica de donde resulta el presente es nueva cada vez. En consecuencia, la temporalidad lingüística debería realizarse en el universo intrapersonal del locutor como una experiencia irremediamente subjetiva e imposible de transmitir. Si cuento lo que "me pasó", el pasado al que me refiero no es definido sino con respecto al presente de mi acto de palabra, pero como el acto de palabra surge de mí y nadie sino yo puede hablar por mi boca, ni más ni menos que ver por mis ojos o sentir lo que siento, es a mí solo a quien este "tiempo" se referirá, y a mi sola experiencia a la que se atenderá. Pero el razonamiento anda mal. Acontece una cosa singular, muy sencilla e infinitamente importante que logra lo que parecía lógicamente imposible: la temporalidad que es mía cuando ordena mi discurso es aceptada del todo como suya por mi interlocutor. Mi "hoy" se convierte en su "hoy", aunque no lo haya instaurado en su propio discurso, y mi "ayer" en su "ayer". Recíprocamente, cuando él hable contestando, yo convertiré, vuelto receptor, su temporalidad en la mía. Tal aparece la condición de inteligibilidad del lenguaje, revelada por el lenguaje: consiste en que la temporalidad del locutor, por mucho que sea literalmente ajena e inaccesible para el receptor, es identificada por éste con la temporalidad que informa su propia palabra cuando se hace a su vez locutor. Así el uno y el otro están afinados

a la misma longitud de onda. El tiempo del discurso no es ni reducido a las divisiones del tiempo crónico ni encerrado en una subjetividad solipsista. Funciona como un factor de intersubjetividad, lo cual, de unipersonal que debía ser, lo vuelve omni-personal. La condición de intersubjetividad es la única que permite la comunicación lingüística.

Específico, lo es el tiempo lingüístico de una manera más. Trae sus propias divisiones en su propio orden, independientes el uno y las otras de los del tiempo crónico. Quienquiera diga "ahora, hoy, en este momento", localiza un acontecimiento como simultáneo a su discurso; su "hoy" pronunciado es necesario y suficiente para que su interlocutor se le reúna en la misma representación. Pero sepáremos "hoy" del discurso que lo contiene, pongámoslo en un texto escrito; "hoy" no es ya el signo del presente lingüístico, puesto que ya no es hablado y percibido, y tampoco puede remitir al lector a ningún día del tiempo crónico, puesto que no se identifica con ninguna fecha; pudo haber sido proferido no importa qué día del calendario y se aplicará indiferentemente a todo día. El único modo de emplearlo y de hacerlo inteligible fuera del presente lingüístico es anexarle una correspondencia explícita con una división del tiempo crónico: "hoy 12 de junio de 1924". La misma situación se presenta en un yo sustraído al discurso que lo introduce y que, conveniente entonces a todo locutor posible, no designa a su locutor real: hay que actualizarlo agregando el nombre propio de este locutor: "yo, Fulano..." De lo cual se desprende que las cosas designadas y ordenadas por el discurso (el locutor, su posición, su tiempo) no pueden ser identificadas más que para quienes intervienen en el intercambio lingüístico. En otras palabras, para volver inteligibles estas referencias intradiscursivas, hay que vincular cada una de ellas a un punto determinado en un conjunto de coordenadas espaciotemporales. Así se establece la juntura entre el tiempo lingüístico y el tiempo crónico.

La temporalidad lingüística es a la vez de lo más rotunda en sus tres articulaciones distintivas y muy limitada en cada una de ellas. Centrada en "hoy", no puede correrse hacia atrás o hacia adelante más que distancias de dos días: "ayer" y "anteayer" hacia atrás; hacia adelante, "mañana" y "pasadomañana"

Esto es todo. Un grado más (“anteanteayer”...) es cosa excepcional. Incluso el segundo no suele tener expresión léxica independiente; “anteayer” y “pasadomañana” no son más que “ayer” y “mañana” llevados un grado más lejos en su orden. De manera que no queda sino “ayer” y “mañana”, separados y determinados por “hoy”, como términos originales que señalan las distancias temporales a partir del presente lingüístico. En la misma perspectiva deben ponerse algunas calificaciones: “último” (“el invierno último, la noche última”) y “próximo” (“la semana próxima, el verano próximo”) no acarrear localización fija y única, ni más ni menos que “ayer” y “mañana”. Lo que caracteriza las series de designaciones del orden intersubjetivo, como se ve, es que una traslación espacial y temporal resulta necesaria para objetivar signos tales como “este”, “yo”, “ahora”, que tienen cada vez un referente único en la instancia de discurso y que sólo ahí lo tienen. Esta transferencia saca a relucir la diferencia de los planos entre los que se deslizan las mismas formas lingüísticas, según sean consideradas en el ejercicio del discurso o en el estado de datos léxicos.

Cuando, por razones pragmáticas, el locutor tiene que llevar su alcance temporal más allá de los límites enunciados por “ayer” y “mañana”, el discurso sale de su plano propio y utiliza la graduación del tiempo crónico, ante todo la numeración de las unidades: “hace ocho días”, “dentro de tres meses”. No obstante, “hace” y “dentro de” siguen siendo indicios del distanciamiento subjetivo; no podrían pasar sin conversión a una relación histórica: “hace (ocho días)” se convierte en “(ocho días) antes”, y “dentro de (tres meses)” se vuelve “(tres meses) después, más tarde”, al igual que “hoy” debe tornarse “aquel día”. Estos operadores efectúan la transferencia del tiempo lingüístico al tiempo crónico.

La intersubjetividad tiene, de esta manera, su temporalidad, sus dimensiones. Ahí se refleja en la lengua la experiencia de una relación primordial, constante, indefinidamente reversible, entre el hablante y su interlocutor. En último análisis, es siempre el acto de palabra en el proceso de intercambio a lo que remite la experiencia humana inscrita en el lenguaje.

Esto es todo. Un grado más (“anteanteayer” . . .) es cosa excepcional. Incluso el segundo no suele tener expresión léxica independiente; “anteayer” y “pasadomañana” no son más que “ayer” y “mañana” llevados un grado más lejos en su orden. De manera que no queda sino “ayer” y “mañana”, separados y determinados por “hoy”, como términos originales que señalan las distancias temporales a partir del presente lingüístico. En la misma perspectiva deben ponerse algunas calificaciones: “último” (“el invierno último, la noche última”) y “próximo” (“la semana próxima, el verano próximo”) no acarrear localización fija y única, ni más ni menos que “ayer” y “mañana”. Lo que caracteriza las series de designaciones del orden intersubjetivo, como se ve, es que una traslación espacial y temporal resulta necesaria para objetivar signos tales como “este”, “yo”, “ahora”, que tienen cada vez un referente único en la instancia de discurso y que sólo ahí lo tienen. Esta transferencia saca a relucir la diferencia de los planos entre los que se deslizan las mismas formas lingüísticas, según sean consideradas en el ejercicio del discurso o en el estado de datos léxicos.

Cuando, por razones pragmáticas, el locutor tiene que llevar su alcance temporal más allá de los límites enunciados por “ayer” y “mañana”, el discurso sale de su plano propio y utiliza la graduación del tiempo crónico, ante todo la numeración de las unidades: “hace ocho días”, “dentro de tres meses”. No obstante, “hace” y “dentro de” siguen siendo indicios del distanciamiento subjetivo; no podrían pasar sin conversión a una relación histórica: “hace (ocho días)” se convierte en “(ocho días) antes”, y “dentro de (tres meses)” se vuelve “(tres meses) después, más tarde”, al igual que “hoy” debe tornarse “aquel día”. Estos operadores efectúan la transferencia del tiempo lingüístico al tiempo crónico.

La intersubjetividad tiene, de esta manera, su temporalidad, sus dimensiones. Ahí se refleja en la lengua la experiencia de una relación primordial, constante, indefinidamente reversible, entre el hablante y su interlocutor. En último análisis, es siempre el acto de palabra en el proceso de intercambio a lo que remite la experiencia humana inscrita en el lenguaje.

Muy otra cosa es el empleo de la lengua. Aquí es cosa de un mecanismo total y constante que, de una manera o de otra, afecta a la lengua entera. La dificultad es captar este gran fenómeno, tan trivial que parece confundirse con la lengua misma, tan necesario que se escapa.

La enunciación es este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización.

El discurso —se dirá—, que es producido cada vez que se habla, esa manifestación de la enunciación, ¿no es sencillamente el “habla”? Hay que atender a la condición específica de la enunciación: es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta. La relación entre el locutor y la lengua determina los caracteres lingüísticos de la enunciación. Debe considerársela como hecho del locutor, que toma la lengua por instrumento, y en los caracteres lingüísticos que marcan esta relación.

Este gran proceso puede ser estudiado de diversos modos. Vemos tres principales.

El más inmediatamente perceptible y el más directo —con todo y que en general no se le relacione con el fenómeno general de la enunciación— es la realización vocal de la lengua. Los sonidos emitidos y percibidos, ya sean estudiados en el marco de un idioma particular o en sus manifestaciones generales, como proceso de adquisición, de difusión, de alteración —son otras tantas ramas de la fonética— proceden siempre de actos individuales, que el lingüista sorprende en lo posible en una producción nativa, en el seno del habla. En la práctica científica, se procura eliminar o atenuar los rasgos individuales de la enunciación fonética recurriendo a sujetos diferentes y multiplicando los registros, de manera que se obtenga una imagen media de los sonidos, distintos o ligados. Pero todo el mundo sabe que, en el mismo sujeto, los mismos sonidos no son nunca reproducidos exactamente, y que la noción de identidad sólo es aproximada, precisamente cuando la experiencia es repetida en detalle. Estas diferencias se deben a la diversidad de las situaciones en que es producida la enunciación.

El mecanismo de esta producción es otro aspecto esencial del mismo problema. La enunciación supone la conversión in-

dividual de la lengua en discurso. Aquí la cuestión —muy difícil y todavía poco estudiada— es ver cómo el “sentido” se forma en “palabras”, en qué medida puede distinguirse entre las dos nociones y en qué términos describir su interacción. Es la semantización de la lengua lo que ocupa el centro de este aspecto de la enunciación, y conduce a la teoría del signo y al análisis de la significancia.² En esta misma consideración pondremos los procedimientos mediante los cuales las formas lingüísticas de la enunciación se diversifican y se engendran. La “gramática transformacional” aspira a codificarlos y formalizarlos para deslindar un marco permanente y, a partir de una teoría de la sintaxis universal, propone elevarse a una teoría del funcionamiento de la mente.

Puede, en fin, considerarse otro enfoque, que consistiría en definir la enunciación en el marco formal de su realización. Tal es el objeto propio de estas páginas. Tratamos de esbozar, dentro de la lengua, los caracteres formales de la enunciación a partir de la manifestación individual que actualiza. Tales caracteres son necesarios y permanentes los unos, los otros incidentales y ligados a la particularidad del idioma elegido. Por comodidad, los datos aquí utilizados proceden del francés usual y de la lengua de la conversación.

En la enunciación consideramos sucesivamente el acto mismo, las situaciones donde se realiza, los instrumentos que la consuman.

El acto individual por el cual se utiliza la lengua introduce primero el locutor como parámetro en las condiciones necesarias para la enunciación. Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se efectúa en una instancia de discurso, que emana de un locutor, forma sonora que espera un auditor y que suscita otra enunciación a cambio.

En tanto que realización individual, la enunciación puede definirse, en relación con la lengua, como un proceso de *apropiación*. El locutor se apropia el aparato formal de la lengua y enuncia su posición de locutor mediante indicios específicos,

² Nos ocupamos particularmente de esto en un estudio publicado en *Semiótica*, I, 1969 (antes, pp. 47-69).

por una parte, y por medio de procedimientos accesorios, por otra.

Pero inmediatamente, en cuanto se declara locutor y asume la lengua, implanta al *otro* delante de él, cualquiera que sea el grado de presencia que atribuya a este otro. (Toda enunciación es, explícita o implícita, una alocución, postula un alocutario.)

Finalmente, en la enunciación, la lengua se halla empleada en la expresión de cierta relación con el mundo. La condición misma de esta movilización y de esta apropiación de la lengua es, en el locutor, la necesidad de referir por el discurso y, en el otro, la posibilidad de correferir idénticamente, en el consenso pragmático que hace de cada locutor un colocutor. La referencia es parte integrante de la enunciación.

Estas condiciones iniciales van a gobernar todo el mecanismo de la referencia en el proceso de enunciación, creando una situación muy singular y de la cual no se adquiere la menor conciencia.

El acto individual de apropiación de la lengua introduce al que habla en su habla. He aquí un dato constitutivo de la enunciación. La presencia del locutor en su enunciación hace que cada instancia de discurso constituya un centro de referencia interna. Esta situación se manifestará por un juego de formas específicas cuya función es poner al locutor en relación constante y necesaria con su enunciación.

Esta descripción un poco abstracta se aplica a un fenómeno lingüístico familiar en el uso, pero cuyo análisis teórico apenas se está iniciando. Está primero la emergencia de los indicios de persona (la relación *yo-tú*), que no se produce más que en la enunciación y por ella: el término *yo* denota al individuo que profiere la enunciación, el término *tú*, al individuo que está presente como alocutario.

De igual naturaleza y atinentes a la misma estructura de enunciación son los indicios numerosos de la *ostensión* (tipo *este, aquí*, etc.), términos que implican un gesto que designa el objeto al mismo tiempo que es pronunciada la instancia del término.

Las formas llamadas tradicionalmente “pronombres personales”, “demostrativos”, nos aparecen ahora como una clase de “individuos lingüísticos”, de formas que remiten siempre y

solamente a “individuos”, trátase de personas, de momentos, de lugares, por oposición a los términos nominales que remiten siempre y solamente a conceptos. Ahora, el estatuto de estos “individuos lingüísticos” procede del hecho de que nacen de una enunciación, de que son producidos por este acontecimiento individual y, si puede decirse, “semelnativo”. Son engendrados de nuevo cada vez que es proferida una enunciación, y cada vez designan de nuevo.

Otra serie, tercera, de términos aferentes a la enunciación está constituida por el paradigma entero —a menudo vasto y complejo— de las formas temporales, que se determinan por relación con el EGO, centro de la enunciación. Los “tiempos” verbales cuya forma axial, el “presente”, coincide con el momento de la enunciación, forman parte de este aparato necesario.³

Vale la pena detenerse en esta relación con el tiempo, y meditar acerca de la *necesidad*, interrogarse sobre lo que la sustenta. Podría creerse que la temporalidad es un marco innato del pensamiento. Es producida en realidad en la enunciación y por ella. De la enunciación procede la instauración de la categoría del presente, y de la categoría del presente nace la categoría del tiempo. El presente es propiamente la fuente del tiempo. Es esta presencia en el mundo que sólo el acto de enunciación hace posible, pues —piénsese bien— el hombre no dispone de ningún otro medio de vivir el “ahora” y de hacerlo actual más que realizarlo por inserción del discurso en el mundo. Podría mostrarse mediante análisis de sistemas temporales en diversas lenguas la posición central del presente. El presente formal no hace sino explicitar el presente inherente a la enunciación, que se renueva con cada producción de discurso, y a partir de este presente continuo, coextensivo con nuestra presencia propia, se imprime en la conciencia el sentimiento de una continuidad que llamamos “tiempo”; continuidad y temporalidad se engendran en el presente incesante de la enunciación que es el presente del ser mismo, y se delimitan, por referencia interna, entre lo que va a volverse presente y lo que acaba de no serlo ya.

Así la enunciación es directamente responsable de ciertas

³ El detalle de los hechos de lengua que abarcamos aquí en una ojeada sintética es expuesto en varios capítulos de nuestros *Problèmes de linguistique générale*, I (Paris, 1966; hay trad. esp. México, 1971), lo cual nos disculpa de insistir.

clases de signos que promueve, literalmente, a la existencia. Pues no podrían nacer ni hallar empleo en el uso cognitivo de la lengua. Hay pues que distinguir las entidades que tienen en la lengua su estatuto pleno y permanente y aquellas que, emanadas de la enunciación, sólo existen en la red de "individuos" que la enunciación crea y en relación con el "aquí-ahora" del locutor. Por ejemplo, el "yo", el "eso", el "mañana" de la descripción gramatical no son sino los "nombres" metalingüísticos de *yo*, *eso*, *mañana* producidos en la enunciación.

Aparte de las fuerzas que gobierna, la enunciación da las condiciones necesarias para las grandes funciones sintácticas. No bien el enunciador se sirve de la lengua para influir de algún modo sobre el comportamiento del alocutario, dispone para ello de un aparato de funciones. Está, primero, la *interrogación*, que es una enunciación construida para suscitar una "respuesta", por un proceso lingüístico que es al mismo tiempo un proceso de comportamiento de doble entrada. Todas las formas léxicas y sintácticas de la interrogación, partículas, pronombres, sucesión, entonación, etc., participan de este aspecto de la enunciación.

Parecidamente serán atribuidos los términos o formas que llamamos de *intimación*: órdenes, llamados, concebidos en categorías como el imperativo, el vocativo, que implican una relación viva e inmediata del enunciador y el otro, en una referencia necesaria al tiempo de la enunciación.

Menos evidente quizá, pero no menos cierta, es la pertenencia de la *aserción* a este mismo repertorio. Tanto en su sesgo sintáctico como en su entonación, la aserción apunta a comunicar una certidumbre, es la manifestación más común de la presencia del locutor en la enunciación, hasta tiene instrumentos específicos que la expresan o implican, las palabras *sí* y *no* que asertan positiva o negativamente una proposición. La negación como operación lógica es independiente de la enunciación, tiene su forma propia en francés, que es *ne . . . pas*. Pero la partícula asertiva *no*, sustituto de una proposición, se clasifica como la partícula *sí*, cuyo estatuto comparte, entre las formas que participan de la enunciación.

Más ampliamente aún, si bien de manera menos categorizable, se disponen aquí toda suerte de modalidades formales.

unas pertenecientes a los verbos como los “modos” (optativo, subjuntivo) que enuncian actitudes del enunciador hacia lo que enuncia (espera, deseo, aprensión), las otras a la fraseología (“quizá”, “sin duda”, “probablemente”) y que indican incertidumbre, posibilidad, indecisión, etc., o, deliberadamente, denegación de aserción.

Lo que en general caracteriza a la enunciación es la *acentuación de la relación discursiva al interlocutor*, ya sea éste real o imaginado, individual o colectivo.

Esta característica plantea por necesidad lo que puede llamarse el *cuadro figurativo* de la enunciación. Como forma de discurso, la enunciación plantea dos “figuras” igualmente necesarias, fuente la una, la otra meta de la enunciación. Es la estructura del *diálogo*. Dos figuras en posición de interlocutores son alternativamente protagonistas de la enunciación. Este marco es dado necesariamente con la definición de la enunciación.

Podría objetarse que puede haber diálogo fuera de la enunciación o enunciación sin diálogo. Deben ser examinados los dos casos.

En la justa verbal practicada por diferentes pueblos, y de la cual es una variedad típica el *hain-teny* de los Merina, no se trata en realidad ni de diálogo ni de enunciación. Ninguna de las partes se enuncia: todo consiste en proverbios citados y en contraproverbios contracitados. No hay una sola referencia explícita al objeto del debate. Aquel de los dos competidores que dispone de mayor provisión de proverbios, o que los emplea más diestramente, con mayor malicia, del modo más imprevisible, sale ganando y es proclamado vencedor. Este juego no tiene más que las apariencias de un diálogo.

A la inversa, el “monólogo” procede por cierto de la enunciación. Debe ser planteado, pese a la apariencia, como una variedad del diálogo, estructura fundamental. El “monólogo” es un diálogo interiorizado, formulado en “lenguaje interior”, entre un yo locutor y un yo que escucha. A veces el yo locutor es el único que habla; el yo que escucha sigue presente, no obstante; su presencia es necesaria y suficiente para tornar significativa la enunciación del yo locutor. En ocasiones también el

yo que escucha interviene con una objeción, una pregunta, una duda, un insulto. La forma lingüística que adopta esta intervención difiere según los idiomas, pero es siempre una forma "personal". Ora el yo que escucha se pone en el lugar del yo locutor y se enuncia pues como "primera persona"; así en español, donde el "monólogo" será cortado por observaciones o injunciones como: "No, soy tonto, olvidé decirle que..." Ora el yo que escucha interpela en "segunda persona" al yo locutor: "No, no hubieras debido decirle que..." Habría que establecer una interesante tipología de estas relaciones; en algunas lenguas se vería predominar el yo oyente como sustituto del locutor, poniéndose a su vez como yo (francés, inglés), o en otras dándose por interlocutor del diálogo y empleando *tú* (alemán, ruso). Esta trasposición del diálogo a "monólogo" donde ego ora se escinde en dos, ora asume dos papeles, se presta a figuraciones o trasposiciones psicodramáticas: conflictos del "yo profundo" y de la "conciencia", desdoblamientos provocados por la "inspiración", etc. Suministra la oportunidad el aparato lingüístico de la enunciación *surreflexiva* que comprende un juego de oposiciones del pronombre y del antónimo (en francés *je/me/moi*).⁴

Estas situaciones pedirían una descripción doble, de forma lingüística y de condición figurativa. Se contenta uno demasiado fácilmente con invocar la frecuencia y la utilidad prácticas de la comunicación entre los individuos para admitir la situación de diálogo como resultante de una necesidad y prescindir de analizar sus múltiples variedades. Una de ellas se presenta en una condición social de lo más trivial en apariencia, de las menos conocidas en verdad. B. Malinowski la ha señalado con el nombre de *comunidad fática*, calificándola así como fenómeno psicosocial de funcionamiento lingüístico. Trazó su configuración partiendo del papel que tiene el lenguaje. Es un proceso donde el discurso, con la forma de un diálogo, funda una aportación entre los individuos. Vale la pena citar algunos pasajes de este análisis:⁵

⁴ Ver un artículo del BSL, 60 (1965), fasc. 1, pp. 71ss.

⁵ Traducimos algunos pasajes del artículo de B. Malinowski publicado en Ogden y Richards, *The Meaning of Meaning*, 1923, pp. 313s.

El caso del lenguaje empleado en relaciones sociales libres, sin meta, merece una consideración especial. Cuando se sienta gente alrededor de la hoguera del pueblo después de concluir su faena cotidiana o cuando charlan para descansar del trabajo, o cuando acompañan un trabajo simplemente manual con un chachareo que no tiene que ver con lo que hacen, es claro que estamos ante otra manera de emplear la lengua, con otro tipo de función del discurso. Aquí la lengua no depende de lo que pasa en el momento, hasta parece privada de todo contexto situacional. El sentido de cada enunciado no puede ser vinculado al comportamiento del locutor o del oyente, a la intención de lo que hacen.

Una simple frase de cortesía, empleada tanto en las tribus salvajes como en un salón europeo, cumple con una función para la cual el sentido de sus palabras es casi del todo indiferente. Preguntas sobre el estado de salud, observaciones sobre el tiempo, afirmación de un estado de cosas absolutamente evidente, todas estas cosas son intercambiadas no para informar, no en este caso para ligar a personas en acción, tampoco, de fijo, para expresar un pensamiento...

Es indudable que estamos ante un nuevo tipo de empleo de la lengua —que, empujado por el demonio de la invención terminológica, siento la tentación de llamar *comunidad fática*, un tipo de discurso en el cual los nexos de unión son creados por un simple intercambio de palabras... Las palabras en la comunidad fática ¿son empleadas principalmente para transmitir una significación que es simbólicamente la suya? No, de seguro. Desempeñan una función social y es su principal meta, pero no son resultado de una reflexión intelectual y no suscitan por necesidad una reflexión en el oyente. Una vez más podremos decir que la lengua no funciona aquí como un medio de transmisión del pensamiento.

Pero ¿podemos considerarla como un modo de acción? ¿Y en qué relación está con nuestro concepto decisivo de contexto de situación? Es evidente que la situación exterior no interviene directamente en la técnica de la palabra. Pero ¿qué se puede considerar como *situación* cuando un grupo de gente charla sin meta? Consiste sencillamente en esta atmósfera de sociabilidad y en el hecho de la comunión personal de esa gente. Mas ésta es de hecho consumada por la palabra, y la situación en todos los casos es creada por el intercambio de palabras, por los sentimientos específicos que forman la gregaridad convivial, por el vaivén de los decires que constituyen el chacoteo ordinario. La situación entera consiste en acontecimientos lingüísticos. Cada enunciación es un acto que apunta directamente a ligar el oyente al locutor por el nexo de algún sentimiento, social o de otro género. Una vez más el lenguaje en esta función no se nos manifiesta como un instrumento de reflexión sino como un modo de acción.

Estamos aquí en las lindes del "diálogo". Una relación per-

sonal creada, sostenida, por una forma convencional de enunciación que vuelve sobre sí misma, se satisface con su logro, sin cargar con objeto, ni con meta, ni con mensaje, pura enunciación de palabras convenidas, repetida por cada enunciador. El análisis formal de esta forma de intercambio lingüístico está por hacer.⁶

En el contexto de la enunciación habría que estudiar otras muchas cosas. Habría que considerar los cambios léxicos que la enunciación determina, la fraseología que es la marca frecuente, acaso necesaria, de la "oralidad". También habría que distinguir la enunciación hablada de la enunciación escrita. Ésta se mueve en dos planos: el escritor se enuncia escribiendo y, dentro de su escritura, hace que se enuncien individuos. Se abren vastas perspectivas al análisis de las formas complejas del discurso, a partir del marco formal aquí esbozado.

⁶ Sólo ha sido objeto de unas cuantas referencias, por ejemplo en Grace de Laguna, *Speech, Its Function and Development*, 1927, p. 244n.; R. Jakobson, *Essais de linguistique générale*, trad. de N. Ruwet, 1963, p. 217.

III. ESTRUCTURAS Y ANALISIS

6. ESTRUCTURA DE LA LENGUA Y ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD ¹

Señoras y señores, voy a tratar un tema que conduce ora a enunciar la evidencia, ora a plantearse una contradicción. Se trata en efecto de examinar las relaciones entre dos grandes entidades, que son respectivamente la lengua y la sociedad.

El lenguaje es para el hombre un medio, de hecho el solo medio, de llegar al otro hombre de transmitirle y recibir de él un mensaje. Por consiguiente el lenguaje pone y supone al otro. Inmediatamente, la sociedad es dada con el lenguaje. La sociedad, a su vez, sólo se mantiene por el uso común de signos de comunicación. Inmediatamente, el lenguaje es dado con la sociedad. Así cada una de estas dos entidades, lenguaje y sociedad, implica la otra. Parecería que se pudiera y aun que se debiera estudiarlas juntas, descubrirlas juntas, ya que juntas nacieron. Parecería también que se pudiera y aun se debiera hallar entre la una y la otra, entre la lengua y la sociedad, correlaciones precisas y constantés, puesto que la una y la otra han nacido de la misma necesidad.

Ahora bien, todos los que más de una vez, y aun recientemente, han estudiado esas relaciones son llevados a fin de cuentas a concluir que no se descubre en realidad ninguna relación, entre la lengua y la sociedad, que revelara una analogía entre sus estructuras respectivas. Esto es bien sabido e inmediatamente aparente. Verificamos, en efecto, recorriendo el mundo con una ojeada inicial, que lenguas de estructuras comparables sirven a sociedades muy diferentes entre sí. Este hecho resulta en particular de lo que se llama la extensión de las lenguas comunes, del hecho de que una lengua sea adoptada por sociedades de estructuras diferentes que no son en principio destruidas o modificadas como tales. Se ve asimismo en la historia que lenguas, por el contrario, muy alejadas unas de otras por su tipo

¹ *Linguaggi nella società e nella tecnica* (Convegno internazionale Olivetti, Milán, 14-17 de octubre de 1968), Milán, Edizioni di Comunità, 1970, pp. 459-469.

viven y se desarrollan en sociedades que comparten el mismo régimen social. Basta con abrir los ojos hoy y ver, por ejemplo, la situación mutua en que se hallan en la mitad oriental de Europa, donde vemos lenguas eslavas, finougrias, germánicas o romances servir de órganos a sociedades que tienen esencialmente la misma estructura.

Si abordamos la evolución histórica, se ve también que lengua y sociedad evolucionan por separado. Una misma lengua se mantiene estable a través de los vuelcos sociales más profundos. Desde 1917 la sociedad rusa ha sufrido una profunda modificación estructural —es lo menos que puede decirse—, pero no ha sucedido nada comparable a la estructura de la lengua rusa.

De estas observaciones tantas veces repetidas nace ese sentimiento que a menudo ha sido expresado, entre lingüistas y antropólogos, de que la sociedad y la cultura inherente a la sociedad son independientes de la lengua.

Un hombre que conocía los dos aspectos de estas realidades, Sapir, afirmó que en no importa qué nivel de la cultura se encuentran tipos de lenguas simples y complejos con número infinito de variedades, y que vistas las cosas desde aquí no hay diferencia, por tratarse de la misma lengua, entre un porquero macedonio y Platón. Debiera pues concluirse que lengua y sociedad no son isomorfas, que su estructura no coincide, que sus variaciones son independientes, y limitarse a hacer constar esta discordancia.

Pero otros autores afirman, y es no menos evidente, que la lengua es —como dicen— el espejo de la sociedad, que refleja la estructura social en sus particularidades y sus variaciones y que es incluso por excelencia el índice de los cambios que se operan en la sociedad y en esa expresión privilegiada de la sociedad que se llama la cultura. Imposible conciliar estos puntos de vista. Muestran en todo caso que el problema anda lejos de ser sencillo, y es en efecto el problema esencial de la situación de la lengua en la sociedad; muestran también que la manera como ha sido debatido este problema hasta la fecha no nos acerca en lo más mínimo a la solución.

En realidad, tenemos aquí nociones inmensas, cuyas complejidades no han acabado de ser exploradas —la lengua y la so-

ciudad respectivamente. La idea de buscar entre estas dos entidades relaciones unívocas que harían corresponder tal estructura social a tal estructura lingüística parece denunciar una visión muy simplista de las cosas. Por supuesto, son magnitudes no isomorfas; se ve sin más en la diferencia que las separa en su organización estructural.

La base de la estructura lingüística está compuesta de unidades distintivas, y tales unidades se definen por cuatro caracteres: son unidades discretas, son finitas en número, son combinables y están jerarquizadas.

La estructura de la sociedad no puede ser reducida a este esquema, su naturaleza es doble. Hay por una parte un sistema relacional, que se llama el sistema del parentesco; por otra, otro sistema de relación, de división, el sistema de las clases sociales dispuesto por las funciones de producción. Ahora, ni los individuos ni los grupos variados de individuos pueden trasponerse a unidades o grupos de unidades comparables a las de la lengua. Se habla a menudo de la familia como de la célula social. Es una metáfora que no debe disfrazar el fondo de las cosas. La sociedad no consiste en un agregado de semejantes células, un agregado de familias, y conjuntos de familias no tienen la menor analogía con los agrupamientos de las unidades significantes en la lengua.

Hay que verificar, entonces, que no hay correspondencia ni de naturaleza ni de estructura entre los elementos constitutivos de la lengua y los elementos constitutivos de la sociedad. Pero en realidad es éste un punto de vista algo sumario, que hay que superar. Hay que adquirir conciencia de las implicaciones que acarrear las nociones de lengua y de sociedad cuando se pone uno a compararlas. Así, hay que señalar y corregir una confusión que es cometida entre dos acepciones del término lengua y del término sociedad, respectivamente.

Está, por una parte, la sociedad como dato empírico, histórico. Se habla de la sociedad china, de la sociedad francesa, de la sociedad asiria; está por otra parte la sociedad como colectividad humana, fundamento y condición previa de la existencia de los hombres. Lo mismo, está la lengua como idioma empírico, histórico, la lengua china, la lengua francesa, la lengua

asiria; y está la lengua como sistema de formas significantes, condición primera de la comunicación.

Operando esta distinción inicial, se separan en cada una de las dos entidades dos niveles, uno histórico, el otro fundamental. Se advierte entonces que el problema de las relaciones posibles entre la lengua y la sociedad se plantea en cada uno de estos dos niveles, de suerte que pueden admitirse, pues, dos respuestas diferentes. Hemos visto que, entre una lengua histórica y una sociedad histórica no se puede plantear correlación con signo de necesidad; pero en el nivel fundamental podemos advertir en el acto homologías. Algunos caracteres son comunes a una y a otra, a la lengua y a la sociedad —repito— en ese nivel. Lengua y sociedad son para los hombres realidades inconscientes, una y otra representan la naturaleza, por así decirlo, el medio natural y la expresión natural, que no pueden concebirse de otro modo que como son y que no pueden imaginarse ausentes. Lo uno y lo otro son siempre heredados y no es imaginable, ni en el ejercicio de la lengua ni en la práctica de la sociedad, en este nivel fundamental, que ni lo uno ni lo otro hayan tenido comienzo. Ni lo uno ni lo otro pueden cambiarse por voluntad de los hombres. Lo que los hombres ven cambiar, lo que pueden cambiar, lo que efectivamente cambian a lo largo de la historia, son las instituciones, a veces la forma entera de una sociedad particular, pero no, nunca, el principio de la sociedad que es el soporte y la condición de la vida colectiva e individual. Igualmente, lo que cambia en la lengua, lo que los hombres pueden cambiar, son las designaciones, que se multiplican, que se remplazan y que siempre son conscientes, pero jamás el sistema fundamental de la lengua. Es que si la diversificación constante y creciente de las actividades sociales, de las necesidades, de las nociones, exige designaciones siempre nuevas, es preciso que, de rechazo, haya una fuerza universal que equilibre. Por encima de las clases, por encima de los grupos y de las actividades particularizadas, reina un poder cohesivo que hace una comunidad de un agregado de individuos y que crea la posibilidad misma de la producción y de la subsistencia colectiva. Este poder es la lengua, y sólo la lengua. Por eso la lengua representa una permanencia en el seno de la sociedad que cambia, una constancia que liga las actividades siempre diversifica-

das. Es una identidad a través de las diferencias individuales. Y de ahí procede la doble naturaleza profundamente paradójica de la lengua, a la vez inmanente al individuo y trascendente a la sociedad. Esta dualidad reaparece en todas las propiedades del lenguaje.

Y entonces ¿cómo podemos plantear la relación entre lengua y sociedad a fin de aclarar por el análisis de la una (la lengua) el análisis de la otra (la sociedad)? Esta relación no será una correlación estructural, puesto que hemos visto que la organización de los hombres no es comparable a la de la lengua. No será tipológica; el tipo de la lengua, monosilábica, polisilábica, tonal o morfológica, no influye en absoluto sobre la naturaleza específica de la sociedad. Tampoco será histórica o genética, porque no hacemos depender el nacimiento de la una del nacimiento de la otra. La lengua nace y se desarrolla en el seno de la comunidad humana, se elabora por el mismo proceso que la sociedad, por el esfuerzo de producir los medios de subsistencia, de transformar la naturaleza y de multiplicar los instrumentos.

Es en este trabajo colectivo y por este trabajo colectivo como la lengua se diferencia, acrecienta su eficiencia, lo mismo que la sociedad se diferencia en sus actividades materiales e intelectuales. Consideramos aquí la lengua solamente como medio de análisis de la sociedad. Con este fin las plantearemos en sincronía y en una relación semiológica, la relación entre interpretante e interpretado. Y formularemos estas dos proposiciones conjuntas: primero, la lengua es el interpretante de la sociedad; segundo, la lengua contiene la sociedad.

La justificación de la primera proposición —la lengua como interpretante de la sociedad— es dada por la segunda —la lengua contiene la sociedad—. Esto se verifica de dos maneras: primero, empíricamente, por el hecho de que pueda aislarse la lengua, estudiarla y describirla por sí misma sin referirse a su empleo en la sociedad, ni a sus vínculos con las normas y representaciones sociales que forman la cultura. En tanto que es imposible describir la sociedad, describir la cultura fuera de sus expresiones lingüísticas. En este sentido la lengua incluye la sociedad, mas no es incluida por ella.

En segundo lugar, y volveré dentro de un momento a este

punto, la lengua suministra la base constante y necesaria de la diferenciación entre el individuo y la sociedad. Digo la lengua misma, siempre y necesariamente.

Consideremos pues que la lengua interprete la sociedad. La sociedad se hace *significante* en la lengua y por ella, la sociedad es lo interpretado por excelencia de la lengua.

Para que la lengua pueda desempeñar este papel de interpretante que es, primero y desde el punto de vista del todo literal, hacer existir lo interpretado y trasformarlo en noción inteligible, la lengua debe satisfacer dos condiciones con respecto a la sociedad. Como esta sociedad es naturaleza humana fijada en instituciones y modelada por la técnica, por las condiciones de la producción, la sociedad está en condiciones de diferenciarse o evolucionar constantemente, ya despacio, ya muy de prisa. Pero el interpretante no debe cambiar como tal, sin dejar de ser capaz de registrar, de designar y aun de orientar los cambios que ocurren en el interpretado. He aquí una condición de semiología general. Un principio semiológico que quisiera plantear es que dos sistemas semióticos no pueden coexistir en condición de homología si tienen diferente naturaleza; no pueden ser mutuamente interpretantes el uno del otro, ni ser convertibles el uno en el otro. Tal es en efecto la situación de la lengua con respecto a la sociedad; la lengua puede acoger y denominar todas las novedades que la vida social y las condiciones técnicas produzcan, pero ninguno de esos cambios reacciona directamente sobre su propia estructura. Fuera de los cambios violentos, producidos por las guerras, las conquistas, el sistema de la lengua sólo cambia muy lentamente, y bajo la presión de necesidades internas, de suerte que —es una condición que hay que subrayar— en las condiciones de vida normal los hombres que hablan no son nunca testigos del cambio lingüístico. Sólo se advierte retrospectivamente, al cabo de varias generaciones, y por consiguiente sólo en las sociedades que conservan los testimonios de los estados lingüísticos más antiguos, las sociedades dotadas de escritura.

Ahora, ¿qué es lo que asigna a la lengua esta posición de interpretante? Es que la lengua es —como se sabe— el instrumento de comunicación que es y debe ser común a todos los miembros de la sociedad. Si la lengua es un instrumento de co-

municación o el instrumento mismo de la comunicación, es que está investida de propiedades semánticas y que funciona como una máquina de producir sentido, en virtud de su estructura misma. Y aquí estamos en el corazón del problema. La lengua permite la producción indefinida de mensajes en variedades ilimitadas. Esta propiedad única procede de la estructura de la lengua que está compuesta de signos, de unidades de sentido, numerosas, pero en número siempre finito, que ingresan en combinaciones regidas por un código y que permiten un número de enunciaciones que va más allá de todo cálculo, y que por fuerza lo deja más y más atrás, ya que el efectivo de los signos siempre va acrecentándose y que las posibilidades de utilización de los signos y de combinaciones de dichos signos aumentan en consecuencia.

Hay pues dos propiedades inherentes a la lengua, en su nivel más profundo. Está la propiedad que es constitutiva de su naturaleza, estar formada de unidades significantes, y está la propiedad constitutiva de su empleo —poder disponer tales signos de una manera significativa. Son dos propiedades que hay que tener aparte, que gobiernan dos análisis diferentes y que se organizan en dos estructuras particulares. Entre estas dos propiedades es establecido el nexo por una propiedad más, tercera. Hemos dicho que hay por una parte unidades significantes, en segundo lugar la capacidad de disponer estos signos de manera significativa, y en tercero, diremos, está la propiedad *sintagmática*, la de combinarlos con ciertas reglas de consecución y solamente de esta manera. Nada puede ser comprendido, hay que convencerse de ello, que no haya sido reducido a la lengua. De ahí que la lengua sea por necesidad el instrumento propio para describir, conceptualizar, interpretar tanto la naturaleza como la experiencia, y así ese compuesto de naturaleza y experiencia que se llama sociedad. Es gracias a este poder de trasmutación de la experiencia en signos y de reducción categorial como la lengua puede tomar por objeto no importa qué orden de datos y hasta su propia naturaleza. Hay una metalengua, no hay metasociedad.

La lengua rodea por todas partes a la sociedad y la contiene en su aparato conceptual, pero al mismo tiempo, en virtud de un poder distinto, configura la sociedad instaurando lo que

podría denominarse semantismo social. Es esta parte de la lengua la que ha sido estudiada más a menudo. Consiste en efecto, sobre todo mas no exclusivamente, en designaciones, en hechos de vocabulario. El vocabulario proporciona aquí una materia muy abundante donde abrevan a diestra y siniestra los historiadores de la sociedad y la cultura. El vocabulario conserva testimonios insustituibles acerca de las formas y las fases de la organización social, sobre los regimenes políticos, sobre los modos de producción que han sido empleados sucesiva o simultáneamente, etc. Como es el aspecto mejor estudiado de la relación entre la lengua y la sociedad, de la lengua como conjunto y como sistema de designaciones, por consiguiente constante, constantemente renovada, ampliada, no insistiremos más. Nos limitamos a recalcar algunos rasgos de esta facultad semántica.

Los testimonios que la lengua entrega desde este punto de vista no adquieren su cabal precio más que si están ligados entre sí y coordinados con su referencia. Hay ahí un mecanismo complejo cuyas enseñanzas deben ser interpretadas con prudencia. El estado de la sociedad en una época dada nunca aparece reflejado en las designaciones que ella usa, pues las designaciones pueden subsistir muchas veces luego que los referentes, las realidades designadas han cambiado. Es un hecho de experiencia frecuente y que se verifica sin cesar, y los mejores ejemplos son precisamente el término "lengua" y el término "sociedad" que utilizamos en este momento, a cada instante. La diversidad de las referencias que pueden darse a uno y otro de estos dos términos es testimonio precisamente de ello, y la condición del empleo que debemos hacer de las formas. Lo que se llama polisemia resulta de esta capacidad que posee la lengua de *subsumir* en un término constante una gran variedad de tipos y con ello de admitir la variación de la referencia en la estabilidad de la significación.

En tercer lugar, para pasar a una consideración un poco diferente, pero en la que conviene insistir más particularmente hoy, cada quien habla a partir de sí. En el caso de cada hablante, el hablar emana de sí y a sí retorna, cada quien se determina como sujeto con respecto al otro o a los otros. No obstante, y quizás a causa de ello, la lengua que es así la emanación irrec-

ductible del sí más profundo en cada individuo es al mismo tiempo una realidad supraindividual y coextensiva con la colectividad entera. Es esta coincidencia entre la lengua como realidad objetivable, supraindividual, y la producción individual del hablar, lo que sustenta la situación paradójica de la lengua con respecto a la sociedad. En efecto, la lengua suministra al hablante la estructura formal básica, que permite el ejercicio de la palabra. Proporciona el instrumento lingüístico que asegura el doble funcionamiento, subjetivo y referencial, del discurso: es la distinción indispensable, siempre presente en no importa qué lengua, en no importa qué sociedad o época, entre el yo y el no yo, operada por índices especiales que son constantes en la lengua y que sólo sirven para esto, las formas que en gramática se llaman pronombres, que realizan una doble oposición, la oposición entre el "yo" y el "tú" y la oposición del sistema "yo/tú" a "él".

La primera, la oposición "yo/tú", es una estructura de alocución personal que es exclusivamente interhumana. Ha de ser un código especial, religioso o poético, el que autorice para emplear esta oposición fuera del medio humano.

La segunda oposición, la de "yo-tú/él", que opone la persona a la no persona, efectúa la operación de la referencia y funda la posibilidad del discurso en alguna cosa, en el mundo, en lo que no es la alocución. Aquí tenemos el fundamento sobre el cual descansa el doble sistema relacional de la lengua.

Aparece ahora una nueva configuración de la lengua que se agrega a las otras dos que he analizado sumariamente: es la inclusión del hablante en su discurso, la consideración pragmática que plantea a la persona en la sociedad en tanto que participante y que despliega una red compleja de relaciones espaciotemporales que determinan los modos de enunciación.

Esta vez el hombre se sitúa y se incluye con respecto a la sociedad y a la naturaleza, y se sitúa necesariamente en una clase de autoridad o una clase de producción. En efecto, la lengua es considerada aquí en tanto que práctica humana, revela el uso particular que los grupos o clases de hombres hacen de la lengua y las diferenciaciones resultantes en el interior de la lengua común.

Podría describir este fenómeno como una apropiación por

grupos o clases del aparato de denotación que es común a todos. Cada clase social se apropia de los términos generales, les atribuye referencias específicas y los adapta así a su propia esfera de interés y a menudo los convierte en base de derivación nueva. A su vez estos términos, cargados de valores nuevos, ingresan en la lengua común en la que introducen las diferenciaciones léxicas. Podría estudiarse este proceso examinando cierto número de vocabularios especializados, pero que llevan en sí mismos su referencia, que constituyen un universo particular relativamente coordinado. Tal podría ser por ejemplo —pero no tengo tiempo de desarrollarlo— el análisis de ciertos vocabularios de clases específicas, como el vocabulario de lo sagrado en la lengua de los pontífices romanos. Tomo a propósito una lengua fácil de analizar y un vocabulario bastante abundante, donde pudiera hallarse a la vez todo un repertorio de términos específicos y también de las maneras específicas de disponerlo, un estilo particular —en una palabra, los caracteres de una toma de posesión de la lengua común, realizada cargándola de nociones, de valores nuevos.

Podría verificarse así en un modelo reducido el papel de la lengua en el interior de la sociedad en la medida en que esta lengua es expresión de ciertos grupos profesionales especializados, para quienes su universo es el universo por excelencia. Distinguiendo, como hemos tratado de hacerlo, los diferentes tipos de relaciones que unen la lengua a la sociedad, que son propios para aclararlas a la una por la otra, hemos tenido que ver sobre todo con el mecanismo que permite a la lengua volverse el denominador, el interpretante de las funciones y de las estructuras sociales. Pero más allá se entrevén algunas analogías menos visibles entre las estructuras profundas, el funcionamiento mismo de la lengua y los principios fundamentales de la actividad social. Son comparaciones aún sumarias, homologías vastas cuya teoría debiera ser llevada mucho más adelante a fin de tornarlas fructíferas, pero las creo necesarias y fundadas. No puedo ofrecer aquí más que una primera aproximación designando tres nociones esenciales.

La lengua puede ser considerada dentro de la sociedad como un sistema productivo: produce sentido, gracias a su composición que es enteramente una composición de significación y

gracias al código que condiciona esta disposición. Produce también, indefinidamente, enunciaciones, gracias a ciertas reglas de transformación y de expansión formales; crea, pues, formas, esquemas de formación; crea objetos lingüísticos que son introducidos en el circuito de la comunicación. La "comunicación" debiera ser entendida en esta expresión literal de establecimiento de comunidad y de trayecto circulatorio.

Estamos en el dominio de la economía. Ya Saussure advirtió una analogía entre ciertas nociones propias de la economía y las que él fundaba, que él enunciaba, que él organizaba por vez primera en el proceso de la comunicación lingüística. Señaló que la economía como la lengua es un sistema de valores: he aquí otro término que es fundamental. Es una analogía que provocaría largas reflexiones, pero podemos prolongarla en una noción más, tercera, vinculada al valor, es la noción de *intercambio*, que pudiera asimilarse al intercambio paradigmático. Es sabido que el eje paradigmático de la lengua es el que precisamente está caracterizado, con respecto al eje sintagmático, por la posibilidad de remplazar un término por otro, una función por otra en la medida en que precisamente tiene un valor de utilización sintagmática. Con lo cual andamos bien cerca de los caracteres del valor en economía. Saussure comparó la relación salario-trabajo con la relación significante-significado, porque en ambos casos se trata de un valor que está en juego y porque los dos miembros de este binomio tienen naturaleza del todo diferente y se reúnen en una relación arbitraria. No estoy del todo seguro de que sea el mejor ejemplo ni de que la relación salario-precio, salario-trabajo sea rigurosamente homóloga a la del significante-significado, pero aquí se trata menos de este ejemplo particular que del principio de la confrontación y de la visión resultante acerca de la manera de aplicar determinados criterios, determinadas nociones comunes a la lengua y a la sociedad.

Bastará pues con plantear, con vistas a una elaboración futura, estas tres nociones básicas que proporcionan, sin más, a la reflexión el medio de superar el marco tradicional que pone, una al lado de la otra, la lengua y la sociedad.

He procurado, harto sumariamente, revelar la necesidad y la posibilidad de introducir en la discusión de este vasto tema dis-

tinciones esenciales, también de plantear entre la lengua y la sociedad relaciones que sean a la vez lógicas y funcionales: lógicas considerando sus facultades y su relación significantes, funcionales porque ambas pueden ser consideradas sistemas productivos, cada una según su naturaleza. Así pueden salir a relucir analogías profundas bajo las discordancias superficiales. Es en la práctica social, como en el ejercicio de la lengua, en esta relación de comunicación interhumana, donde habrá que descubrir los rasgos comunes de su funcionamiento, pues el hombre sigue siendo —y cada vez más— un objeto por descubrir, en la doble naturaleza que el lenguaje funda e instaura en él.

7. CONVERGENCIAS TIPOLOGICAS

Generalmente se entiende por tipología el estudio de los tipos lingüísticos definidos por su estructura general. De esta noción, bastante sumaria, surgió la clasificación tradicional de las lenguas en flexivas, aislantes, etc., favorecida en otro tiempo. Parece más instructivo caracterizar como "tipos" conjuntos más limitados, pero mejor definidos, cuya naturaleza puede, por lo demás, ser harto variada, con tal de que en una lengua dada exhiban una particularidad notable. Si la observación inicial es correcta y si deslinda las condiciones del fenómeno, conduce en ocasiones a reconocer el mismo tipo en una lengua de estructura muy diversa, donde las mismas condiciones lo han producido. He aquí un ejemplo de estas convergencias entre lenguas diferentes.

El francés, cuya menguada aptitud para la composición nunca deja de ser subrayada, posee, con todo, dos tipos de compuestos verbales, enteramente distintos entre sí y merecedores de pareja atención.

Uno, el más conocido, es el tipo *porte-monnaie*, *taille-crayon*, *garde-chasse*, caracterizado por la sucesión regente + regido o determinado + determinante. Subsume una construcción verbal transitiva con objeto directo. El primer miembro, que es el término verbal, permanece invariable; el segundo sólo, término nominal, está sometido a variación de número, que se aplica de hecho al compuesto entero, en vista de que éste es nominal.²

Esta clase de compuestos plantea un problema formal que ha sido discutido a menudo: ¿cuál es la naturaleza de la forma verbal del primer miembro? Se diría que las opiniones se reparten entre dos posibilidades nada más: *porte-*, *taille-*, ...

¹ *L'Homme*, La Haya, Mouton & Co., VI (1966), cuaderno núm. 2, pp. 5-12.

² No tomamos en la menor cuenta caprichos ortográficos que prescriben que *porte-monnaie* sea invariable, que el plural de *garde-barrière* sea *gardes-barrière* o *barrières*, y que el plural de *garde-côte*, si designa a un soldado, sea *gardes-côtes*, pero si se trata de un navío, *garde-côtes*.

sería o un imperativo o un presente. La primera interpretación descansa sobre todo en un argumento histórico y comparativo extraído de la formación, en la etapa romance, de nombres propios como *Boileau* (fr.), *Bevilacqua* (ital.). Esto no es nada probatorio para los compuestos no onomásticos. En todo caso, las consideraciones históricas no ayudan nada aquí; es en la estructura actual del francés, donde se opone a otros tipos de compuestos, donde este tipo debe ser definido.

Viendo sincrónicamente este tipo de compuestos, el primer miembro no aparece como una forma del paradigma flexional, sino como un tema verbal, que expresa la noción aparte de cualquier actualización temporal o modal. Así tal noción queda planteada en estado virtual, lo cual responde a la naturaleza de los compuestos: de manera general, un compuesto tiene por función dejar pendiente la actualización inherente a cada uno de los dos términos tomados en su ejercicio propio, y transferirla al compuesto unitario. Así el tipo *garde-chasse* traspone a sustantivo o a adjetivo un sintagma verbo + nombre.³ Es a partir de la función predicativa del sintagma **il garde la chasse* como es posible formar un compuesto *garde-chasse*, donde *il garde* y *la chasse* están reducidos a su forma virtual *garde* y *chasse*. Tal es la condición que hace que el sintagma verbal de función predicativa pueda volverse un compuesto nominal de función denotativa. El papel de la función predicativa en la génesis de esta clase de compuestos debe ser subrayado. La misma función está subyacente en una parte considerable de la derivación. Volveremos más adelante al punto.

El segundo tipo de compuestos verbales es el de *maintenir*. Contrasta desde todos los puntos de vista con el precedente: poco abundante, improductivo, constituido en parte por supervivencias, pese a que algunos de sus representantes sean muy usados. Es muy interesante estudiarlo, sin embargo, porque perpetúa en la lengua —así sea en estado de residuo— no solamente un compuesto verbal como el precedente, sino un verdadero

³ La rección transitiva del primer miembro sobre el segundo es común a la casi totalidad de estos compuestos. Son muy raros o literarios aquellos en que el tema de un verbo intransitivo está unido a un adverbio: *gagne-petit*, *lève-tôt*, *trotte-menu*.

verbo compuesto con flexión completa: *maintenir* posee la flexión completa de *tenir* o de *soutenir*. Ahora, un verbo compuesto es una rareza, en general. En el tipo lingüístico indoeuropeo no se conoce ejemplo. Donde se presenta, es a título de formación secundaria y como derivado de un compuesto nominal: así en griego *oikodomeîn*, *-nomeîn*, *-phoreîn* son en realidad desnominales de *oikodómos*, *-nomós*, *-phorós*; igualmente *gonupeteîn*, *-klineîn* vienen de *gonupetés*, *-klinés*. Una vez constituido, el presente griego *gonuklineîn*, "arrodillarse", sirvió de modelo al tardío *genuflectere* del latín eclesiástico, si es que no procede directamente de *genuflexio* (imitado del gr. *gonuklísia*), al igual que en francés, partiendo de *génuflexion*, Alfred Jarry⁴ hizo *génufléchir*. De manera que no hay antepasado ni paralelo de una formación de compuesto en que un verbo estuviera determinado por un sustantivo que lo precediera. Sólo un preverbo es admitido ante el verbo. Esto es como decir que el francés no conoce verbo compuesto, es decir, compuesto que tenga la forma: sustantivo regido + verbo regente y flexionado. Conoce sólo, como se ha visto, un compuesto nominal de orden inverso: tema verbal regente + sustantivo regido.

¿Cómo se caracteriza entonces el tipo *maintenir*, que es de fijo un verbo *tenir* compuesto con el sustantivo *main*? Aquí es la relación sintáctica entre los dos miembros lo que es específico y distintivo. Apreciamos que un sustantivo *main* determina y precede al verbo *tenir*, mas no lo hace en calidad de objeto directo. *Maintenir* no es "tenir la main", lo cual no tendría sentido y contradeciría la acción transitiva del verbo *maintenir*, sino "tenir avec la main" (de donde "consolidar un objeto en su posición"). El sustantivo tiene una relación de *instrumento* con el verbo. Aquí está el rasgo distintivo de esta clase de verbos compuestos, y se verifica en todos los verbos del tipo *maintenir* que están todavía en uso. Creemos enumerarlos aquí todos: ⁵ *bouleverser*, *chavirer*, *chantourner*, *colporter*, *culbuter*, *maintenir*, *manceuvrer*, *morfondre*, *saupoudrer*; aparte, en estado de derivados nominales: *vermoulu*, *saugrenu*, *saupiquet*.

⁴ *Gestes et opinions du Docteur Faustroll*, p. 95: "Découvre-toi devant le Pauvre Pêcheur, t'incline devant les Monet, génuflechis devant les Degas et Whistler..."

⁵ Cf. *Dictionnaire général*, I, p. 86, y 203, al que añadimos algunos datos. La formación sólo es considerada en sus antecedentes latinos.

Una docena de representantes en total, que repasamos ahora por separado, con traducción analítica de sus componentes:

Bouleverser es literalmente “retourner [sentido primero de *verser*] en boule”.

Chavirer (cf. provenzal *capvirar*), “virer sur le chef; se retourner tête en bas”.

Chantourner, “tourner de chant” (que se escribe equivocadamente *de champ*).

Colporter, “porter (suspendu) au cou”; cf. Pasquier: “les revendeurs de livres, qui les portent à leur col par la ville, sont appelez... colporteurs”.

Culbuter, literalmente “buter sur le cul”.

Maintenir, “tenir avec la main” (para impedir que caiga y conservar en su posición).

Manœuvrer, “faire fonctionner (-œuvrer) avec la main”.

Morfondre, literalmente “fondre de morve” (se dice del caballo catarroso; término de veterinaria).

Saupoudrer, “poudrer de sel” (*sau-*).

**Saupiquer* (provenzal *salpicar*), “piquer de sel”, no sobrevive más que en el derivado nominal *saupiquet*, “ragoût piquant”; el mismo *sau-* en el adjetivo *saugrenu*, antiguo *saugreneux*, “greneux (= grenu?) de sel”.

Vermoulu, literalmente “moulu de vers”, “réduit en poudre par l'action des vers”.

A este inventario ⁷ agreguemos algunos testigos de un estado más antiguo de la formación, de cuando era todavía productiva:

Billebarrer, “barrer (un tissu) avec des billes (= raies)”, marcarlo con rayas.

Blanc-poudré, “poudré de blanc”.

Chanfraindre, “tailler en biseau”, literalmente “abattre (*fraindre*) de chant”, cf. *chantourner*.

Cloufichier, “fixer avec des clous (= crucifier)”.

Ferarmer, *ferlier*, *fervestir*: “armer, licr, vêtir de fer”.

Pelleverser, “verser (= retourner) à la pelle, labourer à la bêche”.

⁶ Citado por Littré, s.v. *colporteur*.

⁷ Dejamos de lado algunos verbos que muy probablemente pertenecen a la misma clase, pero cuyo sentido y a veces la forma del primer término es imposible determinar: *boutsouffler*, *cailleboter*, *houspiller*. Baste con remitir a los diccionarios etimológicos.

El elenco de estos verbos revela hasta la evidencia que:

1] El término nominal no tiene nunca función de régimen directo o indirecto; es siempre un *instrumental* que precisa la modalidad de consumación de la noción verbal.

2] El sustantivo, en el primer miembro, puede tener una forma un poco diferente de la que posee como vocablo libre: *man-* por "main"; *sau-* por "sel", lo cual apunta al estado de verdaderos *prefijos*.

3] Los sustantivos son términos generales —partes del cuerpo, sustancias, útiles— que pueden asociarse a verbos variados: al lado de *saupoudrer*, *saupiquer*, pueden imaginarse **saugar-nir*, **saupiler* ("garnir, piler avec du sel"); la serie *fer-*, *-armer*, *-lier*, *-vêtir* podría seguir con *fer-cercler*, *-barder*, etc., desde el momento en que estos términos de composición se tornaron *prefijos instrumentales*.

Este tipo de composición parece bastante singular. Si no es desconocido en las demás lenguas romances (cf. ital. *mantenere*, *calpestare*, *capovoltare*, esp. *mantener*),⁸ constituye, al nivel sincrónico que se tome, una anomalía estructural con respecto al modelo indoeuropeo. Éste no admite la composición de un sustantivo instrumental más que con un *participio pasivo*; los ejemplos son notorios, ya antiguos, como sánscr. *deva-datta*, gót. *handu-waurhts*, ya modernos, como en alemán *Gottgesandt* y en inglés *man-made*.⁹ El instrumental está sintácticamente justificado después de un participio pasivo. Pero tan regular es un compuesto participial inglés *hand-woven*, "tejido a mano", como poco concebible sería un verbo como **to handweave*. No hay verbo compuesto en indoeuropeo, donde sólo el preverbo puede ser prefijado al verbo. Parece pues que el tipo francés *maintenir* realiza, en la estructura general del francés, un modelo que no es indoeuropeo.

De hecho, por sorprendente que parezca, es fuera del indoeuropeo donde hallamos un paralelo, en el grupo lingüístico más distante, se vea como se vea: el de las lenguas amerindias.

Pensamos más particularmente en una de las lenguas de la

⁸ Merecería ser estudiado como es debido en las otras lenguas romances y confrontado con el del francés, único estudiado aquí.

⁹ Para el inglés, ver H. Marchand, *Categories and Types of Present Day English Word-Formation*, pp. 52ss.; para el alemán, Henzen, *Deutsche Wortbildung*, 2ª ed., p. 66.

gran familia llamada utoazteca: la lengua paiute meridional (hablada al sudoeste de Utah y el noroeste de Arizona), de la que Edward Sapir hizo una descripción magistral.¹⁰

El paiute dispone de gran facilidad de composición. Pueden unirse verbo con verbo, nombre con nombre, y también nombre con verbo. Pues bien, he aquí un procedimiento de composición típico y muy productivo: consiste en prefijar ciertos sustantivos de gran frecuencia y diversidad de empleo, tales como "mano", "pie", "fuego", etc., a verbos de sentidos variados, de suerte que se constituyan verbos compuestos. En esta clase de compuestos, el rasgo notable es que el primer miembro determina el verbo no como objeto gramatical sino como índice de modalidad o de instrumento. Sapir llama a estas formas nominales *instrumental prefixes*.¹¹ A menudo, en efecto, estos nombres en composición se presentan con forma reducida, y tienden al estado de prefijos, sin dejar de ser identificables como lexemas: *məʔə-* "mano" se vuelve en composición *ma(n)-*; *muv^hi-* "nariz" se vuelve *mu(n)-*; *qun'a-* "fuego" se convierte en *qu-*, etc.¹²

Con el prefijo instrumental *ma-* "mano", serán constituidos por ejemplo los compuestos siguientes:¹³

Ma-xwivu- "oprimir con la mano" (*ma* + *qwivü*, cf. *ta-qwivu-* "oprimir con el pie").

Ma-riŋqa- "conformar con la mano" (*ma* + *tiŋqa-* "crear").

Ma-vitəʔa- "aplanar con la mano" (*ma* + *pitəʔa*).

Ma-yuwai- "frotar con la mano" (*ma* + *yuwai-*, cf. *ta-yuwai-* "frotar con el pie").

M(a)-aini- "tocar con la mano" (cf. *t(a)-aini-* "tocar con el pie").¹⁴

Ma-ntcavai- "despedir con la mano".

Ma-ʔnik-i- "to stick one's hand in (water)" (Sapir) no es transitivo más que en esta traducción: el tema *ʔniyi- ʔniki-* significa "to stick, be stuck in"¹⁵ y los ejemplos son por cierto

¹⁰ Edward Sapir, *Southern Paiute, a Shoshonean Language*, Boston, 1930.

¹¹ Sapir, *op. cit.*, § 21, p. 101: "... they are on the whole specialized forms of incorporated nouns with instrumental function".

¹² Ver los detalles en Sapir, *op. cit.*, § 21.

¹³ Todas las formas del paiute son citadas en la transcripción de Sapir, ligeramente simplificada por razones tipográficas.

¹⁴ Sapir, *op. cit.*, pp. 544-545.

¹⁵ Sapir, *op. cit.*, p. 584.

los de un verbo intransitivo. Más valdría traducir "to be stuck with one's hand in (water)".

El sentido de algunos verbos los hace aptos para recibir un paradigma abundante de prefijos instrumentales. Así, de *pantu* "sacudir"¹⁶ se tienen:

Qi-pantu "sacudir con los dientes".

Tca'pantu "sacudir con las manos".¹⁷

Ta'pantu "sacudir con los pies".

Tco'-pantu "sacudir con la cabeza".¹⁸

Pi'-pantu-i, "shakes, moves about (his) buttocks".

De *paqa* "sufrir, doler"¹⁹ se componen:

Tajwa-mpaqa "doler los dientes" (*tajwa*).

To'tsi-paqa "doler la cabeza" (*totsi*).

Mov^wi-paxa "doler la nariz" (*mov^wi*).

Saxwia-paqa "doler el estómago" (*saxwia*).

Tayu-paqa "padecer sed" (*tayu*).²⁰

Este tipo no está igualmente desarrollado en todas las lenguas del grupo shoshone; hay bastante pocos ejemplos en *tübatulabal*.²¹ Pero es notoriamente característico del azteca, donde ha sido señalado a menudo. Se habla de la "incorporación" en náhuatl como equivalente de la construcción del verbo con un objeto directo.²² Sin embargo, habría que precisar semejante definición. La construcción sintáctica y la composición ¿son de veras equivalentes e intercambiables en azteca? La cuestión merece ser examinada más de cerca.

Será ventajoso proceder a partir de la descripción dada por Whorf de este tipo de composición en azteca (dialecto de Milpa Alta).²³ Se trata de los compuestos nombre + verbo:

The first term of a compound is usually a bare noun stem, contrac-

¹⁶ Sapir, op. cit., p. 602.

¹⁷ El sentido de este prefijo está mal definido; Sapir, op. cit., pp. 106-107, le da el sentido de "mano" en un ejemplo como éste.

¹⁸ Ver más adelante, p. 113.

¹⁹ Sapir, op. cit., p. 603.

²⁰ Sapir, op. cit., pp. 84 y 670.

²¹ Por ejemplo, *hani* "casa" + *hal* "sentarse" produce el tema verbal *hanihal* "to visit" ("to house-sit"); Voegelin, *Tübatulabal Grammar*, 1935, p. 89.

²² Cf. Bloomfield, *Language*, p. 241. Acerca de este problema general, cf. Sapir, *Amer. Anthropol.*, 1911, pp. 250ss.

²³ B. L. Whorf, "The Milpa Alta Dialect of Aztec", ap. Hoiijer, red., *Linguistic Structures of Native America*, 1946, pp. 367ss.

ted if the noun is of the contract class, or it may be a noun with absolutive suffix in form *-ti-* (this type is associated today with derived verbal nouns, also found in old petrified compounds), or an adjective, usually in adverbial form with suffix *-ka-*. If the final is a transitive verb the antecedent may refer to its object ('incorporated object') in which case the verb is inflected like an intransitive, without pronominal object, e.g., *mepam-poʔpowa* 'weeds agave-row(s)', < *mepami'λ* < *me-λ* 'agave', *pami'λ* 'row'. But the antecedent is basically a modifier, and its equivalence to an object is conditioned by grammatical logic; e.g., *λe-k'epo-ni* (intransitive verb, no object) 'bursts from the action of fire (λe'λ)', *Cl λa-šočiʔ-iʔk'īlowa* (transitive with transitive inflection) 'paints or engraves something (λa-) with flowers, floral designs (šočiλ 'flower')'.²⁴

Sin entrar en la discusión del problema general planteado aquí por la noción de "objeto", debemos subrayar un punto del análisis de Whorf que atañe a la presente demostración. Whorf mismo recalca (señalemos los términos que pone en cursivas en sus traducciones) que el objeto nominal incorporado debe ser interpretado como un modificador ("a modifier") "cuya equivalencia con un objeto está condicionada por la lógica gramatical", de hecho, diremos, como un determinante instrumental del verbo. Nos lo muestra la flexión de los verbos compuestos. La traducción de *mepam-poʔpowa* por "escarda (-poʔpowa) hileras de magueyes (*mepami'λ*)" haría pensar en una rección transitiva. Pero este verbo es flexionado como un intransitivo; tiene pues igual construcción que el siguiente: *λe-k'epo-ni* "él fuego-estalla", o sea "estalla por el efecto del fuego (λe'λ)". Asimismo *λa-šočiʔ-iʔk'īlowa* "algo (λa-) él flor-pinta", es decir "pinta algo con flores=adorna algo con un motivo floral". En este último ejemplo el verbo es transitivo, sí, por su flexión, pero la transitividad se aplica al pronombre objeto indefinido *λa-* "algo", no a *šočiλ* "flor", que tiene claramente función de instrumental.

De modo que todos estos ejemplos del azteca reproducen en efecto el mismo modelo que tenemos en paíute. La unidad tipológica de esta clase de verbos compuestos es verificada en dos lenguas diferentes de la familia.²⁵

²⁴ *Op. cit.*, § 5, p. 378.

²⁵ En un examen más vasto del problema habría que tener también en cuenta otras familias de lenguas americanas, por ejemplo el iroqués o el takelma (azteca del cual cf. Sapir, *Handbook of the American Indian Languages*, II, pp. 66 y 68ss.).

Podemos ahora regresar a los verbos compuestos del francés y cerciorarnos de que responden a los mismos criterios descriptivos en las mismas distinciones categoriales.

Que este tipo de compuesto esté vivo y sea productivo en paiute y apenas residual en francés, no es cosa que afecte en nada al principio de esta comparación ni que altere su legitimidad. Se trata esencialmente de la misma estructura formal y funcional: un nombre entra en composición con un verbo, al que precede a título de determinante instrumental. Los ejemplos citados tanto para el francés como para el paiute exhiben una semejanza sorprendente.

Por añadidura, la morfología de la composición presenta un curioso rasgo de analogía. En ambas lenguas el sustantivo, primer miembro del compuesto, puede tener una forma reducida o simplificada con respecto al lexema libre:

Francés, *main*, compuesto *man-*.

Sel, compuesto *sau-*.

Morve, compuesto *mor-*.

Como en paiute *mɔʔɔ-* "mano", compuesto *ma(n)-*.

Quna- "fuego", compuesto *qu-*.

Pero no es una necesidad: francés *boule*, *ver*, *fer* se mantienen iguales en forma libre y en composición, lo mismo que paiute *ta-* "pie", *pa-* "agua".

Por lo demás, ciertos compuestos tradicionales pueden conservar una forma o un sentido fósiles del sustantivo: francés *boule-*, *bille-*, *chan-*; paiute *tcɔ-* "cabeza" únicamente en composición, frente a *tɔtsi-* "cabeza", forma libre.

Es provechoso tener en cuenta correlaciones así. Ayudan a apreciar hasta qué punto la tipología es independiente del parentesco lingüístico. Pueden darse convergencias tipológicas fuera de toda filiación genética. Es preciso no obstante un mínimo de analogía en la estructura formal de las lenguas comparadas. En el presente caso puede señalarse que el paiute distingue claramente nombre y verbo,²⁶ que utiliza ampliamente la composición de los temas nominales y verbales, que dispone de prefijos y sufijos. Todos estos rasgos reaparecen en francés, con la diferencia, sin embargo, de que en él el campo de la

²⁶ Sapir, *op. cit.*, § 47, p. 213.

composición es reducido. El francés no ha llevado adelante en realidad la composición mixta (tema verbal + tema nominal) más que en el tipo *porte-monnaie*, que es nominal. Lo cual no ha impedido la creación en francés, asimismo, de un tipo de *verbo compuesto* con primer elemento nominal instrumental, que realiza, si bien en medida menor, una fórmula de composición cuyo análogo se encuentra en una lengua tan diferente como el paiute. Lenguas como el inglés o el alemán, mucho más aptas que el francés para la composición, no han ido tan lejos. Esta creación romance que consideramos en francés, por mucho que se haya agotado bastante pronto, permanece como testimonio de una innovación tipológica de amplio alcance general.

8. MECANISMOS DE TRASPOSICIÓN ¹

El papel de consideración que tiene la trasposición podría ser ilustrado en todos los capítulos de una descripción funcional. Pero no es nada estudiado en algunas partes de la morfología nominal, donde sin embargo es esencial, particularmente en la derivación.

Tratamos aquí de sacar a luz el funcionamiento y la importancia de la trasposición analizando los derivados en *-eur*, llamados nombres de agente, en francés moderno. Tenemos con ello la ventaja de estudiar una categoría intermedia entre el nombre y el verbo, donde el mecanismo de la trasposición hace intervenir dos clases de formas distintas. Tendremos oportunidad de mostrar que la sintaxis y el sentido de los derivados en *-eur* son estrechamente solidarios de la trasposición que los determina.

El adjetivo en *-eur* constituye una clase distinta. Su estatuto lo separa del nombre de agente. Por mucho que ciertas formas, como *travailleur*, *joueur*, sean comunes a ambas categorías, no son tomadas en el mismo sentido, y tampoco tienen igual construcción. Como todos los adjetivos, éstos son susceptibles de gradación, pueden ser calificados o cuantificados por un adverbio. Es lo que los distingue de los sustantivos en *-eur*. En tanto que se enuncia parecidamente: *il est travailleur*, *il est paveur*, se dirá:

il est très travailleur

il est plus travailleur (que su hermano)

pero no:

**il est très paveur*

**il est plus paveur* (que su hermano).

Por lo que hace al sentido, estos adjetivos indican una incli-

¹ Cahiers Ferdinand de Saussure, Ginebra, Droz, 25 (1969) (= Mélanges H. Frei), pp. 47-59.

nación moral, un rasgo dominante y permanente del carácter: *travailleur* “inclinado al trabajo”, *joueur* “inclinado al juego”, *rieur*, *moqueur*, *querelleur*, *farceur*, *menteur*, *jouisseur*, *rageur*. Se prestan a determinaciones adverbiales bastante variadas: “il est *foncièrement* joueur”, “il est joueur *dans l'âme*”. Algunos se pueden volver sustantivos cuando el rasgo de carácter que denotan es elevado hasta el tipo. *Le menteur*, *Le joueur* son títulos de comedias de costumbres. En cambio, ningún adjetivo en *-eur* indica nunca una ocupación, un oficio, ni una capacidad física, en forma del todo opuesta a los sustantivos en *-eur*, y en particular a los nombres de agente propiamente dichos.

A veces algunos nombres flotan entre el adjetivo y el nombre de agente. Es notoriamente el caso de *travailleur*. Como adjetivo, *travailleur* “que ama el trabajo” está atestiguado desde el antiguo francés. Por otra parte el sentido de clase profesional (*Les travailleurs de la mer*; *les travailleurs du bâtiment*) tiene hoy por hoy amplia difusión, pero resulta de un desenvolvimiento bastante reciente. Durante toda la época clásica, *travailleur* no es sino adjetivo. Apenas en el siglo XIX adquiere *travailleur* un sentido social, al despertarse la conciencia de clases, expresada en la oposición *capitalista/trabajador*, que hace juego con la de *capital/trabajo*.² Una condición particular lo separa, sin embargo, de los nombres de oficio, es el carácter colectivo y vago del término, que prácticamente prohíbe emplearlo en singular (“un *travailleur*” es en realidad un singularativo, quiere decir “un miembro de la clase de los trabajadores”). Esto atañe a la naturaleza social, y no profesional, de la designación *les travailleurs*. El trabajo no es un oficio. De ahí que *travailleur* no admita la construcción predicativa: “il est *travailleur*” se dice solamente de aquel “que ama el trabajo”. De esta suerte el adjetivo y el nombre de agente se delimitan.

Hoy en día, *travailleur* como sustantivo cae en dos clases de uso:

1] *Travailleur* “que trabaja” no existe más que con determinación: *travailleur de nuit*, *à domicile*, *à plein temps*; sólo esta determinación le otorga estatuto de sustantivo.

² Se encontrará en la obra de Jean Dubois *Le vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872*, París, 1962, pp. 37-46, una descripción muy documentada de los empleos de *travailleur* durante este período, en el que se formó y fijó en su valor social. Los numerosos ejemplos que son citados dan la palabra casi siempre en plural.

2] *Travailleur*, término de clase, y que prácticamente sólo aparece en plural, deriva en realidad no de *travailler* sino de *travail*. Nació en las doctrinas socialistas que, a mediados del siglo XIX, oponían el *travail* al *capital*, y los *travailleurs* a los *capitalistes*. Cuando la entidad social *travail* se cargó de sentido social y se convirtió en distintivo de una clase, *travailleur* fue, de hecho, recreado como designación de los miembros de esta clase. Hubiera podido hacerse **travailliste*, como *capitaliste*, adelantándose a la innovación que llegaría más tarde para verter el inglés *labourite*, pero *travailleur* tenía la ventaja, para la ideología y la propaganda, de vincularse a la oposición *travailleur/oisif* y *travailleur/bourgeois*.

En la clase, riquísima y en constante crecimiento, de los “nombres de agente” en *-eur*,³ sólo tratamos por preterición el vasto contingente de los nombres que responden estrictamente a esta definición y designan a aquellos que ejercen una actividad profesional: *tourneur*, *balayeur*, *imprimeur*. La mayoría se vinculan a verbos, pero más de una vez se aprecia que derivan de un nombre con valor de “el que hace...”; *chroniqueur* de *chronique* (“que hace crónicas”); *parfumeur* de *parfum*: el perfumista hace y vende perfumes, no es que él perfume; por lo demás *parfumer* no admite casi sujeto personal. Lo mismo *mineur* de *mine*, más bien que de *miner*. De donde creaciones como *phraseur* “que hace frases”, *gaffeur* “que hace tonterías” (*gaffes*, más bien que “qui gaffe”).

El valor de actividad profesional que marca profundamente esta clase de nombres facilita su expansión, a la zaga de la creación de oficios o de técnicas. Hasta del verbo *penser*, el menos susceptible de especialización, se ha sacado *penseur*, como para hacer del pensamiento un oficio.

No obstante, ¿esta función de sentido es la única? Dentro de la multitud de los nombres en *-eur* que se clasifican indistintamente como nombres de agente, vamos a introducir una distin-

³ Sólo nos ocuparemos aquí de las trasposiciones sintácticas entre el verbo y el nombre. No trataremos ni de la distinción entre nombres de agente y nombres de instrumento en *-eur*, ni de la extensión de esta clase léxica en francés moderno. Este aspecto de la cuestión es tratado en detalle por Jean Dubois, *Etude sur la dérivation suffixale en français moderne*, Paris, 1962, pp. 40ss.

ción profunda que los reparte en dos categorías, de acuerdo con el mecanismo de la trasposición de que provienen y en virtud de criterios sintácticos y semánticos.⁴

Los nombres de agente en *-eur* trasponen el verbo a sustantivo con el sentido de “que hace...”, pero de dos maneras diferentes. En sentido estricto un nombre de agente como *danseur* designa al “que baila”, pero tiene dos empleos: uno profesional, “*danseur de ballet*”, el otro que pudiera llamarse ocasional, “el que está bailando” en un momento determinado: “*de nombreux danseurs tournaient dans la salle*”. Los dos usos se distinguen a la vez por su sentido y por su sintaxis: el primero puede construirse como predicado —“*il est danseur*” (en la Ópera)—, el segundo no.

Ahora bien, ambos son la trasposición nominal de un mismo predicado verbal, “*il danse*”. Hay pues que pensar que ahí está el origen de la distinción, en el seno mismo del predicado. Los dos sentidos de *danseur* hacen aparecer dos líneas diferentes de trasposición, y éstas presuponen en efecto dos acepciones distintas de “*il danse*”. La una sirve de definición, “*il danse [como oficio]*”, la otra de descripción, “*il danse [ante mis ojos]*”. De ahí dos trasposiciones nominales diferenciadas no por la forma sino por la construcción: *danseur* 1 “que hace de la danza un oficio” y *danseur* 2 “que está danzando”. En francés estas dos funciones están representadas por una forma única en el verbo, como en la trasposición nominal. Otras lenguas las distinguen por medios variados: es así como el español de México opone *María canta* —“es cantante”— a *canta María* —“está cantando”.⁵

El criterio indicado se verifica en todos los casos en que el nombre en *-eur* es susceptible de dos acepciones: *voyageur* (de comercio) y *voyageur* “que está de viaje”, por ejemplo “*les voyageurs à destination de Bordeaux; avis aux voyageurs*”. El primero es predicable: “*Pierre est voyageur*”, el segundo no, hay que decir “*Pierre est en voyage*”.

Aparecen otras diferencias entre las dos categorías. El *-eur* “ocasional”, por así llamarlo, indica una situación incidente,

⁴ Esta distinción, que establecemos en la sincronía del francés moderno y de acuerdo con criterios explícitos, es independiente de la que establecimos entre dos tipos de nombres de agente y nombres de acción en indoeuropeo y en otras familias lingüísticas (*Noms d'agent et noms d'action en indo-européen*, Paris, 1948).

⁵ Cf. Kahane, *Language*, 26 (1950).

un papel que es asumido en una circunstancia dada, un comportamiento fortuito. Rara vez es cosa de un individuo aislado. Las más veces estos nombres en *-eur* se presentan en plural: “*les spectateurs ont applaudi les joueurs; les dîneurs n’étaient pas nombreux; une foule de baigneurs, de promeneurs, de flâneurs*”, etc. Toda actividad de circunstancia puede originar una denominación así: “*mettre les rieurs de son côté; les conseillers ne sont pas les payeurs*”. La base de estos derivados es generalmente un verbo que denota un comportamiento físico, en una circunstancia donde es visible, público; jamás una actividad mental o un estado afectivo. El nombre traspuesto en *-eur* indica la realización actual, momentánea, observable, colectiva, no la capacidad o la práctica individual de un oficio, de una ocupación permanente. En esta distinción, de sentido y de función sintáctica, se realiza, por mediación de la trasposición, una distinción latente en la predicación verbal.

Un tipo de conversión que no parece haber sido estudiado, ni siquiera debidamente apuntado en esta categoría, es el del nombre en *-eur* acompañado de un adjetivo: *un bon marcheur, un gros mangeur*. Quisiéramos mostrar que la relación entre los dos términos del sintagma es menos sencilla de lo que parece, y que no se reduce a una relación de calificación.

A primera vista asimilaría uno *un bon marcheur* a no importa qué expresión de igual construcción, como *un célèbre écrivain*. Sería una grave confusión, a la vez lógica y sintáctica, y vale la pena sacar a luz las razones.

Comparemos las dos proposiciones:

Pierre est un bon marcheur.

Pierre est un célèbre écrivain.

Un “*célèbre écrivain*” conjuga dos cualidades: es célebre y es escritor. De modo que puede decirse de él: “*cet écrivain est célèbre*”. Pero no puede decirse de un “*bon marcheur*” que sea *bon* y *marcheur*, y es imposible el enunciado: “**ce marcheur est bon*”. La identidad de la estructura formal disimula una disparidad en la estructura profunda.

Aparece una nueva diferencia en el orden secuencial: “*bon marcheur*” obedece a un orden fijo; el adjetivo va siempre ante-

puesto. Pero el orden inverso, “un écrivain célèbre”, es tan admitido como “un célèbre écrivain”: la diferencia entre los dos giros es sólo la que resulta de la posición del adjetivo, mas no interesa a la relación de calificación entre el adjetivo y el nombre.

Estas disimetrías tienen una razón esencial, la naturaleza del sustantivo calificado: “un célèbre écrivain” es un *écrivain*, en tanto que “un bon marcheur” no es un *marcheur*; este término no puede emplearse solo. O sea que el adjetivo no tiene igual estatuto en los dos casos: es diferente en “un bon marcheur” y en “un célèbre écrivain”. Todo procede en realidad del nombre *marcheur*, aquí inseparable de su epíteto que es *bon*. Se caracteriza como la conversión nominal de un predicado “qui marche...” aquí inseparable de un calificante que será *bien*. Explicaremos pues “un bon marcheur” como la trasposición de “qui marche bien”. El grupo nominal halla en esta relación su fundamento lógico y su definición sintáctica. El adjetivo *bon* es aquí un adverbio traspuesto, no un adjetivo de función primaria, y *marcheur* es aquí un predicado verbal traspuesto, no un sustantivo de función primaria. La diferencia entre “un bon marcheur” y “un célèbre écrivain” aparece ahora: “un célèbre écrivain” no es la trasposición de un predicado verbal, en virtud de que *écrivain* no puede reducirse a “qui écrit”. He aquí el criterio de la distinción entre los dos enunciados, tan semejantes en apariencia.

Se sigue que la definición de *marcheur* como nombre de agente de *marcher*, con todo y ser materialmente exacta en cuanto al vínculo formal, no basta para caracterizar su función. Hay que explicar la creación de *marcheur* a partir de una expresión predicativa donde la forma verbal va acompañada de una calificación llamada adverbio: por ejemplo “il marche bien”. Queda dada entonces la condición para la trasposición de “il marche...” a “il est... marcheur”, lo cual acarrea la necesidad de transponer a su vez la calificación adverbial *bien* a forma nominal, de donde *bon*. Pero este adjetivo, pese a las apariencias, no califica un sustantivo, califica, bajo el disfraz nominal, la consumación de un acto: decir que Pedro es “un bon marcheur” significa que Pedro tiene la propiedad de “bien marcher”. El núcleo generador del sintagma nominal (“un bon marcheur”), y así de la categoría de nombres en *-eur* que toma su origen de

tal sintagma, reside en un predicado verbal acompañado de un calificante, "il marche bien".

El mecanismo de esta trasposición es función del nexo particular que hay entre adjetivo y adverbio. No basta con poner el adverbio y el adjetivo en simetría de función, y decir que el adverbio es al verbo como el adjetivo al nombre. Hay que ver que en realidad el adjetivo y el adverbio pertenecen a dos niveles lógicos distintos unidos por una correlación específica. Debe mostrarse esto explícitamente.

Sean las dos proposiciones:

1] *Pierre est un bon garçon.*

2] *Pierre est un bon marcheur.*

La proposición 1] puede reducirse a la conjunción de las dos proposiciones: *Pierre est un garçon + Pierre est bon*. Pero no podría descomponerse 2] en *Pierre est un marcheur + Pierre est bon*, lo cual ni el sentido ni la sintaxis permiten.

Por las razones indicadas, *Pierre est un bon marcheur* ha de tomarse como trasposición de *Pierre marche bien*. En consecuencia, *Pierre est un bon marcheur* predica el "bienandar" como una propiedad de Pedro, pero traspone la calidad del andar de Pedro a cualidad de Pedro-andante.

Así *bon* tiene dos funciones sintácticas distintas. En 1] *bon garçon*, denota la propiedad de un sustantivo; en 2] *bon marcheur*, denota la propiedad de la propiedad *marcheur*. Podría definirse en 1] como adjetivo de función primaria, en 2] como adjetivo de función secundaria.

La transformación de *Pierre marche bien* en *Pierre est un bon marcheur* no afecta nada más la naturaleza de las formas, su función sintagmática; produce una delimitación del sentido. La proposición *Pierre marche bien* puede ser entendida diversamente, según sea Pedro un niño pequeño que da los primeros pasos a satisfacción de sus padres, o haya Pedro vencido las dificultades que le costaba andar, o participe Pedro en un desfile, etc. Pero la trasposición *Pierre est un bon marcheur* elimina todo empleo de circunstancia: se predica así como propiedad de Pedro la capacidad de andar bien, entendida exclusivamente como la capacidad de andar largo tiempo sin cansarse, fuera de cualquier contexto situacional. Debe notarse que (*bon*) *marcheur*, (*gros*) *mangeur* y todos los nombres de la misma serie

proceden de una forma verbal de empleo absoluto y no actualizada, que indica la noción en estado virtual. De ahí procede el valor de capacidad ligado a las traspuestas *marcheur*, *mangeur* que predicen esta propiedad fuera del marco temporal, a diferencia de la categoría *promeneur*, *baigneur*, determinada temporalmente.

Concluamos que la trasposición efectuada por medio del nombre en *-eur* en *un bon marcheur* crea una clase de nombres que pone de relieve la capacidad apreciada, no la práctica habitual o profesional de una actividad.

En el mecanismo de esta trasposición del adverbio a adjetivo, ha tenido papel decisivo una condición morfológica que atañe a la estructura del francés. En esta lengua no es frecuente que haya que trasponer un adverbio a adjetivo; normalmente la conversión es en sentido inverso: es un adjetivo el que proporciona al adverbio su radical, sea por trasposición directa (“*parler bas*, *marcher droit*, *boire sec*”), sea dándole forma femenina y añadiéndole *-ment*, que convierte en adverbio: *lentement*, *sèchement*, *cruellement*. Aquí la situación se invierte. Cuando se traspone un verbo a nombre de agente es preciso asimismo que el calificador verbal (el adverbio) pueda ser traspuesto a calificador nominal (el adjetivo), lo cual crea un problema difícil en una lengua donde el adverbio no produce derivados. De ahí que hayan sido elegidos adjetivos ya existentes, dándoles una función nueva. La elección de estos adjetivos fue guiada por razones de sentido que es interesante deslindar. Se verá así que el mismo adverbio puede ser traspuesto a varios adjetivos.

I] Tomemos primero el cuantificador verbal *beaucoup*. Podrían hallársele equivalentes adjetivos, como *nombreux*, *maint*. Ni uno ha sido ensayado siquiera en el uso. Es *gros* lo que la lengua ha empleado, por ejemplo en “*un gros mangeur*”, a fin de trasponer “*il mange beaucoup*”. Precisamente porque la elección de *gros* no se justifica sin más ni más (un “*gros mangeur*” no es por fuerza *gros*), hay que correlacionarla con uno de los valores semánticos de *beaucoup*, que tiene varios: con el que precisamente se realiza en “*il mange beaucoup*”. Lo definiremos como “gran cantidad (en volumen o en masa) de materia consumible”, de ordinario dinero o comida. En efecto, se encuentra *gros* calificando en más de una expresión relativa al

dinero, en equivalencia con *beaucoup*: “perdre une grosse somme” es “perdre *beaucoup* d’argent”. Igualmente, “posséder une *grosse* fortune, avoir de *gros* moyens, de *gros* besoins, faire de *gros* bénéfices, de *grosses* pertes, de *grosses* dépenses, prendre de *gros* risques”. En “jouer *gros* jeu”, la equivalencia *gros* = “mucho (dinero)” está implícita, permite trasponer *gros* a adverbio: “gagner *gros*, parier *gros*, il y a *gros* à parier”. Entonces el adverbio *gros* así fijado regresa a la condición de adjetivo para efectuar la trasposición nominal de estas locuciones: “il parie *gros*, il joue *gros*”, se vuelven “un *gros* parieur, un *gros* joueur”. Se establece una relación de trasposición entre el adverbio *beaucoup* (en “*beaucoup* d’argent”) y el adjetivo *gros*. Se realiza lo mismo cuando *beaucoup* cuantifica un verbo de consumo como *manger*: “manger *beaucoup*”, es comer “una masa de comida”; en consecuencia, “il mange *beaucoup*”, al trasponerse, pasa a “un *gros* mangeur”. La relación también es válida en lo figurado: de “consommer *beaucoup* d’électricité” se saca “un *gros* consommateur d’électricité”. Por analogía, con *travailler*, y como *beaucoup* subraya sobre todo la masa de trabajo suministrada, “il travaille *beaucoup*” se traspondrá a “un *gros* travailleur”. Es como cuantificador de la adquisición, del gasto, del consumo, en términos de volumen y de masa, como *beaucoup* se traspone a *gros*.

En esta función, *gros* tiene por opuesto a *petit*, que traspone *peu*: “un *petit* mangeur” < “il mange *peu*”.

Cuando *beaucoup* acompaña a verbos de movimiento e indica la frecuencia del ejercicio, el adjetivo de trasposición es, por lo general, *grand*:

“il voyage *beaucoup*”: “un *grand* voyageur”

“il chasse *beaucoup*”: “un *grand* chasseur”⁶

“il court *beaucoup* (les femmes)”: “un *grand* coureur”

y por extensión para el ejercicio de otras actividades:

⁶ La expresión, vuelta estereotipada, *grand chasseur devant l’Éternel*, proviene del Antiguo Testamento, donde califica a Nemrod. Pero hay que fijarse en que *grand* (cazador) no es sino una de las traducciones del hebreo *gibbor*, “vigoroso, poderoso”. El griego de los Setenta vierte *gigas* (*kunēgós*), “gigante, poderoso”. La Vulgata trae *robustus* (venator), la Biblia de Jerusalén *vaillant* (chasseur). Mas Bossuet escribió: *Nemrod, le premier guerrier et le premier conquérant, est appelé dans l’Écriture un fort chasseur*. De *fort* a *grand* cambia el estatuto del adjetivo. Aunque se oiga a veces la expresión ‘un *fort* mangeur’, el adjetivo *fort* es cuando menos ambiguo en su relación sintáctica con *chasseur*.

“il lit *beaucoup*”: “un *grand* liseur”

“il ment, hâble *beaucoup*”: “un *grand* menteur, hâbleur”

“il discours *beaucoup*”: “un *grand* discoureur”.

La relación opuesta no genera trasposición: “voyager *peu*” no representa una característica que haga falta predicar en forma nominal.

Pero el adverbio *beaucoup*, con la misma construcción, puede tener otro valor, más abstracto: el de un alto grado en el conocimiento, en el gusto, con verbos como *aimer*, (*s’y*) *connaître*. Para trasponerlo se suele emplear *grand*, y el adjetivo se hace susceptible de acompañar a los derivados *amateur*, *connaisseur*:

“il aime *beaucoup* la musique” > “il est *grand* amateur de musique”

“je ne m’y connais pas *beaucoup*” > “je ne suis pas *grand* connaisseur”.

Este valor implica evaluación y apreciación. Es susceptible, llegado el caso, de término contrario, tal como *piètre*: “un *piètre* connaisseur” < “il s’y connaît *peu*, *mal*”.

II} El otro adverbio frecuentemente utilizado es el calificador *bien*. Tiene por traspuesto el adjetivo *bon*:

“il conduit *bien*”: “un *bon* conducteur”.

Simétricamente, el calificador *mal* tiene por traspuesto el adjetivo *mauvais*:

“il conduit *mal*”: “un *mauvais* conducteur”.

Con *mauvais*, y a título de variantes, contaremos *piètre*, *pauvre*:

“il cause *mal*”: “un *pauvre* causeur”.

Los dos calificadores *bien* y *bon* se refieren a actividades físicas: “un *bon* marcheur, un *bon* grimpeur, un *bon* nageur”, y a veces a otros logros: *bon* *entendeur*, en “à bon *entendeur*, salut” (correspondiente al “a buen entendedor...” en español).

A la inversa, hay calificaciones que no se presentan más que negativamente: el adjetivo típico y, por así decirlo, único, es *mauvais*. Sobre todo en algunas locuciones tradicionales: “un *mauvais* *payeur*, un *mauvais* *coucheur*”;⁷ pero también en otros

⁷ El uso figurado, único que sobrevive hoy día, de esta expresión, *mauvais coucheur*, que se ha hecho familiar, con el sentido de “individuo con quien es difícil vivir”.

vínculos: “un *mauvais* conducteur” < “qui conduit *mal*”. No obstante, su empleo no pasa de ser limitado; no se da tan a menudo la ocasión o la intención de categorizar desfavorablemente una actividad, y por lo demás *mauvais* es a veces ambiguo: “*mauvais* joueur” puede oponerse a “*bon* joueur”, pero también a “*beau* joueur” (que se comenta luego).

El mecanismo de la oposición aparece así. La calificación adverbial *bien* que se traspone al adjetivo *bon* es complementaria de la cuantificación adverbial *beaucoup* que se traspone al adjetivo *grand* o *gros*. Este sistema asegura el funcionamiento y la distribución de los adjetivos *bon* (op. *mauvais*) y *grand*, *gros* (op. *petit*) en su unión con un nombre en *-eur*, según el sentido de éste sea comparable con una determinación de cualidad o de cantidad.

Algunos de estos nombres admiten uno o dos otros adjetivos, con matices particulares y fuera de sistema. Así *beau*, en “un *beau* parler”, traspone un adverbio teórico *bellement*, diferente del *bellement* histórico que significa “suavemente” (cf. *tout beau!*), más cerca del adverbio *beau* en la locución *porter beau*. En el uso corriente, “*beau* parler” equivale a “que habla con elegancia, de una manera seductora (a menudo con la intención de seducir)”; no puede reducirse exactamente a “que habla *bien*”. La misma disimetría se extiende a “*beau* diseur”, por “que dice (los versos) con elegancia” (también “*fin* diseur”), y a “*beau* joueur”, por “que juega (y que sabe perder) con elegancia”, lo cual es muy diferente de “*bon* joueur” = “que juega *bien*”. Con todo, las dos calificaciones “*bon* joueur” y “*beau* joueur” tienen por término opuesto el mismo “*mauvais* joueur” que, según los casos, significará “que juega mal” o “a quien no hace gracia perder”. Con *joueur* es posible, pues, acoplar tres adjetivos:

“*bon* joueur” < “qui joue *bien*”
 “*gros* joueur” < “qui joue *gros*”
 “*beau* joueur” < “que joue *beau*”.⁸

hace olvidar su sentido propio: aquel que, compartiendo un lecho, perturba el sueño de su compañero. *Son coucher cette nuit se retourna cent fois* (La Fontaine).

⁸ Trasposición teórica en la que *beau* debe ser tomado en el sentido indicado antes.

A esta corta lista de adjetivos traspuestos de adverbios añadiríamos *haut* en *haut-parleur*. Este espécimen único tiene por cierto la misma estructura que *grand buveur*, y teóricamente *haut-parleur* remite a “que habla alto”. Pero hay dos razones que lo apartan: 1) es un término técnico completamente fijo y lexicalizado, como lo indica la ortografía, un nombre de instrumento forjado *ad hoc* y no una caracterización de individuo; 2) y sobre todo, *haut-parleur* no fue creado en francés, ni podía serlo en modo alguno, en ausencia de todo modelo análogo. La línea de las innovaciones léxicas en este dominio técnico en francés para más bien en términos como *amplificateur* (de sonido), antes que en un nombre descriptivo, de imagen, personificador del instrumento, como *haut-parleur*. De hecho, es sabido que *haut-parleur* es una traducción, introducida hacia 1923, del inglés *loud-speaker*. El calco resultaba tanto más fácil cuanto que *loud-speaker* está formado por el mismo procedimiento de conversión: *loud-speaker* < *speaks loudly*. El vínculo estrecho entre los dos miembros (**loud-and-clear-speaker* sería imposible) por una parte, la difusión rápida de las técnicas sonoras, por otra, facilitaron asimismo el préstamo.

Las mismas observaciones valen para la expresión única, mucho más antigua, por lo demás, *libre-penseur*, donde *libre-* funciona como exponente adverbial, “qui pense librement”. Pero es conocida la historia de esta noción; *libre-penseur* fue creado en el siglo xvii para calcar el inglés *free thinker* (como más tarde *libre-échangiste* calcó *free-trader*, a partir de *free-trade* > *libre-échange*).

Vale la pena señalar a este respecto las analogías entre el francés y el inglés en el mecanismo de esta trasposición. A diferencia del alemán, donde, por tener la misma forma el adjetivo y el adverbio, se pasa sin cambio de “er isst viel” a “ein Vielesser”, el inglés, como el francés, convierte el adverbio en adjetivo cuando el verbo es traspuesto a nombre de agente en *-er*. Esta transformación es paralela a la que fue descrita para el francés y tiene por signo, en parte, adjetivos de igual sentido. Se echa mano de ella sobre todo para caracterizar un comportamiento habitual en una función física. Los adjetivos más comunes son para la calificación, *good* (op. *bad*): “a *good* (*bad*) driver”; para la cuantificación se dispone de *great* (“a *great*

eater”), y también de *heavy*: “a *heavy* drinker (smoker, sleeper)” < “he drinks (smokes, sleeps) *heavily*”, y de *hearty*: “a *hearty* eater” < “eats *heartily*”. Así, es posible en inglés diferenciar mediante lexemas explícitos los valores diversos de cualidad y cantidad implicados en francés por “*bien manger*” y que “un *bon mangeur*” no puede trasponer por completo.

Estas observaciones han recalcado la diversidad de los valores que saca a luz el examen en la clase de los nombres de agente en *-eur*, que se acostumbra tratar como unitaria. Reponiendo cada uno de estos valores en el cuadro sintáctico del que participa y partiendo de la construcción verbal que traspone, es como pueden ser puestos en claro los mecanismos que producen y que diferencian estas categorías nominales.

9. LAS TRASFORMACIONES DE LAS CATEGORÍAS LINGÜÍSTICAS ¹

La evolución de una lengua considerada como sistema de signos consiste en las transformaciones sufridas por sus categorías. Entenderemos por categorías las clases de formas caracterizadas distintivamente y susceptibles de funciones gramaticales.

No todas las categorías se transforman idénticamente, ni al mismo tiempo. Pero en virtud de que todas están relacionadas de algún modo, es inevitable que aun aquellas que parecen más permanentes sean afectadas por las transformaciones que tocan a las menos duraderas, sea en su forma, sea en sus funciones, o en ambas cosas a la vez.

Nos parece útil precisar la noción de transformación como proceso diacrónico estudiado en las categorías lingüísticas, distinguiendo dos géneros de transformaciones, diferentes por su naturaleza, que tienen causas y efectos distintos en el desenvolvimiento de las lenguas:

I] Las transformaciones *innovadoras*. Son transformaciones producidas por desaparición o aparición de clases formales, lo cual modifica la dotación de las categorías vivas.

Desaparición de categorías serán, por ejemplo:

*la desaparición parcial o completa de las distinciones de género: eliminación del neutro, que reduce las oposiciones a la oposición masculino/femenino; o eliminación del femenino, que produce una oposición: género animado/neutro;

*la reducción de las distinciones de número por eliminación del número dual;

*la reducción, en proporciones variables, de los sistemas de clases nominales y —correlativamente o no— de los sistemas de deícticos, etc.

¹ Hasta ahora sólo publicado en traducción inglesa en *Directions for Historical Linguistics* (Symposium in Historical Linguistics, 29-30 de abril de 1966, The University of Texas, Linguistics Department), Austin-Londres, University of Texas Press, 1968, pp. 85-94.

La creación de categorías podrá ser ilustrada por:

*la creación del artículo definido;

la creación de nuevas clases de adverbios procedentes de compuestos (-ly, -ment*), etc.

Estas desapariciones y apariciones alteran la dotación de las categorías formales de la lengua; provocan por añadidura una reorganización y una redistribución de las formas en oposiciones cuya estructura se ha modificado: redistribución de las tres clases de número gramatical entre las dos clases subsistentes; redistribución del plural neutro latino en el femenino romance; reorganización de los demostrativos a partir de la especialización del artículo, etc.

II] Las transformaciones *conservadoras*, que consisten en el replazamiento de una categoría morfemática por una categoría perifrástica en la misma función, por ejemplo:

*replazamiento del comparativo morfológico por el sintagma adverbio + adjetivo;

*replazamiento de la desinencia casual por el sintagma preposición + nombre.

Vamos a estudiar algunas de estas transformaciones, para subrayar la importancia fundamental de la noción de perífrasis en el proceso mismo de transformación.

Las transformaciones que consideramos más especialmente son las que a la vez producen una nueva clase de signos, que podrían llamarse signos de auxiliación, y que son realizadas correlativamente por esas formas de auxiliación.

Consideramos en especial este proceso de auxiliación en el desarrollo perifrástico de dos categorías verbales, el perfecto y el futuro, en el dominio romance. Ahí hay ejemplos privilegiados, tanto por la abundancia de los datos como por el número de observaciones teóricas que permiten hacer.

La característica formal de esta transformación es pues que se opera por creación de un sintagma, condición fundamental suya, cualquiera que sea la suerte ulterior de tal sintagma (mantenido distinto en el perfecto, soldado en unidad en el futuro).

El sintagma de auxiliación puede ser descrito como la asociación de un auxiliante flexionado y de un auxiliado no flexionado. A estos dos elementos agregamos otro, tercero, que

reside en la combinación de los dos, condición productora de una forma nueva, distinta de cada uno de los dos componentes, y de una función nueva. En otra parte hemos ofrecido un análisis descriptivo de la estructura de los sintagmas de auxiliación en francés.²

Aquí estudiaremos de qué manera se definen estas perífrasis en los casos respectivos del perfecto y el futuro en su forma latina, en su relación formal y funcional.

1

La perífrasis típica del perfecto está constituida en latín por *habēre* + participio pasado. Tenemos aquí una estructura que parece clara, inmediatamente inteligible y constante, sea en latín o en su estado presente, puesto que volvemos a hallarla como tal en las lenguas romances y en otras más. En realidad la constitución de este sintagma obedece a condiciones precisas, y supone algunas distinciones teóricas esenciales. Ni unas ni otras parecen aún reconocidas como es debido.

Hay dos condiciones para que las formas, la de *habēre* y la del participio pasado, puedan combinarse en un sintagma. Cada una de estas dos condiciones consiste en una elección entre dos posibilidades.

El verbo *habēō* en construcción predicativa es susceptible de dos sentidos: “tener” y “haber”. Esta condición previa tiene importancia primordial: decide en la encrucijada de la elección. La diferencia entre “tener” y “haber” ha sido por regla general desconocida en las numerosas obras didácticas que tratan de este perfecto. La mayoría de las veces ni siquiera se menciona. De ahí el estado de confusión que impera a propósito de esta construcción.

Esta distinción primera es esencial; según sea tomado *habēō* como “tener” o “haber”, se cierra o se abre el camino a la comprensión de la perífrasis.

Esta distinción inicial, concerniente al sentido del auxiliar

² Cf. más adelante, cap. 13.

habēō, está ligada a otra distinción, relativa a la función de la forma auxiliada: ésta puede ser tomada o como adjetivo (es el caso de *promptus, lectus, ratus, tacitus, clausus, subitus*, etc.) o como participio verbal en sentido estricto.

Cada una de estas dos funciones se vincula respectivamente a uno de los dos sentidos de *habēō* y gobierna un sintagma distinto. Uno de estos dos sintagmas jamás realiza una perífrasis de perfecto: es el sintagma de *habēre* "tener" con el participio con valor de adjetivo.

El otro sintagma realiza siempre una perífrasis de perfecto: es el sintagma de *habēre* "haber" con el participio de valor verbal.

Es necesaria una condición más para que la relación de perfecto sea implicada por la forma del sintagma; tiene que ver con la naturaleza semántica del verbo. Es preciso, en principio, que dicho verbo denote un proceso "sensorial-intelectual" interior al sujeto y no un proceso "operativo" aplicado a un objeto fuera del sujeto. Participan de esta categoría los verbos "comprender, descubrir, notar, ver", los primeros en que se realiza la perífrasis *habēre* + participio.

Tales son las condiciones a las que está sometido el perfecto perifrástico. Son apreciadas juntas y pueden ser reconocidas como distintas en una forma como *hoc compertum habet* ("ha comprendido eso"), donde *habēre* significa por cierto "haber, poseer", donde *compertum* es por cierto el participio que denota el estado en que el objeto ha sido puesto, y donde el verbo *comperire* "averiguar, descubrir" denota por cierto un proceso mental.

La conjunción de estos tres factores hace que el autor del *comperire* y el sujeto gramatical de *habēre* coincidan necesariamente. De ahí, en consecuencia, que, en este sintagma y por él, el autor del proceso sea designado como *poseedor* del resultado, *adquirido* para él. He aquí un rasgo distintivo de una nueva relación entre el agente y el proceso, muy diferente de aquella que enuncia la forma temporal simple.

Otra consecuencia es la situación temporal, enteramente nueva también, que este sintagma atribuye al proceso. En virtud de ser planteado como consumado, pero al mismo tiempo vinculado al presente, el proceso se halla referido a una etapa ante-

rior con respecto al momento actual en que es enunciado. En *hoc compertum habet* ("se ha enterado de eso"), el tiempo presente de *habet* indica el nexo duradero con el momento actual, el participio pasado *compertum* el estado del objeto como acabado, y así lógicamente anterior al instante del discurso. Tal es la doble característica distintiva del perfecto: el proceso es planteado como presente, pero en estado de noción consumada. Ninguna otra forma verbal puede hacerle la competencia con este valor.

A partir de aquí, se generaliza este modelo sintagmático extendiéndolo a otros verbos, hasta llegar a *episcopum invitatum habes* (Gregorio de Tours). En adelante, el sintagma se torna una forma única de dos miembros, el perfecto; los dos miembros desempeñan funciones intrasintagmáticas distintas y complementarias: *habēre* se vuelve el auxiliante encargado de las relaciones sintácticas con el enunciado; el participio, el auxiliado encargado de la denotación semántica del verbo. Es el acoplamiento de los dos miembros el que realiza la forma del perfecto.

En el paradigma del verbo latino se da una transformación del antiguo perfecto que, por escisión, para en dos formas diferentes. El valor inherente al perfecto sintético pasa al perfecto perifrástico, que rechaza al otro hacia la función de aoristo.

Por lo demás, el hecho mismo de que el auxiliante *habēō* conserve el estatuto flexional de un verbo libre permite constituir una conjugación perifrástica completa que renueva el paradigma del *perfectum*.

De esta suerte la forma perifrástica es heredera del antiguo perfecto, no sólo en virtud de una sucesión histórica, sino porque hace explícito su valor inherente. Aquí podemos nada más indicar esta relación particular, que requeriría largas precisiones. La transformación estructural acaba en una conservación funcional.

Nada de esto puede salir a relucir mientras no se pase de repetir, como tantos manuales, que "tiene escrita una carta; tiene las ropas desgarradas" anda muy cerca, si no es hasta sinónimo, de "ha escrito una carta; ha desgarrado sus ropas", lo cual es erróneo desde el triple punto de vista de la descripción, de la

historia y de la teoría general, y al instalar la confusión en el corazón del problema, impide inclusive plantearlo.

II

La transformación del futuro latino en futuro romance se operó, como es sabido, por mediación de una perífrasis *habēō* + infinitivo. Es lo que todos los manuales representan en el esquema lat. *cantāre habēō* > fr. *je chanterai*.

No queda sino decir que esta manera de simbolizar el tránsito de un estado a otro es errónea a la vez en la realidad histórica si pretende resumirla, y como modelo teórico si pretende hacerla comprender. Jamás fue *cantabō* remplazado por *cantāre habēō* (si no es en la época ya romance cuando todos los futuros se habían vuelto perífrásticos), y jamás *cantabō* hubiera podido ser remplazado por *cantāre habēō*. Este doble error, histórico y teórico, resulta de una interpretación inexacta del sintagma *habēre* + infinitivo que es efectivamente la etapa intermedia entre el futuro latino y el futuro romance.

Empecemos por restablecer las condiciones exactas en las cuales aparece esta perífrasis.

Nació en los escritores y teólogos cristianos a partir de Tertuliano (a principios del siglo III d.c.). La gran mayoría de los ejemplos prueba que:

- 1] la perífrasis comenzó con *habēre* y el infinitivo *pasivo*;
- 2] fue empleada primero con *habēre* en *imperfecto*;
- 3] se restringía a las proposiciones *subordinadas*, sobre todo relativas.

Al principio es, pues, un giro muy específico. El tipo es: "...in nationibus a quibus magis suscipi habebat". No entra en modo alguno en competencia con el futuro, que los mismos autores emplean regularmente y sin limitación ni vacilación. He aquí el primer rasgo importante.

Otro está ligado a éste, se trata del sentido de *habēre*. Se desprende de esta construcción que *habēre* no significa "tener (que)" como en "tengo que trabajar", sentido que jamás habría conducido a un futuro "trabajaré", del que difiere incluso

hasta el punto de que, hoy como siempre, “tengo que trabajar” nunca se confunde con “trabajaré”, ni “tengo que decir” con “diré”. En el sintagma latino tal como se constituyó efectivamente, *habēre* con el infinitivo tiene por función indicar la predestinación del objeto designado a ser hecho tal. Es un valor semántico nuevo y distintivo, del todo diverso del valor de intención que a menudo está asociado a la noción de futuro.

Esta perífrasis, cuando nace, tiene una estructura sintáctica particular, como se ha visto. ¿Es pues el sustituto del futuro? De ninguna manera. No es, al principio, una proposición libre, sino subordinada y por lo general relativa. Hay por tanto que definir su función como la de un adjetivo verbal o de un participio. De hecho se enuncia merced a esta perífrasis el equivalente de un participio futuro de voz pasiva, que no indica la obligación (como hace la forma en *-ndus*) sino la predestinación. Ninguna forma nominal del paradigma verbal latino podía expresar esta noción que era a la vez nueva con respecto a los “tiempos” clásicos del verbo, y necesaria en el marco conceptual en que se producía.

Una vez implantada, esta perífrasis gana terreno. Se extiende primero a la proposición libre: *Nazaraeus vocari habebat secundum prophetiam*; luego admite, con *habēre*, el infinitivo de un verbo deponente o intransitivo: *quia nasci habebat, quod in omnem terram exire habebat praedicatio apostolorum*; por último, el infinitivo de todos los verbos. Mas esta extensión no se consuma hasta muy tarde (siglos VI-VII).

Sólo entonces el sintagma compite efectivamente con el futuro y llega a suplantarlo. Hay que reconocer aquí dos procesos distintos:

1] El sintagma *habēre* + infinitivo coexistió largo tiempo con el futuro antiguo, sin cruzársele, porque portaba una noción distinta. Hubo así dos expresiones del futuro: uno como intención (es la forma simple en *-bō, -am*), otro como predestinación (es el sintagma: “lo que tiene que ocurrir” > “lo que ocurrirá”). Inevitablemente las dos expresiones tenían que encontrarse, y confundirse en diversas circunstancias de empleo. En tal conflicto, la forma simple del futuro viejo, debilitada ya por su dualidad formal (*-bō/-am*) y por las confusiones fonéticas con el perfecto (*amābit ~ amāvit*), debía ceder el puesto.

2] Al mismo tiempo se realiza progresivamente una reducción formal del sintagma por fijación del orden de sucesión infinitivo + *habēre* y por fusión de los dos miembros: entre la final vocálica de los infinitivos y la inicial vocálica de *habēre* a continuación, desaparece *h-* y es *abere* lo que en adelante será la forma portadora de flexión: *essere abetis* “scréis” (s. VI), acarreando *venire (h)abes*, *videre (h)abes* y preparando así *salverai prinderai* de los Juramentos de Estrasburgo. Es esta transformación del sintagma en una forma única la que lo tornó apto para adoptar en el paradigma el puesto del antiguo futuro.

Se ve aquí el ejemplo de una locución nacida para responder a una función particular y limitada, ceñida en un marco sintáctico estrecho, que despliega sus virtualidades propias y entonces, por un efecto de sentido imprevisible, realiza cierta expresión del futuro. La lengua explota este recurso para instituir progresivamente una nueva forma temporal que elimina la antigua.

Otra transformación perifrástica del futuro antiguo se dio en griego, y exhibe un curioso paralelismo con la precedente.

La forma antigua del futuro es remplazada en griego medio por perífrasis concurrentes que revelan el conflicto entre dos expresiones distintas: una consiste en *ékhō* (“tengo”) + inf., la otra en *thélō* (“quiero”) + inf. Al mismo tiempo se produce, en el mismo campo, una extensión de la forma modal de subjuntivo aoristo con *na* (partícula modal): *nà idō* “veré”. De esta concurrencia emerge una forma nueva, primero perifrástica *thélo nà (grapsō)*, luego, con reducción, *thé nà*... (siglo XIII), *thà nà*, y por último *thà (gràpso)*, futuro de la lengua común. De modo que el futuro del griego moderno es el presente o el aoristo con prefijación de una partícula *tha*. De la antigua perífrasis, el miembro que expresaba la intención ha sido eliminado como significante, en virtud del hecho de que el segundo miembro (equivalente al infinitivo en la perífrasis latina) era en griego una proposición final, necesariamente provista de una forma verbal personal. El auxiliante *thélo*, en tanto que forma flexionada, se volvía así redundante y podía reducirse a una partícula.

El sogdiano, dialecto oriental del iranio, proporciona un ejemplo más de transformación.

El futuro antiguo, con el morfema *-sya-*, representado por el avéstico *busyati* "será", es remplazado en sogdiano por una locución formada por el presente seguido de una partícula *kām* (antiguamente = "deseo"): *but kām* "será". En estados más evolucionados del sogdiano, la partícula se une a la forma verbal y finalmente se reduce a *-kā*, que no es ya significativa: *butqā* "será"

Parece que por una necesidad interna la perífrasis del futuro esté destinada a eliminar el miembro auxiliante, sea por fusión con el auxiliado (es la solución romance), sea por reducción al estado de partícula (como en griego moderno y en sogdiano)

III

Estos ejemplos permiten ver, en la transformación de las categorías formales, la similitud de los verbos empleados para efectuar combinaciones sintagmáticas bastante diferentes entre sí, y que no tienen igual suerte en las mismas lenguas.

El perfecto y el futuro nuevos han sido realizados por el mismo verbo en calidad de auxiliante, *habēre*. Hubiera podido mostrarse la transformación del pasivo antiguo en sintagma caracterizado por el auxiliante *esse* (o "ser", etc.). Por lo que toca a las transformaciones de formas temporales latinas en romance occidental, apenas hay más (cf. la variante *tenere** en portugués).

Hay otras transformaciones, y otros auxiliares que las efectúan. Una de las más comunes es la transformación de las formas verbales modales en sintagmas cuyo auxiliante es un verbo como "poder". Hay asimismo transformaciones de formas simples caracterizadas desde el punto de vista del aspecto en sintagmas provistos de un auxiliante con función aspectual.

Pero, sea cual fuere la función particular que desempeñe, la auxiliación es un procedimiento sintáctico muy vastamente empleado en las lenguas más diversas. El sintagma de auxiliación presenta por doquier caracteres comunes, que es interesante

* Ter. [r.]

sacar a relucir, a título de ejemplo, en dos lenguas amerindias diferentes.

Dondequiera es verificado el fenómeno de la auxiliación, puede advertirse que el auxiliante es un verbo de naturaleza particular, y, más allá de todas las diferencias de estructura lingüística, que pertenece a las mismas series. Es un verbo de sentido muy general, a menudo defectivo e irregular, supletivo en más de una lengua.

En tunica (Haas) se distinguen tres clases de verbos: auxiliares, activos, estáticos.

Los auxiliares son: ?úhki “es, vive”; ?úra “está acostado, extendido”; ?úna “está sentado, acampado, agazapado”; ?úsa “viene”; ?úwa “va”; -?úta “hace, causa”, y aparte láka “viven” (anóm., 3a. pl.).

Todos tienen un empleo libre, así como un empleo a modo de auxiliares de otros verbos. Ahora bien, difieren de las otras dos clases de verbos en virtud de las características siguientes:

1] Ciertos auxiliares se flexionan irregularmente: ciertas formas como las de los verbos estáticos, otras como los verbos activos, otras más inanalizables.

2] Son supletivos, únicos que emplean tal procedimiento.

3] Aplican la reduplicación en la formación de los paradigmas repetitivos, y son igualmente los únicos que lo hacen.

4] Son todos empleados en la flexión perifrástica de los verbos activos, con todo y que tengan además (salvo uno de ellos) un empleo libre.

También en azteca hay verbos auxiliares. Son verbos —Whorf cuenta diez— que tienen una existencia independiente. Como auxiliares, son sufijados al verbo y confieren a la forma verbal, en la lengua clásica, cierto valor aspectual.

Los verbos auxiliares son: 1] *ka* “ser” (=continuativo); 2] *nemi* “andar, viajar” (= va haciéndolo); 3] *wi c* “venir” (= viene haciéndolo); 4] *mani* “extenderse, estar extendido” (=circula haciéndolo, lo hace en un área: *kiyawtimani* “rains all around”); 5] *ikak* “estar de pie” (=se está en este estado, para cosas erigidas); 6] *ewa* “levantar” (=no durativo “entra en el proceso”, o sencillamente inceptivo: *kon-anatewa* “starts forward to get it (-ana-)”; 7] *momana* y 8] *mote-ka*, los dos “settle down”; el primero con una idea de “difundirse” de empleo idio-

mático; 9] *kisa* "go forth" y 10] *weci* "caer", no durativos e inceptivos de acción vigorosamente emprendida: *-k^witiweci* "dashes upon and takes (-k^wi)".

El auxiliar es sufijado al presente *-ti*, por ejemplo con el auxiliar *ka* "ser" + *mo- λ alia* "sits", se forma *o-mo- λ alitikatka* "he was sitting", *mo- λ alitiyes* "he will be sitting".

La técnica de la auxiliación resulta particularmente clara e instructiva en las lenguas altaicas. El sintagma de auxiliación en turco antiguo (Gabain) consiste en un auxiliante flexionado y un "converbo" de forma fija en *-u* o en *-p*. El paradigma, bastante extendido, de los auxiliantes, comprende verbos de sentido general que, en calidad de auxiliantes, forman perífrasis de función descriptiva o modal: con *tur-* "stare" puede formarse *altayu tur-* "tener costumbre de engañar"; con *tut-* "tener": *küyü tut-* "proteger continuamente"; con *alq-* "agotar": *qilu alq-* "hacer hasta el fin"; con *tart-* "tirar": *qutu tart-* "decaer lentamente", etc.

Podrían ser citados otros muchos casos, que mostrarían a la vez cuán general es este procedimiento y cuán paralelos son los caminos de la realización.

Esto permite colocar los sintagmas de auxiliación de las lenguas indoeuropeas en un contexto descriptivo más vasto y que permite comprenderlos mejor. Pero, a la inversa, donde hoy apreciamos, en lenguas sin historia, estructuras de auxiliación análogas a las de las lenguas indoeuropeas, podemos pensar en echar mano del modelo indoeuropeo para explicar su génesis.

10. PARA UNA SEMÁNTICA DE LA PREPOSICIÓN ALEMANA VOR¹

En un artículo anterior² intentamos una interpretación unitaria de los usos de la preposición latina *prae*, a fin de mostrar en particular que el sentido llamado causal de *prae* resulta de una especialización del sentido general de “delante, en el extremo, en el punto extremo”. Rechazábamos pues la explicación dada por Brugmann de la expresión *prae (gaudio)*: “Etwas stellt sich vor etwas und wird dadurch Anlass und Motiv für etwas.” P. Meriggi,³ sin considerar en detalle la argumentación de nuestro artículo, vuelve a la tesis de Brugmann, y a nuestra pregunta: “lloro *ante* la alegría . . . ¿En qué lengua se ha expresado uno nunca así?”, responde: “In tedesco, perchè vor Freude è la espressione del tutto corrente e addirittura unica pel lat. *prae gaudio*.”

Opinamos que, lejos de modificar nuestra concepción del sentido de lat. *prae gaudio*,⁴ la expresión alemana *vor Freude* la refuerza. Pero ¿qué significa exactamente? Hay que empezar por analizar este uso de *vor* en el contexto del valor general de la preposición. A fin de abreviar nuestra demostración, nos apoyaremos en las definiciones dadas en el artículo *vor* del diccionario de Grimm.⁵

Ante todo, hay que recordar que en las locuciones como *vor*

¹ *Athenaeum*, nueva serie, vol. L, fasc. III-IV (1972), Universidad de Pavia, pp. 372-375.

² Reimpreso en nuestra obra *Problèmes de linguistique générale*, I, París, 1966, pp. 132ss.

³ *Athenaeum*, nueva serie, vol. L, fasc. III-IV (1972), Universidad de Pavia, pp. 357ss., que tuvo la amabilidad, que le agradecemos, de transmitirnos en manuscrito.

⁴ No volveremos aquí a lat. *prae*, si no es para expresar nuestra satisfacción al hallar en el artículo de P. Meriggi una inapreciable lista de ejemplos de *prae* que confirman nuestros puntos de vista acerca de las condiciones de dicho empleo. Señalemos de pasada que la cita 4 (Liv. III, 46, 9) debe ser rectificadas. El texto es en realidad *omissis rebus aliis prae unius cura*, lit. “todos los demás asuntos eran descuidados, al extremo del cuidado por uno”, o como traduce Baillet (ed. Budé): “Comme on négligeait toutes les autres affaires pour ne s’occuper que de celle-là.”

⁵ Grimm, *Deutsches Wörterbuch*, XII, Abt. II (1951), pp. 777ss., citado en adelante “Grimm”

Freude (weinen) la preposición se aplica exclusivamente a estados o acciones *involuntarios* y se opone a la expresión del comportamiento voluntario o reflexivo que requiere la preposición *aus*.⁶ Aquí está, como se verá, una limitación esencial del pretendido sentido "causal" de *vor*.

De manera general, *vor* indica dos posiciones posibles: 1] del lado donde está la cara de una persona o una cosa: *vor dem Gericht* "(comparecer) ante el tribunal", cara a cara, pues; 2] yendo delante de la persona o de la cosa: *vor jmd. laufen* "correr delante de alguien", y así precediéndolo. Lo confirma Grimm: "es sind immer zwei anschauungen möglich, die auch allen übertragenen anwendungen zu grunde liegen, ein zugewendtheitsein oder ein vorausliegen, -stehen oder -gehen".⁷

Es de la segunda acepción de la que partiremos para dar razón del empleo "causal" de *vor*. Una locución propia para facilitar su comprensión es *vor dem winde segeln*, que Grimm comenta: "zur bezeichnung einer bewegung vor bewegtem in gleicher richtung *vor dem winde segeln*, so dass der wind von hinten oder schräg von hinten kommt".⁸ La locución *vor dem winde segeln*, literalmente "singlar ante el viento", indica que se tiene el viento detrás, viento en popa, según nuestra terminología. Así, *vor* señala la posición que se ocupa y la dirección a donde se va por efecto de una impulsión que viene de detrás y empuja hacia adelante.

Ya andamos cerca de la situación enunciada por *vor* "causal". Pero no hay que dejar de observar las dos condiciones constantes y asociadas en el tipo *vor Freude weinen* y que son olvidadas a menudo: 1] el verbo indica siempre un estado o un comportamiento psicofisiológico de carácter instintivo, involuntario ("gritar, llorar, temblar, tener miedo, estar fuera de sí", etc.); 2] el sustantivo al que se aplica *vor* designa siempre una emoción viva ("alegría, cólera, terror, dolor", etc.).

Así hemos delimitado el dominio de los empleos a los que conviene la preposición *vor* en alemán, *di* en italiano, *de* en francés:

⁶ Cf. Werner Schmitz, *Der Gebrauch der deutschen Präpositionen* (4. Aufl., 1966): "Das kausale *vor* nennt die Ursache unwillkürlicher Handlungen (und Zustände), im Gegensatz zu *aus*, das die Ursache willkürlicher Handlungen angibt."

⁷ Grimm, p. 777.

⁸ Grimm, p. 782.

al. *vor Freude weinen*; it. *piangere di gioia*; fr. *pleurer de joie*;

al. *vor Angst sterben*; it. *morire di paura*; fr. *mourir de peur*;

al. *vor Müdigkeit umfallen*; it. *cascare di stanchezza*; fr. *tomber de fatigue*.

Como aquí no se trata de francés ni de italiano, no nos queda más que preguntarnos si este valor de *vor* puede explicarse por el sentido general de la preposición tal como ha sido definido arriba. Creemos que tal es el caso, y los datos concuerdan con nuestra interpretación. P. Meriggi debe construir la suya sobre dos sentidos opuestos, el de "causa" y el de "impedimento", que nos parecen ilusorios ambos.

Se ve, sin más, con leer el comentario de Grimm: "*vor bezeichnet die ursache, den bewegendenden grund für zustände, besonders innere, dann aber auch für ein verhalten in ganz allgemeiner anwendung: vor begierde brennen, vor scham verstummen, . . . vor wut beben, vor freude weinen . . . Die wirkende ursache ist gewöhnlich nichts von aussen kommendes, abgesehen von kälte, hitze, u. ä., wo gleichzeitig ein innerer zustand bezeichnet wird, und so ist dann das bewirkte wiederum ein innerer zustand, dessen ausdruck, oder ein verhalten, eine handlung, ein vorgang, die als unwillkürliche folgen angesehen werden können; besonders oft wird auch durch eine negation eine verhinderung, hemmung bezeichnet. . .*"⁹

El papel de *vor* sigue siendo el mismo en este uso específico. Indica la posición en la que se encuentra uno bajo la impulsión de una fuerza irresistible que empuja hacia adelante. Al igual que el movimiento del navío es producido por la fuerza del viento que lo impulsa, así el estado involuntario físico o psíquico ("weinen") es el resultado de una pulsión emocional ("vor Freude") que sufre el sujeto. El comportamiento involuntario ("weinen, beben, brennen") del sujeto es asimilado al movimiento igualmente involuntario del velero ("segeln"), y el paroxismo de la emoción impulsante a la fuerza impulsora del viento.

Una vez aquí, todo lo que importa y basta comprender es la relación semántica de *vor* con el verbo, por una parte, y por otra

⁹ Grimm, pp. 788-789.

con el sustantivo. Que la violencia del afecto resentido haga llorar al uno o impida al otro hablar, es cosa que atañe al psicofisiólogo, no al lingüista. Es igualmente vano atribuir a *vor* el sentido de "causa" y el de "impedimento"; eso es confundir el plano de la sensación y el de la lengua. Desde el punto de vista lingüístico sólo viene al caso una consideración: la construcción de *vor* y la relación que establece entre el verbo y el nombre que articula juntos. Diremos pues que, apuesto adverbialmente a un verbo denotador de un estado o un comportamiento involuntario ("llorar, temblar", etc.), *vor* indica la avanzada extrema, resultante de una impulsión, y forma sintagma con el sustantivo denotador del agente de la impulsión (aquí interno, emocional, "Freude", etc.). Si *vor* indica la dirección impuesta al objeto por el impulsor, es en virtud de la misma construcción que analizábamos antes. Dejando aquí a un lado la cuestión del artículo, que no tiene relación directa con nuestro propósito, subrayaremos el paralelismo y la unidad esencial de los dos tipos de locuciones:

*vor dem Wind
segeln*

*vor Freude
weinen*

Exterior o interior, cinética o emotiva, la impulsión actúa parejamente, y en los dos casos tiene *vor* la misma denotación. Hay un nexo estrecho, necesario, entre el carácter *involuntario* de los comportamientos indicados por el verbo (sea actos, "llorar, gritar", sea, lo cual se reduce a lo mismo, "no saber ya qué se dice, no poderse mover") y la naturaleza *irresistible* de la pulsión que mueve al sujeto en la dirección *vor*.

La lengua no podría producir construcciones tan parecidas si no hubiera entre ellas una similitud profunda debida a un mismo esquema subyacente. Toca al lingüista descubrir esas relaciones profundas bajo la diversidad superficial de los usos, si quiere comprender los efectos de sentido que resultan.

IV FUNCIONES SINTÁCTICAS

11. FUNDAMENTOS SINTACTICOS DE LA COMPOSICIÓN NOMINAL¹

Tanto en la práctica descriptiva como en la teoría de las clases de formas se ha considerado siempre que la composición nominal es cosa de la morfología, que no es otra cosa que una variedad de la formación de los nombres, a igual título que la derivación. Nadie discutirá que las particularidades formales de los nombres compuestos interesan en efecto a la morfología nominal, en particular las variaciones características de un tema nominal entre el estado de forma libre y el de miembro de compuesto, variación que es precisamente una de las señales, a veces la única, de la composición. Vistas así las cosas, los compuestos de las principales lenguas suministran a la descripción materia abundante. Han sido descritos y a menudo analizados con gran detalle.

Pero la consideración morfológica deja sin responder, y a decir verdad aun sin plantear, el problema fundamental: ¿cuál es la función de los compuestos? ¿Qué los hace posibles y por qué son necesarios? En una lengua consistente en signos simples, la existencia de unidades hechas de dos signos unidos invita a preguntarse dónde está la fuente común de los compuestos y de dónde procede la diversidad de sus formas.

Para responder es preciso, en nuestro concepto, considerar los compuestos no ya como especies morfológicas sino como organizaciones sintácticas. La composición nominal es una microsintaxis. Cada tipo de compuestos tiene que ser estudiado como la transformación de un tipo de enunciado sintáctico libre.

Examinamos pues en estos términos las principales clases de compuestos, tal como son reconocidas por doquier, para sacar a la luz los fundamentos sintácticos propios de cada una y, finalmente, para buscar su común función.

¹ *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, C. Klincksieck, t. LXXI (1967), fasc. 1, pp. 15-31.

Planteamos en principio que un compuesto tiene siempre y solamente dos términos. Quedan excluidos de la función de composición (lo cual es por lo demás noción bastante ampliamente admitida) los prefijos y preverbos, cuyo comportamiento y papel son muy otros. Pero, de los dos términos de un compuesto, uno puede ser, por su parte, compuesto: al. *Bleistifthalter*; ingl. *cocktail-mixer*; gr. *triakonta-etēs* “treintañero”. El compuesto que pasa a ser término de compuesto cuenta por un solo término; nunca hay más que dos en el compuesto nuevo.

Deben distinguirse en el análisis de los compuestos dos factores que obedecen a condiciones diferentes: la relación lógica y la estructura formal. Ésta depende de aquélla. La estructura es dispuesta por la relación. La sola relación lógica proporciona los criterios propios para clasificar funcionalmente los tipos de compuestos.

En consecuencia, la relación por establecer entre los dos términos debe ser considerada como el primer criterio, el más general, aquel al que serán subordinados todos los demás. Distinguiremos dos grandes clases primordiales: los compuestos cuya relación es entre los dos términos y les es equidimensional, y aquellos donde la relación va más allá de los dos términos y, englobándolos en una función nueva, se modifica ella misma. Todas las demás clases serán incluidas en éstas a título de subclases.

I

La primera gran clase comprende los compuestos en que la relación es entera y únicamente entre los dos términos. Éstos constituyen —diversamente— y delimitan —constantemente— la estructura sintáctica.

1] Contaremos aquí, primero, por la simplicidad de su estructura binómica, el tipo llamado *dvandva* (“par”), que junta dos sustantivos equipotentes en una unidad que llamaremos aco-plante. El védico proporciona los ejemplos clásicos: *dyāvāpṛthivī* “cielo-tierra”, *pitárāmātārā* “padre-madre”, *mitrāvárūnā* “Mitrá-

Váruṇa”; en griego νυχθήμερον “(duración de) noche-día”. La particularidad del dvandva es que los dos nombres son equipotentes. Es por esta relación por la que se caracterizan. No forman pues, juntos, una construcción sintáctica en sentido estricto, sino que están unidos por un vínculo de coordinación que no podría ser analizado sino en el marco de una teoría general de la coordinación asindética. En consecuencia, el dvandva no admite reducción de los dos miembros a uno solo o la primacía de uno de los términos sobre el otro, aparte de la relación de precedencia, fijado por la tradición y, por lo demás, reversible: *pitārā-mātārā* o *mātārā-pitārā*. La reunión de los dos nombres pone de manifiesto el nexa asindético, rasgo sintáctico, y sirve de paso de resolución léxica a la forma sintética del dual llamado elíptico: *dyāvā* “cielo (+tierra)”, *mitrā* “Mitrá (+Váruṇa)”.

2] Otro tipo está constituido por los compuestos que reúnen dos sustantivos: *pájaro mosca*, *pez gato*, *papel moneda*, etc. Se distingue del dvandva en virtud de una diferencia esencial: designa un solo objeto natural, no dos. Pero lo designa mediante dos signos juntos, nominales uno y otro. Se trata de reconocer el vínculo entre los dos miembros, y luego la construcción sintáctica de la que deriva la unidad nueva.

De los dos miembros, es siempre el primero el que suministra la denominación: un pájaro mosca es un pájaro, un pez gato es un pez. El segundo miembro aporta al primero una especificación, adhiriéndole el nombre de otra clase. Pero entre los dos referentes no hay sino una relación de disyunción: las moscas no son una rama de las aves, ni los gatos una de los peces. El ser designado como “pájaro mosca” es pues en apariencia miembro de dos clases distintas que, con todo, no son ni homogéneas ni simétricas ni aun vecinas. Si esta designación doble sigue siendo, no obstante, no contradictoria, es que la relación que instituye no es ni lógica ni gramatical sino semántica. El objeto así denominado no participa idénticamente de las dos clases. A una pertenece por naturaleza, a la otra es atribuido figuradamente. El pájaro mosca es por cierto un pájaro, pero un pájaro que exhibe cierta semejanza con una mosca. El papel moneda es papel, no moneda, por ser lo propio de la moneda su materia

(metálica), su forma (en piezas), su marca (acuñada); es sin embargo papel que tiene alguna analogía con la moneda, a la que sustituye. Así signos léxicos como “pájaro mosca”, “papel moneda” reúnen dos nociones, una de naturaleza, la otra de figura. El papel de estos compuestos es acoplar en una designación específica una clasificación de realidad y una clasificación de parecido. Es la prueba de que la relación es planteada entre las cosas, no entre los signos.

Se percibe la constitución sintáctica que fundamenta estos compuestos. “Pájaro mosca” se remite a un sintagma de definición: “pájaro *que es* una mosca” y “papel moneda” a “papel *que es* moneda”. En este tipo de construcción, dado el sentido que produce, el empalme “que es” entre los dos lexemas implica una función particular de “ser”. No es una marca lógica de identidad entre dos clases, puesto que las condiciones del empleo obligarían a estipular que esta función proposicional de la forma “un x que es un y” se aplica aquí a un objeto real y, sin embargo, los referentes de x y y son incompatibles, lo cual sería contradictorio.

La relación por “ser” debe entonces más bien ser entendida aquí como una relación de asimilación semántica entre dos nociones distintas, sobre la base de un rasgo común que es implicado, mas no indicado. Entre “pájaro” y “mosca”, será el carácter semántico de pequeñez; entre “papel” y “moneda”, el de valor legal. Identificación de similitud entre un ser designado y un ser comparado, esta construcción, que no responde a ninguna de las significaciones lógicas de “ser”, se refleja en el compuesto por la simple yuxtaposición de los dos signos componentes, procedimiento descriptivo y expresivo. Como término léxico, este compuesto tiene a menudo por equivalente un signo simple: “pájaro mosca” y “colibrí”, “pez gato” y “siluro” (“papel moneda” y “billete de banco”, compuesto de tipo diferente). Se concluirá que este compuesto y la construcción libre que lo sostiene tienen la función de figurar una relación de similitud intuitivamente percibida entre un objeto designado y otro de clase distinta, y de enunciar esta relación de similitud con la forma de un signo doble cuyo primer miembro es determinado-asimilado, el segundo, determinante-asimilante. Así se constituye en la nomenclatura una nueva clase, cuya designación,

asociando dos signos ya conocidos en una unidad específica, ahorra un signo único que sería suplementario, o permite suplirlo ("pájaro mosca" al lado de "colibrí"), o si no, cuando existe, diferenciarlo de nuevo: a partir de un nombre básico (popular) *martín* para paserinas, se forman *martín pescador* y luego *martín cazador*.

3] El tercer tipo de esta clase es el compuesto de dependencia, cuyos términos son dos sustantivos en relación de determinación: ingl. *arrow-head* "punta de flecha"; gr. *oiko-despótēs* "amo de casa"; sánscr. *rāja-putrá-* "hijo de rey". La base del compuesto es el grupo sintáctico libre con determinante en genitivo y determinado en nominativo (de cualquier modo que se realice formalmente este vínculo, enunciado aquí, para simplificar, en términos de flexión casual).

De todas las clases de composición, ésta es, desde todos los puntos de vista, la que ofrece la relación más clara e inmediata con la base sintáctica libre, hasta el punto de que a veces el compuesto y el sintagma parecen permutables a voluntad.

Siendo así, y en la medida misma en que el compuesto y el sintagma parecen ofrecerse libre e igualmente a la elección, puede juzgarse pleonástico este tipo de compuesto y poner en tela de juicio su legitimidad con respecto al sintagma. Y sin embargo se ha desarrollado, en ciertos casos ha sido productivo. ¿Cuál pudiera ser pues la función? La cuestión no ha sido planteada todavía. Es cosa de reconocer el criterio que asegura la distinción entre el compuesto y el sintagma, es decir el principio que rige la selección de los términos de estos compuestos.

Para descubrirlo conviene ante todo considerar esta clase en su inventario y ver de qué categorías de nombres son tomados los constituyentes de los compuestos de determinación. A este respecto las lenguas indoeuropeas antiguas ofrecen a la observación un campo privilegiado. Se sabe ya que en el origen este tipo es raro y estrechamente limitado. En védico y en griego antiguo no hay más que un grupo restringido de representantes.² Por lo que toca al védico, sólo es citada una docena de ejemplos, y de hecho, hasta esto es demasiado. Hecho el exa-

² Cf. Wackemagel, *Altind. Gramm.*, II, 1, p. 241, § 97.

men apenas guardaremos como seguros tres o cuatro compuestos cepa.³ Su misma rareza los hace típicos e incita a considerarlos individualmente.

Está primero el constituyente *-pati* “jefe, amo”, muy productivo y que desde el RV tiene un paradigma tupido: *dam̐pāti* “año de casa” (gr. *des-pótes*), *viś-pāti* “jefe de clan”, *jás-pati* “jefe de familia”, etc. También está bien atestiguado *putra-* “hijo”, en *rāja-putrá* “hijo de rey”, *brahma-putrá* “hijo de brahmán”, así como *rājan-* “rey”, en *jana-rājan-* “rey de la raza”.

De esta breve lista de la mayoría de los ejemplos primeros, se extrae ya una idea precisa de la relación que había que definir. Una formación de compuestos cuyo segundo término es “jefe” o “hijo” o “rey” se caracteriza en lógica como una función de dos variables: “ser hijo” no es un predicado autónomo, exige otro argumento para completarse; así “hijo, jefe, rey” valen necesariamente por “hijo-de, jefe-de, rey-de”.

Los nombres de esta categoría lógica son ante todo aquellos que indican el parentesco o la relación con un grupo social. Este rasgo está presente también en el nombre propio *divo-dāsa-* “criado del cielo” (con *divo* < *divas* gen., sintagma fijado como nombre propio). De ahí el efectivo primero tan limitado de esta formación. Con todo, recibe, llegada la ocasión, aportaciones imprevisibles. Puede uno, por ejemplo, sorprenderse al encontrar *hiranya-rathá-* “carro de oro”, y se preguntará cómo es que *hiranya-rathá-* va a ingresar en la misma clase que *rāja-putrá-* “hijo de rey”, vista la diferencia de estatuto lógico entre *ratha-* “carro” y *putra-* “hijo”. La relación se aclara por el valor contextual de *hiranya-rathá-* (RV, I, 30, 16): no “carro hecho de oro” sino “carro lleno de oro” (*goldbeladener Wagen*: Wackernagel; *ein Wagen voll Gold*: Geldner); *ratha-* es tomado aquí como nombre de continente; se traduciría mejor: “carretada de

³ Así, de la listita que da Wackernagel (op. cit., p. 241, § 97) siguiendo a Arnold, para las porciones más antiguas del RV, habría que eliminar varios ejemplos:

nava-jvāra-, *mahā-dhanā-*, *mahā-viśā-*; traen adjetivos como primer término y pertenecen así a otra categoría, la de *candra-mās-* (cf. Wackernagel, § 101);

devākṣatra- (RV, V, 64, 7) hay que tomarlo como nombre propio, de acuerdo con Geldner (trad. ad loc.) y Renou (Et. véd. et pan., V, 1959, p. 80; VII, 1960, p. 45); en tal calidad se interpretará mucho mejor como un *bahuvrīhi*: “cuyo *ṣṣatra* viene de los devas”;

dru-pada- es un *bahuvrīhi* “pie de madera”, como indica ya A. Debrunner (Nachträge a Wack., II, 2, pp. 34-5);

sobre *divo-dāsa-* y *hiranya-ratha-*, cf. más adelante.

oro". Con ello *hiranya-rathá-* se torna simétrico con *rāja-putrá-*. Funciones como "carretada de (heno), puñado de (grano)" tienen la misma estructura lógica que "hijo de (rey), jefe de (familia)", y el nexa continente-contenido es asimilable al de miembro-totalidad, ya sea el de *head* hacia *arrow* en *arrow-head*, lit. "cabeza de flecha", o el de sánscr. *pati-* "amo (de)" hacia *dam-* "casa, familia" en *dam-pati-* "amo de casa".

Esta clase de compuestos enuncia pues funciones de dos variables bajo la forma sintáctica de la predicación: "x es de y" realizada como "hijo es de rey, jefe es de familia". El compuesto se constituye con nombres que son *por naturaleza* términos relativos que piden términos complementarios, tales como nombres de parentesco o de posición social. Este núcleo inicial crece con designaciones participantes de otras categorías semánticas, pero que contraen *por su empleo* la misma relación lógica con sus términos complementarios.

A la vez queda fijada la demarcación de principio entre este compuesto llamado de determinación nominal y el sintagma: éste no está sometido a ninguna restricción lógica y puede reunir en esta relación sintáctica nombres de todas clases.

4] El tipo que podría llamarse clásico es el compuesto de primer miembro nominal, determinante, y de segundo miembro verbal, determinado: gr. *hippó-damos* "que doma caballos", lat. *signi-fer* "que porta la enseña", sánscr. *haviṛ-ad-* "que come la oblación", a. persa *aršti-bara-* "que lleva la lanza", ingl. *shoe-maker* "que hace zapatos", ruso *medv-éd* "comedor de miel" (= oso). La relación es la misma, en orden inverso, sin elección posible, en el tipo esp. *portamonedas*. Tan clara como ampliamente desarrollada, esta formación descansa en una proposición libre con forma personal del verbo transitivo que rige un término nominal: gr. *hippó-damos* "doma caballos"; lat. *signi-fer* "lleva la enseña", etc.⁴

Tropezamos sin embargo con una curiosa anomalía. Por evi-

⁴ Basta con añadir, en vista de que nuestro objeto no es la descripción de los compuestos por sí mismos, que la relación objeto + nombre verbal transitivo se invierte en rección pasiva cuando el término verbal del compuesto es el adjetivo en *-to-* o el participio pasado: inglés *hand-made*, gr. *kheiro-pojētos*, lat. *manu-factus*, y que la función verbal intransitiva aparece en sánscr. *rathe-ṣṭhā* "que está en el carro". La sintaxis de las tres diátesis se refleja de este modo en los compuestos.

dente que parezca la relación planteada entre este compuesto y la proposición libre con rección transitiva, no puede dar razón de la existencia de un tipo paralelo, donde los mismos elementos están unidos por la misma relación interna, pero en orden inverso: determinado verbal + determinante nominativo, y sin embargo con el mismo sentido global. Este tipo está representado en la mayor parte de las lenguas indoeuropeas antiguas, muy especialmente en griego y en indoiranio: gr. *arkhé-kakos* “que comienza el mal, que es responsable de una desgracia”, *phéré-oikos* “que lleva su casa”, sánscr. *trasa-dasyu* n. pr. “que asusta al enemigo”, *kṣayat-vira-* “que manda a los hombres”, a. persa *xšayāršan-* n. pr. (*xšaya-aršan-*) “que manda a los héroes”, av. *barō.zaθra-* “que trae la ofrenda”. Al parecer este tipo supone también él una construcción libre de un verbo transitivo y de su régimen: gr. *phéré-oikos* “lleva su casa”, sánscr. *trasa-dasyu-* “asusta al enemigo”, etc.

Los dos tipos de compuestos, formalmente distinguidos por su sucesión, han sido siempre considerados como funcionalmente análogos y de igual sentido. Los lingüistas que los han descrito los consideran sinónimos, tanto más cuanto que a veces son los mismos lexemas los que están dispuestos en orden inverso, y se dispone así de compuestos reversibles, por ejemplo en avéstico *barō.zaθra-* y *zaθra.bara-*, que significan uno y otro “que trae (*bara*) la oblación (*zaθra-*)”. Nunca ha sido ni planteada la cuestión de una posible diferencia entre los dos órdenes.

Sin embargo, es difícil pensar que los dos órdenes de composición nominal + verbal o verbal + nominal puedan permutarse a voluntad y exhiban variación libre. *A priori* no serían tolerables semejantes pleonasmos en una lengua donde la composición obedece a normas fijas. Aún menos imaginable será el que se hayan desarrollado como lo hicieron, si no pasaran de ser variantes estilísticas.

Tenemos que preguntarnos cómo dos tipos de compuestos, diferentes por el orden de los términos, pueden uno y otro fundarse en la misma construcción libre de un enunciado predicativo en presente. Debe existir, en el fundamento mismo de esta construcción, una doble posibilidad sintáctica que se prolonga en la doble ordenación de términos de los compuestos.

En efecto, esta presunción es verificada en la sintaxis del enun-

ciado. No en la variación del orden entre el verbo y el régimen, puesto que este orden es libre, no condicionado, y sin efecto sobre el sentido, sino en el doble valor inherente a una forma de presente. En “lleva...” puede verse o un presente intemporal de definición: “lleva... = es portador de...”, o un presente actual de descripción: “lleva... = desempeña el acto de llevar”.

Tal es la diferencia que hay que reconocer entre el compuesto griego en -φόρος “portador por vocación o naturaleza” (definición) y aquel en φερέ- “que lleva efectivamente” (descripción).

El sentido del primer tipo no necesita la menor demostración. La abundancia misma de los compuestos en -φόρος pone de manifiesto por doquier el llevar como función: λαοφόρος “(camino) que lleva a la gente” (= frecuentado); ἑωσφόρος “(estrella) que lleva la aurora, Lucifer”; φωσφόρος “(astro, divinidad) que lleva la luz”; καρποφόρος “(árbol, comarca) que produce frutos”, etc.

Será útil, en compensación, sacar a la luz el valor propio de los compuestos en φερέ- en su empleo textual. Herodoto caracteriza a los escitas nómadas que viven en carros y “transportan su casa”, en la realidad del proceso y como actividad verificada,⁵ mediante φερέ-οικοι. Las ἀμπλακίαι φερέποναι de Píndaro (Pít. 2, 31) son “extravíos que han (efectivamente) traído su pena”. Lo mismo el adjetivo φερέγγυος califica a aquel “que da efectivamente garantía, que es digno de confianza”. Con otros temas verbales: ἐχέθυμος “que contiene sus pasiones”, ἐχέφρων “que guarda su reflexión, prudente”. Muy instructivo en su contexto es el hom. ἀρχέκακος “que es causa de un mal”, epíteto aplicado a un objeto particular en su relación con un acontecimiento particular: ... νῆας... ἀρχεκάκους, αἱ πᾶσι κακὸν Τρώεσσι γένοντο οἱ τ' αὐτῶ “estos navíos causa de males, que fueron una desgracia para todos los troyanos, y para él mismo también” (E 62-4); la frase relativa parece una traducción analítica del compuesto. Recordemos, por su lado y por el contraste, que -αρχος como segundo término indica la calidad permanente de “jefe” (ναύαρχος “jefe de flota, almirante”) y -εχος la función de “tenedor, portador” (σκηπτουῆχος “portacetro”, rey o heraldo; θάβδουῆχος “portavara”, juez, portero).

⁵ φερέοικος sirve de kenning entre los poetas para designar varios animales portadores de concha; cf. H. Troxler, *Sprache und Wortschatz Hesiods*, Zurich, 1964, p. 22.

Esta interpretación concuerda con dos particularidades propias de estos compuestos con primer miembro verbal y que rige: una es que no designan un ser o un objeto como portador de una función —esta función podría ser suya sin ser jamás realizada en acto—, sino como desempeñándola efectivamente o habiendo realizado el acto denominado, y de esta suerte como particulares y definidos. En consecuencia —es el otro rasgo característico— esta formación produce epítetos que convienen a individuos, no a clases, y los describen en sus realizaciones propias y no en la virtualidad de una función. De ahí que proporcione un gran contingente de nombres propios individuales, sobre todo en griego y en iranio: gr. *Μενέ-λαος*, *Ἀγέ-λαος*, *Ἀρχέ-λαος*, *Μενε-χάρμης*, *Τλη-πιτόλεμος*, etc.; véd. *Trasa-dasyu-*; a. persa *Dārāya-vahu-* “que mantiene el bien” (= Darío); *Xšayāršan-* “que reina sobre los guerreros” (= Jerjes); av. *Uxšyat-ərəta-* “que incrementa el orden” (nombre del hijo mayor de *Zarathuštra*), etc.

La distinción entre las dos variedades de compuestos de reción interior según el orden del regente y del regido se reduce así a su fundamento sintáctico, que es la suma de dos valores en la forma verbal del enunciado libre en presente.

Es justamente esta posibilidad de producir dos variedades de compuestos con los mismos términos lo que ilumina la estructura sintáctica del enunciado libre. Compuestos del tipo de *oikophúlaks* “guardián de casa”, *thanatē-phóros* “portador de muerte”, remiten a los enunciados “guarda la casa; porta la muerte”. Pero aquí el presente “guarda; porta” representa en realidad la transformación de la locución predicativa “es guardián; es portador”, que da el fundamento conceptual y sintáctico a la vez; la forma verbal de presente contiene pues la predicación de una propiedad inherente. Pero en el tipo *pheré-oikos* el enunciado básico libre “lleva su casa” no es la transformación de un enunciado predicativo de esencia; formula solamente una descripción. Aquí la forma verbal de presente no aserta una propiedad de ser, predica un proceso efectivo.

El campo de esta distinción no se limita a los compuestos. Abarca otras formaciones nominales. En tanto que derivados con fundamento sintáctico, las dos clases de nombres de agente (respectivamente en *-ter* y *-tor*) y las dos clases de nombres de acción (respectivamente en *-tu-* y en *-ti-*) se distribuyen según el mismo

principio ⁶ que las dos clases de compuestos verbales. Una gran articulación verbal sale así a la luz, vinculada a la naturaleza fundamental del presente verbal y que se prolonga hasta la derivación nominal.

II

La segunda gran clase es la de los compuestos cuya relación no es entre los dos términos sino que, en cierto modo, va más allá.

5] Son los compuestos llamados bahuvrīhi, tipo de gran generalidad, del cual he aquí algunos representantes: inglés *blue-eyed* (azul+ojo) "ojiazul"; gr. *kuno-képhalos* (perro+cabeza) "(mono) con cabeza de perro"; lat. *quadru-pes* (cuatro+píe) "(animal) de cuatro pies"; véd. *ugra-bāhu-* (fuerte+brazo) "(dios) de brazo fuerte"; a. persa *tigra-xauda-* (puntiagudo+casco) "(sakas) de casco puntiagudo"; paiute *ciṅaṅwavi* *tots.* (coyote+cabeza) "(persona) de cabeza de coyote, *crazy-headed person*";⁷ fr. *rouge-gorge* (rojo+pechuga) "(pájaro) de pechuga roja".

La definición de estos compuestos siempre ha sido dificultosa, aunque haya acuerdo en el análisis empírico. Han recibido varias denominaciones. La de *bahuvrīhi*, la más inocente, designa en sánscrito la clase mediante uno de sus representantes. También se emplea "compuesto *exocéntrico*" para decir "cuyo centro cae fuera (del compuesto)", lo cual tiene el inconveniente de recurrir a una geometría azarosa (¿cómo va a estar el centro de un objeto fuera de él?), sin con ello elucidar la relación, que nada más es enviada fuera del compuesto. Más claro, al menos en su sentido inmediato, es el término "compuesto *posesivo*", y contiene, como se verá, una pizca de verdad, pero no deja de ser aproximativo y mal definido, y en suma inadecuado. Ninguna de estas denominaciones, a decir verdad, alcanza la particularidad del objeto por definir.

⁶ *Noms d'agent et noms d'action en indo-européen*, 1948, 1a. parte.

⁷ Ejemplo tomado de Sapir, *Southern Paiute*, p. 74, quien lo clasifica él mismo como bahuvrīhi.

La razón es que, a diferencia de las demás clases, que tienen construcción sintáctica simple, ésta implica una construcción sintáctica compleja. Sea un *bahuvrīhi* como hom. *arguró-toxos* “(dios) del arco de plata”. Se remonta a una proposición analítica que se enuncia “su arco es de plata” (o indiferentemente “tiene un arco de plata”). Ahora bien —he aquí el punto importante—, esta proposición no es simple y, no siéndolo, no podría ser considerada como fundamento último del compuesto. Consideramos que “su arco es de plata” es la contracción de dos proposiciones lógicamente anteriores y sintácticamente distintas, cuya articulación es el pronominal “su” (o el verbo “tiene”) Una es predicativa de cualidad: “arco es de plata”; la otra, predicativa de atribución: “arco-de-plata es de (X.)”, ésta es susceptible de una variante formal: “(X.) tiene arco-de-plata”.⁸ La proposición atributiva tiene por índice el predicado de existencia “ser-de” que implica necesariamente un atributivo, expresado o no. Resulta pues que la proposición contracta “su arco es de plata” incluye, a título de factor indispensable de la construcción, el atributivo actual o virtual del “ser-de”. Es esta propiedad la que define la estructura sintáctica del *bahuvrīhi*.⁹

De que este compuesto se funda en una construcción atributiva, diversas lenguas dan una prueba notable en forma de un grupo sintáctico que prelude en cierto modo el compuesto atributivo, y donde la función de atribución es asumida por una expresión posesiva. Es el caso del irlandés, que emplea con este fin el *a* posesivo de 3a. persona: *Cailti cruaid a chrí* “C. duro su cuerpo, C. de cuerpo duro”; *ben... sion a grúad* “una mujer dedalera su mejilla, de mejilla de dedalera (= de mejillas purpúrinas)”.¹⁰ Es el giro regular en semítico, donde constituye el meollo de la “proposición relativa”:¹¹ *mrʔatun hasanun aḥū-ha* “una mujer bello su (-ha) hermano, cuyo hermano es bello”. En

⁸ En otra parte hemos insistido en la relación tener:ser de (*Problèmes de linguistique générale*, I, p. 195).

⁹ Propiedad vagamente entrevista por quienes clasifican estos compuestos como “posesivos”. Pero casi todos los adjetivos podrían ser llamados “posesivos”, en virtud de estar sintácticamente ajustados a un nombre, que sería “poseedor” de la “cualidad”.

¹⁰ En general esta expresión es descrita como un “genitivo del relativo”, lo cual vale solamente para las lenguas de descripción, como las lenguas occidentales modernas. Para ejemplos, ver J. Vendryes, *Gramm. du v. irlandais*, § 646, p. 341; Thurneysen, *A Grammar of Old Irish*, § 507, p. 321; Lewis-Pedersen, *A Concise Compar. Celtic Grammar*, § 392, p. 239.

¹¹ *Problèmes de linguistique générale*, I, pp. 208ss. [trad. esp.: *Problemas de lingüística general*, I, México, 1971, p. 144].

antiguo turco, *qaš-i körtläm* “mi (señor) su-ceja (*qaš-i*) [es] bella, de las bellas cejas”,¹² turco *kızı güzäl äfändi* “hombre su-hija [es] bella, de la bella hija”;¹³ *dam-ı qırmızı ev* “casa su-techo (*dam-ı*) [es] rojo, casa de techo rojo”.¹⁴ Podrían ser citados otros muchos paralelos.¹⁵ Esta construcción coexiste en irlandés con compuestos *bahuvrīhi* donde el adjetivo, siendo de función predicativa, precede al sustantivo y donde un sufijo *-ech* marca la atribución, así *crán-suil-ech* “*dunkel-äug-ig*, de ojo oscuro”. La comparación entre el compuesto *crán-suil-ech* “ojioscuro” y el grupo sintáctico (*beich*) *bec a nert* “(las abejas) pequeña [es] su (*a*) fuerza, de pequeña fuerza” muestra un paralelismo exacto entre los dos procedimientos: tienen a la vez valor predicativo, en el orden de los elementos, y valor atributivo, en el posesivo *a* y el sufijo *-ech*.

Se ve así la función atributiva que el sufijo desempeña en el *bahuvrīhi*. Una ilustración notable la da el véd. *devá-patnī*, que no significa “dueña de los dioses” sino “(aquella) que tiene por marido un dios (= mujer de un dios)”. El femenino *patnī* representa en realidad *pāti* “marido” dotado de un sufijo de atribución; y como el atributivo es un ser femenino, el sufijo tiene por necesidad la forma *-ī*. Sólo que hay que notar bien que la atribución tiene por objeto no *pāti* “marido” sino la predicación latente **deva-pāti* “dios [es] marido”, de suerte que, con forma de atribución a un atributivo de género femenino, *devá-patnī* significará analíticamente “dios-marido es de (ella)”, combinación de las dos predicaciones. Esta estructura sintáctica es el fundamento de la relación semántica: el compuesto *devá-patnī* (*bahuvrīhi*) es solamente femenino; no puede tener masculino,¹⁶ en tanto que *grhá-patnī* (*tatpuruṣa*) “ama de casa” es el femenino de *grhá-pāti* “amo de casa”, compuesto este último fundado en la construcción “él (ella) es amo-de...” (cf. antes). Por este lado *grhá-patnī*, uniplano, difiere fundamentalmente de *devá-patnī*, biplano (cf. luego).

¹² A. von Gabain, *Alltürkische Grammatik*², 1950, § 403.

¹³ K. Grönbech, *Der türkische Sprachbau*, I, p. 86.

¹⁴ J. Deny, *Grammaire de la langue turque*, § 354, p. 230.

¹⁵ Ver particularmente C. Deeters, *IF*, 60, 1952, pp. 47ss., que reúne especímenes variados de estas construcciones (pp. 51ss, para las lenguas caucásicas).

¹⁶ Es necesariamente y sólo femenino no nada más a título individual y por razón contextual, sino también porque todos los compuestos en *-patnī* del RV, son *bahuvrīhis*

Desarrollemos sumariamente las implicaciones de esta definición del bahuvrīhi.

1] La estructura formal no es homóloga de la estructura sintáctica de este compuesto en cuanto al número de los términos. La estructura formal es binómica (los dos miembros de la unidad morfológica); pero la estructura sintáctica es trinómica; a más de los dos términos enunciados, incluye un término no enunciado pero necesario, el atributivo.

2] Esta disimetría viene de la naturaleza particular de la construcción, que es una proposición contracta. En tanto que articulada por una relación de atribución, la construcción hace intervenir dos constituyentes: una función de atribuido, la subunidad sintáctica que es predicativa de cualidad: “arco es de plata”, y una función de atributivo: “arco-de-plata es-de”.

3] Esencial es la distinción de los dos planos de predicación. Estos planos no son de igual naturaleza:

la predicación de cualidad “arco es de plata” (en gr. *arguró-toxos*); “brazo es fuerte” (en sánscr. *ugra-bāhu*) es una función sintáctica, entre signos;

la predicación de atribución (“arco-de-plata *es-de*”, “brazo-fuerte *es-de*”) es una función semántica, entre signos y referentes.

4] Por aquí puede organizarse lógicamente la distinción planteada antes entre dos grandes clases que abarcan el conjunto de los compuestos:

todos los compuestos colocados en la primera clase son predicativos de cualidad y tienen función solamente sintáctica, incluyendo los compuestos llamados de rección; son *uniplanos*;

todos los compuestos de la segunda clase (bahuvrīhis) combinan la función sintáctica y la función semántica; son *biplanos*.

5] Los compuestos biplanos (bahuvrīhis) se definen como portadores de doble predicación, de cualidad y de atribución. En consecuencia, serán reinterpretados en una nueva estructura lógica, que es binaria a su manera: un componente que indica

(cf. Wackernagel, *op. cit.*, II, 1, § 38b, p. 90). De hecho, no hay en el RV *patnī* “esposa” como femenino de *pati-* “esposo”, sino solamente *patnī* “dueña”, femenino de *pati-* “amo”. Los raros ejemplos de *patnī* “esposa” que citan los diccionarios se refieren todos al mundo divino y pueden lo mismo significar “dueña”. Hay que tomar asimismo como bahuvrīhi el véd. *sá-patnī*, av. *ha-paθnī* “concubina”, que ha de analizarse “(aquella), que tiene en común (sa-, ha-) un esposo (= que comparte el esposo con otra mujer)”.

la atribución (es el compuesto formal entero) y un componente que indica el atributivo, éste inherente a la forma de composición. Esta función de atributivo queda satisfecha, cuando hay ocasión, por un argumento distinto (“*Apolo del arco de plata*”), o si no por un sustituto, como un pronombre o un anafórico que ocupa la posición vacía: “(aquel) *que tiene...*”

6] Esta relación sintáctica de atribución tiene un correlato en la morfología del compuesto: es el cambio de clase formal que afecta al término sustantivo determinado. La forma libre fem. *kephalē* “cabeza” se torna *-kephalos -ē -on -oi -ai -a* en (*kuno-*)*kephalos* “con cabeza (de perro)”, con variaciones de género y de número; la forma libre neutra lat. *caput* “cabeza” se vuelve *-ceps* en (*bi-*)*ceps* “de (dos) cabezas”.

La marca de este cambio de clase puede ser una variación apofónica o de adición de un sufijo, o ambas cosas: la forma libre al. *Auge* “ojo” se convierte en *-äug-ig* en (*blau-*)*äugig* “ojiazul”; la forma libre ingl. *eye* “ojo” pasa a *-eyed* en (*blue-*)*eyed* “ojiazul”; la forma libre húng. *szem* “ojo” se vuelve *-szem-ű* en *kek-szem-ű* “ojiazul”, etc. Es la marca formal de la función atributiva asignada a la proposición predicativa básica.

7] La estructura biplana y la naturaleza de compuesto van aquí a la par. Una relación que sería uniplana, solamente esiva o solamente atributiva, no podría producir en forma nominal un compuesto, sólo un derivado. Se nota si se traspone una y otra, por separado, a forma nominal: “él es niño” produce “infantil”; “él tiene arma” produce “armado”. Sólo la combinación de una predicación de cualidad y de una de atribución puede producir una forma nominal compuesta.

8] Entre los dos planos hay una jerarquía de necesidad: primero la función esiva, luego la función atributiva: un objeto no puede “ser-de” (= pertenecer) en tanto no “es tal o cual”. La función atributiva no toca sino a un sintagma predicativo de ser-tal.

De este análisis se desprenden algunas conclusiones atinentes a la naturaleza y la función de los compuestos, tal como los hemos definido en sus relaciones intralingüísticas.¹⁷

¹⁷ Estas conclusiones superan desde muchos puntos de vista las de una exposición

La lengua no es un repertorio inmóvil que cada locutor no tendría sino que movilizar para los fines de su expresión propia. Es ella misma terreno de un trabajo incesante que actúa sobre el aparato formal, transforma sus categorías y produce clases nuevas. Los compuestos son una de estas clases de transformación. Representan la transformación de ciertas proposiciones, típicas, simples o complejas, en signos nominales.

O sea que ya no puede explicarse la creación de los compuestos por simple unión inmediata de dos signos anteriores. Si la composición nominal fuera, como siempre la presentan, un proceso de naturaleza morfológica, no se comprendería por qué parece realizarse por doquier, ni cómo pudieron nacer esas clases formales en número limitado, tan parecidas entre las lenguas más diversas. Es que la impulsión que ha producido los compuestos no vino de la morfología, donde ninguna necesidad los llamaba; surgió de las construcciones sintácticas con sus variedades de predicación. Es el modelo sintáctico el que crea la posibilidad del compuesto morfológico y lo produce por transformación. La proposición, en sus diferentes tipos, emerge así en la zona nominal.

Con ello es preciso reconocer a los compuestos una situación particular. En general son dispuestos, con los derivados, en la "formación de los nombres". Más bien habría que insertarlos en un capítulo nuevo de la teoría de las formas, consagrado al fenómeno que podría ser llamado *metamorfismo*: entendemos por ello el proceso de transformación de ciertas clases en otras.

Este proceso, considerado en el funcionamiento de la lengua, responde a una función precisa, que será discernida comparando la sintagmática proposicional con la del compuesto. Como se ha visto, el modelo sintáctico acarrea siempre una predicación, simple o compleja; ésta enuncia por naturaleza un proceso actual. En cuanto la proposición es transformada en compuesto y los términos de la proposición se vuelven los miembros del compuesto, la predicación queda en suspenso y el enunciado actual se torna virtual. Tal es la consecuencia del proceso de transformación.

Así se define entonces la función del compuesto: transferir a lo virtual el nexo actual de predicación enunciado por la proposición de fundamento. Es por cierto a esta función a la que responden también los caracteres formales del compuesto. Todo lo que puede remitir a una situación actual se borra: la predicación verbal no pasa de implícita, el primer miembro, despojado de todo índice de caso, de número, de género, queda reducido a un semantema, el segundo miembro, sobre el que reposa la relación sintagmática, adquiere una forma y una final nuevas, índices del estatuto de adjetivo que recibe el compuesto. Otras tantas pruebas de la función virtualizante que asume el nuevo signo nominal.

Al pasar así al marco formal del nombre, la proposición libre sufre una reducción inevitable de sus latitudes de expresión. De fijo era imposible que los dos términos del compuesto cargaran con la multiplicidad de relaciones sintácticas de que es susceptible la proposición libre. No obstante, el compuesto es capaz de mayor diversidad de lo que parecería, y las numerosas variedades que registran las gramáticas corresponden justamente a tipos diversos de proposiciones. Por no dar sino un ejemplo: véd. *vájra-hasta-* (maza + mano) significa “(teniendo) la maza (en su) mano”; se remonta a una proposición contracta “mano (teniendo) maza es-de (él)”, lo que equivale a “cuya mano tiene maza”. Esto implica, en un compuesto biplano, una proposición primaria “mano (tiene) maza”, y así, en lugar de una predicación por “ser”, una variante léxica por “tener”.

Pero este empobrecimiento relativo de la expresión sintáctica transformada en expresión nominal es compensado por la variedad de las combinaciones que el compuesto entrega a la lengua. Da la capacidad de manejar como adjetivos o nombres proposiciones enteras, y de hacerlas entrar bajo estas nuevas especies en otras proposiciones. De este modo se constituye, en particular, un repertorio vasto, siempre abierto, de compuestos descriptivos, instrumentos de la clasificación y de la nomenclatura, aptos para volverse denominaciones científicas o epítetos poéticos, y que más allá del enriquecimiento que procuran, mantienen esta actividad metamórfica, acaso el trabajo más singular de la lengua.

12. FORMAS NUEVAS DE LA COMPOSICIÓN NOMINAL ¹

Las lenguas que hablamos se transforman ante nuestros ojos sin que tengamos siempre conciencia de ello; múltiples categorías tradicionales de nuestras descripciones no corresponden ya a la realidad viva; se forman otras que no son aún reconocidas.

Es el caso de la composición nominal en el francés de hoy. Quisiéramos señalar dos desenvolvimientos que se dan, y dos clases resultantes, a las que es cosa de conceder estatuto de existencia.

1. LOS COMPUESTOS CULTOS

Hay en francés gran número de compuestos formados a partir de elementos grecolatinos. La mayoría forman parte del vocabulario científico. Son dejados fuera de los marcos de la composición, en virtud de su origen mismo. Parecen pertenecer a la morfología de las lenguas clásicas, por estar conformes con el modelo heredado o imitado de estas lenguas, aun cuando hayan sido creados en la época moderna.

Este punto de vista tradicional ha impedido reconocer la verdadera naturaleza de varios neologismos instaurados en la nomenclatura científica de hoy, y su interés para la descripción de los compuestos franceses.

Hasta se diría que no siempre han sido verificadas las condiciones primeras de su creación. La convicción de estar ante variedades modernas de una clase grecolatina ha sido tan intensa que a veces conduce a descuidar hasta los datos lexicográficos básicos.

¹ Bulletin de la Société de Linguistique de Paris, C. Klincksieck, t. LXI (1966), fasc. 1, pp. 82-95.

Creemos útil mostrar esto estudiando la génesis de un término decisivo para la ciencia moderna, creado en francés, de donde pasó a la mayoría de las demás lenguas: *microbe*.

He aquí cómo explican nuestros diccionarios la formación de esta palabra:

Microbe: tomado del griego μικρόβιος, "cuya vida es corta". Neolog. palabra debida a Sédillot. (*Dictionnaire général*.)

Microbe, 1878. Tomado del griego *mikrobios* "cuya vida es corta" por el cirujano fr. Sédillot 1804-1882. (Bloch-Wartburg, *Dict. étym.*⁸)

Microbe (1878, Sédillot) tomado del griego *microbios*, "de vida (bios) corta (*mikros*)". (Dauzat, *Dict. étym.*)

— del gr. *microbios*, de *micros*, "pequeño", y *bios*, "vida". (Dauzat-Dubois-Mitterand, *Nouveau dict. étym.*, 1964.)

Microbe, 1878, tomado del griego *mikrobios* "cuya vida es corta". (P. Robert, *Dict. alph.*, IV, p. 566.)

No hay inconveniente —y hasta puede ser ventajoso— en que los diccionarios se repitan, y con los mismos términos, si enuncian una explicación correcta. De hecho, la que dan aquí es incorrecta; incluso lo es de varias maneras, y lo es insidiosamente, por combinar datos exactos en una interpretación falsa. Es urgente decirlo, pues el error adquiere autoridad por la repetición.

Empecemos por indicar que el compuesto *mikrobios*, por doquier alegado, jamás existió en griego en ninguna época. En caso de estar atestiguado ¿cuál sería su sentido? Nada más querría decir: "de pequeña vida", y no "cuya vida es corta". Pues un adjetivo que quería decir "cuya vida es corta" ha existido en griego, por cierto, y en la mejor lengua clásica, pero es βραχύ-βιος y no *μικρόβιος. Este último no hubiera hallado uso ninguno; el adjetivo μικρός no se aplica a βιος.

No solamente nuestros diccionarios presentan así un compuesto griego inexistente, al cual atribuyen un sentido que no podía tener, no solamente dan por tomada del griego una palabra que en realidad fue formada en francés, sino que por añadidura vuelven incomprensible la creación de *microbe* en francés, pues el autor de este neologismo no quería, de fijo, decir que los *microbios* tenían "corta vida". Científicamente, no habría tenido sentido.

¿Qué se proponía entonces al adelantar el término *microbe*? Para averiguarlo hay que remitirse a un escrito que es una especie de acta de esta creación. La palabra fue inventada a la zaga de los descubrimientos de Pasteur, que revelaba la acción de los infinitamente pequeños. “La destrucción de las materias orgánicas —escribía Pasteur en 1862— se debe principalmente a la multiplicación de seres organizados microscópicos”, y en 1865: “Cuandò se ve que la cerveza y el vino experimentan profundas alteraciones por haber dado asilo estos líquidos a organismos microscópicos, que son introducidos de manera invisible y fortuitamente en los interiores, donde luego han pululado...”, etc. Podrían citarse otros muchos ejemplos de esos “seres organizados microscópicos”, de esos “organismos microscópicos”. Pasteur no disponía de otra expresión para estos infinitamente pequeños, agentes de todas las alteraciones orgánicas.

Aquí es donde interviene Sédillot. Presenta a la Académie des Sciences, el 7 de marzo de 1878, una nota intitulada “De l'influence des découvertes de M. Pasteur sur les progrès de la chirurgie”, de la cual reproduciremos el pasaje siguiente:

El señor Pasteur ha demostrado que organismos microscópicos, difundidos por la atmósfera, son la causa de las fermentaciones atribuidas al aire, que no es sino su vehículo y no posee ninguna de sus propiedades.

Estos organismos constituyen todo un mundo, compuesto de especies, de familias y de variedades, cuya historia, apenas iniciada, es ya fecunda en previsiones y en resultados de la máxima importancia.

Los nombres de estos organismos son numerosos² y deberán ser definidos y, en parte, reformados. La palabra *microbe*, con la ventaja de ser más corta y de significación más general, a más de haber sido aprobada por mi ilustre amigo el señor Littré, el más competente lingüista de Francia, será la que adoptaremos, sin por ello renunciar a las que están en uso, para designar variedades estudiadas más particularmente.³

Al proponer la palabra *microbe*, Sédillot se arma de la autoridad de Littré que —según dice— la aprobó. Cosa tanto más

² Nota de Sédillot: “Synonymes: microzoaires, microphytes, aérobies, anaérobies, microgermes, micrococci, microzymas, bactéries, bactériides, vibrions, microdermes, conferves ferments, monades, animalcules, corpuscules, torules, *penicillium*, *aspergillus*, infusoires, *leptothrix*, *leptothricum*, spores de l'achorium, de favus, de l'oidium, du muguet, organismes de l'acide tartrique droit et gauche, zymases septiques et septicémiques, etc.”

³ *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, tomo 86, 1878, p. 634.

interesante de saber cuanto que *microbe* no figura en el *Dictionnaire de la langue française* cuyo tercer volumen (letras I-P) aparecía aquel mismo año de 1878. Por fortuna, los detalles de aquella consulta los ha conservado René Valléry-Radot, yerno de Pasteur, quien, en su *Vie de Pasteur*, fundada en una documentación original, reconstruye así este episodio lexicográfico:

En el mes de marzo de 1878; [Sédillot] leyó en la Academia una nota intitulada "De l'influence des travaux de M. Pasteur sur les progrès de la chirurgie" [...]

Sédillot en esta comunicación inventó un neologismo para caracterizar todo aquel conjunto de organismos y de infinitamente pequeños: vibriones, bacterias, bacteridas, etc. Propone designarlos todos con el nombre de *microbe*. Esta palabra tenía, a ojos de Sédillot, la ventaja de ser corta y de poseer una significación general. En todo caso, presa de escrúpulos antes de emplearla, consultó a Littré, que le respondió el 26 de febrero de 1878:

"Muy querido colega y amigo, *microbe* y *microbie* son palabras muy buenas. Para designar los animáculos daría yo preferencia a *microbe*, primero porque, como usted dice, es más corta, y luego porque así queda disponible *microbie*, sustantivo femenino, para la designación del estado de microbio."

No faltaron lingüistas que se divertieron, en el nombre del griego, criticando la formación de la palabra. *Microbe* —decían— significa más bien animal de vida corta que animal infinitamente pequeño. Littré dio el segundo certificado de vida a la palabra *microbe*:

"Es bien cierto —escribe a Sédillot— que $\mu\iota\kappa\rho\beta\acute{\iota}\omicron\varsigma$ y $\mu\alpha\kappa\rho\beta\acute{\iota}\omicron\varsigma$ significan, en la grecidad, *de corta vida* y *de larga vida*. Pero, como usted observa justamente, no se trata de la grecidad propiamente dicha sino del empleo que hace nuestro lenguaje científico de los radicales griegos. Ahora bien, la lengua griega tiene $\beta\iota\omicron\varsigma$, vida, $\beta\iota\omicron\upsilon\nu$, vivir, $\beta\iota\omicron\upsilon\varsigma$, viviente, cuyo radical puede muy bien figurar con la forma *be* o *hie*, con el sentido de viviente, en *aérobie*, *anaérobie*, *microbe*. Mi sentir es no contestar a la crítica y dejar a la palabra que se defienda sola, lo cual hará sin duda." Pasteur, adoptándola, haría que diera la vuelta al mundo.⁴

En efecto, menos de dos meses más tarde, el 29 de abril de 1878, Pasteur presenta a la Académie una nota intitulada "La théorie des germes et ses applications à la médecine et à la

⁴ René Valléry-Radot, *La vie de Pasteur*, Paris, 1900, pp. 382ss.

chirurgie" (en colaboración con Joubert y Chamberland),⁵ donde consagra de una vez por todas el término nuevo:

Para afirmar experimentalmente que un organismo microscópico es realmente agente de enfermedad y de contagio, no veo otro medio, en el estado actual de la ciencia, que someter al *microbe* (nueva y feliz expresión propuesta por el señor Sédillot)⁶ al método de los cultivos sucesivos fuera de la economía.

En la continuación de su exposición, la palabra es empleada varias veces y del modo más natural. Limitémonos a una sola cita (p. 124):

Si tuviera el honor de ser cirujano, persuadido como estoy de los peligros a los que exponen los gérmenes de los microbios dispersos por la superficie de todos los objetos...

Esta demostración era necesaria por dos razones: primero, para hacer ver —lección de hechos que siempre es útil recordar— que es imposible adivinar las condiciones en que ha sido creado un neologismo; hay que descubrirlas en la fuente misma, en la intención del creador. Nada puede dispensar de esta búsqueda, que para el etimologista es una obligación.

Pero, sobre todo, era cosa de devolver a *microbe* su sentido verdadero. Se ve ahora que la palabra no ha sido tomada del griego; que no es un adjetivo sino un sustantivo, y que no significa "de vida corta", lo cual por lo demás hubiese sido ajeno a la concepción pastoriana. En realidad Sédillot inventó el término *microbe* para designar el conjunto de los organismos microscópicos. Combinó libremente *mikros* y *bios* en un significado nuevo; los dos componentes griegos representan, con gran simplificación, los dos conceptos asociados: *bios* "vida", el de "organismo viviente", y *mikros* "pequeño", el de "infinitamente pequeño, microscópico". Así *microbe* significa literalmente "pequeña vida", para designar el "organismo microscópico".

Semejante compuesto hubiera sido imposible en griego, y si

⁵ *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, sesión del 29 de abril de 1878, 86, pp. 1037-1043 = *Œuvres de Pasteur*, t. VI, 1933, p. 112 (citamos según esta edición).

⁶ El editor de las *Œuvres* remite aquí en nota a la comunicación de Sédillot arriba citada, donde se propone *microbe* para los diversos microorganismos.

todos nuestros lexicógrafos se han confundido acerca de la formación de *microbe*, es por razonar sobre un modelo griego, cuando que el inventor había querido hacer un compuesto francés, y Littré había visto claro que ahí estaba el quid. Sédillot simplemente vistió de griego una denominación que había concebido en francés. Tal es, en efecto, el estatuto de este neologismo, como lo es de gran número de los que han visto la luz desde hace un siglo o más: es, con lexemas griegos, un compuesto francés. Responde a un designado que fue primero concebido en francés, y traspuso al griego su definición, condensándola de paso intensamente.

Esta observación vale también, por ejemplo, para *photographie*, cuyos elementos por sí solos no pueden explicar el sentido: *graphie* "reproducción" y *photo* "luz" están lejos de enunciar lo que el compuesto quiere decir: "reproducción (de una imagen sobre una placa sensible a la) luz". Y piénsese nada más en el híbrido *televisión*.

¿Otro ejemplo? A fin de variar las condiciones de la prueba, saldremos del marco de la composición y consideraremos un neologismo científico que es esta vez un término simple. Es el término *otarie*, creado en francés a partir del griego e ingresado en la nomenclatura zoológica de la mayoría de las lenguas occidentales modernas.

Los diccionarios dan la explicación siguiente:

Otarie, 1810. Tomado por el naturalista Péron del griego *ôtarion* "orejita" (dim. de *ous*, *ôtos*, v. *otite*), a causa de la pequeñez de las orejas de este animal. (Bloch-Wartburg³.)

Otarie (1810, *Ann. du Muséum*), sacado por Péron del griego *ôtarion* "orejita" (*oús*, *ôtos*, oreja), por tener esta foca las orejas pequeñas y aparetas. (Dauzat, lo mismo en Dauzat-Dubois-Mitterand.)

Otarie, gr. *ôtarion* "orejita", a causa de la pequeñez de las orejas de este animal. (P. Robert, *Dict. alph.*)

Otarion (gr.) *öhrrchen*. Fr. *otarie*, espèce de phoque à oreilles pendantes (seit 1810). (FEW, VII, 443.)

Littré definía *otarie*: "grupo del género de las focas, mamíferos, uno de cuyos principales caracteres es poseer orejas bien visibles, aunque poca cosa", y el *Dictionnaire général* como una

“especie de focas con orejas aparentes”, indicando que la palabra era debida a Péron.

Todo esto sólo es exacto a medias. Hay que referirse a la publicación de François Péron para comprender la formación de este neologismo. En una “Notice sur l’habitation des animaux marins, par MM. Péron et Lesueur”, este naturalista, que había realizado un largo viaje por las tierras australes entre 1800 y 1804, distingue varias especies de focas indebidamente confundidas por sus precursores bajo un mismo nombre. Analiza sistemáticamente las diferencias —trece en total— que ha advertido entre *Phoca leonina* de Fabricio y *Phoca leonina* de Steller; y precisa así la última de estas diferencias:

Difieren, por último, EN LAS OREJAS. El León marino de Fabricio no tiene *auricula*; el de Steller sí, y pertenece en consecuencia al nuevo género que hemos creído deber establecer en la familia de los FOCÁCEOS, bajo el nombre de *Otarie*.

Aquí Péron se refiere a su *Voyage de découvertes aux terres australes*, obra cuya redacción había emprendido y que, inconclusa a su muerte en 1810, fue completada por Louis Freycinet y publicada en 1816. Allí justifica más completamente la designación:

Llamo Focáceos [*Mammalia*, *Phocacea*] a todos los animales reunidos por los naturalistas bajo el nombre de *Focas*. La familia nueva que propongo se divide en dos géneros, distinguidos por la presencia de aurículas o su ausencia; los Focáceos con aurículas [*Phocacea auriculata*] son reunidos en un género particular con el nombre de *Otarie* [*Otaria* N.]. Los Focáceos desprovistos de aurículas [*Phocacea inauriculata*] constituyen el género de las Focas propiamente dichas [*Phoca* N.].

Péron creó pues el término *otarie* para caracterizar la especie con relación al conjunto de los Focáceos, merced a un rasgo distintivo que aisló a la perfección: presencia/ausencia de aurículas.

Se ve entonces que si eligió la formulación diminutiva de la palabra griega, *ωτάριον*, no es de ningún modo “a causa de la pequeñez de las orejas de este animal”, como dicen los diccionarios citados, sino por la razón enteramente formal de que el

término griego ὠτίσιον era el correspondiente exacto del latín *auricula*, y de que, en el lenguaje de los naturalistas, *auricula* o su sustituto —en francés *auricule*— no es un diminutivo sino el término anatómico para la oreja externa, el pabellón de la oreja. Esta especialización de *auricula* era por lo demás antigua; ya se encuentra en el Nuevo Testamento ὠτίσιον para el “pabellón de la oreja”, la parte de este órgano que puede ser cortada, y la Vulgata lo vierte por *auricula* (Mc. 14, 47; J. 18, 10). Basta recordar también el empleo frecuente de *auricula* entre los médicos romanos y la sustitución de *auris* por *auricula* en romance (fr. *oreille*, ital. *orecchia*, *orecchio*, esp. *oreja*).

Se advertirá que esta trasposición del latín al griego sólo es aproximada. Péron instaure, en el punto de partida, la noción de *Phocacea auriculata*, “Focáceos con aurículas”. Tenía que trasponer al griego el adjetivo *auriculata*. Probablemente por no hallar el equivalente, ya que ὠτίσιον carece de derivado adjetivo, se conformó con el sustantivo gr. *otarion* (o con el plural *otaria*), que adaptó al neolatín *otaria*, fr. *otarie* f.

Está claro ahora que la creación de este término nada debe a las categorías griegas y que Péron no trató de helenizar. La forma *otarie* es una trasposición aproximada del francés “(phoque) à auricules”. También aquí se trata de francés vestido de griego.

Este neologismo, como término simple, confirma pues lo que el compuesto *microbe* nos había mostrado: que algunos neologismos científicos de forma grecolatina creados en francés y muy particularmente los compuestos (falta evaluar las proporciones, previo examen), no tienen de griego o de latín más que la forma material. Son en realidad compuestos contruidos en francés y sólo traspuestos —a veces de manera bastante floja— a lexemas grecolatinos. Este tipo de formación es nuevo. Carece de antecedente conocido en la historia de las lenguas. Puede predecirse que se desarrollará. Hay pues que hacerle lugar en el inventario de los procedimientos por los que se elabora el vocabulario científico de nuestro tiempo.

II. COMPOSICIÓN Y SINAPSIA

Hay composición cuando dos términos identificables para el locutor se conjuntan en una unidad nueva de significado único y constante. Pueden ser de origen culto, es decir grecolatino: *centimètre*, *palmipède*, *télégraphe*, o enteramente francés y de tipos variados: *portefeuille*, *orfèvre*, *betterave*, *marchepied*, *averse*, *entresol*. Es preciso, en todo caso, que el locutor pueda aislar e identificar los dos términos. Si uno de ellos no puede ser reconocido, el otro queda incierto. Bien se puede en *aubépine* sospechar *épine*, pero si no se sabe lo que es *aub(e)*, hasta *épine* acabará por parecer dudoso. Hace falta también que el sentido de los miembros tomado aisladamente tenga una relación más o menos inteligible con el del compuesto; de ahí que el locutor no remita espontáneamente *plafond* a un compuesto *plat-fond*. Ya aquí está abolido el sentimiento de la composición.

De los compuestos distinguiremos los CONGLOMERADOS. Llamamos así a unidades nuevas formadas de sintagmas complejos que comprenden más de dos elementos. Unos son sintagmas predicativos convertidos en sustantivos: *va-nu-pieds*, *meurt-de-faim*, *monte-en-l'air*, *décrochez-moi-ça*. Los otros, locuciones adverbiales donde viven elementos arcaicos: *dorénavant* (=d'ore en avant), *désormais* (=dès or mais) no son ya analizables, y *jamais* no lo es en absoluto, pero en *aujourd'hui* se percibe aún cuando menos "au jour d'...", y en *auparavant* los tres miembros "au par avant", aun si su disposición sintáctica no es patente de inmediato. El sintagma predicativo antiguo *n'a guère* se estrecha así en nuestro *naguère*. El rasgo general de estos conglomerados es que una construcción compleja se suelda dando un bloque, sin que los elementos sean mutilados o alterados. Éstos pueden ser completa o incompletamente reconocibles, según la edad del conglomerado: en *justaucorps* ("juste au corps") se separan bien; en *gendarme* hace falta la conversión previa al plural para que *gens* recupere su función contextual. De manera general, los conglomerados tienden al estado de signo compacto.

Quisiéramos insistir muy particularmente en un tipo de composición que, no reconocido todavía en su naturaleza propia, carece de estatuto definido. Consiste en un grupo entero de

lexemas, ligados por diversos procedimientos y que forma una designación constante y específica. El meollo inicial está en ejemplos ya viejos como: *pomme de terre*, *robe de chambre*, *clair de lune*, *plat à barbe*. El hecho nuevo e importante es que adquiere hoy día una extensión considerable y está llamado a una productividad indefinida: es y será la formación básica en las nomenclaturas técnicas. Basta mencionar términos como *modulation de fréquence*, *avion à réaction* para dar una idea del tipo, pero también para mostrar que está construido según un modelo que no es el de la composición clásica.

Para designar estas grandes unidades y para consagrar el fenómeno específico que representan, se hace necesario un término nuevo, distinto de "composición" (precisamente se trata de algo que no es composición), distinto también de "sintagma", para dejar a "sintagma" su designación propia, que se aplica a no importa qué grupo, aun ocasional, operado por medios sintácticos, en tanto que aquí tenemos una unidad fija. Proponemos con este fin un término que parece adecuado y claro: SINAPSIA, del gr. σύναψις "juntura, conexión, colección de cosas unidas",⁷ con su derivado *sináptico* (gr. συναπτικός "relativo a la conexión"), que podrá, llegado el caso, suministrar compuestos: *mono*, *di*, *polisináptico*. Nada impide incluso prolongar esta derivación en nuestra terminología y decir *sinaptar*, *sinaptable*, etc.

Lo que caracteriza la sinapsia es un conjunto de rasgos, los principales de los cuales son: 1] la naturaleza sintáctica (no morfológica) del vínculo entre los miembros; 2] el empleo de jutores para este efecto, especialmente, en francés, *de* y *à*; 3] el orden determinado + determinante de los miembros; 4] su forma léxica plena, y la elección libre de todo sustantivo o adjetivo; 5] la ausencia de artículo delante del determinante; 6] la posibilidad de expansión para el uno o el otro miembro; 7] el carácter único y constante del significado.

Así, a diferencia de *garde-malade*, que es un compuesto, *gardien d'asile* es una sinapsia; *asile de nuit* es otra, y la combi-

⁷ Está, por supuesto, la *sinapsis* de los neurofisiólogos, pero de uso tan diferente que no habrá confusión. Hemos preferido para la adaptación francesa de la palabra griega la terminación *-sie* para seguir el modelo de las palabras griegas en *-σις* llegadas a través del latín: *épilepsie*, *paralyxie*, *-phylaxie*, *-syncrasie*, *poésie*, etc.

nación *gardien d'asile de nuit* forma una nueva sinapsia, de dos miembros, simple el primero, *gardien*, sináptico él mismo el segundo, *asile de nuit*, y que en el caso presente llamaremos "subsínáptico". En la sinapsia *gardien d'asile de nuit*, el juntor *de* tiene por sí mismo doble función: ligamento sináptico en "(gardien) d'(asile)", ligamento subsínáptico en "(d'asile) de (nuit)". Este análisis se impone en virtud del empleo idiomático hecho de una sinapsia como *gardien d'asile de nuit*: "gardien d'asile de nuit" es por cierto la conversión nominal del enunciado predicativo "il garde un asile de nuit". Pero formulamos esta hipótesis: si la observación del uso demostrara que se trata de una denominación "gardien d'asile" ampliada con un determinante adverbial *de nuit* oponible a *de jour* (como *gardien de nuit/gardien de jour*), entonces habría que descomponer *gardien d'asile de nuit* en un miembro subsínáptico *gardien d'asile* y un miembro simple *de nuit*. Será entonces la trasposición nominal del enunciado predicativo: "il garde un asile — la nuit".

En todo caso la elección no sería posible en la sinapsia *employé de chemin de fer*, pues *chemin de fer* constituye una sinapsia fija, y **employé de chemin* no existe; el único análisis posible es *employé*, miembro simple como determinado, y (*de*) *chemin de fer*, miembro subsínáptico como determinante. Es siempre y solamente la naturaleza del designado lo que permite decidir si la designación sintagmática es o no una sinapsia: *valet de chambre* lo es, mas no *coin de chambre*.

Mientras más específico es el designado, más necesario se vuelve caracterizar la designación mediante un rasgo diferencial, y dicho rasgo puede por su parte ser harto complejo. Abordamos aquí un campo inmenso, en el que apenas empiezan a interesarse los lingüistas; el de la nomenclatura técnica.

El fenómeno nuevo es éste: los términos básicos con ayuda de los cuales se constituye una nomenclatura tienden a volverse explícitos y a constituir a su vez combinaciones explícitas, por medio de unidades léxicas independientes, identificables separadamente y organizadas según modelos sintácticos. Es el dominio, por excelencia, de la sinapsia.

A la síntesis morfológica de los antiguos compuestos la sustituye una sinapsia necesariamente analítica, y los términos ge-

neralmente grecolatinos de la composición tradicional son reemplazados por una serie de lexemas franceses.

En la composición culta, la juntura está caracterizada en abundantes ejemplos por la final *-o-* del primer miembro, tomada de modelos griegos: *astro- géo- cosmo-*, y la relación de los miembros es dada por su orden. Pero en la sinapsia, donde todos los elementos son en principio idiomáticos y de forma libre, y cuyos miembros pueden ser a su vez sinapsias, están unidos por juntores, principalmente *de* y *à*, y su orden es siempre determinado + determinante. Por el conjunto de estos caracteres la sinapsia, en tanto que modo de designación, tiende a realizar lo que Saussure llamaba la limitación de lo arbitrario.

Es un procedimiento que contrasta con la composición tradicional por la facilidad y la amplitud de sus realizaciones. En tanto que la composición, en francés, llega en seguida a sus límites y los compuestos se forman a ritmo lento y, por decirlo así, por cooptación individual (se ven aparecer los primeros especímenes de una serie nueva en *cosmo-*, con *cosmonaute*, *cosmodrome*), la sinapsia prodiga sin tregua sus creaciones. Todos los vocabularios técnicos echan mano de ella, y con soltura tanto mayor cuanto que es la única que permite la especificación detallada del designado, y la clasificación de las series merced a su rasgo distintivo. Su extrema flexibilidad paradigmática hace de la sinapsia el instrumento por excelencia de las nomenclaturas.

Se la encuentra en todos los vocabularios especializados: *volet de courbure à fente*, *hélice à pas variable*, *moteur à refroidissement par air*, son términos corrientes en aviación,* y cada técnica tiene su repertorio. El criterio de estas designaciones, en tanto que sinápticas, siempre está en la relación con el objeto: si es designado completa y únicamente por dicha apelación compleja, entonces ésta es una sinapsia. No hace falta que sólo incluya lexemas de uso técnico; puede componerse de vocablos comunes, sinápticamente dispuestos. “Aigle pêcheur à tête blan-

* Es ésta la ocasión de señalar la obra importante de Louis Guilbert, *La formation du vocabulaire de l'aviation* (París, 1965), que no conocí hasta después de concluir el presente artículo y que suministra todos los ejemplos que se quiera de estas designaciones técnicas.

che" podría ser un sintagma descriptivo de creación ocasional. Pero si es dado en la nomenclatura zoológica como el nombre, usual en cierta comunidad, de un ave particular, entonces *aigle pêcheur à tête blanche* se vuelve, en francés de Nueva Caledonia, una denominación sináptica que ha de registrar el léxico de dicha ciencia y de dicha comunidad. Por la misma razón, sin salir del francés caledoniano, la serie *bois de fer* → *bois de fer de montagne* → *petit bois de fer de montagne* será acogida como un paradigma donde la sinapsia *bois de fer* engendra dos sinapsias sucesivas, cada una de las cuales denota una variedad diferente de la precedente. Y es únicamente gracias al criterio de la designación como se decidirá si *faux tamanou de forêt à petites feuilles* debe o no ser considerado una sinapsia: nada en sí se opone a que lo sea.⁹ Habrá que ver entonces cómo *faux tamanou* se torna *faux tamanou de forêt à petites feuilles*, al parecer sin pasar por un **faux tamanou de forêt*.

Las expansiones de las sinapsias se realizan sea por calificativos, así en francés caledoniano *bois de rose* → *faux bois de rose*, sea —y es mucho más común— por miembros de estructura variada, ligados por los jutores *de* y *à*, que son, con mucho, los más frecuentes.

Puede caracterizarse sumariamente la función respectiva de estos jutores.

El jutor *à* entre dos miembros de la sinapsia indica:

a) el destino, sea con un infinitivo: *salle à manger*, *fer à friser*, *machine à écrire*; sea con un sustantivo: *service à café*, *brosse à habit*, *boîte à ouvrage*, *parc à bestiaux*;

b) la característica distintiva: *œil à facettes*, *serpent à sonnettes*, *bête à cornes*. Cuando el determinado designa un artefacto, el determinante precedido de *à* indica el agente motor; es una categoría muy abundante y productiva: *moulin à vent*, *machine à vapeur*, *avion à réaction*, *lampe à pétrole*.

⁹ Tomo estos últimos ejemplos de una exposición sobre la terminología de la flora y la fauna en francés caledoniano presentada a la Société de Linguistique por K. J. Hollynman y publicada en BSL, 61 (1966), núm. 1, pp. 96-109. El presente artículo puede ayudar a resolver el problema discutido por Hollynman.

Advirtamos que los determinantes precedidos de *à*, particularmente aquellos que marcan el destino, pueden ser nombres de animales, pero nunca son nombres de seres humanos; de ello se extraen efectos despreciativos en denominaciones como: *bouge à matelots, fille à soldats*. Por eso *à* es remplazado por *pour* en los casos de necesidad: *tailleur pour hommes; compartiment pour dames*.

Se observará también que sólo la naturaleza del designado permite distinguir los dos empleos de *à*, no el sentido de los lexemas unidos: un *moulin à café* muele café, pero un *moulin à vent* es movido por el viento; una *pompe à essence* puede ser igualmente bien una bomba que suministra gasolina y una bomba que funciona con gasolina.

El juntor *de* indica que:

a) el determinante es el todo virtual del cual el determinado es una parte: *peau de porc, verre de montre, pied de table*; por metáfora: *tête de loup, pied de biche, dent de lion*;

b) la circunstancia en la cual es apropiado el objeto: *chemise de nuit, tenue de soirée, manteau de pluie, table de travail, salle de jeux, fusil de chasse*; o la clase de individuos de los que el determinado es el atributo: *robe d'avocat, béret de matelot, livrée de chauffeur, voiture d'enfant*.

Habremos así esbozado la naturaleza, el dominio y los rasgos generales de la clase de formas que llamamos sinapsia, a fin de que sea reconocida y reciba su estatuto lingüístico, y no a fin de compilar aquí los ejemplos, que son multitud. Es fácil prever que se desarrollará más de prisa aún de lo que pensamos, como consecuencia del fenómeno que domina nuestra época: el crecimiento rápido y múltiple de las técnicas.

13. ESTRUCTURA DE LAS RELACIONES DE AUXILIARIDAD ¹

La noción de “verbo auxiliar” es familiar a aquellos que conocen alguna lengua occidental moderna, y es parte de la nomenclatura gramatical en la enseñanza tradicional. Pero con esta noción pasa como con tantas otras, que cierta familiaridad nos impide apreciar bien, en su importancia y singularidad. Se trata de una forma lingüística unitaria que se realiza, a través de paradigmas enteros, en dos elementos, cada uno de los cuales asume parte de las funciones gramaticales, y que a la vez están ligados y son autónomos, distintos y complementarios.

Este fenómeno conocido,² señalado por todas las gramáticas,³ apenas ha recibido atención por parte de los lingüistas. Sólo conocemos dos estudios especialmente consagrados en estos últimos años a la elaboración de su teoría.

G. Guillaume⁴ ha estudiado en los auxiliares sobre todo la propiedad que los hace, entre todos los verbos, aptos para tal función: es lo que llama *subductividad*, que los hace preexistir idealmente a los demás verbos. “Être, por ejemplo, preexiste a faire, y generalmente a todos los verbos que especifican un proceso realizado o padecido.”⁵ Se dedica pues a describir la “subducción” del verbo como proceso psicolingüístico y en particular “el mecanismo de la subducción esotérica, creadora del estado de auxiliaridad”.⁶ Para él, “los verbos auxiliares son verbos cuya génesis material, interrumpida por una consumación más rápida de la génesis formal, permanece en suspenso, no se

¹ Acta Linguistica Hafniensia, Copenhague, vol. IX (1965), núm. 1, pp. 1-15.

² Acerca del desarrollo histórico. cf. Gougenheim, *Étude sur les périphrases verbales de la langue française* (París, 1929).

³ Nos limitaremos a citar, más por la abundancia de sus datos que por el tratamiento del problema, el largo capítulo sobre “Les auxiliaires” en Pichon y Damourette, *Essai de grammaire de la langue française*, tomo V, pp. 1-160.

⁴ En un artículo intitulado “Théorie des auxiliaires et examen de faits connexes”, BSL, 34 (1938), núm. 1, pp. 5-23.

⁵ *Loc. cit.*, p. 5.

⁶ *Loc. cit.*, p. 10.

consume y pide, en consecuencia, un *complemento de materia* que no puede proceder —por estar cerrada la ontogenia de la palabra— sino del exterior: de otra palabra”. Así, *avoir marché* se analizará en: *avoir* “verbo completo por el lado de la forma (se conjuga en todos los modos y todos los tiempos), pero incompleto por el lado de la materia (subducción); *marché*: palabra que aporta la materia faltante y que sólo a este título interviene”.⁷

Más o menos al mismo tiempo, pero de manera independiente y con una visión muy distinta de los fenómenos lingüísticos, L. Tesnière presentó en detalle una “Théorie structurale des temps composés”⁸ que, dejando aparte la terminología, no está tan lejos en el fondo de los puntos de vista de G. Guillaume acerca de la repartición de las funciones en la forma compuesta. Pero a L. Tesnière le ha preocupado sobre todo deslindar el principio general —la ley, dice él, regular y universal— que rige la formación de los tiempos compuestos. He aquí esa ley: “Cuando un tiempo simple se desdobra en tiempo compuesto, las características gramaticales pasan al auxiliar, la raíz verbal al auxiliado.”⁹ En *il a marché*, el auxiliar *il a* porta las características gramaticales o el morfema, y el auxiliado *marché* la raíz verbal o el semantema. Todo el estudio de Tesnière consiste en ilustraciones de esta ley, por medio de ejemplos tomados de variadas lenguas y de esquemas analíticos.¹⁰

Estos estudios conservan su valor.¹¹ Nuestro propósito al volver a la cuestión ha sido mostrar, primero, que este fenómeno, siempre considerado globalmente, comprende distintas variedades que deben ser reconocidas y estudiadas por separado. Luego, definir cada una de estas variedades en sus términos propios y dar de ella una descripción formal que saque a la luz los elementos constantes, las variables y la estructura de sus relaciones.

⁷ Loc. cit., pp. 11-12.

⁸ Es el título de su artículo publicado en los *Mélanges Ch. Bally* (1939), pp. 153-183.

⁹ Op. cit., p. 160.

¹⁰ L. Tesnière ha tocado el problema de los “tiempos compuestos” en varios pasajes de sus *Éléments de syntaxe structurale* (1959), pp. 47, 159, 398, pero se limita a remitir al artículo citado.

¹¹ Habrá que agregar, siguiendo la línea de las concepciones de G. Guillaume, la exposición de J. Stefanni, *La voix pronominale en ancien et en moyen français* (1962), pp. 97-102.

La intención descriptiva nos exigía proceder, a la inversa de los dos lingüistas citados, por delimitación de los rasgos distintivos, en la sincronía de una sola y misma lengua. Estudiamos pues las relaciones de auxiliaridad en el verbo francés moderno.

Es importante fijar desde el principio la terminología, en parte nueva, que aplicamos a los elementos en cuestión. Nos ocuparemos de un proceso lingüístico, la *auxiliación*, que consiste en la unión sintagmática de una *forma auxiliante* y de una *forma auxiliada* o, más brevemente, de un *auxiliante* y de un *auxiliado*. Será evitada la expresión "verbo auxiliar".

Esta unión produce una forma verbal de estructura binomial *auxiliante* + *auxiliado* de orden invariable, cuyos elementos pueden ser disociados por inserción.

La forma creada por auxiliación se opone, por marcada, a una forma verbal simple, no auxiliada.

Hay tres tipos de marcas distintivas, que definen tres clases de auxiliación, caracterizada cada una por una oposición diferente de igual forma simple:

- 1] *il frappe* ~ *il a frappé*
- 2] *il frappe* ~ *il est frappé*
- 3] *il frappe* ~ *il peut frapper*.

Son estos tres aspectos de la auxiliación los que tenemos que describir sucesivamente. Los llamaremos:

- 1] auxiliación de temporalidad
- 2] auxiliación de diátesis
- 3] auxiliación de modalidad.

Identificamos la *auxiliación de temporalidad* con la forma del perfecto: "il a frappé"; "il est arrivé". Por supuesto, el perfecto no es solamente un tiempo, pero es también un tiempo, y aun lo es cada vez más en la lengua hablada, que sustituye el pretérito por el perfecto. Puede pues incluirse legítimamente el

perfecto en la noción de temporalidad, lo cual por lo demás proporciona al análisis un marco cómodo. Estudiando los términos y disposición de la forma de perfecto, determinaremos algunas de las condiciones necesarias a toda estructura de auxiliación.

Consideremos y procuremos caracterizar la relación lógica entre auxiliante y auxiliado.

Cualquiera que sea el modo de auxiliación, la relación entre auxiliante y auxiliado es una relación de disparidad y, según la red en que se articule, admite dos interpretaciones diferentes.

En el interior de un paradigma verbal dado, la forma constituida por auxiliación, así el perfecto, comprende una variable, el auxiliante *avoir* o *être*, y un invariante, el auxiliado. En el sintagma *il a frappé* puede remplazarse *il a* por *nous aurons*, *tu avais*, *qu'il ait*, *ayant*, etc., sin que el auxiliado *frappé* cambie.

Pero considerada en relación con el conjunto de los verbos de la lengua, la variación se invierte: *frappé* puede ser remplazado por *cru*, *joué*, *pris*, *coulé*, etc., sin que cambie el auxiliante *il a*.

Podría entonces construirse un modelo lógico de esta relación, a ejemplo de las funciones proposicionales, y hablar de una función auxiliacional. En *il a frappé*, se consideraría *frappé* como una "cosa" de la que *il a* sería la "propiedad": en efecto, *frappé* admite gran número de sustitutos posibles, cada uno de los cuales crea una situación diferente, en tanto que *il a* permanece constante. Podrá decirse entonces que en *il a frappé* el auxiliado *frappé* representa el "argumento", y el auxiliante *il a* la "función".

Esto permitiría formular dos definiciones lógicas del perfecto:

1] el perfecto, en la metalengua del francés, es la clase de todos los sintagmas que tienen la forma *avoir* (o *être*) + participio pasado *x*. Es la definición genérica;

2] el perfecto, en la conjugación (activa) del verbo *frapper* es la clase de todos los sintagmas que tienen la forma: forma flexionada *x* + *frappé*, admitiendo que sólo una forma de *avoir* sea compatible con *frappé*. Es la definición específica.

La auxiliación de temporalidad, que constituye el perfecto, se

realiza por medio de dos auxiliares, *avoir* y *être*, que están en distribución complementaria.¹²

Avoir sirve en la gran mayoría, de hecho en la generalidad de los casos; *être* en un número restringido de verbos, unos veinte en total.

Tiene interés, a causa, ni más ni menos, de su carácter de excepciones, definir lo que parece particular a esos verbos para que pidan el auxiliar *être*. Se enumeran en seguida: *aller*, *venir*, *devenir*, *intervenir*, *survenir*, *retourner*, *accourir*, *partir*, *arriver*, *rester*, *entrer*, *sortir*, *naitre*, *éclore*, *mourir*, *décéder*, *tomber*, *échoir*, *monter*, *descendre*.

Estos verbos son intransitivos y de la esfera personal. Denotan movimientos instantáneos y de pura efectuación, que carecen de duración y de porvenir, cuya realidad coincide con su realización, y que no pueden proseguirse sin negarse: *naitre* y *mourir*, *entrer* y *sortir*: otros tantos umbrales traspuestos, después de los cuales el acto desaparece y deja lugar al estado que enuncia el perfecto. Una vez realizado el "nacer", se "est né" y ya nada cambiará las cosas. "Partir", "llegar", apenas efectuados, se "est parti, arrivé", y está dicho todo. Una vez que se "est venu" no puede continuarse viniendo. En tanto que *courir* tiene por auxiliar "avoir", *accourir* sólo admite "être": es que significa "venir en courant". Este movimiento no puede ser denominado en el punto en que se consuma; no hay más allá. Se observará que ninguno de estos verbos puede emplearse en el presente durativo, sino nada más en el presente de definición o en el presente histórico. *Monter* y *descendre* no son excepción en su valor estricto, que es enunciar como efectuación instantánea el movimiento hacia arriba o hacia abajo. Pero, en el uso, son empleados también para *describir* el proceso de ascenso o de descenso, y en tal caso pueden ir acompañados de un término de extensión espacial. No es una casualidad que se introduzca entonces una situación flotante en la elección del auxiliar: "il est monté" y "il a monté trois étages"; "il est descendu" y "il a descendu la pente".

Todos los demás verbos tienen el auxiliar "avoir", sean o

¹² Dejaremos aquí de lado, por indiferente desde el punto de vista de la auxiliación, la cuestión de los verbos que pueden admitir *être* o *avoir* con ligeras variaciones de sentido (le livre est paru/a paru). Todas las gramáticas la tratan.

no transitivos, tanto *être* como *faire*; tanto *exister* o *vivre* como *manger* o *couper*.

El papel distintivo de cada uno de los dos auxiliares podrá ser definido así:

*el perfecto con *avoir* indica la operación como adquirida;

*el perfecto con *être* indica la situación como adquirida.

Por "situación como adquirida" entendemos que cierta situación está establecida, como consecuencia de la efectuación de un movimiento que tiene necesariamente por resultado dicha situación.

Podrá sorprender que un verbo como *être* esté comprendido entre los verbos con auxiliar *avoir*. Pero aparte de que la desproporción numérica entre los dos auxiliares debe llevar al terreno de *avoir* una variedad mucho más grande de especies verbales, hay una razón específica para que el perfecto de *être* tenga el auxiliar *avoir*; es que excluye el auxiliar *être*. Este principio será indicado más adelante, pp. 193-4.

Están, por lo demás, provistos de *être* en perfecto los verbos exclusivamente reflexivos *se souvenir*, *s'élancer*, *s'éprendre*: "il s'est souvenu, il s'est élancé, il s'est épris", y por extensión aquellos verbos transitivos que admiten por objeto el pronombre reflexivo: "il a blessé: il s'est blessé"; "je l'ai jeté: je me suis jeté", y con valor recíproco en plural: "ils les ont battus: ils se sont battus".

Ahora tenemos que analizar el juego del auxiliar y del auxiliado en la producción del perfecto.

El fenómeno típico, del todo singular, de la auxiliación de temporalidad consiste en la escisión de una forma verbal en dos unidades autónomas y en la repartición subsiguiente de las funciones entre las dos.

Si estas dos unidades son complementarias, ¿de qué manera lo son? Vimos antes la concepción de Tesnière (la de Guillaume no difiere esencialmente de ésta), para quien el auxiliar porta el morfema, y el auxiliado el semantema. Tal es por lo demás, a grandes rasgos, la explicación que dan las gramáticas del "tiempo compuesto". Esta dicotomía rigurosa es un tanto sumaria y nos parece inadecuada. Las relaciones reales resultan ante el examen ser más complejas, y deben ser sistematizadas de otra manera.

Claro está que *il a*, auxiliante de *il a chanté*, indica la persona y el número, accesoriamente el género de la persona gracias al pronombre. ¿Puede afirmarse que enuncia el tiempo? Cargaría entonces, en efecto, con la totalidad de las funciones verbales, salvo el sentido. Pero este postulado admitido por doquier nos parece insostenible. *Il a* no indica por sí mismo más que un tiempo: el presente. Pero como auxiliante forma el perfecto. Es una verdadera mutación. ¿Cómo va a ser concebible tal mutación si todas las funciones morfológicas están concentradas, según se enseña, en el auxiliante solo? ¿Por qué magia la proximidad del auxiliado, si no es más que semantema, transforma el presente en perfecto? Aquí está la auténtica cuestión, que no ha sido discutida ni, se diría, advertida.

Con todo, es claro que esta mutación funcional del presente *il a* a auxiliante de perfecto sólo es posible en virtud de la auxiliación. Sólo la unión sintagmática de *il a* con *chanté* hace del presente de *avoir* el constituyente de un perfecto. Hay que admitir sin remedio, entonces, que el auxiliado *chanté* no es solamente semantema; también es portador de una parte de la función gramatical. Pues, a fin de cuentas, el papel de semantema en el sintagma no exigía la forma específica del participio pasado. Aparentemente esta forma del auxiliado era necesaria para que pudiera consumarse en el sintagma el valor de perfecto, puesto que en otros tipos de auxiliación el auxiliado tiene otras formas.

Se diría pues que el auxiliado debe ser reconocido como bifuncional. A más de su función paradigmática, que consiste en garantizar el vínculo semántico con el verbo, desempeña una función sintagmática complementaria de la del auxiliante. Auxiliado y auxiliante coadyuvan en este proceso.

A la inversa, ¿puede ser considerado el auxiliante como encargado de una función exclusivamente gramatical? Semejante definición no nos parece agotar su papel. Verdad es que porta las marcas flexionales del perfecto. Pero no es indiferente el que sea *avoir* y no otro verbo el que haya sido escogido para auxiliante del perfecto activo. Su sentido propio debe intervenir asimismo.

De esta observación sacaremos una conclusión que sólo en apariencia es paradójica: es en realidad en virtud de su sentido

como el auxiliante, y en virtud de su forma como el auxiliado, se completan para realizar el valor propio del perfecto.

De esta suerte, el examen del papel que hay que asignar a los dos miembros del sintagma de auxiliación temporal nos lleva a introducir una distinción entre 1] la función propia de cada uno de ellos; 2] la función de su suma.

El auxiliante *avoir (être)* tiene como cosa suya la *función de flexión*: porta en cierto modo las desinencias e indica la persona, el número, el modo, la voz.

El auxiliado (participio pasado) tiene como cosa suya la *función de denotación*: identifica léxicamente el verbo, del cual porta en cierto modo el radical.

Mas sólo la suma del auxiliante y el auxiliado, que asocia el *sentido* específico del *auxiliante* a la *forma* específica del *auxiliado*, garantiza la *función de temporalidad* y produce el valor de perfecto. La auxiliación de temporalidad es así el procedimiento de auxiliación que confiere a la forma verbal compuesta que resulta el rasgo distintivo de "hecho adquirido" que caracteriza el perfecto.

En suma, el papel y la relación de las unidades conjuntas pueden definirse así:

El perfecto es la forma temporal escindida en dos unidades autónomas y separables, la primera de las cuales, llamada auxiliante, porta las desinencias en la forma flexionada del verbo *avoir (être)*, y la segunda el sentido léxico del verbo con la forma fija del participio pasado; la unión del auxiliante y el auxiliado produce el valor específico de "hecho adquirido".

El propio auxiliante *avoir* puede ser sede de un proceso de auxiliación, merced al cual se desdobra sin dejar de ser auxiliante. Es lo que ocurre cuando *avoir* se vuelve *avoir eu* + participio pasado. Así *il a chanté* produce la forma nueva *il a eu chanté*, cuyo empleo está prácticamente limitado a las proposiciones circunstanciales: "quand *il a eu chanté*, je suis parti".

Es cosa, pues, de una escisión del auxiliante "*il a (chanté)*" a "*il a eu (chanté)*", que produce una auxiliación de segundo grado. Hablaremos en este caso de *sobreauxiliación*. Hay que advertir que *il a* en "*il a (chanté)*" y *il a* en "*il a (eu-chanté)*"

no tienen la misma forma, por no pertenecer al mismo nivel. Distinguiremos el primero como *il a₁* auxiliante, y el segundo como *il a₂* sobreauxiliante.

A este desdoblamiento de estructura corresponde un desdoblamiento de función: “*il a eu (chanté)*” difiere de “*il a (chanté)*” por la noción de una consumación previa que crea un nivel de anterioridad lógica; es un discordancial del perfecto. Para situar relativamente cada uno de los dos niveles de auxiliación, puede decirse que el auxiliante “*il a (chanté)*” indica el hecho adquirido, y que el sobreauxiliante “*il a eu (chanté)*” subraya la noción de “proceso acontecido”. Representaremos estas relaciones mediante el esquema siguiente:



donde *il a* es auxiliante de *eu* y forma con él un sobreauxiliante *il a eu* del auxiliado *chanté*. Resulta así que la sobreauxiliación afecta al auxiliante pero no al auxiliado; no hay “sobreauxiliado”. Por lo demás, sólo *avoir* es susceptible de tornarse sobreauxiliante, nunca *être*, en virtud de un principio de incompatibilidad: el auxiliante *être* no admite como auxiliado ni el participio de *être* ni el de *avoir*.

II

El haber descrito detenidamente la auxiliación de temporalidad nos ahorrará un despliegue parecido en la *auxiliación de diátesis*, que es la de la forma verbal pasiva.

No estudiaremos aquí la naturaleza del pasivo (vasto tema que es ajeno a nuestro propósito), sino la estructura de la auxiliación en él. Nos basta con caracterizar esta diátesis como la de la “acción sufrida”.

Si, desde el punto de vista lógico, el pasivo es la forma con-versa del activo, no deja por ello de presentar en su forma lin-

güística en francés una particularidad que carece de todo análogo en activo: se trata precisamente de la auxiliación. No hay forma pasiva que no sea realizada por medio de la auxiliación. Ahora, entre la auxiliación de diátesis y la de temporalidad existen por necesidad relaciones formales y funcionales estrechas. El problema es desenmarañarlas.

La auxiliación de diátesis, manifestada por la oposición activo/pasivo, tiene por característica formal el auxiliante *être* asociado al participio pasado del verbo auxiliado.

La auxiliación de diátesis está ella misma sometida a la auxiliación temporal: una forma pasiva puede ponerse en perfecto, y participa entonces de ambas auxiliaciones. Pero las dos auxiliaciones no se realizan en el mismo nivel del paradigma flexional. Su realización es *disimétrica*.

I] *La auxiliación de diátesis comienza un grado más arriba que la auxiliación de temporalidad.* No hay simetría entre “il est frappé” y “il a frappé”.

La forma “simple” de auxiliación de diátesis es la del presente: “il est frappé”, pasivo de “il frappe”. Esta forma de *presente* pasivo “il est frappé” coincide materialmente con la del *perfecto* intransitivo: “il est arrivé”. En realidad, “il est arrivé” está en el nivel del perfecto activo “il a frappé”. Y la forma pasiva correspondiente a “il a frappé” es una forma de doble auxiliación “il a été frappé”. Se aprecia pues que hay disimetría inicial:

presente *il frappe* ~ *il est frappé*
perfecto *il a frappé* ~ *il a été frappé*.

De modo que la forma básica del verbo pasivo es una forma binomial “il est frappé”, donde *est* debe ser considerado como diferente del *est* de “il est arrivé”. En “il est arrivé”, *est* caracteriza diferencialmente, como auxiliante de perfecto intransitivo, una clase de verbos (tales como *aller*, *venir*, etc.), por oposición al auxiliante *a* del perfecto en multitud de otros verbos, transitivos o intransitivos (*prendre*, *voler*, *vivre*, etc.).

Esto lo confirma la flexión del pasivo: construida con un presente *est*, comprende una auxiliación temporal de perfecto

con el auxiliante *avoir*: así “il a été frappé”. Se ven aquí dos auxiliaciones simultáneas: la auxiliación de temporalidad *il a été* aumentada con la auxiliación de diátesis por adición del participio auxiliado *frappé*. La forma de perfecto pasivo *il a été frappé* permite pues distinguir dos planos de auxiliación:

temporalidad: *il a* auxiliante temporal + *été* auxiliado
 diátesis: *il a été* auxiliante diatético + *frappé* auxiliado.

II] *La auxiliación de diátesis se detiene un grado más arriba que la auxiliación de temporalidad.*

En efecto, la auxiliación de temporalidad, como se ha visto, abarca dos grados en pasado: “il a frappé” y “il a eu frappé”. El primero, “il a frappé”, se convierte en pasivo, “il a été frappé”. Pero “il a eu frappé” no es convertible en pasivo: semejante forma de pasivo hubiera exigido dos participios simultáneos, uno de *avoir* para la auxiliación de temporalidad, otro de *être* para la de diátesis. Esta exigencia es contradictoria.

Una vez que el pasivo se constituye por el sintagma *être* + participio pasado, el paradigma del auxiliante queda fijado de cabo a rabo. La conjugación entera del pasivo será idéntica a la conjugación de *être* sin variación ni excepción.

Pueden pues ser establecidas dos reglas de correspondencia entre el activo y el pasivo que permiten predecir la estructura de la auxiliación en el pasivo:

1] A todos los tiempos simples (=no auxiliados) del activo corresponden en pasivo tiempos compuestos con la forma simple del auxiliante *être*. Se tendrá pues: *il frappait* ~ *il était frappé*; *il frappera* ~ *il sera frappé*, etc.

2] A todos los tiempos del activo compuestos con la forma simple del auxiliante *avoir* corresponden en pasivo tiempos compuestos con el auxiliante *avoir été*. Se tendrá pues: *il a frappé* ~ *il a été frappé*; *il aurait frappé* ~ *il aurait été frappé*, etc.

Las otras variaciones posibles en la estructura del pasivo dependerán de la combinación de la auxiliación de diátesis con la auxiliación de modalidad, a la cual pasamos ahora.

III

Hay ante todo que legitimar la categoría de la modalidad.

Entendemos por modalidad una aserción complementaria que atañe al enunciado de una relación. En tanto que categoría lógica, la modalidad comprende 1] la posibilidad, 2] la imposibilidad, 3] la necesidad. Estos tres “modos” no constituyen sino dos desde el punto de vista lingüístico, en vista de que la imposibilidad no tiene expresión distinta y se expresa por la negación de la posibilidad. De manera que posibilidad y necesidad son dos modalidades primordiales, tan necesarias en lingüística como en lógica y que no hay razón para discutir. Únicamente se tendrá cuidado de distinguirlas de los “modos” admitidos tradicionalmente en gramática en la morfología del verbo (subjuntivo, etc.).¹³

La categoría lingüística de la modalidad comprende ante todo los dos verbos *pouvoir* y *devoir*. Por añadidura, la lengua ha extendido la función modalizante a otros verbos en parte de sus usos y mediante la misma estructura de auxiliación; principalmente: *aller*, *vouloir*, *falloir*, *désirer*, *espérer*. Pero a diferencia de la temporalidad y la diátesis, la modalidad no forma parte de las categorías necesarias y constitutivas del paradigma verbal. Es compatible con la temporalidad como con la diátesis en cada una de las formas verbales.

La auxiliación de modalidad se caracteriza formalmente por la estructura binomial. El primer término es la forma flexionada del auxiliante; el segundo, el infinitivo del verbo auxiliado: “il peut arriver”; “je dois sortir”.

Estos dos verbos, modalizantes por excelencia, *pouvoir*, *devoir*, no tienen otra construcción. En cuanto a los demás verbos, modalizantes en ocasiones, se construyen así cuando el sujeto —explícito— del auxiliante es idéntico al sujeto —implícito— del auxiliado: “il a voulu chanter”. Si el sujeto del auxiliado es diferente, el infinitivo es remplazado por una proposición subordinada: “il a voulu que je chante”. El verbo cesa entonces de ser auxiliante.

¹³ Es la confusión —o la no distinción— de estas categorías diferentes la que ha conducido a varios gramáticos, notablemente Pichon y Damourette, *op. cit.*, V, § 1687, a negar la existencia de “auxiliares de modo” en francés.

En virtud de que la auxiliación de modalidad se aplica a toda forma verbal, se aplica necesariamente también a formas ya auxiliadas por auxiliares de temporalidad o de diátesis. Estas dos situaciones de auxiliación y de sobreauxiliación serán consideradas sucesivamente.

La auxiliación de modalidad tiene por criterio la conversión de la forma personal del auxiliado en una forma de infinitivo: "Pierre *chante*" se convierte en "Pierre *peut (doit) chanter*". De lo cual se sigue que *el infinitivo es la forma modalizada del verbo*, principio que acarrea varias consecuencias de las que no podemos ocuparnos aquí. El verbo auxiliado no representa solamente un semantema, contribuye por su forma morfológica a la auxiliación de modalidad que el auxiliante garantiza por su sentido léxico y su forma temporal.

Esta conversión se produce también cuando el verbo modalizado está en un tiempo que requiere la auxiliación de temporalidad: "Pierre *a chanté*" se vuelve "Pierre *peut (doit) avoir chanté*".

Pero *la auxiliación de modalidad comienza un grado más arriba que la auxiliación de temporalidad*, puesto que es posible con una forma verbal simple, no auxiliada, como "Pierre *chante*" que se convierte en "Pierre *peut chanter*". En la auxiliación de modalidad la forma primaria es "il *peut chanter*" correspondiente a "il *chante*", en tanto que, en la auxiliación de temporalidad, la forma primaria es "il *a chanté*", que se volverá "il *peut avoir chanté*". A la inversa, *la auxiliación de modalidad se detiene un grado más arriba que la auxiliación de temporalidad*. En tanto que "il *a chanté*" se torna "il *peut avoir chanté*", el giro sobreauxiliado "il *a eu chanté*" no es susceptible en lo más mínimo de recibir una forma modalizada.

Para describir el funcionamiento de esta auxiliación de modalidad, partiremos de dos observaciones preliminares:

1) El auxiliante de modalidad es un verbo de ejercicio pleno, que tiene su paradigma completo: *je peux, vous pouvez, nous pourrons*, etc., contando formas temporales auxiliadas: *j'ai pu, il aura pu*, etc.

2) La forma auxiliada de modalidad, siempre en infinitivo, es susceptible de una variación temporal, y de una sola, por auxiliación con *avoir*; el auxiliado será pues o un infinitivo presen-

te, *chanter*, o un infinitivo pasado, *avoir chanté*. En este último caso, como se ha de ver, se trata de una sobreauxiliación.

Dicho esto, pueden ser analizadas las relaciones entre auxiliante y auxiliado de modalidad. En principio el auxiliante de modalidad asume el conjunto de las funciones flexionales (tiempo, modo, persona) del auxiliado. Se presentan dos casos, según la situación temporal del auxiliado:

a] cuando el auxiliado es una forma simple, es convertido en infinitivo, y todas sus marcas flexionales son trasferidas al auxiliante:

il *chante* → il *peut* chanter
 il *chantait* → il *pouvait* chanter
 il *chantera* → il *pourra* chanter, etc.

b] cuando la modalización se aplica a una forma temporal ya auxiliada, se produce una sobreauxiliación: es el auxiliante de la forma temporal el que se convierte al infinitivo, y *avoir* (o *être*) se vuelve el constituyente temporal del sobreauxiliado de modalización:

“il a *chanté*” se convierte en “il *peut avoir chanté*”.

Conviene distinguir “il *peut avoir chanté*”, forma sobreauxiliada de “il a *chanté*”, del sintagma “il a *pu* chanter” y aun “il a *pu avoir chanté*” donde es solamente el auxiliante de modalidad el que está en juego y despliega libremente las posibilidades de su paradigma propio. En “il a *pu chanter*” no tenemos la conversión de una forma no modalizada, sino una de las variaciones temporales de “il *peut chanter*” resultante de que el auxiliante de modalidad admite él mismo la auxiliación temporal: “il a *pu (avait pu, aurait pu, etc.) chanter*”.

En todos los casos, insistimos, el auxiliado no es sencillamente un semantema. Contribuye también, por el hecho mismo de adoptar la forma del infinitivo, a la expresión de la modalidad.

Del todo análogas son las relaciones de la auxiliación de modalidad con la de diátesis, en lo que concierne al auxiliado. El pasivo “il *est chanté*” se convierte en “il *peut être chanté*”, y “il a *été chanté*” en “il *peut avoir été chanté*”. El auxiliante

personal *est. . . , a été. . .* de diátesis se transforma en infinitivo *être. . . , avoir été. . .* y así sobreauxiliado por el mismo proceso que fue descrito a propósito de la temporalidad.

Pero el auxiliante de modalidad *pouvoir* no admite ser vuelto pasivo y no está, por tanto, sometido a la auxiliación de diátesis. Ver luego, p. 194.

Los ejemplos de verbos de modalidad con forma reflexiva no contradicen este principio:

1] *il se peut* es una locución impersonal equivalente a "il est possible", empleada ora absolutamente, con el sentido de "peut-être", y entonces sin función auxiliante, ora para regir una subordinada ("*il se peut que* ma lettre ne l'ait pas atteint") y sin función auxiliante tampoco;

2] *il se doit* es o bien impersonal en la locución fija "comme il se doit", o bien personal, en una construcción muy otra, donde *devoir* tiene el pronombre por régimen: "*il se doit (= il doit à lui-même, à sa situation) d'assister à cette cérémonie*". En ningún caso es aquí auxiliante *devoir*.

Como indicaremos más adelante, el auxiliante de modalidad es compatible con la auxiliación de temporalidad nada más.

Puede haber, con grados variables, modalización de verbos modalizantes, y así una especie de modalización de segundo grado o de sobremodalización, en una construcción tal como: "*il doit pouvoir faire ce travail*", donde se ve "*il peut*", auxiliante en "*il peut faire*", vuelto auxiliado con la forma del infinitivo en "*il doit pouvoir faire*". He aquí probablemente el único ejemplo de una transferencia semejante en el interior de la modalización. Aun así, hay que señalar que, incluso en este ejemplo, los dos verbos no permanecen íntegramente modalizantes en sus relaciones. El valor paradigmático de cada uno de ellos, posibilidad por una parte, necesidad por otra, no puede subsistir intacto cuando contraen un vínculo sintagmático. De hecho, en "*il doit pouvoir*" el modalizante "*il doit*" expresa menos la necesidad que un alto grado de probabilidad.

Con mayor razón cuando la sobremodalización es efectuada por un verbo que no es funcionalmente modalizante o que apenas lo es en parte de sus empleos. Es el caso más frecuente: "*je crois devoir dire. . .*"; "*je pense pouvoir partir demain*"; "*je voudrais pouvoir le faire*", etc. Cada uno de estos verbos auxi-

liantes tiene por otro lado su sentido pleno y otras construcciones. Por ejemplo, *croire*, denota la convicción y admite un régimen directo (“*je vous crois, je crois cela*”) o indirecto (“*je crois à... , je crois en...*”), gobierna una subordinada (“*je crois que...*”). Es con valor debilitado (= “me parece que...”) como *je crois* sirve de auxiliante, en “*je crois vous comprendre*”; “*je crois pouvoir affirmer que...*” Tampoco deja de ser interesante apreciar que basta que un verbo entre en la esfera de la modalización por atracción o generalización para que adquiera la característica de los modalizantes, la de tener un auxiliado en infinitivo. Sobre el modelo de “*je dois pouvoir*” se hace “*je crois pouvoir*”, que engendra “*je pense pouvoir... , j’estime pouvoir...*”; y a partir de “*je dois parler*” se hace “*je veux, je désire, je souhaite parler*”. Todo verbo que asume la función modalizante asume al mismo tiempo un infinitivo auxiliado.

Distinguiremos pues *modalizantes de función*, esencialmente *pouvoir* y *devoir*, y *modalizantes de suposición*, tales como *vouloir, désirer, savoir, faire*, etc., según excluyan o no la construcción con el infinitivo auxiliado. Esta distinción entre las dos categorías de modalizantes es susceptible de variar en función de las épocas y de los estados de la lengua.

IV

Para concluir estos análisis podemos asentar tres reglas relativas a la estructura formal de la auxiliación.

En primer lugar: *el principio de no reflexividad de la función auxiliante*. Significa que ningún auxiliante puede auxiliarse a sí mismo. Hay que verificar este principio en cada una de las tres categorías de auxiliación.

a) En la auxiliación de temporalidad se presenta en el acto un ejemplo en contra, y sólo uno: “il a eu”, donde el mismo verbo “avoir” es auxiliante y auxiliado. Pero este análisis tradicional procede de un punto de vista inexacto. En “il a eu” el auxiliado *eu* procede de *avoir* como verbo libre equivalente a “poseer” (“il a eu de la fortune, une propriété”), no de *avoir*

auxiliante; y en la sobreauxiliación temporal “il a eu chanté” *eu* es en realidad un segmento del sobreauxiliante *il a eu*, no es auxiliado; sólo *chanté* es el miembro auxiliado. De manera que en el primer caso, “il a eu une propriété”, el estatuto de *il a* y el de *eu* son diferentes y las dos formas no tienen en común más que el pertenecer al mismo paradigma verbal; en el segundo, “il a eu chanté”, *eu* pertenece al sobreauxiliante ante *chanté*, único auxiliado, y en su plano. Parece así que ninguna forma verbal puede, sin contradicción lógica, tomarse a sí misma como auxiliante temporal.

b] En la auxiliación de modalidad pasa lo mismo: “il doit devoirs”, “*il peut pouvoir” son igualmente imposibles. La única cuestión será la de los cuasiauxiliantes como *aller*, ya que el uso admite “il va aller”. Pero aparte de que *il va* está, con esta función, restringido de hecho al presente (“il allait aller” es evitado, y todo tiempo o modo distinto es imposible), debe aplicarse a “il va aller” la misma observación que antes a “il ~~eu~~”; *il va* cuasiauxiliante no tiene el mismo estatuto que *aller* como verbo libre: “il va aller à l'école” contiene un cuasiauxiliante de inminencia *il va* que es tan distinto en realidad de *aller* como lo sería de cualquier otro verbo pleno, por ejemplo de *manger* en “il va manger”.

c] En cuanto a la auxiliación de diátesis, ni siquiera puede concebirse cómo el auxiliante *il est*-, *il a été*- podría auxiliarse a sí mismo.

El segundo principio es que *ningún auxiliante admite la auxiliación de diátesis*. Significa que un auxiliante no puede ser trocado en forma pasiva. Esto es fácil de verificar en los casos de *être*, *avoir*, *pouvoir*, *devoir*, etc. No estará de más recordar que nuestro análisis se aplica al francés y puede no ser válido para otras lenguas. Por ejemplo, el sánscrito *sak*- “poder” admite las dos series de desinencias, activa y media.

Inclusive en francés no tenemos en cuenta giros antiguos, caídos hoy en desuso, tales como *se pouvoir* en una construcción como: “Ce champ ne *se peut* tellement moissonner / que les derniers venus n'y trouvent à glaner” (La Fontaine).

El tercer principio es el de *la no reversibilidad de la relación*

auxiliante : auxiliado. Un auxiliante se vuelve el auxiliado de un sobreauxiliante, nunca al revés. Es éste un principio que por naturaleza se verifica sobre todo en la diacronía, pero que también tiene su importancia en sincronía, en virtud de que se observa, en la vida de una lengua, tendencia a crear nuevos auxiliantes.

V. EL HOMBRE EN LA LENGUA

14. EL ANTÓNIMO Y EL PRONOMBRE EN FRANCÉS MODERNO¹

El francés tiene, como es sabido, dos series de pronombres personales, la serie *je tu il*, la serie *moi toi lui*.

La relación entre las dos series exhibe aspectos sumamente complejos y sólo puede ser elucidada si se define con claridad el estatuto de cada una de ellas. En el estado actual de la investigación no puede darse por cumplida esta condición previa.

La mayoría de los autores recurren a una presentación histórica de las dos formas y hablan de caso sujeto y de caso régimen, de forma átona o débil *je* y de forma tónica, acentuada o fuerte *moi*. Quienes desean caracterizarlas en el uso actual subrayan el valor de "insistencia" o de "relieve" propio de *moi* en relación con *je*. Nadie dirá lo contrario, pero semejante valor no es sino un efecto, no una causa; resulta de una función sintáctica que no se ha tenido el menor cuidado de deslindar. Una definición que ha sido utilizada con bastante amplitud en años recientes² es la de Pichon y Damourette, que oponen *je*, "persona tenue" a *moi* "persona guarnecida".³ Estos términos cubren la misma concepción, estilística o impresiva, con la cual solemos conformarnos, y carecen de mayor alcance. Tal distinción sólo sería aceptable si hubiera libre elección y posibilidad de intercambio entre las dos series de pronombres en las mismas posiciones. Esto nunca pasa, como es sabido; *je* y *moi* no

¹ *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, C. Klincksieck, t. LX (1965), fasc. 1, pp. 71-87.

² Por ejemplo, Dauzat, *Grammaire raisonnée de la langue française*, 1947, p. 267.

³ *Essai de grammaire de la langue française*, VI, p. 254: "Definamos empersonalmente tenue el que se expresa por el aglutinativo, empersonalmente guarnecido el que se expresa por el independiente.

"El empersonalmente tenue reduce la persona a lo que hace su esencia gramatical esencial.

"Cuando, al contrario, es considerada la persona, o en relación con el mundo exterior o introspectivamente, como un panorama complejo, y aun como una masa global que podría remplazar en otras circunstancias una masa global de otra persona gramatical, se expresa por el independiente; es el empersonamiento guarnecido, que deja toda su amplitud a la personalidad de la persona."

pueden permutarse en ningún caso.⁴ En vista de ello, hablar de "persona tenue" o "guarnecida" no pasa de disfrazar de noción psicológica una realidad lingüística insuficientemente descrita.

Nada, pues, puede dispensarnos de examinar la distribución respectiva de los dos pronombres *je* y *moi*.

De la serie *je* hay poco que decir: es la forma siempre unida del pronombre, inmediatamente prepuesta a la forma verbal en la aserción, pospuesta en la interrogación. Fuera del imperativo y las formas nominales del verbo, ninguna forma verbal es susceptible de uso sin pronombre; en la tercera persona, el pronombre personal siempre es permutable con un sustantivo, un nombre propio o un pronombre de otra clase ("*Il vient. — La nuit vient. — Pierre vient. — Qui vient?*").

El empleo de la serie *moi*, serie del pronombre autónomo, comprende variedad mucho mayor. Hay que enumerar sus características:

1] Este pronombre designa la persona sintáctica y puede,

⁴ Aquí contradecimos expresamente a Pichon y Damourette, *op. cit.*, p. 253, § 2311, quienes estiman que "en muchos dominios hay competencia posible de expresión entre uno y otro órdenes de pronombres personales". ¿Qué pruebas presentan de esta sorprendente afirmación? Están en el § 2312, donde empiezan por reconocer que "el abajamiento se expresa ciertamente del modo más natural mediante los aglutinativos", es decir por la serie *je*, *tu*..., ej.: "*Il fut captif...; je ne vous contrains pas...*", pero, añaden, "el abajamiento puede expresarse también por medio de los independientes", ej.: "*Valentin nous avait invités à diner, et moi emmenais, naturellement, Pollet et sa femme*"; "*Moi, qui suis l'affaire et la connais bien, ai tous les éléments pour lui en parler*"; "*Tu as bien fait, mon garçon, dit M. de Coëtquidan, avec un cynisme dont lui et son neveu restèrent inconscients*". He aquí los tres ejemplos que deben probar la "competencia" que Pichon y Damourette creen observar entre los dos órdenes de pronombres. El primero, ejemplo oral, emana de una persona de quien no se indican ni el origen (¿provinciano?) ni el grado de cultura: puede afirmarse que "*moi emmenais*" no se oye nunca; es o un descuido sin trascendencia o una desviación individual. En el segundo ejemplo, igualmente oral: "*moi, qui suis l'affaire et qui la connais, ai*", hay por el contrario omisión de *je* ante *ai* por empeño, fuera de lugar, de bien decir y por falsa analogía de la construcción en que el relativo está separado del verbo, por ejemplo: "*moi qui, depuis longtemps, avais prévu ce qui est arrivé...*" Tampoco prueba nada; la menor comprobación mostrará que automáticamente todos los informadores restablecen *je* delante del verbo: "*moi qui connais l'affaire, j'ai tous les éléments...*" Por último, el tercer ejemplo, esta vez tomado de un texto escrito (Montherlant), muestra, al contrario, un empleo en el que precisamente no había competencia posible: "*lui et son neveu*" es el único modo de expresarse. Por lo demás, se trata de la tercera persona, cuyo comportamiento sintáctico es distinto (cf. luego, p. 212). Puede concluirse que no hay competencia entre las dos series pronominales.

como tal, emplearse solo: “Qui est là? —Moi”, o: “Moi, j’aime marcher; *lui* non”.

2] Admite una aposición identificadora: “*moi*, Pierre; *moi*, le facteur”.

3] Sirve de antecedente a un pronombre personal conjuntado que es el único que puede unirse al verbo: “*moi*, je pense que...”

4] Sirve de antecedente a un pronombre relativo: “*moi*, qui suis...”

5] Sirve de forma predicativa: “C’est *moi*. — C’est *moi* qui l’ai fait”.

6] Se combina con todas las preposiciones: “a *moi*; chez *toi*; avec *lui*”, etc.

7] Se combina, por mediación de preposiciones, con diversos adjetivos: “digne de *moi*; pareil à *toi*”.

8] Puede ir seguido de adverbios: “*moi aussi*”, y de ciertos adjetivos: “*moi-même*; *toi seul*; nous *autres*; vous *tous*”.

9] Se coordina, antepuesto o pospuesto, con otros pronombres autónomos: “*moi et toi*”; con nombres propios: “*moi et Pierre*”; con sustantivos: “*moi et mes amis*”.

Ninguno de estos rasgos puede ser extendido a *je*. La serie autónoma y la serie conjuntada aparecen en distribución complementaria. Difieren en su comportamiento sintáctico y sus capacidades combinatorias.

Ahora, los rasgos distintivos, funcionales y sintácticos de la serie pronominal autónoma reaparecen por entero en otra clase de formas: la de los *nombres propios*.

El pronombre autónomo *moi* se comporta, se vea como se vea, como un nombre propio. Pueden aplicarse al nombre propio todos los criterios que definen el pronombre autónomo y verificar la homología funcional de estas dos clases.

1] En respuesta a *qui*?: “*moi*”, como “*Pierre*”.

2] Seguido de una calificación apuesta: “*moi*, votre ami; *Pierre*, votre ami”.

3] Aquí pronombre y nombre propios se coordinan: *moi*, *Pierre*; luego se ha de ver por qué.

4] Antecedente de relativo: “*moi*, qui...; *Pierre* qui...”

- 5] Función predicativa: “c’est *moi*; c’est *Pierre*”.
- 6] Régimen de preposiciones: “avec *moi*; avec *Pierre*”.
- 7] Combinable con adjetivos seguidos de preposiciones: “digne de *moi*; digne de *Pierre*”.
- 8] Seguido de ciertos adverbios y adjetivos: “*moi aussi*; *Pierre aussi*”; “*moi seul*; *Pierre seul*”; “*moi-même*; *Pierre (lui-) même*”.
- 9] Coordinado con otros pronombres o nombres: “*moi et toi*; *Pierre et toi*; *moi et mes amis*; *Pierre et mes amis*”.

La interpretación que damos del estatuto de los pronombres autónomos tiende a constituirlos en una categoría homóloga de la de los nombres propios, y sin embargo distinta. Cabe precisar esta relación determinando la especie particular de nombre propio que representa el pronombre autónomo.

Lo que de ordinario se entiende por nombre propio es una marca convencional de identificación social tal que consiga designar constantemente y de manera única a un individuo único.

A semejanza y a diferencia del nombre propio social, *moi* es, en la instancia del discurso, la designación áutica de aquel que habla: es su *nombre propio de locutor*, aquel merced al cual un hablante, siempre y solamente él, se refiere a sí mismo en tanto que hablante, y entonces nombra frente a él a *toi* y fuera del diálogo a *LUI*.

Para este “nombre propio de locutor” que se realiza siempre y solamente en el acto de habla y que todo hablante asume por su cuenta personal, proponemos el término de antónimo: procede del gr. ἀντωνυμία que es el original traducido al latín por *pronomén*. Aprovechando a la vez su situación “pronominal” y su consonancia “onomástica”, aplicamos este término de antónimo a la serie autónoma de *MOI* como distinta del pronombre *je*.

Los antónimos, como acabamos de mostrar mediante una comparación sistemática, tienen las mismas construcciones y las mismas propiedades sintagmáticas que los nombres propios, de los que son una variedad específica, propia de la lengua actualizada en el discurso. El hecho mismo de que el nombre propio pueda unirse al antónimo (antes, p. 201) es una confir-

mación de su simetría. Es en efecto muy significativo que el antónimo admita una aposición identificadora tal como un nombre propio: “MOI, *Pierre*”. Los dos se completan: MOI, nombre propio instantáneo de todo locutor, suirreferencia en el discurso, antónimo; *Pierre*, nombre propio permanente de un individuo, referencia objetiva en la sociedad, antropónimo. Esta conjunción: “MOI, *Pierre*” define el sujeto a la vez por su situación contingente de hablante, y por su individualidad distintiva en la comunidad.

Al estatuto “onomástico” de los antónimos remitimos asimismo una particularidad sintáctica de la 3a. persona. En tanto que MOI (TOI) exige siempre ser relevado por *je* (*tu*) delante de la forma verbal personal, LUI puede ser relevado por *il* o unirse directamente a la forma verbal: “MOI, *j’ai* parlé tout le temps; *lui* n’a rien dit”. No es cosa de licencia de uso, como parece creerse, sino una doble posibilidad, igualmente lícita. El antónimo LUI, ni más ni menos que los demás antónimos, se hace seguir del pronombre: “TOI, *tu* as tout; LUI, *il* n’a rien”. Pero LUI, en tanto que se refiere a la tercera persona, puede, ni más ni menos que un nombre propio, o un sustantivo, ser el *sustituto* del pronombre: “LUI *seul* est venu” como “PIERRE *seul* est venu”. Así LUI pertenece a dos paradigmas: como forma de antónimo, al paradigma de los antónimos MOI, TOI; como señalador de la 3a. persona, al paradigma de las formas permutables que fungen de sujeto para una forma verbal de 3a. persona: “*il* est venu”, remplazable por “l’homme” o por “*Pierre*”, y también por “LUI”.

Los antónimos y los pronombres son formalmente distintos en las dos primeras personas del singular. En la 3a. del singular, que conoce una distinción de género, parece común una forma: LUI. Pero el examen revela que en el plano sincrónico sólo hay homofonía entre el antónimo LUI de 3a. sg. masculino y el pronombre *lui* complemento indirecto de los dos géneros: su paradigma y su distribución hacen de ellos formas distintas (cf. pp. 209-10).

En el plural de las dos primeras personas, antónimos y pronombres tienen igual forma, NOUS y VOUS; en la 3a., el masculino distingue el antónimo EUX y el pronombre *ils*, pero en el femenino coinciden en ELLES.

Nos proponemos ahora describir las condiciones y las relaciones de empleo de los antónimos y de los pronombres en francés moderno.⁵

Se impone una observación preliminar, por el lado del estatuto de cada una de las tres personas en las formas pronominales que las representan.⁶

Je es una persona única; *tu* es una persona única; pero *il* representa no importa qué sujeto compatible con su género y número y, repetido en el mismo enunciado, puede remitir a sujetos diferentes.

Por tanto:

1] *je* tiene un régimen directo, *me*, y sólo uno, pues *je* y *me* remiten a la misma persona, única;

tu tiene un régimen directo, *te*, y sólo uno, pues *tu* y *te* remiten a la misma persona, única;

pero *il*, que puede remitir a dos sujetos distintos, tiene dos regímenes directos: *se*, cuando sujeto y objeto coinciden; *le*, cuando sujeto y objeto no coinciden;

2] el pronombre objeto *me*, que remite a la persona única *je*, puede entrar en relación sintagmática con los tres pronombres sujeto: *je me...*, *tu me...*, *il me...* En efecto, el referente de *me*, por ser único, debe necesariamente ser el mismo para mí y para los demás (es decir para ti y para él);

el pronombre objeto *te*, que remite a la persona única *tu*, puede entrar en relación sintagmática con los tres pronombres sujeto: *tu te...*, *je te...*, *il te...* En efecto, siendo único el referente de *te*, debe por necesidad ser el mismo para ti y para los demás, es decir para mí y para él;

pero el pronombre objeto de 3a. persona no puede remitir a un sujeto único, puesto que el pronombre sujeto *il* reemplaza a no importa qué nombre propio o sustantivo, puede tener dos referentes distintos o incluso funciona sin referente: "*il dit qu'il va partir*" (=Pedro anuncia su partida); "*il dit qu'il va partir*" (=Pedro anuncia la partida de Pablo); "*il dit*

⁵ En esta descripción sincrónica del uso actual no habrá ninguna referencia a un estado más antiguo del francés.

⁶ Advertimos de una vez por todas que las observaciones hechas a continuación acerca de las formas del singular o ilustradas por ejemplos en singular valen también, salvo indicación en contra, para el plural; asimismo lo que se dice de un ejemplo en masculino es aplicable al femenino.

qu'il va pleuvoir", etc. En consecuencia, *il* es susceptible de tener dos pronombres objeto distintos, *le* y *se*, que no tienen las mismas latitudes de combinación sintagmática: 1] *le*, combinable con los tres pronombres sujeto: *je le...*, *tu le...*, *il le...*, pero *il le* supone dos *il* diferentes, que notaremos *il*₁ y *il*₂; 2] *se*, combinable solamente con *il*; y *il se* supone el mismo *il*; 3] cada pronombre sujeto puede entrar en relación sintagmática con los pronombres objeto de las otras dos personas, a condición de que éstos sean respectivamente objeto directo y objeto indirecto: "*je te le (donne)*"; "*tu me le (donnes)*", etc. Pero *il* gobierna aún dos combinaciones distintas: 1] *il se le...*, donde hay que plantear dos *il*, pues *il* y *se* remiten a *il*₁ y *le* a *il*₂; 2] *il le lui...*, donde hay que plantear tres *il* distintos. Representaremos pues en este sintagma *il* sujeto por *il*₁, *le* por *il*₂ y *lui* por *il*₃.

Nuestra faena es describir de manera exhaustiva las combinaciones de las tres series de pronombres, la serie *je tu il*, la serie *me te le se*, la serie *moi toi lui soi*, su selectividad mutua, su compatibilidad respectiva con las formas modales del verbo.

Mostraremos en detalle que este juego complejo está determinado por tres variables: la *persona*, el *modo* del verbo, y la *función gramatical* de la forma pronominal.

Estudiemos la distribución respectiva de las series *me te le (se)* y *moi toi lui (soi)* para el pronombre objeto, según sea *objeto directo* u *objeto indirecto*.

Esta distribución es definida por la naturaleza de la relación sintagmática entre el pronombre objeto y el pronombre sujeto para cada persona. Varía según los modos del enunciado: por una parte indicativo, subjuntivo, condicional (todos los ejemplos serán, por comodidad, dados en indicativo); por otra parte el imperativo.

A] Enunciado en modos distintos del imperativo.

Regla de orden: el pronombre objeto precede al verbo.

1] Cuando el pronombre sujeto (*je tu il*) tiene el mismo referente que el pronombre objeto, es decir en el pronombre reflexivo, la serie *me te le* vale a la vez para el objeto directo y para el objeto indirecto en todas las personas:

1 × 1 *je ME vois* ~ *je ME dis*

2 × 2 *tu TE vois ~ tu TE dis*
 3 × 3 *il SE voit ~ il SE dit*

El pronombre impersonal *on* (símbolo N) se comporta como *il*:

N × N *on SE voit ~ on SE dit*

2] Cuando el pronombre sujeto (*je tu il*) no tiene el mismo referente que el pronombre objeto, se origina una distinción de acuerdo con las personas:

a] En las personas primera y segunda, los pronombres objeto *me te* valen igualmente para el objeto directo y para el objeto indirecto:

1 × 2 *je TE vois ~ je TE dis*
 3 × 2 *il TE voit ~ il TE dit*
 2 × 1 *tu ME vois ~ tu ME dis*
 3 × 1 *il ME voit ~ il ME dit*

Igual indistinción con el pronombre sujeto *on*:

N × 1 *on ME voit ~ on ME dit*
 N × 2 *on TE voit ~ on TE dit*

b] Pero en la 3a. persona se distinguen el pronombre objeto directo *le* (plural *les*) y el pronombre objeto indirecto *lui* (plural *leur*). Esta distinción vale necesariamente también cuando 1] *il* sujeto (*il*₁) tiene un referente diferente de *il* objeto (*il*₂); 2] el sujeto es el pronombre *on*:

1 × 3 *je LE vois ~ je LUI dis*
 2 × 3 *tu LE vois ~ tu LUI dis*
 3₁ × 3₂ *il LE voit ~ il LUI dit*
 N × 3 *on LE voit ~ on LUI dit*

B] Enunciado en imperativo.⁷

⁷ "Imperativo" implica siempre la forma positiva de este modo.

Regla de orden: el pronombre objeto sigue al verbo.

La forma verbal (en singular) está limitada a una sola persona, la segunda, y no lleva pronombre; las tres personas pueden ser objeto, la segunda es entonces de empleo reflexivo. También aquí la distinción entre un objeto directo y un objeto indirecto depende de la persona:

1] El pronombre objeto de las personas primera y segunda adopta la forma *moi toi* y vale a la vez para el objeto directo y para el objeto indirecto:

$$\begin{array}{l} 2 \times 1 \text{ VOIS-MOI!} \sim \text{DIS-MOI!} \\ 2 \times 2 \text{ VOIS-TOI!} \sim \text{DIS-TOI!} \end{array}$$

2] El pronombre objeto de la 3a. persona distingue el objeto directo *le* (plural *les*) y el objeto indirecto *lui* (plural *leur*):

$$2 \times 3 \text{ VOIS-LE!} \sim \text{DIS-LUI!}$$

En suma, la distinción entre un pronombre objeto directo *le* y un pronombre objeto indirecto *lui* es constante para la tercera persona, sin importar el modo (orden de las palabras aparte), en tanto que en las personas primera y segunda la distinción entre la serie *me (te)* y la serie *moi (toi)* depende exclusivamente del modo, sin importar la función de objeto directo o indirecto del pronombre: *me (te)* en los modos distintos del imperativo, *moi (toi)* en el imperativo.

En el primer cuadro anexo figuran estas relaciones, completas; la serie vertical es la de los pronombres sujeto, la horizontal la de los pronombres objeto.

Ahora puede darse un paso más y considerar la situación producida por el empleo de dos pronombres consecutivos, objeto directo el uno, el otro objeto indirecto.

Las dos cuestiones que se plantean son las de su *forma* y de su *orden*.

En los modos distintos del imperativo, los dos pronombres objeto preceden al verbo, tienen la forma *me te le*, y se siguen en el orden: indirecto + directo cuando el pronombre objeto indirecto es el de 1a. y 2a. persona: *je me le dis; je te le dis*.

MODOS DISTINTOS DEL IMPERATIVO

	je	nous	tu	vous	il ₁	ils ₁	il ₂	ils ₂
je	dir. <i>me</i>	—	<i>te</i>	<i>vous</i>	<i>le</i>	<i>les</i>	—	—
	indir.	—			<i>lui</i>	<i>leur</i>		
nous	dir. —	<i>nous</i>	<i>te</i>	<i>vous</i>	<i>le</i>	<i>les</i>	—	—
	indir. —				<i>lui</i>	<i>leur</i>		
tu	dir. <i>me</i>	<i>nous</i>	<i>te</i>	—	<i>le</i>	<i>les</i>	—	—
	indir.			—	<i>lui</i>	<i>leur</i>		
vous	dir. <i>me</i>	<i>nous</i>	—	<i>vous</i>	<i>le</i>	<i>les</i>	—	—
	indir. <i>me</i>		—		<i>lui</i>	<i>leur</i>		
il	dir. <i>me</i>	<i>nous</i>	<i>te</i>	<i>vous</i>	<i>se</i>	—	<i>le</i>	<i>les</i>
	indir.						<i>lui</i>	<i>leur</i>
ils	dir. <i>me</i>	<i>nous</i>	<i>te</i>	<i>vous</i>	—	<i>se</i>	<i>le</i>	<i>les</i>
	indir. <i>me</i>						<i>lui</i>	<i>leur</i>

MODO IMPERATIVO

2 ^o sg.	dir. <i>moi</i>	<i>nous</i>	<i>toi</i>	—	<i>le</i>	<i>les</i>
	indir. <i>moi</i>			—	<i>lui</i>	<i>leur</i>
1 ^o pl.	dir. —	<i>nous</i>	—	—	<i>le</i>	<i>les</i>
	indir. —		—	—	<i>lui</i>	<i>leur</i>
2 ^o pl.	dir. <i>moi</i>	<i>nous</i>	—	<i>vous</i>	<i>le</i>	<i>les</i>
	indir. <i>moi</i>		—		<i>lui</i>	<i>leur</i>

Cuando el pronombre objeto indirecto es el de 3a persona, tiene la forma *lui* y el orden se invierte: *je le lui dis*.

En el imperativo, los dos pronombres objeto siguen al verbo; el pronombre objeto indirecto tiene la forma *moi toi lui*, y el orden de los pronombres se vuelve: directo + indirecto: *dis-le moi!*⁸

Pero estos sintagmas formados de pronombres objeto directo e indirecto sucesivos están sometidos a dos importantes reglas de compatibilidad.

1] *me (te se)* como pronombre objeto *directo* no es compatible con ningún pronombre objeto indirecto antes del verbo; sólo es posible el pronombre objeto indirecto de la forma *moi toi lui* precedido de la preposición *à* y puesto detrás del verbo. Así **je me te confie*, **tu te me confies* son imposibles; tiene que ser: *je me confie à toi*; *tu te confies à moi*.

Es regla, por el contrario, la sucesión *le (la, les)* pronombre objeto directo + *lui (leur)* objeto pronominal indirecto que precede al verbo: *je le lui confie*; *tu les leur confies*.

2] *me (te se)* como pronombre objeto *indirecto* no es compatible con ningún pronombre objeto directo de 1a. o 2a. persona antes del verbo; sólo es posible el pronombre objeto indirecto de la forma *moi toi lui* precedido de la preposición *à* y puesto detrás del verbo. Así, **je me vous appelle*, **il te me recommande* son imposibles; tiene que ser: *je vous appelle à moi*, *il me recommande à toi*.

Es regla, por el contrario, la sucesión *me (te, se)* pronombre objeto indirecto + *le (la, les)* precediendo al verbo: *je me le dis*, *il te la donne*, *tu te les rappelles*.

Estas relaciones figuran en su totalidad en nuestro segundo cuadro, donde cada persona objeto está representada por la conjunción de los dos pronombres directo e indirecto en el orden y con la variación antes indicados, y el objeto directo en singular y en plural (*le* implica siempre *la*).

Hay pues dos particularidades que subrayar:

1] Cuando el pronombre objeto indirecto se refiere a la 3a. persona, se coloca, cualquiera que sea el modo, *después* del pronombre objeto directo: “*il le lui dit*” ~ “*dis-le-lui!*”

⁸ El uso es a veces algo flotante: *tends-les-nous* es de regla, pero Hugo escribió *tends-nous-les*. Se hallarán ejemplos en Grevisse, *Le bon usage*, p. 420.

MODOS DISTINTOS DEL IMPERATIVO

	il je + ils	il nous + ils	il tu + ils	il vous + ils	il ₁ il ₁ + ils ₂	il ₁ ils ₁ + ils ₂	il ₁ il ₁ + il ₂	il ₁ il ₁ + ils ₂
je	le me les	—	le te les	le vous les	—	—	le lui les	le leur les
nous	—	le nous les	le te les	le vous les	—	—	le lui les	le leur les
tu	le me les	le nous les	le te les	—	—	—	le lui les	le leur les
vous	le me les	le nous les	—	le vous les	—	—	le lui les	le leur les
il	le me les	le nous les	le te les	le vous les	le se les	—	le lui les	le leur les
ils	le me les	le nous les	le te les	le vous les	—	le se les	le lui les	le leur les

MODO IMPERATIVO

	il ils + je	il ils + nous	il ils + tu	il ils + vous	il ₁ ils ₁ + il ₂	il ₁ ils ₁ + ils ₂
2 ^a sg.	le moi les	le nous les	le toi les	—	le lui les	le leur les
1 ^a pl.	—	le nous les	—	—	le lui les	le leur les
2 ^a pl.	le moi les	le nous les	—	le vous les	le lui les	le leur les

2] el pronombre objeto indirecto de la 3a. persona es *lui*, cualquiera que sea el modo, en tanto que para la 1a. y la 2a. persona, el pronombre objeto indirecto es *moi toi* en imperativo, y *me te* en los demás modos.

De ello resulta que el problema es el de la 3a. persona. Los pronombres de 1a. y de 2a. persona, por una parte, los de 3a., por otra, no obedecen a la misma distribución.

Las personas primera y segunda emplean *me te* para los dos objetos, directo e indirecto, en los modos diferentes del imperativo; y *moi toi* para los dos objetos, directo e indirecto, en el imperativo. Las dos series de formas están pues, sin importar la naturaleza directa o indirecta del objeto, en distribución complementaria de modo: *me te* en los modos distintos del imperativo, *moi toi* en imperativo.

Pero en la 3a. persona, *le* es objeto directo y *lui* objeto indirecto, cualquiera que sea el modo. De suerte que estas dos formas, sin importar el modo, están en distribución complementaria de régimen: *le* directo, *lui* indirecto.

Una vez localizada, falta explicar esta diferencia. ¿Por qué esta distinción *le/lui* en la 3a. persona, cuando las dos primeras emplean *me (te)* indistintamente para el objeto directo y el indirecto?

No hay que buscar la respuesta en la naturaleza gramatical de uno u otro objeto, sino en una razón formal, que es la compatibilidad de las formas pronominales necesariamente conjuntas en el sintagma de objeto doble.

Se ven en el segundo cuadro, por una parte, los sintagmas de pronombres reflexivos: "*je me le (dis)*", *tu te le...*, *il se le...*, que son enteramente simétricos; por otra, los sintagmas de pronombres no reflexivos: *je le lui...*, *tu le lui...*, *il le lui...*, igualmente simétricos. Entre los dos hay una transformación, cuyo punto de partida podemos ver; está en el sintagma que comprende *il*₁ sujeto y *il*₂ y *il*₃ objetos directo e indirecto. Según *il me le...*, *il te le:*... se esperaría **il le le...* Hasta podría generalizarse este modelo teórico según el paradigma del pronombre objeto indirecto a las dos otras personas. En virtud de:

- 1a. *je me le...* — *tu me le...* — *il me le...*
 2a. *je te le...* — *tu te le...* — *il te le...*

habría que tener:

3a. **je le le...* — **tu te le...* — **il le le...*

Esto es lo que la lengua ha querido evitar: la sucesión de dos formas pronominales idénticas portadoras de dos funciones distintas, y en particular en la 3a. persona, donde el sintagma **il le le...* habría incluido, frente a *il*₁ sujeto, dos *le* objeto por *il*₂ y *il*₃ indistintamente. Así, fue remplazado **le* objeto indirecto de 3a. persona por *lui*. Pero entonces surgía otra dificultad: *lui* nunca precede a otro pronombre objeto, lo cual tornaba imposible **je LUI le...* De manera que se intercambiaron los pronombres; el orden se volvió *je le LUI...*, *tu le LUI...*, *il le LUI...*, y por la misma razón en imperativo: “(dis)-*le-LUI!*” Así en toda condición modal *lui* es solamente objeto indirecto de 3a. sg., distinto de *le* objeto directo: *je le dis: je le LUI dis*.

Esta gramaticalización de *lui* ha sido reforzada por una circunstancia auxiliar, la forma de los pronombres de 1a. y 2a. persona en imperativo. Dado que los antónimos *MOI TOI* funcionan en imperativo como pronombres objeto: *laisse-MOI!* ~ *dis-MOI!*, pudo atribuirse también el antónimo *LUI* a la función de pronombre objeto, restringiéndolo de paso, por la razón antes indicada, al objeto indirecto: *dis-LUI!*, distinto del objeto directo: *dis-le!*

He aquí la explicación de los principios de incompatibilidad que hemos observado (antes, p. 209) en la relación sintagmática entre pronombres objeto directo e indirecto.

1] Dado que la forma *me* (*te se*) es a la vez la del pronombre objeto directo y la del pronombre objeto indirecto, la indistinción formal prohíbe emplear dos pronombres de esta serie consecutivamente; sería en efecto imposible, en un enunciado tal como **je me te confie*, discernir cuál, *me* o *te*, es el objeto directo y cuál el indirecto. Se evita el riesgo de anfibología diciendo: *je me confie à toi*. Pero el problema no existe en el caso del pronombre objeto de 3a. persona, donde *le* (*la, les*) directo se distingue de *lui* (*leur*) indirecto; entonces la sucesión de los dos pronombres, directo + indirecto, es plenamente lícita, y se dice: *je le lui confie*.

2] ¿Por qué entonces, si *je le lui confie* es regular, no puede decirse **je me lui confie* o **je te lui confie*? Es imposible porque habría contradicción entre la función y el orden de los pronombres. El pronombre objeto *me* (*te, se*), sea objeto directo (*je me vois*) o indirecto (*je me dis*), cae siempre inmediatamente después del sujeto; todo otro pronombre se pone *después* de este pronombre objeto. Tal es el principio de orden. Pero por otro lado *me* (*te, se*) seguido de otro pronombre no puede ser sino pronombre objeto *indirecto*; es la sucesión prescrita indirecto + directo: "*je te le donne*". La anteposición de *me* (*te, se*) le atribuye la función de objeto indirecto y es preciso que el pronombre siguiente sea objeto directo. Por consiguiente, un enunciado como **je me lui confie* contendría dos pronombres sucesivos de objeto indirecto y ninguno de objeto directo; habría conflicto entre *me* que sería objeto indirecto en virtud de su posición, y *lui* que es objeto indirecto por naturaleza. Tampoco podría decirse **je lui me confie* por la razón ya indicada: que no puede insertarse nada entre *je* y *me*." Las sucesiones **je me lui...* y **je lui me...* son pues igualmente imposibles. Habrá que decir: "*je me (confie) à lui*".

No hay conflicto así en el caso de *le*, puesto que, a diferencia de *me* (*te, se*), indistintamente objeto directo o indirecto, *le* es sólo objeto directo, y *lui* objeto indirecto; de ahí: *je le lui...*

Así se deslinda el principio que gobierna el doble estatuto gramatical del antónimo. Forma disyunta: *MOI, je suis*, o regida por una preposición: *de MOI; à MOI*, desempeña la función de objeto en imperativo, objeto indirecto: *dis-MOI!*, o directo: *laisse-MOI!*, paralelamente a: *LUI, il est...* (pero fem. *ELLE, elle est...*), *à LUI, dis-LUI!* (indirecto solamente).

La única discordancia formal del sistema está en el paradigma del plural de la 3a. persona. En las personas primera y segunda, los antónimos del plural son idénticos a los pronombres de conjugación: *NOUS, nous sommes...*, *VOUS, vous êtes...*; y a los pronombres objeto: "*il nous voit*", "*il nous dit*". Pero en la 3a. del plural el antónimo es *EUX*, distinto del pronombre de

* La inserción de una negación ("*je ne me...*", "*tu ne la...*") no contradice esto: la negación no cambia en nada la estructura sintáctica del enunciado ni las relaciones entre los pronombres.

conjugación *ils*, distinto también del pronombre objeto directo *les* y del pronombre objeto indirecto, que es *leur*. Esta abundancia dota al plural de cuatro formas distintas en la 3a. persona del masculino: *EUX, ils sont...* (fem. *ELLES, elles sont...*), “*je les vois*”, “*je leur donne*”, en tanto que en la 3a. persona del masculino singular no hay más que tres: *lui, il, le*.

La anomalía consiste en que el plural tiene un pronombre objeto indirecto *leur* distinto del antónimo *EUX*, frente al singular, donde el pronombre objeto indirecto *lui* es formalmente idéntico al antónimo *LUI*. En virtud de este hecho, se tiene un paradigma plural de cuatro términos, *eux, ils, les, leur*, contra tres términos en singular, *lui, il, le*. Es precisamente lo opuesto de las otras personas, que por tres formas en singular tienen una sola en plural: “*moi, je me (repose)*”, “*toi, tu te (reposes)*” ~ “*nous, nous nous (reposons)*”, “*vous, vous vous (reposez)*”.

Por lo demás, el antónimo *EUX* es también la forma regida por una preposición, lo cual limita *leur* a la función gramatical de objeto indirecto del verbo, sin distinción de modo ni de género.

Este desdoblamiento *eux/leur* del plural frente al *lui* único del singular no nos parece susceptible de ninguna explicación sincrónica. Razones de eufonía (*je le leur...* para evitar **je le eux...*) o la atracción fonética (*leur* con la misma inicial que *lui*) no serían suficientes. Sólo la historia de las formas puede dar razón.

Asimismo, no puede sino verificarse la coincidencia formal de *leur*, pronombre indirecto del plural, con *leur* posesivo. Pero aquí la coincidencia no tiene alcance; el examen muestra que las dos formas son completamente diferentes en estatuto y funciones. Junto al segundo cuadro anterior, que sitúa el pronombre *leur* en el paradigma pronominal, no estará de más presentar *leur* en el paradigma de los adjetivos llamados posesivos.

	Singular	Plural
<i>je</i>	<i>mon</i>	<i>mes</i>
<i>nous</i>	<i>notre</i>	<i>nos</i>
<i>tu</i>	<i>ton</i>	<i>tes</i>
<i>vous</i>	<i>votre</i>	<i>vos</i>

	Singular	Plural
il	son ¹⁰	ses
ils	leur	leurs

Entre el adjetivo *leur* y el pronombre *leur*, las diferencias emanan de su estatuto respectivo:

1] El adjetivo posesivo es un calificante de doble relación de número, a la vez con el objeto (poseído) y con el sujeto (poseedor): *leur* coordina un poseído singular y un poseedor plural de 3a. persona.

El pronombre *leur* se refiere exclusivamente a un plural y sólo como objeto indirecto.

2] El adjetivo posesivo no se emplea solo; o con un sustantivo o precedido de un artículo definido que lo sustantiva a su vez: *c'est leur livre/c'est le leur*.

El pronombre *leur* no puede usarse más que solo.

3] El adjetivo posesivo de 3a. persona es parte de un paradigma con dos entradas y dos variantes, que suministra cuatro términos: *son/ses, leur/leurs* (fonéticamente [*lœr/lœr^s*]). En esta red, *leur* es el plural léxico de *son*, y el singular gramatical de *leurs*.

El pronombre *leur* forma parte de un paradigma de dos términos *lui/leur*, donde *leur* no es más que plural y se opone a un singular *lui* que nada tiene en común con el singular *son* del adjetivo *leur*.

Podría intentarse unificar los dos *leur* alegando que ciertas construcciones les serían comunes, salvo por un elemento:

je viens de LEUR (dire)
je viens de LEUR (maison)

El parecido es falaz. Aparte de que *venir* es tomado en dos acepciones diferentes, basta remplazar los dos *leur* por el singular respectivo y se obtiene:

je viens de LUI (dire)

¹⁰ Se advertirá que *son* corresponde a la vez a *il* y a *on*: "*il a (on a) son caractère*", sin equivalente de la distinción entre *lui* y *soi*.

pero

je viens de SA (maison)

Igualmente, si se estableciera un paralelismo entre la posibilidad de remplazar uno y otro *leur* por *à eux* en construcciones como:

je LEUR ai dit (= j'ai dit à EUX)
*LEUR maison (= la maison à EUX)*¹¹

se tropezaría de todos modos con la discordancia que aparece entre las formas del singular:

je LUI ai dit (= j'ai dit à LUI)

pero

SA maison (= la maison à LUI)

que acusa aún más la semejanza de *leur* pronombre y de *leur* posesivo.

Todo concurre pues para ilustrar la verificación general de que la 3a. persona es profundamente diferente de las otras dos en su estatuto,¹² su función y la distribución de sus formas, y de que, especialmente en los antónimos y los pronombres, el singular y el plural de la 3a. persona pueden no ser siquiera simétricos.¹³

¹¹ Por lo demás, *à eux* es aquí un equivalente convencional; *d'eux* sería lo mismo de justificado.

¹² Cf. para una teoría de conjunto BSL, 43 (1946), fasc. 1, pp. 1-12 (= *Problèmes de linguistique générale*, I, pp. 225-236 [trad. esp., pp. 161-171]).

¹³ Nota complementaria: En la primera parte de nuestro segundo cuadro se observará que los pronombres regimenes *il ils* de las dos primeras personas se refieren por el sentido a *il₁* y *il₂*. Han sido, con todo, puestos bajo *il₂* y *il₃* por simetría con la 3a. persona, a causa de la sucesión directo + indirecto.

15. LA FORMA Y EL SENTIDO EN EL LENGUAJE ¹

Aprecio mucho el honor que recibo al ser invitado a inaugurar con una plática el presente congreso. Tal sentimiento se mezcla en mí a gran inquietud, al pensar que me dirijo, ignorante como soy de la filosofía, a una asamblea de filósofos. Algo me anima, sin embargo, el hecho de que semejante congreso se haya impuesto precisamente tal programa, de que haya filósofos que consideren oportuno debatir entre ellos problemas del lenguaje. En las comunicaciones y discusiones que ocuparán estas jornadas, la filosofía se remontará así hasta una de las fuentes principales de su inspiración permanente, y a la vez serán propuestas a los lingüistas, a quienes se ocupan del lenguaje en plan —como se dice— de especialistas, ciertas maneras, probablemente diferentes, de reflexionar acerca del lenguaje. Así comenzará —tarde: hay que decirlo— un intercambio que puede ser muy valioso. Por mi parte, cometida la imprudencia de aceptar la invitación a hablar aquí, no me quedaba más que hacer sino agravarla con otra imprudencia, más seria aún: elegir un tema cuyo enunciado parece convenir más a un filósofo que a un lingüista —la forma y el sentido en el lenguaje.

Es evidente que abordo el asunto como lingüista y no como filósofo. No habrá que figurarse, con todo, que aporte algo así como el punto de vista *de los* lingüistas; no existe un punto de vista tal, que sea común al conjunto o cuando menos a la mayoría de los lingüistas. No sólo no hay entre éstos doctrina reconocida en esta materia, sino que se advierte en muchos de ellos aversión hacia problemas semejantes y tendencia a dejarlos fuera de la lingüística. No hace tanto que la escuela del lingüista estadounidense Bloomfield, que representaba prácticamente toda la lingüística de su país y que irradiaba vastamente, tachaba de mentalismo el estudio del *meaning* —comoquiera que se traduzca tal término. Este calificativo equivalía a rechazarlo

¹ *Le langage II* (Sociétés de Philosophie de langue française, Actes du XIII^e Congrès, Ginebra, 1966), Neuchâtel, La Baconnière, 1967, pp. 29-40.

por maculado de subjetivismo, por escapar a la competencia del lingüista. Se pensaba que sería de los psicólogos o de los psicofisiólogos de quienes habría que esperar algunas luces sobre la naturaleza y el funcionamiento del sentido en la lengua, por no ocuparse el lingüista más que de lo que puede ser aprehendido, estudiado, analizado merced a técnicas cada vez más precisas y cada vez más concretas. Hoy por hoy ha sido suprimida esta interdicción, pero subsiste la desconfianza y —reconozcámoslo— no deja de estar justificada en cierta medida por el carácter bastante vago, tenue y aun inconsistente de las nociones que se encuentran en las obras, generalmente de espíritu bastante tradicional, que son consagradas a lo que se llama semántica. A decir verdad, las manifestaciones del *sentido* parecen tan libres, huidizas, imprevisibles, como concretos, definidos, descriptibles son los aspectos de la *forma*. No habrá que sorprenderse si de los dos términos del problema de que nos ocupamos aquí sólo el segundo parece concernir a la lingüística. Los filósofos no deben creer que un lingüista, cuando aborda estos problemas, puede apoyarse en un consenso, y que le baste con resumir, presentándolas un poco diferentes o simplificándolas, ideas que fueran generalmente aceptadas entre los especialistas en lenguas, o ideas que se impusieran al analista del lenguaje. Quien ahora habla, lo hace en su nombre, y propone puntos de vista que le son propios. La presente exposición es un esfuerzo para situar y organizar las nociones gemelas de sentido y de forma, y para analizar las funciones fuera de todo supuesto filosófico previo.

Nuestro dominio será el lenguaje llamado ordinario, el lenguaje común, con exclusión expresa del lenguaje poético, que tiene sus propias leyes y sus propias funciones. Se convendrá en que la tarea no deja de ser bastante amplia. Pero todo lo que se ponga en claro en el estudio del lenguaje ordinario aprovechará, directamente o no, a la comprensión del lenguaje poético también.

En primera aproximación, el sentido es la noción implicada por el término mismo de lengua como conjunto de procedimientos de comunicación idénticamente comprendidos por un conjunto de locutores; y la forma es, desde el punto de vista lingüístico (que debe distinguirse bien del punto de vista de

los lógicos), ya la materia de los elementos lingüísticos cuando es apartado el sentido, ya la disposición formal de dichos elementos en el nivel lingüístico correspondiente. Oponer la forma al sentido es una convención trivial y cuyos términos mismos parecen gastados; pero si procuramos reinterpretar esta oposición en el funcionamiento de la lengua, integrándosela y esclareciéndola por ahí, recupera toda su fuerza y su necesidad; vemos entonces que encierra en su antítesis el ser mismo del lenguaje, pues he aquí que de golpe nos pone en el corazón del problema más importante, el de la significación. Antes que nada, el lenguaje significa, tal es su carácter primordial, su vocación original que trasciende y explica todas las funciones que garantiza en el medio humano. ¿Cuáles son estas funciones? ¿Nos pondremos a enumerarlas? Son tan diversas y numerosas que eso sería citar todas las actividades de palabra, de pensamiento, de acción, todas las realizaciones individuales y colectivas que están vinculadas al ejercicio del discurso: para resumirlas con una palabra, diría yo que, mucho antes de servir para comunicar; el lenguaje sirve para *vivir*. Si sostenemos que en ausencia del lenguaje no habría ni posibilidad de sociedad ni posibilidad de humanidad es, por cierto, porque lo propio del lenguaje es ante todo significar. La amplitud de esta definición da la medida de la importancia que corresponde a la significación.

Surge una cuestión en el acto: ¿qué es la significación? Pero ¿podrá definírsela a estas alturas sin correr de inmediato el riesgo de circularidad? Los lingüistas aceptan esta noción hecha, empíricamente; no sé si los filósofos la habrán escrutado por ella misma; a decir verdad, es uno de esos problemas inmensos que, por atañer a demasiadas ciencias, no pertenecen propiamente a ninguna. Sólo veo que se hayan ocupado de ello los lógicos, muy especialmente en Estados Unidos, la escuela de Carnap y de Quine. En realidad, en su preocupación de rigor han dado de lado todo intento de definición directa de la significación; por no caer en el psicologismo han remplazado el análisis de la significación por el criterio objetivo de aceptabilidad, ensayado mediante pruebas, según unos predicados sean aceptados o no por el locutor. Así para Carnap la significación Q , como prefiere decir, la intensión (opuesta a la extensión), de un predicado Q para un sujeto parlante x es la condición general que debe sa-

tisfacer un objeto y para que el sujeto parlante x acepte atribuir el predicado Q a este objeto y . Así la "designación significante", lo que él llama *significant designation*, será obtenida por indagación, de acuerdo con la reacción positiva o negativa del locutor, que aceptará o no asociar tal predicado a una serie de objetos variables. Quine no opera directamente con el concepto de significación. Utilizando un procedimiento lógico que otrora sirvió a Russell para definir el número, pone en lugar de la significación la relación de "misma significación". De suerte que la significación es idéntica a la sinonimia. Este proceder, del que no tengo que ocuparme más aquí, puede ser justificado en una concepción estrictamente positiva a fin de eliminar toda contaminación de psicologismo. No creo que valga para el lingüista, que se ocupa ante todo de la lengua por ella misma; y, como veremos, no podemos contentarnos con un concepto global como el de la significación, por definir en sí y de una vez por todas. El curso mismo de nuestra reflexión nos conducirá a particularizar esta noción, que entendemos de modo muy otro que los lógicos. Por atenernos de momento a lo que cada cual entiende por ello, puede darse por admitido que el lenguaje es la actividad significante por excelencia, la imagen misma de lo que puede ser la significación; todo otro modelo significativo que pudiéramos construir sería aceptado en la medida en que se asemejara al de la lengua en tal o cual de sus aspectos. En efecto, en cuanto una actividad es concebida como representación de alguna cosa, como "significante" de alguna cosa, surge la tentación de llamarla lenguaje; de ahí que se hable de lenguaje a propósito de diversos tipos de actividades humanas, como todos sabemos, de suerte que se instituya una categoría común a modelos variados.

Que la lengua signifique, quiere decir que la significación no es cosa que reciba por añadidura, o en mayor medida que otra actividad; es su ser mismo; si estuviera ausente, no sería nada. Pero tiene también un carácter muy diferente, pero igualmente necesario y presente en toda lengua real, aunque subordinado —insisto— al primero: el de realizarse por medios vocales, de consistir prácticamente en un conjunto de sonidos emitidos y percibidos, que se organizan en palabras dotadas de sentido. Es este doble aspecto, inherente al lenguaje, el que es distintivo.

Diremos pues con Saussure, a título de primera aproximación, que la lengua es un sistema de signos.

Es la noción de signo la que integra en adelante en el estudio de la lengua la noción muy general de significación. Esta definición ¿la plantea exactamente, la plantea enteramente? Cuando Saussure introdujo la idea del signo lingüístico, pensaba haberlo dicho todo acerca de la naturaleza de la lengua; no parece haber considerado que pudiera ser otra cosa al mismo tiempo, sino en el marco de la oposición bien conocida que establece entre lengua y habla. Nos incumbe pues tratar de ir más lejos del punto donde Saussure se detuvo en el análisis de la lengua como sistema significante.

Hay que empezar por comprender todo lo que implica, en cuanto a las nociones que nos ocupan aquí —noción de sentido y así también de forma—, la doctrina saussuriana del signo. No se asombrará uno bastante de ver a tantos autores manejar inoportunamente este término, “signo”, sin discernir lo que tiene de constreñimiento para quien lo adopta, ni a qué lo compromete en adelante. Decir que el lenguaje está hecho de signos es decir, primero, que *el signo es la unidad semiótica*. Esta proposición que —subrayémoslo— no está en Saussure, quizá porque pensó que caía por su propio peso, y que formulamos aquí en el umbral del examen, encierra una doble relación que hay que explicitar: la noción de signo en tanto que unidad, y la noción de signo como participante del orden semiótico.

Toda disciplina que aspire a adquirir el estatuto de ciencia debe ante todo definir sus constantes y sus variables, sus operaciones y sus postulados, y primero que nada decir cuáles son sus unidades. En las ciencias de la naturaleza, las unidades son en general porciones idénticas convencionalmente deslindadas en un continuo específico; hay así unidades cuantitativas, idénticas y sustituibles, en cada disciplina de la naturaleza. El lenguaje es muy otra cosa, no participa del mundo físico; no es algo continuo, ni idéntico, sino muy al contrario, discontinuo y desemejante. De ahí que no se deje dividir sino descomponer: sus unidades son elementos básicos en número limitado, distinta cada una de la otra, y estas unidades se agrupan para formar nuevas unidades, y éstas a su vez podrán formar otras más, de nivel superior cada vez. Ahora bien, la unidad particular que

es el signo tiene por criterio un límite inferior: este límite es el de *significación*; no podemos descender por debajo del signo sin afectar a la significación. La unidad, diremos, será la entidad libre, mínima en su orden, no descomponible en una unidad inferior que sea, a su vez, un signo libre. Es pues signo la unidad así definida, participante de la consideración semiótica de la lengua.

Una de las tesis principales de Saussure es que la lengua forma una rama de una semiología general. Ha sido el infortunio, y será la gloria, de Saussure el haber descubierto el principio de la semiología medio siglo antes de tiempo. Tratando del signo lingüístico, abrió por adelantado el camino a una descripción de las unidades semióticas: éstas deben caracterizarse desde el doble punto de vista de la forma y del sentido, puesto que el signo, unidad bilateral por naturaleza, se ofrece a la vez como significante y como significado. Quisiera proponer aquí algunas observaciones sobre uno y otro de estos aspectos.

El significante no es sólo una serie ordenada de sonidos que exigiría la naturaleza hablada, vocal, de la lengua; es la forma sonora que condiciona y determina el significado, el aspecto formal de la entidad llamada signo. Se sabe que toda forma lingüística está constituida en último análisis por un número restringido de unidades sonoras llamadas fonemas; pero hay que notar bien que el signo no se descompone inmediatamente en fonemas, ni más ni menos que una serie de fonemas no compone de inmediato un signo. El análisis *semiótico*, diferente del análisis fonético, exige que planteemos, antes del nivel de los fonemas, el de la estructura fonemática del significante. Aquí el trabajo consiste en distinguir los fonemas que forman sólo parte, necesariamente, del inventario de la lengua, unidades deslindadas por procedimientos y una técnica apropiados, y aquellos que, simples o combinados, caracterizan la estructura formal del significante y desempeñan una función distintiva en el interior de esta estructura.

He aquí un par de ejemplos, elegidos entre los más sencillos.

En latín, la final de una forma nominal flexionada, cualquiera que sea la clase de flexión, admite no importa cuál de las cinco vocales *a e i o u*, pero dos consonantes nada más: *s* y *m*, muy rara vez *r*, aún más raramente *l*, y es todo; no es admitido

ningún fonema dental o nasal o gutural. He aquí, pues, una selección operada, para constituir signos formales, en el inventario de los fonemas que la lengua posee. De la misma manera, al final de las formas verbales flexionadas son admitidas solamente cuatro vocales de las cinco: *a e i o*; jamás hay *u*; las consonantes son sólo tres, *m s t*, y en una función especial (medio-pasivo), *r*; ninguna de las numerosas otras consonantes es admitida en esta posición. Aquí está un ejemplo de selectividad sometida a la constitución formal del significante latino. En francés podría asimismo darse con cierto número de características que son determinadas siempre por la función de constituir una parte de un significante. Así la vocal [ɛ̃], escrita *in-* (en *invisible*), con una variante mecánica *in-* (en *inédit*), en la inicial de una larga serie de adjetivos; esta vocal está necesariamente ahí porque asume cierta función en cierta clase de signos; esta función es la función de negación.

Hay así una serie de características que pueden ser averiguadas, en cada lengua, por examen atento de la estructura formal de los significantes. Llegamos así a crear en el análisis del significante un plano distinto del de los fonemas, es el de los componentes formales de significantes. Este análisis puede ser llevado más adelante; permitirá establecer grandes inventarios estadísticos, que requerirán como tales un tratamiento lógico y matemático. Cada lengua, en su organización entera, será susceptible de parecidos análisis y se pondrán así en claro esquemas que ilustrarán la estructura propia de cada idioma. Instauramos pues, bajo la consideración semiótica, clases particulares que nombramos semióticas, algo pesadamente si se quiere, a fin de delimitarlas mejor y para especificarlas en su orden propio: semiolexemas, que son los signos léxicos libres; semiocategoremas, que son subsignos clasificadores (prefijos, sufijos, etc.) que vinculan clases enteras de significantes, asegurando con ello grandes unidades, superiores a las unidades individuales, y finalmente semiofonemas, que no son todos los fonemas de la nomenclatura corriente, sino aquellos que, como acabamos de indicar, caracterizan la estructura formal del significante.

Consideremos ahora el significado. El signo se define, decíamos, como la unidad semiótica; es recibido como dotado de significación en la comunidad de aquellos que practican una mis-

ma lengua, y la totalidad de estos signos forma la totalidad de la lengua.

En semiología no tiene que definirse lo que el signo significa. Para que un signo exista es preciso, y basta, que sea recibido y que se vincule de una u otra manera a otros signos. ¿La entidad considerada significa? La respuesta es sí o no. En caso de que sí, se la registra; si no, se la rechaza, y todo queda dicho. ¿Existe “cabello”? Sí. ¿“Camello”? Sí. ¿“Calcello”? No.

De modo que ya no es cosa de definir el sentido, en tanto que participa del orden semiótico. En el plano del significado, el criterio es: ¿significa esto, o no? Significar es tener un sentido, sin más. Y tal sí o no sólo puede ser pronunciado por aquellos que manejan la lengua, por aquellos para quienes esta lengua es *la lengua* a secas. Elevamos pues la noción de uso y de comprensión de la lengua a la altura de un principio de discriminación, de un criterio. Es en el uso de una lengua donde tiene existencia un signo; lo que no entra en la práctica de la lengua no es un signo, y literalmente no existe. No hay estado intermedio; se está dentro de la lengua o fuera de ella, *tertium non datur*. Y que no se objeten los arcaísmos que subsisten en el uso, aunque no sean definibles u oponibles hoy. Basta que la palabra francesa *rez* esté constantemente ligada a *de chaussée* (*rez-de-chaussée*), o *fur* a la expresión *à mesure* (*au fur et à mesure*) para que sean identificadas, dado que no se mantienen sino en grupos constantes, previsibles, y que forman parte integrante de signos únicos.

Enunciemos pues este principio: todo lo que concierne a lo semiótico tiene por criterio necesario y suficiente el que pueda ser identificado en el seno y en el uso de la lengua. Cada signo ingresa en una red de relaciones y de oposiciones con otros signos que lo definen, que lo delimitan en el interior de la lengua. Quien dice “semiótico” dice “intra lingüístico”. Lo propio de cada signo es lo que lo distingue de otros signos. Ser distintivo y ser significativo es lo mismo.

De ello resultan tres consecuencias de principio. Primero, en ningún momento, en semiótica, se ocupa uno de la relación del signo con las cosas denotadas, ni de las relaciones entre la lengua y el mundo. En segundo lugar, el signo tiene siempre y solamente valor genérico y conceptual. No admite, así, significado

particular u ocasional; todo lo que es individual queda excluido; las situaciones de circunstancia han de tenerse por no dadas. Terceramente, las oposiciones semióticas son de tipo binario. La binaridad me parece ser la característica semiológica por excelencia, en la lengua primero, luego en todos los sistemas de comportamiento nacidos en el seno de la vida social y participantes de un análisis semiológico. Por último, hay que entender que los signos se disponen siempre y solamente en la relación llamada paradigmática. De modo que hay que incluir en la semiología, a más de las diversas categorías de signos, los modelos y los esquemas según los cuales se engendran y organizan los signos: los paradigmas, en el sentido tradicional (flexión, derivación, etc.). Aquí, evidentemente, puede plantearse todo género de problemas, algunos con importancia filosófica. Si el inventario semiótico comprende el signo *si* (conjunción de hipótesis), hay que admitir igualmente su función particular que es la función de inducción: “*si... entonces...*” Esta conclusión tendría un interés cierto, el fundamento de la inducción sería lingüístico antes de ser lógico.

La naturaleza semiótica parece ser común a todos los comportamientos que se institucionalizan en la vida social, pues son entidades de dos caras, parecidos al signo lingüístico. Y esta común facultad semiótica compone para cada conjunto un sistema, el cual por lo demás, en la mayoría de los casos, está aún por deslindar.

Todo lo anterior atañe a la estructura o a las relaciones del signo. Pero ¿qué es de la frase? ¿Qué es de la función comunicativa de la lengua? Después de todo, es así como nos comunicamos, por medio de frases, así sean truncadas, embrionarias, incompletas, pero siempre mediante frases. Es éste en nuestro análisis un punto crucial. Contrariamente a la idea de que la frase pudiera constituir un signo en el sentido saussuriano, o que se pudiera por simple adición o extensión del signo pasar a la proposición, y de ahí a los tipos diversos de construcción sintáctica, opinamos que el signo y la frase son dos mundos distintos y que requieren descripciones distintas. Instauramos en la lengua una división fundamental, del todo diferente de la que Saussure intentó entre lengua y habla. Nos parece que hay que trazar a través de la lengua entera una línea que separe dos es-

pecies y dos dominios del sentido y de la forma, por mucho que sean —y he aquí una de las paradojas del lenguaje— los mismos elementos los que residen de una parte y de otra, dotados sin embargo de diferente estatuto. La lengua tiene dos maneras de ser lengua en el sentido y la forma. Acabamos de definir una; la lengua como *semiótica*; hay que justificar la segunda, que llamamos la lengua como *semántica*. Esta condición esencial quedará —lo esperamos— bastante clara para que se nos perdone emplear términos tan cercanos y se nos conceda el derecho de especializar, distinguiéndolos, los términos “semiótica” y “semántica”; no hemos encontrado mejores para definir las dos modalidades fundamentales de la función lingüística, la de significar, para la semiótica, la de comunicar, para la semántica.

La noción de semántica nos introduce en el dominio de la lengua en uso y en acción; vemos esta vez en la lengua su función de mediadora entre el hombre y el hombre, entre el hombre y el mundo, entre la mente y las cosas, transmitiendo la información, comunicando la experiencia, imponiendo la adhesión, suscitando la respuesta, implorando, construyendo —en una palabra, organizando toda la vida de los hombres. Es la lengua como instrumento de la descripción y del razonamiento. Sólo el funcionamiento semántico de la lengua permite la integración de la sociedad y la adecuación al mundo; por consiguiente la regulación del pensamiento y el desenvolvimiento de la consciencia.

Ahora, la expresión semántica por excelencia es la frase. Decimos: la frase en general, sin siquiera distinguir la proposición, para atenernos a lo esencial, la producción del discurso. Ya no se trata, esta vez, del significado del signo, sino de lo que puede llamarse lo intentado, lo que el locutor quiere decir, la actualización lingüística de su pensamiento. De lo semiótico a lo semántico hay un cambio rotundo de perspectiva: todas las nociones que hemos repasado regresan ante nosotros, pero mudadas, y para ingresar en nexos nuevos. Lo semiótico se caracteriza como una propiedad de la lengua, lo semántico resulta de una actividad del locutor que pone en acción la lengua. El signo semiótico existe en sí, funda la realidad de la lengua, pero no trae aplicaciones particulares; la frase, expresión de lo semántico, no es *sino* particular. Con el signo se alcanza la realidad intrínseca de la lengua; con la frase se está vinculado a las

cosas de fuera de la lengua; y en tanto que el signo tiene por parte constituyente el significado que le es inherente, el sentido de la frase implica referencia a la situación del discurso y la actitud del locutor. Dado así el marco general de esta definición, intentemos decir cómo aparecen esta vez las nociones de forma y sentido a la luz semántica.

La primera verificación es que el "sentido" (en la acepción semántica que acabamos de caracterizar) se consume en una forma específica, y por ella: la del sintagma, a diferencia de lo semiótico, que se define por una relación de paradigma. Por un lado la sustitución, por el otro la conexión, tales son las dos operaciones típicas y complementarias.

En segundo lugar, tenemos que determinar el tipo de unidad que conviene a esta estructura formal. Se ha visto que la unidad semiótica es el signo. ¿Qué será la unidad semántica? Sencillamente la palabra. Después de tantos debates y definiciones acerca de la naturaleza de la palabra (ha llegado a llenarse un libro entero), la palabra recuperaría así su función natural, al ser la unidad mínima del mensaje y la unidad necesaria de la codificación del pensamiento.

El sentido de la frase es en efecto la *idea* que expresa; este sentido es realizado formalmente en la lengua por la elección, la disposición de las palabras, por su organización sintáctica, por la acción que ejercen unas sobre otras. Todo está dominado por la condición del sintagma, por el nexo entre los elementos del enunciado destinado a transmitir un sentido dado, en una circunstancia dada. Una frase participa siempre del "aquí-ahora"; determinadas unidades del discurso están en ella unidas para traducir cierta idea que interesa a cierto presente y cierto locutor. Toda forma verbal, sin excepción, en el idioma que sea, está siempre ligada a cierto presente, y así a un conjunto de circunstancias único cada vez, que la lengua enuncia en una morfología específica. Que la idea no halle forma sino en una disposición sintagmática, es una condición previa, inherente al lenguaje. El lingüista se encuentra aquí ante un problema que se le escapa; apenas puede conjeturar que esta condición siempre necesaria refleja una necesidad de nuestra organización cerebral. En los modelos contruidos por la teoría de la informa-

ción reaparece la misma relación entre el mensaje y las unidades probables de la codificación.

Procuremos ahora elucidar el proceso merced al cual se realiza el "sentido" en semántica. Reina al respecto tal confusión o, peor, tal falsa claridad, que hay que ponerse a escoger y delimitar bien los términos del análisis. Planteamos como principio que el sentido de una frase es otra cosa que el sentido de las palabras que la componen. El sentido de una frase es su idea, el sentido de una palabra es su empleo (siempre en la acepción semántica). A partir de la idea cada vez particular, el locutor reúne palabras que en *este* empleo tienen un "sentido" particular. Por añadidura, hay que introducir aquí un término que el análisis semiótico no requería: el de "referente", independiente del sentido, y que es el objeto particular al que la palabra corresponde en lo concreto de la circunstancia o del uso. Aun comprendiendo el sentido individual de las palabras, bien puede, fuera de la circunstancia, no entenderse el sentido que resulta de la reunión de las palabras; es una experiencia corriente que muestra que la noción de referencia es esencial. De la confusión, tan frecuente, entre sentido y referencia, o entre referente y signo, han nacido tantas vanas discusiones sobre lo que se llama el principio de la arbitrariedad del signo. Esta distinción, que se verifica fácilmente en la semántica léxica, ¿debe ser introducida también en la semántica de la frase? Así lo creemos. Si el "sentido" de la frase es la idea que expresa, la "referencia" de la frase es el estado de cosas que la provoca, la situación de discurso o de hecho a la que se refiere y que jamás podemos ni prever ni adivinar. En la mayoría de los casos, la situación es una condición única, cuyo conocimiento no puede ser suplido por nada. De suerte que la frase es cada vez un acontecimiento diferente; no existe más que en el instante en que se la profiere, y se borra en el acto; es un acontecimiento evanescente. No puede, sin contradicción en los términos, implicar empleo; por el contrario, las palabras que están dispuestas en cadena en la frase y cuyo sentido resulta precisamente de la manera como están combinadas, sólo tienen empleos. El sentido de una palabra consistirá en su capacidad de ser integrante de un sintagma particular y de desempeñar una función proposicional. Lo que se llama polisemia no es sino la suma institucio-

nalizada, si es que puede decirse esto, de tales valores contextuales, siempre instantáneos, aptos continuamente para enriquecerse, desaparecer —en una palabra, sin permanencia, sin valor constante.

Todo recalca así el estatuto diferente de la misma entidad léxica, según se la tome como signo o como palabra. De ello resultan dos consecuencias opuestas: por una parte, se dispone a menudo de una variedad bastante grande de expresiones para enunciar, como se dice, “la misma idea”; en lo concreto de cada situación y de cada locutor o interlocutor, hay no sé cuántas maneras posibles de invitar a alguien a que tome asiento, por no hablar del recurso a otro sistema de comunicación, no lingüístico, y no obstante sublingüístico: el simple gesto designando un asiento. Por otra parte, pasando a palabras, la idea debe sufrir el constreñimiento de las leyes de su unión; hay aquí por necesidad una mezcla sutil de libertad en el enunciado de la idea, de constreñimiento en la forma de dicho enunciado, que es la condición de toda actualización del lenguaje. Es en virtud de su coadaptación como las palabras contraen valores que no poseían en sí mismas y que hasta contradicen los que poseen en otras partes. Se ven aliarse conceptos lógicamente opuestos y que aun se refuerzan juntándose. Es esto tan común que ni cuenta nos damos; tal es la alianza entre “haber” y “perder” en “he perdido”, de “ir” y “venir” en “va a venir”, entre “deber” y “recibir” en “debe recibir”. El proceso de la auxiliación en el verbo ilustra bien esta transformación que las condiciones de empleo pueden producir en el sentido mismo de las palabras llamadas a una sintagmación estrecha. Así el “sentido” de la frase está en la totalidad de la idea percibida por una comprensión global; la “forma” es obtenida por la disociación analítica del enunciado empujada hasta las unidades semánticas, las palabras. Más allá, las unidades no pueden ser ya disociadas sin cesar de desempeñar su función. Tal es la articulación semántica.

El sentido que ha de ser portado o, si se quiere, el mensaje, es definido, delimitado, organizado por mediación de las palabras; y el sentido de las palabras, por su parte, es determinado por relación con el contexto de situación. Ahora bien, las palabras, instrumentos de la expresión semántica, son, material-

mente, los "signos" del repertorio semiótico. Pero estos "signos", conceptuales, genéricos, no circunstanciales en sí mismos, deben ser utilizados como "palabras" para nociones siempre particularizadas, específicas, circunstanciales, en las acepciones contingentes del discurso. Esto explica que los signos menos delimitados en el interior del repertorio semiótico de la lengua. "ser", "hacer", "cosa", "eso", tengan, como palabras, la máxima frecuencia de empleo. Además, la conversión del pensamiento en discurso está sujeta a la estructura formal del idioma considerado, es decir, a una organización tipológica que, según la lengua, hace predominar ora lo gramatical, ora lo léxico. El hecho de que, con todo, sea posible, a grandes rasgos, "decir la misma cosa" en una como en otra categoría de idiomas, es la prueba, a la vez, de la independencia relativa del pensamiento y al mismo tiempo de su modelado estricto en la estructura lingüística.

Reflexiónese de cerca en este hecho notable, que nos parece sacar a la luz la articulación teórica que nos empeñamos en deslindar. Puede trasponerse el semantismo de una lengua al de otra, *salva veritate*; es la posibilidad de la traducción; pero no puede trasponerse el semiotismo de una lengua al de otra, es la imposibilidad de la traducción. Tocamos aquí la diferencia entre lo semiótico y lo semántico.

No obstante, también es una verificación esencial el que la traducción no deje de ser posible como proceso global. Este hecho revela la posibilidad que tenemos de elevarnos por encima de la lengua, de abstraernos, de contemplarla, sin dejar de utilizarla en nuestros razonamientos y nuestras observaciones. La facultad metalingüística, a la que los lógicos han atendido más que los lingüistas, es la prueba de la situación trascendente de la mente con respecto a la lengua en su capacidad semántica.

Estos dos sistemas se superponen así en la lengua tal como la utilizamos. En la base reside el sistema semiótico, organización de signos, según el criterio de la significación, cada uno de ellos con una denotación conceptual, e incluyendo en una subunidad el conjunto de sus sustitutos paradigmáticos. Sobre este fundamento semiótico, la lengua-discurso construye una semántica propia, una significación de lo intentado producida por sin-

tagmación de palabras, donde cada una no retiene sino una pequeña parte del valor que tiene en tanto que signo. Es pues necesaria una descripción distinta para cada elemento, según el dominio en el que esté metido, según sea tomado como signo o sea tomado como palabra. Por lo demás, hay que trazar una distinción dentro del dominio semántico entre la multiplicidad indefinida de las frases posibles, a la vez por su diversidad y por la posibilidad que tienen de engendrarse unas a otras, y el número siempre limitado, no sólo de lexemas utilizados como palabras, sino también de los tipos de marcos sintácticos a los cuales recurre por necesidad la lengua. 'Al es el doble sistema constantemente en acción en la lengua y que funciona tan de prisa, y con juego tan sutil, que requiere un largo esfuerzo de análisis y un largo esfuerzo de desprendimiento si se quiere disociar lo que concierne a lo uno y a lo otro. Pero en el fundamento de todo está el poder significante de la lengua, que va muy por delante del de decir alguna cosa.

Al término de esta reflexión volvemos al punto de partida, a la noción de significación. Y he aquí que se reanima en nuestra memoria la palabra límpida y misteriosa del viejo Heráclito, que confería al Señor del oráculo de Delfos el atributo que conferimos nosotros al meollo más profundo del lenguaje: *oute légei, oute krýptei* —“no dice ni oculta”—, *alla semáinei* —“pero significa”

DISCUSIÓN

COCHET. El señor Benveniste ha hecho una distinción entre semiótica y semántica, es decir una clasificación dicotómica. ¿Cómo es posible en esas condiciones situar la *oposición* generalmente reconocida hoy, en filosofía analítica, entre la frase y el enunciado, la frase, en inglés *sentence*, y el enunciado, *statement*? En efecto, se diría que la frase participa a la vez de dos clases *opuestas*: por un lado, se parece a la palabra, en la medida en que es una pura disponibilidad, en que no es necesariamente asertada sino simplemente presentada, sin que exprese una adhesión de quien la pronuncia; como en el caso de la frase

en mención, por oposición a la frase en empleo (*mention* y *use*). Por este lado la frase (*sentence*) tiene una disponibilidad que la hace asemejarse mucho a la palabra y no parece ser cosa de lo semántico sino de lo semiótico. Por otro lado, la frase tiene ya cierto carácter en común con lo que ha llamado usted efectivamente "frase", es decir con un enunciado único, no repetible, ligado al locutor y al marco en que es pronunciado, lo cual se traduce al inglés con el término *statement*. Mi cuestión es pues:

¿Cómo es posible hacer justicia al hecho de que la frase, en el primer sentido, tenga ya rasgos sintácticos, en vista de que no es una simple lista de palabras? ¿y que por otra parte no tenga aún todos los rasgos semánticos, ya que no es todavía un enunciado? La frase está disponible, un tanto a la manera de una palabra sacada de un diccionario y que no está siendo utilizada aún, pero lo está ya menos que una palabra, puesto que no es una simple lista. ¿Tiene ya una unidad sintáctica, pero no tiene todavía un valor semántico bien determinado como el enunciado, el *statement*?

BENVENISTE. Esto cae algo fuera de la distinción que intenté instituir, pero preveía que esta distinción acarrearía más problemas de los que he mencionado. El lenguaje tiene, en su utilización, una diversidad de empleos, de juego, de la que todavía no podemos hacernos una idea.

Hay que distinguir, naturalmente, como lo ha hecho el orador, dos posibilidades en la utilización de una frase, y es el hecho que ha ilustrado con la distinción entre *sentence* y *statement*.

Respondo que, en la dicotomía que propongo, ninguna forma de frase tiene cabida en el dominio de lo semiótico. Todo es del orden semántico a partir del momento en que abandonamos el dominio del signo tal como lo circunscribí. El que habla tiene, cómo no, la posibilidad de avalar o no determinado enunciado que articula, es decir o bien de presentar un enunciado de opinión, situado "aquí-ahora", o bien de proceder por cita. Pero es exactamente la misma situación en que nos encontramos en una circunstancia que no mencioné, a propósito de la palabra, cuando tratamos de la palabra léxica, considerada como

materia lexicológica. El diccionario nos presenta entidades léxicas que tienen una realidad *sui generis*, que no es la realidad del empleo lingüístico. Creo que otro tanto pasa con la frase. La frase, tal como la he comprendido, enunciado de carácter necesariamente semántico, no excluye la posibilidad de producir una frase ya hecha, por ejemplo para ilustrar una regla de sintaxis, y eventualmente de emplearla como tal, sin que pueda ser considerada como un elemento de mi propio discurso, sino precisamente en calidad de elemento referido.

GUEROULT. Me pregunto si esta distinción entre la mención y el enunciado que uno avala no será un poco superficial en la especie. Cuando hago una cita, me borro detrás del interlocutor que es objeto de la cita. Por consiguiente, se está ante una afirmación que alguien avalaba; es otro el que hago que me sustituya. Desde el punto de vista de la situación filosófica, no se ve que ello plantee un problema diferente. Hago una cita, por ejemplo; evidentemente no soy yo quien habla, sino un interlocutor que introduzco en mi lugar y que, él, avala la frase que he citado.

COCHET. Pensaba yo en una frase mencionada en un ejemplo de gramática, que representa lo que un orador *cualquiera podría decir*. No hay entonces elemento asertivo, ni en segundo grado. Era a este género de mención, utilizada a título ilustrativo, a la que yo aludía, para realzar la diferencia entre, por una parte, la frase que está ahí, *disponible*, y, por otro lado, el enunciado asertado por un individuo determinado o atribuido a un individuo *determinado* en una *cita verdadera*. Esa frase que está ahí, disponible, es sin embargo un conjunto estructurado, un *sintagma* y no nada más un elemento de orden paradigmático que ilustra alguna cosa. Es una *frase* ya, pero que no es *asertada* por nadie en *particular* ni es atribuida a nadie en *particular*.

BENVENISTE. Para dejar del todo las cosas en su lugar: voluntariamente di de lado (debí decirlo expresamente) toda noción de frase disponible, existente ya fuera del empleo instantáneo, espontáneo, personal, que puedo hacer en tanto que locutor. Es

decir, prácticamente, un material de enunciados fijados en forma escrita, permanente, no personal.

PERELMAN. El filósofo siempre busca entrar en contacto con especialistas en disciplinas de las que podría aprender algo; tal pasa con la lingüística. Pero siempre hay un peligro en las conversaciones de quienes cultivan disciplinas diferentes: que sus clasificaciones y su visión, que sus problemas difieran a tal punto que acaso generen abundantes malentendidos, mientras cada quien lleva adelante su propia disciplina. Por ejemplo, cuando usted prolonga a De Saussure, el filósofo que escuche piensa, por su parte, en la historia de su propia disciplina, que elaboró progresivamente una distinción entre sintaxis, semántica y pragmática, lo que en conjunto se llama semiótica; las mismas palabras tienen un sentido muy diverso para usted y para él. Si planteo la cuestión es para saber qué considera usted secundario en esta tripartición. En la pragmática interviene no sólo el locutor sino también el *interlocutor*, o sea aquellos a quienes se dirige uno con todos los problemas que ello puede conllevar. Dado que usted se queda en una dicotomía, es preciso que su semántica cargue con ciertos elementos de la semántica y con otros de la pragmática de los lógicos. Me gustaría saber en qué medida sus preocupaciones le permiten dispensarse de esta división.

El señor Gochet ya ha intervenido distinguiendo *statement* de *sentence*, es decir la frase impersonal, de su uso en un contexto determinado; pero una vez que examinamos un caso concreto, no sólo tenemos una situación objetiva, tenemos todo el trasfondo cultural e histórico, tenemos todos aquellos a quienes nos dirigimos, y todo un conjunto de elementos que permiten explicar la acción sobre el interlocutor, gracias al trasfondo por el cual se puede actuar. De ahí que quisiera saber lo que es puesto, por así decirlo, en segundo plano, lo que considera usted secundario, al contentarse con una dicotomía, en lugar de una triple división.

BENVENISTE. Será útil, en efecto, confrontar aquí dos usos terminológicos, pues no son nada más terminológicos e implican precisamente tal o cual concepción de conjunto. Creo necesari-

rio, por lo que a mí toca (y tengo la impresión de no ser un caso único entre los lingüistas), partir de la lengua y procurar llegar a los fenómenos que ella permite entrever. La contribución de los lingüistas a la teoría general del conocimiento está precisamente en la independencia de su itinerario, y en la manera como, por cuenta propia, tratan de elaborar este conjunto que representa la lengua con su complicación siempre creciente, la variedad de sus niveles, etc. . . Es cosa, pues, de saber si la dicotomía que presento es o no conciliable (y si no, por qué) con la triplicidad que instituyen los lógicos. Si no me equivoco, la noción de sintáctica, la noción de semántica, la noción de pragmática, son los tres órdenes de nociones a los que en general se adhieren los lógicos. Estas tres nociones constituyen un conjunto muy distintamente articulado de como la lengua permite concebirlo. Juntas o separadas, pertenecen exclusivamente al dominio que es, en mi terminología, el de lo semántico. En efecto, lo que para el lógico es sintáctico, a saber, el enlace entre los elementos del enunciado, atañe a una consideración que para mí es ambigua, en el sentido de que, por una parte, lo que es sintagmático para el lingüista coincide con lo que se llama sintáctico en lógica, y cae por consiguiente dentro del orden de lo semántico; pero, por otro lado, a los ojos del lingüista este vínculo puede ser gobernado por una necesidad puramente gramatical, que depende por entero de la estructura del idioma, que no es cosa universal, que adopta formas particulares según el tipo de lengua considerado. Hay así no solamente cierta manera de codificar el pensamiento, sino cierta manera de encadenar los elementos del discurso, que es función de lo que puede llamarse una gramática. Ve usted cómo el lingüista y el lógico pueden a la vez coincidir y diferir en la manera de concebir lo "sintáctico". Por lo que toca a la distinción admitida en lógica entre lo pragmático y lo semántico, el lingüista —creo yo— no la encuentra necesaria. Es importante para el lógico distinguir por un lado la relación entre la lengua y las cosas, es el orden semántico; por otro, la relación entre la lengua y aquellos que la lengua implica en su juego, aquellos que se sirven de la lengua, es el orden pragmático. Pero para un lingüista, si puede ser útil recurrir a semejante subdivisión en tal o cual momento del estudio, en principio tal distinción de principio

no es necesaria. A partir del momento en que la lengua es considerada como acción, como realización, supone necesariamente un locutor y supone la situación de este locutor en el mundo. Estas relaciones son dadas juntas en lo que defino como lo semántico.

PERELMAN. La sintaxis comprende más de lo que ha dicho usted, puesto que comprende también todos los signos utilizados en la lengua y no sólo su concatenación y los nexos entre dichos signos. Es a la vez una especie de vocabulario y el conjunto de las reglas de gramática, según la concepción tradicional de la sintaxis. Por otra parte, comprendo a la perfección que la semántica en el sentido del lógico esté en segundo plano en la medida en que el lingüista no se interesa en el problema de la verdad. Se trata evidentemente de un problema filosófico y se aprecia a la perfección que en determinada concepción realista del discurso el problema de la verdad pase al primer plano, lo cual representa una preocupación más bien secundaria para el lingüista.

J.-C. PIQUET. El señor Benveniste ha dicho más o menos esto: "El sentido de la frase es otra cosa que el sentido de las palabras que la componen; el sentido de las frases es dado por la idea, el sentido de las palabras por su empleo en la frase." Ha agregado: "El sentido de la frase equivale a la totalidad de la idea, percibida semánticamente; la forma de la frase, en desquite, es dada por la disociación de esta totalidad en unidades semióticas o por la composición de unidades semióticas independientes." Parece pues que la semiótica y la semántica constituyen dos planos que participan, si no de métodos, sí al menos de ideas epistemológicas o metodológicas distintas. La semántica presupondría un método global de aprehensión del sentido. Opuestamente, el método o la dirección mental que se requiere en la semiótica sería de composición o de descomposición, y así de naturaleza analítica y no global.

Con ello, mi cuestión es la siguiente: ¿cómo se alían estos dos métodos en el interior de la lingüística? ¿Cómo la semiótica y la semántica pueden coexistir metodológicamente, si la una es de tipo analítico, la otra de tipo global no analítico?

¿Cuál debe ser entonces, a fin de cuentas, el método fundamental rector de la lingüística en su conjunto?

BENVENISTE. Es una cuestión que se adelanta mucho; toda respuesta categórica supondría justamente lo que aparté desde el principio: que existiera una doctrina lingüística al respecto. Lo que formulé son puntos de vista personales, son proposiciones que falta discutir, precisar, extender, circunscribir en todos los dominios de la lingüística.

Distingo entre las unidades llamadas signos de la lengua tomados en sí y en tanto que significan, y la frase, donde los mismos elementos están contruidos y dispuestos con vistas a un enunciado particular. Concibo pues dos lingüísticas distintas. En la etapa presente del estudio, es una fase necesaria de la gran reconstrucción que apenas iniciamos y de ese descubrimiento de la lengua que sólo comienza. En la etapa presente hay que elaborar métodos y conjuntos conceptuales distintos, estrictamente apropiados a su objeto. De suerte que me parece muy ventajoso, para aclarar las nociones que nos interesan, que se proceda por lingüísticas diferentes, si deben, separadas, conquistar cada una más rigor, sin que ello obste para ver luego cómo pueden unirse y articularse.

RICOEUR. Mi intervención concernirá a dos puntos: por una parte, consideraré las implicaciones filosóficas de la distinción propuesta por el señor Benveniste; por otra, plantearé una cuestión atinente a su extensión eventual. La distinción de lo semiótico y lo semántico es de considerable fecundidad filosófica; permite reanudar la discusión acerca del problema fundamental de lo *cerrado* del universo lingüístico. La lingüística se conquistó precisamente proclamando dicho cierre, instituyéndolo, por consiguiente separando la constitución interna del sistema de los signos en la lengua de la captación de la realidad por el lenguaje. Y al mismo tiempo la lingüística ha creado una paradoja, a saber, que el signo desaparece en su función esencial, que es la de decir algo. Ahora bien, la doble lingüística del señor Benveniste permite volver al problema por otro lado: su concepto de semántica permite restablecer una serie de mediaciones entre el mundo cerrado de los signos, en una semiótica, y la

captación de lo real por nuestra lengua, en tanto que semántica. Esta distinción de lo semiótico y de lo semántico llega mucho más lejos que la dicotomía saussuriana de la lengua y el habla. El señor Benveniste vuelve a encontrar el problema, ya vislumbrado por Meillet cuando distinguía la immanencia y la trascendencia de la lengua, es decir las relaciones internas a la lengua y su superación hacia alguna cosa otra. La doble lingüística del señor Benveniste permite comprender que el lenguaje se constituye en la clausura del mundo de los signos y no obstante se supera hacia lo que dicen. Al mismo tiempo que el apuntar a la realidad al nivel de la frase, Benveniste permite resolver otro problema, el de la instancia del sujeto a su propio lenguaje por medio del nombre propio, de los pronombres, de los demostrativos, etc. Sería interesante, por lo demás, saber cómo se sitúa el señor Benveniste ante Gustave Guillaume, quien también se propuso "volver al universo" el lenguaje por medio de la morfología del discurso.

Quisiera ahora plantear la cuestión siguiente a Benveniste: en la perspectiva que ha abierto, ¿no habría que prolongar la dualidad de la semiótica y de la semántica hasta en el orden sintagmático? ¿No hay por un lado los sintagmas que son cada instancia de discurso, cada vez circunstanciales y referidos a una situación y a un locutor singular, y por otro lado una "gramática" que permite tratar como una producción autonormada la creación de un número infinito de frases? Esta vez es por el rumbo de Chomsky por donde habría que llevar la comparación y la discusión. No es solamente la palabra la que puede ser abordada desde el punto de vista semiótico y desde el punto de vista semántico, sino asimismo la frase. ¿Aceptaría usted hablar de una semiótica y de una semántica de la frase?

BENVENISTE. No me parece que la frase pueda hallar lugar en lo semiótico. El problema de la frase no se plantea sino en el interior de lo semántico, y es por cierto la región de la lengua a la que concierne la cuestión del señor Ricœur. Verificamos que hay, por una parte, empíricamente, frases y posibilidades de frases indefinidas, por otra, ciertas condiciones que rigen la generación de las frases. Cada lengua posee sin duda alguna deter-

minado número de mecanismos, de esquemas de producción, que pueden formularse, que hasta pueden formalizarse; es a reconocerlos e inventariarlos a lo que se dedica cierta escuela de lingüistas hoy por hoy. Pues bien, veamos, en lo concreto de su labor, las operaciones que practican los teóricos de la gramática generativa: observamos que siempre se sitúan dentro de una sintaxis real para fundar en razón lo que puede ser dicho y lo que no puede ser dicho. Ahí está la distinción fundamental. Se preguntan, por ejemplo: ¿por qué procedimiento se pasa de determinada manera de decir a otra? ¿Por qué procedimiento puede convertirse una frase de tipo activo, transitivo, en una frase pasiva? ¿Por qué procedimiento se transforma una proposición asertiva en una proposición negativa? ¿Cuáles son las leyes que gobiernan esta generación?

Por formales que sean estos procedimientos, expresados con forma axiomática, inclusive matemática, apuntan en definitiva a realizaciones. No dejamos de estar en lo semántico.

Quisiera precisar aquí un punto que quizá no realcé bastante. Lo que participa de la necesidad idiomática, del mecanismo gramatical, es algo distinto, que pertenece a la estructura formal de la lengua y permanece fuera de lo semántico y de lo semiótico, por no ser significación, propiamente hablando.

A LA PREGUNTA DE UN CONGRESISTA ACERCA DE LAS RELACIONES ENTRE LÓGICA Y SEMIÓTICA, BENVENISTE RESPONDE: La necesidad y la justificación que los lógicos se dan a sí mismos a propósito de su empresa es evidentemente la noción de verdad, que condiciona los itinerarios y las divisiones instauradas en el interior de la lógica. Esta condición de conocimiento no es la condición primordial para el lingüista, que analiza lo dado que es la lengua y que intenta reconocer sus leyes.

En cuanto al lugar de lo semiótico, creo que es un orden distinto, que obligará a reorganizar el aparato de las ciencias del hombre. Estamos, en efecto, enteramente al principio de una reflexión sobre una propiedad que no es aún definible de manera total. Es una cualidad inherente del lenguaje, pero que se descubre también en dominios donde no se imaginaba que pudiera manifestarse. Son conocidos los intentos actuales de orga-

nizar en nociones semióticas algunos datos tocantes a la cultura o la sociedad en general. En el lenguaje se unifica esta dualidad del hombre y de la cultura, del hombre y de la sociedad, gracias a la propiedad de significación cuya naturaleza y alcance procuramos deslindar.

VI. LÉXICO Y CULTURA

16. DIFUSIÓN DE UN TÉRMINO DE CULTURA: LATÍN *ORARIUM*¹

El vocabulario de las lenguas antiguas y modernas está lleno de préstamos que se cruzan en todos sentidos. Numerosas de estas palabras han viajado hasta lejos de su fuente, pasando de una lengua a otra mediante rodeos imprevistos, pero es muy raro que llegue a describirse el trayecto entero. En la mayoría de los casos, los etimologistas no se quedan más que con una parte de los datos, los que interesan a su dominio respectivo, cuando que hay que seguir toda la continuidad del proceso y abarcar la extensión entera del campo lingüístico para tener la seguridad de describir exactamente y de comprender el fenómeno de difusión.

Quisiéramos mostrar esto mediante un ejemplo. Luego de hallar la resultante extrema de un préstamo, a fin de aclararlo tuvimos que remontarnos hasta la fuente primera, que es latina. Pero la exposición seguirá orden inverso al de nuestra indagación y partirá del latín para definir las condiciones iniciales y para alcanzar en su consecución histórica las formas sucesivas del préstamo, que se escalonan desde Roma hasta el corazón de Asia.

El texto del Nuevo Testamento presenta cuatro ejemplos de la palabra *σουδάριον* “servilleta, pañuelo” y, bastante naturalmente, la Vulgata la vierte cada vez por *sūdārium* “pañuelo para enjugar el sudor”, ya que *sudarium* es el original del préstamo griego *σουδάριον*. Hay que citar los cuatro pasajes.

Lucas 19, 20: ἡ μινᾶ σου ἣν εἶχον ἀποκειμένην ἐν σουδαρίῳ “tu mina, la cual he tenido guardada en un paño”; Vulg. *mina tua*

¹ *Studia classica et orientalia* Antonio Pagliaro oblata, Istituto di Glottologia della Università di Roma, vol. 1 (1969), pp. 213-218.

quam habui repositam in sudario (arm. *varšamak*;² a. esl. *ubrusŭ*).³

Hechos 19, 12: ὡστε καὶ ἐπὶ τοῖς ἀσθενοῦντας ἀποφέρεισθαι ἀπὸ τοῦ χροῦτός αὐτοῦ σουδάρια ἢ σιμζίνθια "De tal manera que aun se llevaban sobre los enfermos pañuelos o paños que habían tocado su piel (y eran curados)"; Vulg. *ita ut etiam super languidos deferrentur a corpore eius sudaria et semicinctia* (arm. *t'aški-nak* + *kam varšamak*; a. esl. *ubrusŭ*).

Siempre con igual sentido, la palabra es empleada en una circunstancia particular en San Juan, en dos pasajes:

J. 11, 44 (resurrección de Lázaro): ἡ ὄψις αὐτοῦ σουδαρίω περιεδέδετο "su rostro estaba envuelto en un lienzo"; Vulg. *facies illius sudario erat ligata* (arm. *varšamak*; a. esl. *ubrusŭ*).

J. 20, 7 (el sepulcro vacío): τὸ σουδάριον ὃ ἦν ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτοῦ "el lienzo que había estado sobre su cabeza (= de Jesús)"; Vulg. *sudarium quod fuerat super caput eius* (arm. *varšamak*; a. esl. *sudari*).⁵

Estos dos pasajes han desempeñado un papel decisivo en la historia léxica de *sudarium*. Fue a partir de este relato "como *sudarium*, que designaba en general, y también aquí, un lienzo para enjugar el sudor, adoptó, por ser mencionado entre los aderezos funerarios cuando la Resurrección, el sentido específico de "lienzo que envuelve la cabeza de los muertos", de donde viene fr. *suaire*.⁷

Más interesante aún, pero mucho menos aparente, ha sido la

² Sobre arm. *varšamak*, préstamo del iranio, cf. BSL, 53 (1958), p. 70.

³ Con ruso *ubrus* "pañuelo", ruso dial. *obrus* "servilleta de mesa", del prefijo u- y el radical de a. esl. *brŭsnŭti* "borrar, enjugar"; cf. M. Vasmer, *Russ. etym. Wb.*, III, p. 170.

⁴ Sobre *t'aški-nak*, cf. H. Hübschmann, *Arm. Gramm.*, p. 512, y el diccionario de Adjarian, II, p. 1132, tan poco concluyente el uno como el otro. El origen iranio es probable.

⁵ La forma a. eslava *sudari* (ruso *sudar'* como término eclesiástico) viene del griego *σουδάριον* (cf. Vasmer, *op. cit.*, III, p. 39). Esta palabra griega pasó igualmente al siríaco con la forma *sūdārā* (Juan II, 44; 20, 7); cf. S. P. Brock, *Le Muséon*, 80 (1967), pp. 415-6.

⁶ Los relatos paralelos de los otros evangelios tienen términos diferentes: *σινδών*, lat. *sendon* (Marcos 15, 46); *στολή*, lat. *stola* (16, 5); *ἀθόνια*, lat. *lintamina* (Lucas 24, 12).

⁷ Aparte de esto, *sudarium* no sobrevive en romance más que en el dalmata *sudar* "pañuelo" (dimin. *sudaroli*, de *sudarium*), que conserva el sentido primero de la palabra latina. Cf. FEW, XII, p. 395.*

* Pero en español y portugués, antes de la acepción fúnebre: "sudadero para limpiar el sudor" (Acad.) y "pano, com que antigamente se limpava o suor" (*Figueiredo*); y en italiano, sin ella: "pannolino per asciugare il sudore" (Zingarelli). [r.]

situación de *sudarium* en la tradición textual latina. Nos proponemos precisamente poner en claro una particularidad que presenta y las consecuencias que ha tenido.

Para Juan 11, 44, ἡ ὄψις αὐτοῦ σουδαρίῳ περιεδέδετο "su rostro estaba envuelto en un lienzo", la Vulgata da, como vimos, *facies illius sudario erat ligata*, y nada parece más natural que hallar, aquí como en otros lados, el gr. σουδάριον vertido por lat. *sudarium*. Pero, de modo bastante curioso, la más antigua traducción latina, la *Vetus Latina* (Itala) no traía aquí *sudarium* sino una palabra diferente, *orarium*, que la Vulgata eliminó para poner el *sudarium* del texto actual. No se ha prestado atención a esta discordancia, que no deja de ser notable por más de un lado.

Ante todo hay que retener el hecho de que el latín disponía, para la misma noción, de dos términos, *orarium* y *sudarium*. Si los más antiguos traductores, al tener que traducir el σουδάριον de Juan 11, 44, eligieron *orarium*, cuando que *sudarium* parecía imponerse o, en todo caso, se presentaba primero, semejante preferencia debe tener alguna razón. Se explica, creemos, por la situación respectiva de *sudarium* y de *orarium* en el uso. Entre las dos palabras, prácticamente sinónimas, la diferencia es de nivel estilístico. *Sudarium* pertenece a la buena lengua clásica (Catulo, Quintiliano); *orarium* debía de ser más común, si no es que vulgar. La forma misma de *orarium* "lienzo para (enjuagar) la cara", donde el tema de *os* ha remplazado a *sud-*, muestra una creación secundaria de intención expresiva. La palabra no aparece hasta el siglo iv, en la *Historia augusta*, donde designa los lienzos que los espectadores agitaban en el teatro para manifestar su contento: *ipsumque primum donasse oraria populo romano quibus uteretur populus ad favorem*,⁸ cf. en Eusebio: κατασείειν ταῖς ὀθονίαις ἐν τοῖς θεάτροις.⁹ Se cita en seguida, a principios del siglo v, en San Agustín: *Tunc, sicut potuit, oculum lapsum atque pendentem, loco suo revocatum, ligavit orario*.¹⁰ Prudencio, exaltando a dos mártires, recuerda el milagro que acompañó a su muerte: se vio ascender al cielo dos objetos, el anillo de uno, el pañuelo del otro: *illius fidem*

⁸ Vopisco, Aurelianus, cap. XLVIII.

⁹ Hist. eccl. VII, cit. por Leclercq. Dict. d'arch. chrét., XII, 2, p. 2322.

¹⁰ Civ. Dei, xxii, 8.

figurans nube fertur anulus, hic sui dat pignus oris, ut ferunt, orarium,¹¹ con figura etimológica, *orarium sui oris*. Otros ejemplos de la latinidad cristiana, más recientes, son citados por Rönsch.¹²

Puede verse, pues, en la elección de *orarium* por los primeros traductores de los evangelios para el *σουδάριον* de Juan 11, 44, un reflejo del uso común, y en el *sudarium* que pone en su lugar la Vulgata un empeño de bien decir. Es un hecho del mismo orden que el remplazamiento de *lauacrum*, que era el primer término latino para "bautismo", por *baptisma* (-mus).

Pero la aparición de *orarium* en la Itala no interesa sólo a la historia del vocabulario latino. Ha tenido, afuera, consecuencias que aún no han sido advertidas.

La versión gótica de los evangelios nos queda por lo que toca a dos pasajes, antes citados, donde el gr. *σουδάριον* y lat. *sudarium* se corresponden. Es interesante ver cómo traduce Úlfila.

El primer ejemplo es Lucas 19, 20: "(tu mina que he guardado envuelta) ἐν σουδαρίῳ, in sudario", en gótico: (*sa skatts þeins þanei habaida galagidana*) in fanin. Esta palabra gótica, *fana*, vierte en otros lados (Mat. 9, 16; Mc. 2, 21) el gr. *ῥάκος*, lat. *pannus* "pieza de tejido (para reparar un vestido)". De modo que el traductor ha tomado aquí *sudarium* no en su sentido propio, sino en su acepción contextual de "pieza de tela, paño (para envolver un objeto cualquiera)".

El segundo ejemplo gótico es, casualmente, Juan 11, 44, "su rostro estaba envuelto en un lienzo (σουδαρίῳ)", el pasaje mismo donde la Itala da *orarium* y la Vulgata *sudarium*. Es traducido: *wlits is auralja bibundans*. El término gótico no es ya *fana* sino *aurali* que, como ha sido reconocido desde hace mucho, procede del latín *orarium*.¹³ Se aprecia pues un acuerdo notable entre la versión gótica y la de la Itala. No puede ser azar

¹¹ Prudencio, *Peristeph.* I, vv. 85-6.

¹² He aquí, íntegra, la noticia de H. Rönsch, *Itala und Vulgata*, 1875, pp. 318-9: *orarium* = *sudarium, linteam*, Jo. 11, 44: et facies eius orario [*σουδαρίῳ*] *conligata erat*, Brix. Rehd. Ambros., Corb. (ligata). — Aug. Civ. xxii. 8: *oculum lapsum... ligavit orario*. — Ambros. d. Obit. *fratr.*: *divinum illud fidelium sacra mentum ligari fecit in orario et orarium involvit collo*. — Paulin. vit. Ambros.: *factabat etiam turba... oraria vel semicinctia sua*. — Prud. perist. I: *hic sui dat pignus oris, ut ferunt orarium*. — Act. Jul. mart. c. 2 ap. Ruinart: *accepit orarium et ligavit oculos suos*. — Act. Marcan. et Nicandr. c. 3 ib: *orariis oculis martyrum circumdatis*. — Treb. Poll. Claud. 17. Vopise. Aurel. 48.

¹³ Cf. S. Feist, *Vergl. Wb. der got. Spr.*, p. 68a.

el que, en el lugar mismo donde ésta presenta *orarium*, el gótico diga *aurali* por gr. *σοδάριον*. El traductor gótico ha debido utilizar, al lado del griego, un texto latino antiguo tal como el *Brixianus*, que trae en efecto *orarium*.¹⁴

Fue preciso que la forma latina *ōrārium* se volviese **orārium* para dar el gótico *aurali*.¹⁵ El préstamo del latín fue tomado —lo cual confirma su carácter popular— por varios dialectos germánicos independientemente; de ahí que las formas difieran del gótico por la flexión: a.a.a. *orul*, *orel*; a. ingl. *orel*, *orl*, de donde a. noruego *url(an)* “velo para el rostro”.¹⁶ Debía de ser una palabra difundida por las provincias romanas, y que diversos pueblos germánicos adoptaron en fechas diferentes.

El destino de *orarium* habría quedado en esto, sin duda, y la palabra no habría alcanzado otra notoriedad, de no ser porque una circunstancia imprevista le abrió nuevas vicisitudes. A partir del siglo vi se denominó *orarium*, en la liturgia cristiana, a la pieza de paño que el diácono llevaba sobre el hombro izquierdo¹⁷ y que más tarde, hacia los siglos xi-xii, se llamaría *stola* “estola”.¹⁸ Del lenguaje común, entonces, pasó *orarium* al vocabulario eclesiástico. Con el sentido de “estola” era un término nuevo, y a tal título se difundió ampliamente fuera del latín, hacia el este de Europa, y de ahí a las lenguas del cristianismo oriental. No estará de más reunir los testimonios.

La etapa decisiva fue la adopción de *orarium* en griego, con la forma *ὠράριον* “estola”. Fue a partir del griego como se realizó el proceso de difusión. La palabra fue adoptada por a. esl. *urarij* “ὠράριον” en el Eucólogo sinaítico 38 b,¹⁹ de donde a. ruso *urari*, *orari*, ruso *orar* “banda estrecha sobre el hombro izquierdo de la vestimenta del diácono”.²⁰ Del griego procede asimismo

¹⁴ Acerca de la importancia del *Brixianus* para la traducción gótica, cf. W. Streitberg, *Die gotische Bibel*, pp. XLIII.

¹⁵ M. H. Jellinek, *Gesch. der got. Sprache*, 1926, pp. 183, 185.

¹⁶ E. Schwarz, *Goten, Nordgermanen, Angelsachsen*, 1951, pp. 41-42.

¹⁷ Acerca del conjunto del problema del *orarium* litúrgico, sigue siendo de provecho leer el estudio de Hefele, *Beiträge zur Kirchengeschichte*, II, 1864, pp. 186ss. Una forma más reciente de *orarium* es *orale* (cf. Du Cange), que dio a. fr. *orel*, sinónimo de *orier* “estola” < *orarium* (cf. FEW, VII, pp. 384-5).

¹⁸ En una homilía de San Juan Crisóstomo (cf. Hefele, op. cit., II, pp. 186ss), los diáconos son comparados con ángeles, y los leves paños de su hombro izquierdo (*λεπταὶ ὀθόνας ἐπὶ τῶν ἀριστερῶν ὤμων*) con las alas de los ángeles.

¹⁹ “Se advertirá la representación de *ω* inacentuada por esl. *u*” (Meillet, *Ét. sur l'étym. et le vocab. du v. slave*, p. 187).

²⁰ Cf. M. Vasmer, *Russ. etym. Wb.*, II, p. 274.

el armenio *orar*, *urar* “estola”²¹ en los escritores eclesiásticos, así como el georgiano *olari*, definido como una “larga banda de paño sembrada de cruces que el sacerdote oficiante se pone sobre el hombro izquierdo”.²² Reaparece en siríaco como *'ōrārā*,²³ y el siríaco *'ōrārā* proporciona a su vez el original de la palabra sogdiana cristiana *wrr'* que hemos identificado²⁴ en un fragmento de un escrito acerca del simbolismo de los accesorios del culto.²⁵ He aquí la traducción del pasaje sogdiano: “Los dos diáconos junto al altar son a imagen de esos ángeles que son visibles a los pies y la cabeza de Nuestro Señor. La estola (*wrr'*) sobre su hombro izquierdo (*pr wyšnty s'ptw fyq*) es para que muestren que son servidores (*frm'n ptywšyt*)”.²⁶

Así *orarium*, “pañó para el rostro, pañuelo”, vuelto término de liturgia con el sentido de “estola”, ha ido a parar hasta el Asia Central²⁷ gracias a los misioneros de lengua siríaca, en tanto que desaparecía del latín mismo. Desde la Vulgata *orarium* ha sido reemplazado en su sentido propio por *sudarium*, y más tarde, en su sentido litúrgico, por *stola*. Sólo los préstamos extranjeros conservan testimonio de su existencia.

²¹ H. Hübschmann, *Arm. Gramm.*, p. 369, n. 303a.

²² En el diccionario de Chubinov, p. 391.

²³ Ejemplos en Payne Smith, *Thesaurus*, I, p. 100. La palabra no es citada sino incidentalmente en A. Schall, *Stud. über griech. Fremdwörter im Syrischen*, 1960, p. 176 fin, 244 fin.

²⁴ *BSL*, 53 (1958), fasc. 1, p. 70.

²⁵ Ed. Hansen, *Berliner sogdische Texte*, II, 1955, pp. 903ss., ll. 5, 27, 28.

²⁶ Fragmento citado en II, 25ss. Para el simbolismo de la estola, compárese un texto de Inocencio III (citado por Hefele, *op. cit.*, II, p. 194): “Stola quae super amictum collo sacerdotis incumbit, oboedientiam et servititem significat quam Dominus omnium propter salutem servorum subivit.”

Hemos presentado un panorama del vocabulario cristiano en sogdiano y en turco antiguo en la compilación intitulada *L'Oriente cristiano nella storia della civiltà*. Accad. dei Lincei, Roma, 1964, pp. 85-91.

17. GÉNESIS DEL TÉRMINO SCIENTIFIQUE¹

La constitución de una terminología propia marca en toda ciencia el advenimiento o el desenvolvimiento de una conceptualización nueva, y con ello señala un momento decisivo de su historia. Hasta podría decirse que la historia propia de una ciencia se resume en la de los términos que le son propios. Una ciencia no comienza a existir ni puede imponerse más que en la medida en que hace existir o impone sus conceptos en su denominación. No tiene otro modo de establecer su legitimidad sino especificar, denominándolo, su objeto, que puede ser un *orden* de fenómenos, un *dominio* nuevo o un modo nuevo de *relación* entre ciertos datos. El instrumental de la mente consiste primero en un inventario de términos que enumeran, configuran o analizan la realidad. Denominar, es decir crear un concepto, es la operación a la vez primera y última de una ciencia.

Consideramos así la aparición o la transformación de los términos esenciales de una ciencia como acontecimientos principales de su evolución. Todos los trayectos del pensamiento están jalonados por estos términos que indican progresos decisivos y que, incorporados a la ciencia, suscitan a su vez nuevos conceptos. Es que, siendo por naturaleza invenciones, estimulan la inventiva. Con todo, la historia de la ciencia todavía no pone estas creaciones en el lugar que merecen: pasan por no interesar sino a los lexicógrafos.

Pero hay que distinguir. Nombres de materias, de cuerpos nuevos —aparecen sin cesar en química—, tienen un interés de nomenclatura, pero restringido a la especialidad y, por lo demás, como a menudo son inventados en el instante o por asociación arbitraria, representan el extremo de la particularidad. Los términos instructivos son los que se vinculan a un concepto nuevo designado a partir de una noción teórica (“civilización”, “evolución”, “transformismo”, “información”, etc.), pero tam-

¹ *L'Age de la Science*, Aix, II (1969), núm. 1, pp. 3-7.

bién aquellos que, derivados de una noción anterior, le agregan una determinación nueva.

Con el fin de estudiarlo aquí, proponemos un ejemplo típico, el de un adjetivo tan usual que nadie le busca comienzo, y tan necesario que ni se imagina uno que tuvo que comenzar; el adjetivo *scientifique*. Parece dado con la noción misma de *science*, de la que instintivamente se le creería contemporáneo e inmediatamente derivado. Pero las apariencias nos engañan tanto acerca de la relación con el término básico como sobre el concepto que introduce.

Entre *science* y *scientifique* la relación de derivación formal no es ni clara ni usual. Los adjetivos extraídos de términos notables en las grandes provincias de la ciencia acaban generalmente en *-ique* (tipo *sphère* : *sphérique*; *atome* : *atomique*) o, por vía culta, en *-al* (*espace* : *spatial*; *genre* : *général*). Nada impedía la creación de un adjetivo como **scientique* o **sciential*; incluso hubiera sido la forma más natural, la que se presentaba de buenas a primeras. A la generalidad del concepto de *science* hubiera respondido un derivado de clase muy general. Así han procedido por su cuenta las lenguas modernas que, fuera de la tradición latina, tuvieron que crear semejante adjetivo. De *Wissenschaft* "ciencia", el alemán sacó *wissenschaftlich*, de *nauka* "ciencia" el ruso hizo *naučnyj*. En los dos casos el adjetivo aplica una forma sufijal, *-lich* en alemán, *-nyj* en ruso, de función muy amplia y así de débil especificidad.

Del todo opuesta es la relación entre *scientifique* y *science*. Este tipo de adjetivo derivado en *-fique* sobre la base de un sustantivo abstracto no tiene otro representante en francés más que precisamente *scientifique*, y éste ocupa una situación singular con respecto a la formación de que participa. Si se exceptúa cierto número de formas vueltas inanalizables (*prolififique*), los derivados en *-fique* no son nunca simples adjetivos de relación, como lo es *scientifique* ante *science*. Muestran una función "factitiva" muy pronunciada: *calorifique*, *frigorifique*, *soforifique* "que produce calor, frío, sueño", *pacifique* "que trae la paz", *honorifique* "que procura honor". Repuesto a esta serie a la que ciertamente pertenece, *scientifique* significará propiamente no "de ciencia" sino "que hace ciencia". Es lo que observa con razón Lalande:

Scientifique. Propiamente, que sirve para construir la ciencia. De ordinario y más ampliamente: que concierne a la ciencia o que pertenece a la ciencia.²

Pero no se ofrece ninguna interpretación de este sentido propio, y no se ve por qué *science* —y sólo *science*— habría recibido como adjetivo un derivado en *-fique* que significa "que hace (ciencia)", más bien que un simple adjetivo de relación fácil de formar con uno de los sufijos usuales.

Ya Littré había presentido este problema cuando, indicando la etimología de *scientifique* por "lat. *scientia*, *science*, et *facere*, 'faire'", observaba:

Esta palabra que parece haber sido creada en el siglo xiv significa: que hace ciencia, y es también el sentido que tiene en Oresme.³ Pero con el sentido que le damos, estaría mejor con final en *al* o *aire*: *sciential* o *scientiaire*.⁴

¿De dónde viene entonces que la lengua haya hecho esa elección singular, dejando el camino que se le ofrecía de una derivación normal, la que indica Littré?

Estamos ante un caso particular, que parece salir de la norma y del que no hay causa general que dé razón. Hay pues que examinar las condiciones de hecho que han producido este adjetivo. Contrariamente a lo que creía Littré, *scientifique* no se formó en francés. Como todos los adjetivos en *-fique*, viene del latín, donde la clase de los compuestos en *-ficus* "que hace", bien establecida desde la lengua clásica (*beneficus* "bienhechor", *honorificus* "que hace honor"), se mantuvo productiva hasta baja época.⁵

De hecho, *scientificus* data del período tardío del latín.⁶ Aparece por primera vez en el siglo vi de nuestra era. Es ya un

² Lalande, *Vocabulaire de philosophie*, s.v. *scientifique*.

³ Citas del siglo xiv en Littré: "De ces parties une est scientifique ou spéculative, l'autre est ratiocinative ou pratique, Oresme, *Eth.* 171. Et pour ce aussi que la proposition singulière laquele est le derrenier terme en ceste pratique, n'est pas universelle ne scientifique c'est-à-dire que de elle n'est pas science, Id. 199."

⁴ Littré, *Dictionnaire*, art. *scientifique*, fin.

⁵ Acerca de estos compuestos, cf. F. Bader, *La formation des composés nominaux du latin* (*Ann. littéraires de l'Univ. de Besançon*, vol. 46), Paris, 1962, pp. 207-221.

⁶ En la obra antes citada de F. Bader, *scientificus* figura al final del párrafo 250, entre los adjetivos en *-ficus* que indican sencillamente "que se refiere a...". Mostramos aquí que no es éste el sentido original.

hecho digno de observación que semejante intervalo separe *scientia*, usual entre los mejores autores clásicos, de *scientificus*, nacido siete siglos después. Se diría que la noción denominada *scientia* hubiera permanecido inerte largo tiempo, mal definida, fluctuante, representando según los casos un "saber", un "conocimiento", un "arte", una "técnica", hasta alcanzar mucho más tarde la etapa de "ciencia". Y la creación de *scientificus* en el siglo vi parece confirmar la emergencia del concepto de "ciencia" en esta época. Pero ¿a qué necesidad obedece la forma propia del adjetivo? Hay que remitirse aquí al autor que creó *scientificus*, Boecio.

Es a Boecio a quien se debe la invención de este término, que se tornaría la calificación necesaria de toda "ciencia". No obstante, no fue un neologismo que baste con registrar,⁷ y se simplifican las cosas estableciendo una relación lineal, del latín *scientificus* al francés *scientifique*: por una parte, *scientificus* en Boecio no significa "científico" en el sentido que nosotros entendemos; por otra, *scientificus* no es el único derivado de *scientia* forjado por Boecio. Creó también el adjetivo *scientialis*. Es pues una doble relación lo que hay que elucidar, la de *scientificus* a *scientia*, y la de *scientificus* a *scientialis*, tomando una y otra en su fuente misma.

Boecio no produjo *scientificus* en sus escritos originales a seguidas de una reflexión personal acerca de la ciencia; forjó la palabra para los fines de su traducción de Aristóteles. En tal faena tuvo que inventar muchos equivalentes latinos de un vocabulario técnico que Aristóteles, por su parte, inventó en gran medida en griego. El adjetivo "científico" aparece varias veces en la versión de los *Segundos analíticos*, en particular en este pasaje decisivo (I, cap. 2, 71 b 18): *

⁷ Los diccionarios etimológicos del francés (Bloch-Wartburg, Dauzat) remiten *scientificus* a Boecio, sí, pero sin mayor precisión, ni más ni menos que los diccionarios latinos.

P. Zumthór, en Wartburg, *Französisches etymologisches Wörterbuch*, XI, 1961, pp. 309b y 310b, informa útilmente de la evolución del sentido de *scientifique* en francés, lo cual nos ahora insistir, pero no dice nada acerca de la formación de lat. *scientificus*. Battisti-Alessio, *Dizionario etimologico italiano*, V, 1966, p. 3398, s.v. *scientifico*, indican solamente: "lat. tardo (Boezio) *scientificus* da *sciens-entis* (*scire*) sul modello di *beneficus* *maleficus* *munificus* ecc." Menos explícito aún Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, I (1954), p. 791b: "científico... del lat. tardío *scientificus*".

* Para este texto aristotélico utilizamos la edición de W. D. Ross y L. Minio-Pal-

ἀποδείξιν δὲ λέγω συλλογισμόν ἐπιστημονικόν. ἐπιστημονικόν δὲ λέγω. . . καθ' ὃν τῷ ἔχειν αὐτὸν ἐπιστάμεθα'. . . συλλογισμὸς μὲν γὰρ ἔσται καὶ ἄνευ τούτων, ἀπόδειξις δ' οὐκ ἔσται, οὐ γὰρ ποιήσει ἐπιστήμην.

Por *demonstración* entiendo el silogismo científico, y llamo *científico* a un silogismo cuya posesión misma constituye para nosotros una ciencia. . . Un silogismo puede de fijo existir sin estas condiciones, pero no será una demostración, pues no será productivo de ciencia.⁹

Boecio traduce:¹⁰

Demonstrationem autem dico syllogismum epistemonicon id est facientem scire, sed epistemonicon dico secundum quem (in habendo ipsum) scimus. . . et sine his demonstratio autem non erit, non enim faciet scientiam.

Toda la articulación del razonamiento y la elección de los términos latinos se elucidan juntos en la versión de Boecio. Vierte la expresión en acusativo συλλογισμόν ἐπιστημονικόν transcribiéndola por *syllogismum epistemonicon*, pero añade la glosa: *it est facientem scire* "(silogismo epistemónico), es decir que hace saber", utilizando por adelantado la definición que Aristóteles da líneas abajo: el silogismo será una demostración porque "producirá la ciencia", ποιήσει ἐπιστήμην, *faciet scientiam*. Aquí tenemos, en esta cualidad de "producir la ciencia, *scientiam facere*", el criterio y la fórmula misma que hacen reconocer una demostración *scienti-fique*. Y un poco más lejos, cuando Aristóteles se ocupe de las ἐπιστημονικαὶ ἀποδείξεις (75 a 30), Boecio dirá con toda naturalidad *scientificae demonstrationes*.¹¹ La equivalencia ha sido encontrada y el término queda fijado.

Citemos ahora de los *Tópicos*:

luelo (Oxford, 1964), donde la introducción (p. vi) informa sobre la historia de la traducción latina de los *Segundos analíticos* y da (p. xs) las referencias al *Aristoteles Latinus*.

⁹ De la traducción francesa de J. Tricot, *Organon IV, Les Secondes Analytiques*, ed. de 1966, p. 8.

¹⁰ Boecio, *Posteriorum Analyticorum Aristotelis Interpretatio* 1, cap. 2, ed. de Migne, *Patrologie grecque*, t. 64, p. 714.

¹¹ *Ibid.*, p. 720.

‘Απλῶς μὲν οὖν βέλτιον τὸ διὰ τῶν προτέρων τὰ ὕστερα πειρᾶσθαι γνωρίζειν ἐπιστημονικότερον γὰρ τὸ τοιοῦτόν ἐστι (141 b 16).

En el sentido absoluto es pues preferible esforzarse por hacer conocer las cosas posteriores por las cosas anteriores, pues tal procedimiento es más productivo de saber.¹²

En Boecio:

Simpliciter igitur melius per priora posteriora tentare cognoscere, nam magis *scientificum* tale est.¹³

En el mismo tratado, οἱ ἐπιστημονικοὶ συλλογισμοὶ (155 b 15) es traducido *scientifici syllogismi*.¹⁴

Resulta pues que Boecio forjó *scientificus* para traducir el término aristotélico ἐπιστημονικός, y que emplea siempre este adjetivo *scientificus* en la plenitud del sentido etimológico: “que *produce* el saber”. Los contextos de los pasajes citados no dejan duda sobre este valor, único que puede explicar la formación del neologismo.

Tanto más interesante es descubrir que Boecio da una traducción diferente del mismo término aristotélico ἐπιστημονικός en un pasaje de los *Segundos analíticos* (77 a 38) donde ἐρώτημα ἐπιστημονικόν es traducido por *interrogatio scientialis*. He aquí otra creación de Boecio. Juzgó necesario introducir aquí un derivado distinto y nuevo, *scientialis*; es que aquí, en efecto, entiende Aristóteles por ἐρώτημα ἐπιστημονικόν una interrogación *acerca de la ciencia*, como lo muestra la continuación (ἐρώτημα γεωμετρικόν, ἰατρικόν “interrogación sobre la geometría, sobre la medicina”), y no “que *crea* la ciencia”. De manera que Boecio ha distinguido dos acepciones de ἐπιστημονικός: 1] “propio de la ciencia”, que traduce *scientialis*, y 2] “que produce ciencia”, que vierte por *scientificus*. El término griego ἐπιστημονικός era, por su parte, un neologismo creado por Aristóteles sobre el tema de ἐπιστήμων “que posee el conocimiento científico” (cf. *Segundos analíticos*) (74 b 28) para que sirviera de adjetivo a ἐπισ-

¹² De la trad. francesa de Tricot, *Organon V, Les Topiques*, ed. de 1950, p. 236.

¹³ Boecio, *loc. cit.*, p. 973.

¹⁴ Boecio, *loc. cit.*, p. 993.

τήμη.¹⁵ Ocasiona en Boecio una doble definición; cada una exige un término distinto y nuevo. Pero *scientialis*¹⁶ no ha sobrevivido. Solamente *scientificus* se ha generalizado, sea por razones doctrinales, sea a causa de su mayor expresividad y, pasado a las lenguas modernas del Occidente, se ha convertido en un útil conceptual inseparable de la noción de ciencia y de la ciencia misma.

¹⁵ En lo tocante a la formación, compárese con los adjetivos ἡγεμονικός, γνωμονικός, μνημονικός.

¹⁶ Hubiera dado al francés el adjetivo *sciential* que Littré, con atinado sentido de la derivación, estimaba más apropiado que *scientific* para el uso moderno.

18. LA BLASFEMIA Y LA EUFEMIA ¹

Blasfemia y eufemia: adelantamos estos neologismos ² para asociar en la unidad de su manifestación dos conceptos que no se acostumbra estudiar juntos, y para establecerlos como actividades simétricas. Vemos en la blasfemia y la eufemia las dos fuerzas opuestas cuya acción conjunta produce el *reniego* [“blasfemia contra Dios, la Virgen o los santos”: Acad.; fr. *juron*].

Consideramos aquí el reniego como la expresión blasfémica por excelencia, enteramente distinta de la blasfemia [*blasphème*] como aserto difamante con respecto a la religión o la divinidad (así la “blasfemia” [*blasphème*] de Jesús proclamándose hijo de Dios, Marcos 14, 64).³ El reniego pertenece por cierto al lenguaje, pero constituye por sí solo una clase de expresiones típicas con la que el lingüista no sabe qué hacer y que en general remite al léxico o a la fraseología. Con ello sólo se conservan del reniego los aspectos pintorescos, anecdóticos, sin fijarse en la motivación profunda ni en las formas específicas de la expresión.

En las lenguas occidentales, el léxico del reniego o, si se prefiere, el repertorio de las locuciones blasfémicas, tiene su origen y su unidad en una característica singular: procede de la necesidad de violar la interdicción bíblica de pronunciar el nombre de Dios. La blasfemia es, de punta a cabo, un proceso de palabra; consiste, en cierto modo, en remplazar el nombre de Dios por su ultraje.

¹ *Archivio di Filosofia* (“L’analyse du langage théologique. Le nom de Dieu”, Actes du colloque organisé par le Centre international d’Études humanistes et par l’Institut d’Études philosophiques de Rome, Roma, 5-11 de enero de 1966), diretto da Enrico Castelli, Roma, 1969, pp. 71-73.

² En español no son neologismos; la segunda palabra existe al menos como nombre propio. En francés sí: *blasphémie*, *euphémie*. La “blasfemia” de siempre en español es en francés *blasphème*. En este capítulo “blasfemia” traduce *blasphémie*, neologismo francés, salvo indicación en contra. Con el distingo que establece el autor a continuación, los sentidos quedan claros. [r.]

³ Al parecer, los diccionarios no suelen atender a esta distinción: “blasfemia: palabra injuriosa contra Dios, la Virgen y los santos” (Acad.); “*blasphème*: parole qui outrage la Divinité, la religion” (Robert). [r.]

Hay que prestar atención a la naturaleza de esta interdicción que cae no sobre el “decir alguna cosa”, que sería una opinión, sino sobre el “pronunciar un nombre”, que es pura articulación vocal. Es propiamente el tabú lingüístico: cierta palabra o nombre no debe pasar por la boca. Simplemente se retira del registro de la lengua, se borra del uso, no debe existir más. Sin embargo, y es condición paradójica del tabú, este nombre debe al mismo tiempo continuar existiendo como prohibido. Es así, como existente-prohibido, como hay que plantear igualmente el nombre divino, pero además la prohibición va acompañada de las más severas sanciones, y es acogida por pueblos que desconocen la práctica del tabú aplicado al nombre de los difuntos. Esto subraya aún más intensamente el carácter singular de esta interdicción del nombre divino.

Para comprenderla, y así para ver mejor los resortes de la blasfemia, hay que remitirse al análisis que Freud dio del tabú. “El tabú —dice— es una prohibición muy antigua, impuesta desde afuera (por una autoridad) y dirigida contra los deseos más intensos del hombre. La tendencia a trasgredirla persiste en su inconsciente; los hombres que obedecen el tabú son ambivalentes con respecto al tabú.” Parecidamente, la interdicción del nombre de Dios refrena uno de los deseos más intensos del hombre: el de profanar lo sagrado. Por sí mismo, lo sagrado inspira conductas ambivalentes, como se sabe. La tradición religiosa no ha querido quedarse más que con lo sagrado divino y ha excluido lo sagrado maldito. La blasfemia, a su manera, quiere restablecer esta totalidad profanando el nombre mismo de Dios. Se blasfema el *nombre* de Dios, pues todo lo que se posee de Dios es su *nombre*. Sólo por ahí se puede alcanzarlo, para conmovirlo o para herirlo: pronunciando su nombre.

Fuera del culto, la sociedad exige que el nombre de Dios sea invocado en una circunstancia solemne, que es el juramento. Pues el juramento es un *sacramentum*, un llamado al dios, testigo supremo de verdad, y una devoción al castigo divino en caso de mentira o de perjurio. Es el más grave compromiso que pueda contraer el hombre y el más grave quebrantamiento que pueda cometer, pues el perjurio no atañe a la justicia de los hombres sino a la sanción divina. De modo que el nombre del dios debe figurar en la fórmula del juramento.

En la blasfemia también debe aparecer el nombre de Dios, pues la blasfemia, como el juramento, toma a Dios por testigo. El reniego es un juramento, sí, pero un juramento de ultraje. Lo que lo caracteriza propiamente concierne a cierto número de condiciones que tenemos que deslindar sucesivamente.

La principal consiste en la forma misma de la expresión blasfémica. Abordamos aquí el dominio de la expresión emocional, tan poco explorado todavía, que tiene sus reglas, su sintaxis, su elocución. La blasfemia se manifiesta como *exclamación*, tiene la sintaxis de las interjecciones, de las cuales constituye la variedad más típica; no utiliza sino formas significantes, a diferencia de las interjecciones-onomatopeyas, que son gritos (“¡oh! ¡ay! ¡eh!”), y se manifiesta en circunstancias específicas.

Hay que devolver su fuerza plena al término “exclamación” cuando se estudia el fenómeno lingüístico de la blasfemia. El *Dictionnaire général* define así la exclamación: “grito, palabras bruscas que se dejan escapar para expresar un sentimiento vivo y súbito”. El reniego es en efecto una palabra que se “deja escapar” bajo la presión de un sentimiento brusco y violento, impaciencia, furor, percance. Pero esta palabra no es comunicativa, sólo es expresiva, por mucho que tenga un sentido. La fórmula pronunciada en blasfemia no se refiere a ninguna situación objetiva en particular; el mismo reniego es proferido en circunstancias bien diferentes. No expresa más que la intensidad de una reacción a esas circunstancias. Tampoco se refiere a aquel con quien se habla, ni a una tercera persona. No transmite ningún mensaje, no abre diálogo, no suscita respuesta; ni siquiera es necesaria la presencia de un interlocutor. Tampoco describe a quien lo emite. Éste más se traiciona que se revela. Se le ha escapado el reniego, fue una *descarga emotiva*. Con todo, esta descarga se realiza en fórmulas fijas, inteligibles y descriptibles.

La forma básica es la exclamación “¡nombre de Dios!”, es decir la expresión misma de la interdicción, y se refuerza con el epíteto que subrayará la trasgresión: “¡santo nombre de Dios!”⁴ Adjuración inversa donde Dios puede ser remplazado por una

⁴ *Sacré nom de Dieu* es en francés mucho más “fuerte” que “santo nombre de Dios” en español. [r.]

de sus paredras, "Madona, Virgen", etc. Es el "feo juramento" que mencionan los cronistas de la Edad Media. Se acentúa la intención ultrajante adhiriendo al nombre divino una invectiva, sustituyendo el "nombre" por el "cuerpo"⁵ o tal o cual de sus órganos, o por su "muerte", redoblando la expresión (tipo: "bon Dieu de bon Dieu!"). Cada una de estas variedades genera numerosas variantes y permite invenciones insultantes o burlescas, pero siempre dentro del mismo modelo sintáctico. Otro procedimiento consiste en invocar por su nombre al anti-Dios, al Diablo, con la exclamación "¡Diablo!" La necesidad de violar la interdicción, profundamente replegada en el inconsciente, halla salida en un proferimiento brutal, arrancado por la intensidad del sentimiento, y que se consume vejando lo divino.

Pero esta exclamación suscita en el acto una censura. La blasfemia suscita la eufemia. Se ve ahora cómo se sustentan los dos movimientos. La eufemia no refrena la blasfemia, la corrige en su expresión de palabra y la desarma como juramento. Conserva el marco de locución de la blasfemia, pero introduce en él tres modos de cambio:

1] Remplazar el nombre "Dios" por cualquier término inocente: *¡nom d'une pipe!*, *¡nom d'un petit bonhomme!*, o *¡bon sang!* [o nada: *¡por vida de...!*].

2] Mutilar el vocablo "Dios" por aféresis de la final: *par Dieu!* > *pardí!*, o sustituirlo por una misma asonancia: *parbleu!*

3] Crear una forma sin sentido en lugar de la expresión blasfémica: *par le sang de Dieu!* se vuelve *palsambleu!*, *je renie Dieu!* pasa a ser *jarnibleu!* [en español, p. ej., "pardiez"].

La blasfemia subsiste, pues, pero es enmascarada por la eufemia que le quita su realidad fémica, y así su eficacia sémica, volviéndola literalmente despojada de sentido. Así anulada, la blasfemia alude a una profanación por el habla, sin consumarla, y desempeña su función psíquica, pero invirtiéndola y disfrazándola.

⁵ Dejamos los ejemplos franceses, agregando apenas alguno en español. Quizá al lector le agrade multiplicar los ejemplos por su cuenta. [r.]

19. CÓMO SE FORMÓ UNA DIFERENCIACIÓN LÉXICA EN FRANCÉS¹

Es un hecho de la observación el que dos signos léxicos de forma muy vecina pueden carecer de relación asociativa porque sus significados permanecen distintos. Si hay no obstante razones para pensar que dichos dos signos son en efecto de igual familia, se plantea la cuestión de averiguar qué factores los han disociado y cómo se ha realizado esta delimitación nueva, que tiene sin falta que desplazar otros signos.

Tal es el problema teórico en torno del cual se organizará el análisis aquí presentado de un dato léxico del francés. El punto de partida fue una observación fortuita. Nos llamó la atención primero, y luego nos la retuvo, el parecido que exhiben dos signos del francés, distintos y todo: el verbo *amenuiser* y el sustantivo *menuisier*. Tan clara y ceñida como es la relación formal, lo es de incierta la del sentido. *Amenuiser* es "hacer más menudo, más delgado"; un *menuisier* es un "obrero que trabaja la madera". ¿Hay alguna relación? Más bien, lo que experimentará el "sentimiento lingüístico" es una ausencia de relación. Puede conjeturarse, bastante vagamente, que la juntura es el adjetivo *menu*, pero nada en el uso actual aproxima *menuisier* y *menu*, y es seguro que estas unidades léxicas no serán asociadas espontáneamente, antes al contrario, se tenderá a separarlas.

El problema es, pues, ver en qué nivel de la lengua puede ser restaurada esta relación, y cómo y por qué fue rota. No es un estudio histórico en el sentido tradicional del término, sino un análisis descriptivo de una relación considerada en varios estados sucesivos de una evolución lingüística.

En efecto, desde el punto en que se trata de una relación entre signos, el campo del estudio es sincrónico, y cuando esta relación es una variable, se pasa de una sincronía a otra. De

Cahiers Ferdinand de Saussure, Ginebra, Droz, núm. 22 (1966), pp. 15-28.

modo que tenemos que delimitar estas sincronías, sin cuidarnos de las divisiones históricas, en la continuidad lingüística de la que el francés es la fase actual.

Entra primero la tentación de buscar en antiguo francés el nexo que vincularía *amenuiser* y *menuisier*. Pero, por el contrario, allí estos términos parecen divergir más aún, ya que a. fr. (*a*)*menuiser* significa "reducir a polvo" y a. fr. *menuisier* se dice de artesanos en diversas materias, no solamente en madera.² La diferencia existe ya, sólo que articulada de otra manera.

Hay por tanto que remontarse más atrás, a la etapa del latín, describir el dato básico, que es el adjetivo *minutus*, luego la relación de este adjetivo con sus derivados, y construir así el modelo con el que será comparado entonces el estado de esta relación en francés. Esta descripción de los hechos latinos deberá realzar los rasgos distintivos de la noción. Nunca sobran determinaciones a fin de definir un signo.

No hay por qué detenerse en la forma de *minutus* con respecto a *minuo*, "disminuir": es perfectamente normal, de participio pasivo. El valor de participio está igualmente claro en un ejemplo como éste: "consul alter equestri proelio uno et vulnere suo *minutus* ('disminuido, debilitado')".³

Lo que ha producido un cambio en los valores semánticos de *minutus* y de sus derivados es su cambio de estatuto: de participio, se ha vuelto adjetivo, y ha adquirido el sentido aproximativo de "menudo". Todo partió de aquí; es de este tránsito de una función a otra, que aleja *minutus* de su pertenencia verbal, del que resultan los rasgos nuevos que componen su definición léxica. Hay que ponerlos en claro.⁴

Una particularidad inicial, que no ha sido observada, en la función de adjetivo que *minutus* asume, es como la prolongación de su origen participial. En virtud de que *minutus* parti-

² Los datos serán citados más adelante, p. 270.

³ Liv. xxi, 52, 2.

⁴ No hacemos un estudio filológico. Del rico material ofrecido por el artículo *minutus* del *Thesaurus linguae latinae* (VIII, pp. 1038s.) hemos elegido algunas citas características. Otras proceden de nuestras propias lecturas.

cipio enunciaba un estado resultante de un proceso transitivo, y de que el proceso denotado por *minuo* consiste en un cambio gradual (“disminuir” es “hacer menor”), *minutus* adjetivo enuncia la calificación como relativa y opositiva. No indica una propiedad en estado absoluto y no sirve de sustituto popular a *parvus* “pequeño”.⁵ Por *minutus* se entiende lo que es “más reducido en volumen (que el estado normal)”. Esto se desprende de la sintaxis misma de los usos antiguos, donde con frecuencia *minutus* es empleado, ya sea en comparativo o en superlativo, ligado u opuesto a un adjetivo comparativo, o bien en general en un contexto que sugiera tal valor comparativo, por ejemplo con diminutivos. He aquí algunos ejemplos que pertenecen a varias fases de la lengua:

□ Si venisses Capuam, quod et *pueros minutos* vides libenter et *maiores* animadvertere non vis...⁶ “te gusta ver a los niños pequeños, los mayores no te interesan”;

□ *pisciculos minutos* aggerabant frequenter ut a *maioribus* absumerentur;⁷

□ forma esse oportet magnitudine media. Quod nec *vastas* nec *minutas* decet esse equas⁸ (el contraste con *media* muestra que *vastas* y *minutas* indican el exceso de las cualidades contrarias).

□ Di me omnes *magni minutique* et etiam patellarii... faxint...⁹

□ Unus tibi hic dum propitius sit Jupiter, tu istos *minutos* caue deos flocci feceris, “con sólo que este Júpiter (= yo) te sea propicio, no hagas caso de esos dioses subalternos”.¹⁰ A lo cual el otro responde: “Sed tandem si tu Juppiter sis mortuus, cum ad deos *minoris* redierit regnum tuum, quis mihi subve-

⁵ Como dicen Ernout y Meillet, p. 405a. Se dieron algunas sustituciones de *parvus* por *minutus*, pero sólo en sentido figurado, y Cicerón las condena: “*abutimur saepe verbo, ut cum grandem orationem pro magna, minutum animum pro parvo dicimus*” (in *Orat.* 27).

⁶ Fragmento de una *Epistula Latina* de Varrón ap. Nonio 141, 13. El sentido fue elucidado por H. Dahlmann, *Museum Helveticum*, VII (1950), pp. 211ss., que remite a Suetonio Aug. 83, *iudebat cum pueris minutis*, y hace una observación justa, pero sumaria e incompleta, acerca de la oposición *minutus/maior*.

⁷ Varrón, *R. R.* III, 17, 6.

⁸ Varrón, *op. cit.*, II, 7, 4.

⁹ Plauto, *Cist.* 522.

¹⁰ Plauto, *Cas.* 331ss.

niet tergo...”,¹¹ “supongamos que tú, mi Júpiter, acabes por morir, cuando tu reino haya vuelto a los dioses inferiores, ¿quién es el que protegerá mi espalda...?”, indicando la ecuación *minutus* = *minor*.

□ *curculiunculos minutos* *fabulare*, “no me ofreces más que gorgojitos diminutos” (como quien dice: tres veces nada);¹² vínculo entre *minutus* y el diminutivo;

□ *euge, litteras minutas...!* —*Verum qui satis videat, grandes satis sunt*, “¡ah! ¡qué menuda escritura!... —Para quien tiene buenos ojos es bastante grande”;¹³

□ *nutricas pueros infantes minutulos ut domi procurent*;¹⁴

□ *pisciculos minutos*;¹⁵

□ *ossa uidelicet e pauxillis atque minutis | ossibus hic, et de pauxillis atque minutis | uisceribus uiscus gigni*, “(él enseña) que los huesos están formados de huesos infinitamente pequeños y menudos; la carne, de carnes infinitamente pequeñas y menudas”;¹⁶

□ *multis partibus hic (sc. aer) est mobilior, multisque minutor, et mage pollens (op. aer crassior)*;¹⁷

□ *aer... dispergitur ad partis ita quasque minutas corporis*,¹⁸ “el aire se difunde casi en las partes más menudas del cuerpo” (= superlativo);

□ ... *ne laneum latusculum manusque mollicellas... tibi flagella conscribillent... uelut minuta magno deprensa naus in mari...¹⁹* (los alrededores ponen *minuta* en el rango de un diminutivo);

□ *salem non nimium minutum aspergito*;²⁰

□ *napi quoque, sed integri; si minuti sint, maiores etiam insecti*;²¹

□ *itaque populus minutus laborat; nam isti maiores maxillae*

¹¹ *Ibid.* 335, de la trad. de Ernout.

¹² Plauto, *Rud.* 1325.

¹³ Plauto, *Bacch.*, 991.

¹⁴ Plauto, *Poen.*, prol. 28. Son éstos todos los ejemplos de *minutus* en Plauto.

¹⁵ Terencio, *Andr.* 369.

¹⁶ Lucrecio I, 835-7, de la trad. de Ernout.

¹⁷ Lucrecio IV, 318.

¹⁸ Lucrecio IV, 895.

¹⁹ Catulo 25, 10.

²⁰ Columela XII, 56.

²¹ Columela, *loc. cit.*

semper Saturnalia agunt, “es así como el pueblo menudo está en la miseria; pues para todas esas grandes mandíbulas, siempre son las Saturnales”;²²

□ *minutis maioribusque abscessibus*;²³

□. (Attila) forma brevis, lato pectore, capite *grandiore*, *minutis oculis*. . .²⁴

Estos ejemplos, que ilustran el valor de comparativo propio de *minutus*, muestran lo que lo distingue de *parvus* y de *tenuis*, en virtud principalmente de los enlaces y oposiciones sintagmáticos en que ingresa, tanto en empleos figurados —que no citamos— como en aquellos donde *minutus* conserva su sentido literal.

Una circunstancia particular añade un nuevo rasgo a esta definición: es la influencia del adjetivo griego λεπτός. Como esta influencia no parece haber sido advertida,²⁵ hay que exponer brevemente la razón y las pruebas:

1] Al igual que *minutus*, λεπτός es un viejo participio vuelto adjetivo; *minutus* se le acerca en sentido, a partir de una noción verbal del todo distinta. La relación entre el verbo λέπω “desvainar, mondar” y λεπτός como participio no se aprecia más que en un ejemplo homérico (Y 497) donde λεπτός califica el grano de maíz [sic: τ.] despojado de cascarilla bajo los pies de los bueyes. Pero es una supervivencia. En todo el resto de Homero, y aun desde el micenio (*re-poto*), λεπτός aparece como adjetivo con el sentido de “delgado, menudo, fino”;

2] λεπτός tiene en sus primeros empleos una implicación comparativa que se manifiesta ya por unión a otro adjetivo en comparativo (hom. ἀλλά τέ οἱ βρώσσων τε νόος, λεπτή δέ τε μῆτις, K 226), ya por una oposición contextual: en Herodoto, τὰ λεπτά τῶν προβάτων “el ganado menudo”, en contraste con los animales grandes (I, 133; VIII, 137); λεπτά πλοῖα “embarcaciones menudas”, op. πεντηκόντεροι, τριήρεις (VII, 36); λεπταὶ ἄγοραι “menu-

²² Petronio, Sat. 44, 3, de la trad. de Ernout.

²³ Cels. v. 18, 7.

²⁴ Jordanes, Get. 35, 182.

²⁵ No es mencionada ni en el artículo del *Thesaurus* ni en los diccionarios etimológicos de Ernout-Meillet y de J. B. Hofmann.

das puntas rocosas”, demasiado menudas, en efecto, para rocas, y tomadas por navíos desde lejos (VII, 107).

Estas dos características de λεπτός prefiguraban las que se perfilan en latín en el empleo de *minutus*. Ante estas coincidencias, nada tiene de sorprendente que escritores romanos imbuidos de cultura griega hayan propendido a confrontar *minutus* y λεπτός, y luego a hacer de *minutus* el equivalente de λεπτός en varias acepciones nuevas, que son verdaderos calcos.

El neutro λεπτόν tomado como sustantivo designa en el Nuevo Testamento una moneda menuda: fue vertido al latín como *minutum*: ἔβαλεν λεπτά δύο = Vulg. “misit duo *minuta*”;²⁶ ἕως καὶ τὸ ἑσχατὸν λεπτόν ἀποδώς = Vulg. “donec etiam novissimum *minutum* reddas”,²⁷ locución proverbial: “(no saldrás de aquí) hasta que hayas pagado hasta el último maravedí”.²⁸

Otra acepción, igualmente técnica, del neutro λεπτόν, tras puesta al latín, habría de correr con gran suerte. Los astrónomos griegos designaron por λεπτόν, en el sistema sexagesimal de Tolomeo, la sesentava parte de un grado de círculo, y después de la hora. Para traducir esta noción, el latín escogió *minutus*, que empezó por especializar en una expresión descriptiva; así en Agustín: “dies et horas *minutioresque horarum articulos*”;²⁹ luego lo convirtió en designación directa, primero *minutum*, después *minuta* (“minuto”), que se implantó en la mayoría de las lenguas modernas. Por último, y siempre imitando el griego, el latín distinguió la *minuta prima* (πρῶτον λεπτόν), que es nuestro “minuto”, y una subdivisión sexagesimal, *minuta secunda* (δεύτερον λεπτόν), nuestro “segundo”.

Por lo demás, *minutus* reproduce λεπτός en una serie de expresiones no técnicas, de las cuales he aquí algunas:

□ *aer minutior* (op. *crassior*) en Lucrecio evoca la λεπτότης del aire según Platón, así como la definición de Aristóteles: λεπτότερον ἀήρ ὕδατος;³⁰

□ *minutus* para calificar los seres “menudos” recuerda τὰ λεπτά τῶν προβάτων (Herodoto, antes);

²⁶ Marcos, 12, 42; Lucas, 21, 2.

²⁷ Lucas 12, 59.

²⁸ Son éstos todos los ejemplos de λεπτός en el NT.

²⁹ Aug. Conf. VII, 6, 8.

³⁰ Aristóteles, Phys. 215 b 4.

□ *minuta navis* (Catulo, antes), y λεπτά πλοῖα (Herodoto, antes);

□ *sal minutum*, “sal molida”,³¹ y ἄλας λεπτόν (Hippiatr. gr.);

□ *populus minutus*, *minuta plebes*, “el pueblo menudo”, y οἱ λεπτοί (Polibio).

Toda posibilidad de coincidencia fortuita o de desenvolvimiento espontáneo queda excluida en los ejemplos que proporciona la Itala, donde *minutus* fue elegido para traducir λεπτός:

□ *concides de illis minutum* traduciendo συγκόψεις ἐκ τούτων λεπτόν³² (Vulg. *in tenuissimum pulverem*);

□ *facta sunt minuta* = λεπτότερον³³ (Vulg. *contrita sunt*);

lo mismo en la Itala, el denominativo *minutare* traduce λεπτόνειν en Salmos 17, 43: *minutabo* = λεπτονῶ (Vulg. *comminuum*), “yo (los) reduciré a polvo”, y el participio *minutatus*, en locución predicativa con *facere*, vierte gr. λεπτόν ποιεῖν: *simulacra... minutata facies* = εἰδῶλα λεπτά ποιήσεις³⁴ (Vulg. *disperges*).

Fuera de los textos bíblicos, pero bajo la dependencia de esta equivalencia consagrada, se encuentra en Tertuliano el compuesto *minutiloquium*, que debe ser una traducción del gr. λεπτολογία.³⁵

La expresión *concidere minute* (*minutim*, *minutatim*), “cortar en trozos menudos” (cf. arriba la cita bíblica de la Itala), es paralela al gr. λεπτά τίλαι en Teócrito; τὴν δίζαν κόψαι λεπτήν (Hippiatr. gr.). Es frecuente en latín en las recetas culinarias. El tratado de Apicio *De re coquinaria*, escrito en los primeros años del siglo I d.c., trae ya muchos ejemplos;³⁶ *minute concidere* se comparará con el gr. λεπτοκοπεῖν “picar menudo”.

Definiendo así las zonas de empleo donde *minutus* concuerda con el gr. λεπτός hasta haberse vuelto su equivalente de traduc-

³¹ Varrón, R. R. III, 9, 12.

³² Exodo 30, 36.

³³ Dan. 2, 35.

³⁴ Isaías 30, 22. El armenio tiene aquí *manrasc'es*, “harás pedazos”.

³⁵ Más bien que de μικρολογία indicado por Ernout-Meillet.

³⁶ Ver Apicio, *De re coquinaria*, ed. de André (Paris, 1965), §§ 68, 103, 104-5, 126, 174, etc., y para la definición del *minuta* “fricasé de pescado, menudillo o carne picados” (p. 125).

ción, se advierte mejor dónde no coinciden. Aquí está el punto esencial.

La noción central de *minutus*, y que permanece constante en los más diversos empleos, se deja definir ahora. Este adjetivo califica lo que tiene poco volumen por estado natural —seres vivos, órganos corporales, etc.— o que es reducido al estado de fragmento por rotura, aplastamiento, segmentación; es lo que pasa con las materias inertes: *minutum ferrum*, “un trocito de hierro (para probar un imán)”.³⁷ Se dirá de todo lo que se obtiene por división de un continuo o de un entero: así *minutum* para una pequeña división monetaria, *minuta* para una pequeña división del grado. Con un verbo que signifique “cortar”, el adjetivo *minutus* o los adverbios *minute minutim minutatim* indicarán lo que tiene poco espesor, lo que está reducido a rebanadas delgadas (aquí se ve la transición de *minutus* al fr. *mince, émincer*).³⁸ Esta definición cubre todo el conjunto de los nexos de *minutus* y conviene así, pues, también a los empleos equivalentes del gr. λεπτός.

Pero el dominio del gr. λεπτός es más extenso que el del lat. *minutus*. En una porción importante de sus empleos, λεπτός rebasa *minutus*. Desde la época homérica y aun ya en micénico (*ri-no re-po-to* = λίνον λεπτόν),³⁹ el adjetivo griego se aplica a las materias trabajadas por el hombre, a los objetos de dimensiones reducidas y finamente trabajados: hilo, cordones, tejidos, vestidos, velos, cueros, bronces, λέπτ' ἡλάκατα (ρ 97), λεπτή μηρίθω (ψ 885), λίνιοιο λεπτόν ἄωτον (I 661), λεπτάς ὀθόνας (Σ 595), εἶματα λεπτά (χ 511), ἰστόν λεπτόν (β 95), φᾶρος λεπτόν (ε 231), πέπλοι λεπτοί (η 97), λεπτότατος χαλκός (Υ 275), λεπτοτάτη θινὸς βοός (Υ 276); ligaduras finas como de telaraña: δέσματα... ἢ ὑτ' ἀράχνια λεπτά (θ 280), y en general a las obras de gran habilidad: οἶα θεᾶων λεπτά τε καὶ χαρίεντα καὶ ἀγλαὰ ἔργα πέλονται, como la tela tejida por Circe (× 223).

La noción preñada aquí se desprende de la última cita: λεπτά ἔργα, es la finura de un objeto realizado por el trabajo huma-

³⁷ Varrón, L. L. ix, 94.

³⁸ Sólo por preterición mencionamos esta relación del lat. *minutus* con el fr. *mince*, que no entra en nuestro tema.

³⁹ Cf. Lejeune, *Mémoires de philologie mycénienne*, pp. 133ss.; referencias textuales en Morpurgo, *Mycenaeae graecitatis lexicon*, 1963, pp. 291, 296.

no. No ya la pequeña dimensión natural de un ser o de una cosa, ni el fragmento menudo arrancado a una materia, sino la delicadeza de una *obra*: *λεπτός*, calificando a *ἔργον*, introduce en la definición los valores de la técnica y del arte.

Tan característica es, tan antigua también, esta relación instaurada entre *λεπτός* y *ἔργον*, que produce el compuesto *λεπτοουργής*, que aparece desde la época homérica: *ἔσθος λεπτοουργής*, "un vestido de fino trabajo",⁴⁰ y luego vienen los derivados *λεπτοουργεῖν*, *λεπτοουργός*, *λεπτοουργία*, *λεπτοουργικός*, que se desarrollan con los oficios, y que se encuentran sobre todo a partir de comienzos de nuestra era, en los papiros.

El hecho que merece aquí atención particular es que el nombre de agente *λεπτοουργός* se especializa bastante pronto para el artesano que trabaja *la madera*: es un "carpintero", un *menuisier*. Ya Diodoro de Sicilia, en el siglo I a.c., da *λεπτοουργός* con este sentido: *ἀρχιτέκτονας ἀθροίσας καὶ λεπτοουργῶν πλῆθος* (para la pira de Heplaistion),⁴¹ donde *λεπτοουργός* "carpintero" se opone a *ἀρχιτέκτων* "encargado de la obra grande", y abundantes menciones en papiros e inscripciones lo confirman.⁴² Una variante, *λεπτοποιός*, ha sido señalada recientemente.⁴³ El griego ha realizado en *λεπτοουργός* un nombre de artesano que responde exactamente al fr. *menuisier*.

Ahora, este desarrollo de *λεπτός* para calificar los objetos menudos producidos por la labor del artesano, carece de paralelo en latín en el empleo de *minutus*. No se encuentra *minutus* en la terminología latina de los oficios. O, más bien, aparece en una sola ocasión, en un contexto harto instructivo, a propósito de un artista griego alabado por Varrón. Para que el ojo —dice Varrón— pudiera discernir mejor el detalle de los menudos marfiles que esculpía Mirmécides, había que ponerlos delante de un fondo negro;⁴⁴ eran en efecto *minuta opera*, como dice por lo demás: "in Myrmecidis *minutis operibus*".⁴⁵ Y Cicerón carac-

⁴⁰ Himnos homéricos 31, 14.

⁴¹ Diod. Sic. 17, 115.

⁴² Los testimonios principales están reunidos en los diccionarios de Liddell-Scott-McKenzie y de Preisigke, s.v.

⁴³ Louis Robert, *Noms indigènes dans l'Asie Mineure gréco-romaine*, Paris, 1963, p. 292, n. 4. Hay que mencionar además *ξύλουργός*, que se ha mantenido en griego moderno. Sobre *ξύλικός* "carpintero", cf. L. Robert, *Χαριστήριον εἰς Α. Κ. Ὀρλάνδου*, Atenas, 1964, pp. 338ss.

⁴⁴ Varrón, L. L. VII, 1.

⁴⁵ *Ibid.* IX, 8.

teriza con los mismos términos la obra de este artista: "Mymécides *minutorum opusculorum* fabricator".⁴⁶ En estos dos autores, nutridos de cultura helénica, hablando de un escultor griego que era célebre por sus obritas de marfil y de bronce,⁴⁷ la expresión *minuta opera*, ajena al uso latino, es verosíblemente la traducción de un término griego tal como *λεπτοουργία*.

Si *minutus* no designaba jamás un producto fabricado y cae fuera del vocabulario de las artesanías, con mayor razón llegó nunca el latín a designar por *minutus* o por un compuesto o derivado de *minutus* el trabajo específico del "carpintero", como lo hizo el griego con *λεπτοουργός*. Hay una prueba notable: en el Edicto de Diocleciano, donde abundan los nombres de oficios, encontramos precisamente *λεπτοουργός τεχνίτης* por "carpintero", pero el equivalente latino es *faber intestinarius*.⁴⁸

Así era denominado el obrero que ejecutaba el *opus intestinum*, los trabajos de carpintería del interior de la casa, en oposición al *opus tectorium*; por ejemplo en Varrón, "villam opere tectorio et intestino... spectandam";⁴⁹ y Plinio dice del abeto: "abies... ad quaecumque libeat *intestina opera* aptissima siue Graeco siue Campano siue Siculo fabricae artis genere", "el abeto... es muy bueno... para todas las obras de carpintería en estilo griego, campaniano o siciliano".⁵⁰ *Faber intestinarius*: el latín no tenía otra manera de designar el "carpintero" en la época en que el griego decía *λεπτοουργός τεχνίτης* o sencillamente *λεπτοουργός*. La creación de un término de igual sentido en las dos lenguas obedeció a modelos completamente diferentes: el griego aprovechó que *λεπτός* calificaba desde el origen el trabajo artesanal para restringirlo al trabajo particular de los artesanos de la madera, con la forma del compuesto *λεπτοουργός*; el latín, no pudiendo emplear con este fin *minutus*, y por lo demás poco inclinado a forjar compuestos (los en *-fex* como *aurifex* son raros y poco productivos), creó una denominación de tipo descriptivo, con *faber* acompañado de un adjetivo que especifica el modo de actividad: *intestinarius*. Era el procedimiento usual

⁴⁶ Acad. II, 120. El gramático Apuleyo dice también de Mímécides: "Fuit sculptor admirandus in minutis marmoris operibus formandis" (*Orthogr.* 57).

⁴⁷ Cf. Eliano, V. H. I, 17; Ath. XI, 782b; Plinio VI, 21, 21, xxxvi, 5, 15.

⁴⁸ Cf. Blümner, *Der Maximaltarif des Diokleitian*, p. 106.

⁴⁹ Varrón, R. R. III, 1, 10.

⁵⁰ Plinio XVI, 225, de la trad. de Andre.

para formar nombres de artesanos: se extraía un derivado en *-arius* de un nombre de materia, acompañado o no de *faber*: así (*faber*) *ferrarius* “herrero”; (*faber*) *aerarius* “fundidor”, *plumbarius* “plomero”, *lapidarius* “tallador de piedras”, etc., y también *lignarius*, el cual no se sabe a qué orden de la carpintería alude.⁵¹

Tal es en definitiva, comparada con la de *λεπτός*, la situación de *minutus*. Ni el adjetivo ni ninguno de sus derivados (*minutare*, *minutia*, *minutalis*, *minutatim*) se refieren a una actividad artesanal, y especialmente al trabajo de la madera.

Consideremos ahora los datos del antiguo francés. Se distribuyen con bastante claridad y no es preciso gran aparato de citas⁵² para situarlos con respecto al modelo latino.

El adjetivo *menu* (que tiene un diminutivo *menuet*) “de poco volumen, de poca talla” (op. *gros*) ocupa la misma posición que tenía *minutus* en latín, y la conservará en francés moderno.

El verbo *menuiser* que prolonga el lat. *minutare* (de hecho **minutiare*), significa asimismo “reducir a pedazos menudos”. Ejs.: “*cum poudre [les] menuiserai; les jours de son tens menuisas; la terre pour apporter fruit sera menuisée et amollie par le soc de la charrue*”, etc. Es aún por cierto el sentido latino. Y cuando Montaigne escribe: “(Le vif argent) se va *menuisant* et *esparillant*”, ya es el sentido actual de *s’amenuiser*.

El valor técnico comienza a aparecer con *menuier* “adelgado, delgado”, que designa, con un nombre de persona, el que “ejerce un oficio menudo” (*marchans menuyers*), y sobre todo con *menuiserie* “obras menudas”, producidas por artesanos en diversos oficios. Puede medirse la variedad de los empleos con estos tres ejemplos: “*enrichir d’entaillures, peintures, armoieries et autres menuiseries plaisans à l’ueil*”; “*joyaulx d’argent de menuiserie*”; “*faire mettre ladite maison et ses appartenances en bon et souffisant point et estat de m(i)enuiserie, charpenterie et autres reparacions*”.

⁵¹ Cf. Liv. xxxv, 41, 10.

⁵² Las que damos proceden del diccionario de Godefroy, bajo los encabezados en cuestión. Cf. también Tobler-Lommatzsch, *Altfr. Wb.*, I, p. 341; V, pp. 1455ss.

Más duradera será una derivación paralela, que se constituye sobre el tema *menuis-*, base del verbo *menuiser*, y que produce los nombres genéricos femeninos *menuise* (lat. *minutiae*) “pedazo menudo, objeto pequeño”, *menuisaille* “trozos menudos, restos; pececitos”, y por último *menuiserie*.

Con *menuiserie* empieza un desenvolvimiento nuevo que va a enriquecer el vocabulario de los oficios. Por *menuiserie* comienza por entenderse toda suerte de obras menudas ejecutadas en todas las materias por artesanos calificados, en oposición a *grosserie*, que designa las piezas grandes, particularmente las de los herreros.⁵³ Hay una *menuiserie* de los orfebres, una *menuiserie* de los herreros. Todavía en 1498 una ordenanza menciona “les ouvrages tant d’or que d’argent, en *grosserie* et *menuiserie*”, y en la misma época se habla de *menuiserie* en el oficio de cerrajero.

A la vez se instituyó *menuisier* como nombre de artesano, con la misma extensión y variedad de empleos. De acuerdo con la oposición entre *menuiserie* y *grosserie*, existió, ante *menuisier*, un nombre de artesano *grossier* “herrero”, atestiguado en el siglo XIII, pero pronto desapareció. Un *menuisier* puede trabajar materias preciosas: “ung ouvrier, d’or et de pierres menuisier”, o la madera: “vous menuisiers, besognez de bois sec”, o metales. En su *Glossaire des émaux*, Laborde define bien el término:

Cada oficio tenía sus *menuisiers*, el fabricante de artesas al igual que los orfebres, los hojalateros, los cerrajeros, etc. Eran obreros cuyo talento y aptitud empujaban a la ejecución de las obras más delicadas, más menudas. En las cartas patente de 1396 se habla de *huchiers-menuisiers*, cuerpo de oficio que comprendía a la vez los dos géneros de aptitudes: los fabricantes de artesas, que responden a nuestros *menuisiers*, los *huchiers-ménuisiers*, a nuestros ebanistas. La acepción de la palabra *menuisier*, restringida a los obreros en madera, data de fines del siglo XVI.⁵⁴

He aquí cómo se llega al sentido moderno de *menuisier*. Esta palabra no tiene antepasado latino, ni en su forma ni en su sentido. Para producirla hicieron falta dos innovaciones sucesivas en antiguo francés.

⁵³ El a. fr. *grosserie* se volvió en inglés *grocery*.

⁵⁴ Citado por Godefroy, s.v. *menuisier*.

En primer lugar, la creación del término *menuisier*, para responder a una división creciente de las técnicas y de los cuerpos de oficios, que acarreó la multiplicación de los nombres de especialidad. Esta creación se hizo primero directamente a partir de *menu* y sólo secundariamente echó mano del tema *menuis*. Como nombre de artesano, *menuisier* es ajeno al verbo *menuiser* "reducir a partículas menudas", que nunca designó un trabajo de obrero.⁵⁵

Otra innovación, realizada a fines del siglo xvi, restringe *menuisier* al sentido de obrero encargado de las obras en madera. A partir de este momento se transforma la situación del término:

1] *menuisier* no tiene más que un vínculo de consonancia con (a) *menuiser*;

2] el significado de *menuisier* pierde toda relación con el de *menu*;

3] en adelante un vínculo asociativo liga *menuisier*, signo aislado, al grupo de *huchier* (anticuado hoy), *charpentier*, *ébéniste*, *parqueteur*, etc., por el rasgo distintivo que se les hace común: "trabajo de la madera";

4] la ruptura del nexo entre *menuisier* y *menu* y la especificación técnica de *menuiserie* para el trabajo de la madera, hacen que *menuiserie* deje de oponerse a *grosserie*. Este último término, quedado sin empleo preciso, desaparece. En adelante *menuisier* se delimita con respecto a *charpentier*: "... tant pour l'art de la hasche, que l'on appelle la *charpente* en Levant que pour la *menuiserie*" (Brantôme); "Si on regarde bien le plus beau buffet ou chalit d'alors, ne dira-t-on pas que c'est *charpenterie* et non pas *menuiserie*?" (Estienne).⁵⁶

En suma, el francés rehizo espontáneamente el mismo camino que el griego antiguo, cuando especializa *menuisier* para el obrero de la madera, como el griego lo hizo con *λεπτοῦγός*. No hubo mediador latino entre estas creaciones sucesivas.⁵⁷

⁵⁵ El verbo *menuiser* con el sentido de "ejecutar un trabajo de carpintería", es moderno y reconstruido sobre *menuisier*.

⁵⁶ Citados por Littré, s.v. *charpente*.

⁵⁷ Se encuentra en Du Cange, IV, 425, esta cita de una carta de 1219; "Praecipí fieri de meo proprio de triginta marchis argenteis quemdam militem minutatum super equum sumi, et illud tradi ecclesiae B.M. Carnotensi praecepi." Este empleo de *minutatus* es evidentemente una trasposición del a. fr. *menuisé* "trabajado en mudo".

Pero en griego el vínculo entre *λεπτός* y *λεπτοεργός* subsistió, porque *λεπτός* estaba desde el principio asociado a la terminología de los oficios, en tanto que en francés *menu* no portaba valor técnico. Así *menuisier* se alejó de *menu* y de su derivado *amenuiser*.

Esta ruptura de vínculos formales entre signos muy próximos, en beneficio de nuevas agrupaciones asociativas, es un fenómeno mucho más frecuente de lo que parece. Sería provechoso realizar un estudio sistemático de estos fenómenos, que manifiestan la vida cambiante de los signos en el seno de los sistemas lingüísticos, así como los desplazamientos de sus relaciones en la diacronía.

20. DOS MODELOS LINGÜÍSTICOS DE LA CIUDAD¹

En el debate incesante acerca de la relación entre lengua y sociedad, no se suele salir del punto de vista tradicional de la lengua “espejo” de la sociedad. Nunca se desconfiará bastante de este género de imágenes. ¿Cómo podría la lengua “reflejar” la sociedad? Estas grandes abstracciones y las relaciones, falsamente concretas, en que son reunidas, no producen más que ilusiones o confusiones. La verdad es que cada vez sólo son comparadas así una parte de la lengua y una parte de la sociedad. Por el lado de la lengua, es el vocabulario el que hace de representante, y del vocabulario se pasa —indebidamente, por falta de justificación previa— a la lengua entera. Por el lado de la sociedad es el hecho atómico el que es aislado, el dato social en tanto precisamente que es objeto de denominación. El uno remite al otro indefinidamente, y el término designante y el hecho designado no contribuyen, en este apareamiento de uno a otro, sino a una especie de inventario lexicológico de la cultura.

Consideramos aquí otro tipo de comparación, a partir de la lengua. El análisis concernirá a un hecho de *derivación*, profundamente ligado a la estructura propia de la lengua. Con ello se introduce un cambio de perspectiva en la indagación. La comparación sociolingüística no se ejerce ya sobre una sustancia, un dato léxico, sino sobre una *relación* entre un término básico y un derivado. Esta relación intralingüística responde a cierta necesidad de configuración a la vez formal y conceptual. Además, siendo intralingüística, no le toca suministrar una denominación de objeto, sino que significa un nexo (por interpretar según el caso como subordinación o dependencia) entre dos nociones formalmente vinculadas. Hay que ver en qué *dirección* se produce la derivación. Entonces el modo como se configura

¹ *Echanges et communications*, Mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss à l'occasion de son 60^e anniversaire, reunidos por Jean Pouillon y Pierre Maranda, La Haya, Mouton & Co., 1970, pp. 489-496.

en la lengua esta relación nocional evocará en el campo de las realidades sociales la posibilidad (es todo lo que puede decirse *a priori*) de una situación paralela. Si se verifica el paralelismo, queda iniciada una fructuosa investigación que conducirá quizás a descubrir nuevas correlaciones. En todo caso, la relación de derivación de que se partió debe, a su vez, ser sometida a una indagación comparativa en su orden propio, a fin de ver si da o no el solo modelo posible de la jerarquía entre los dos términos.

La noción a la que nos dedicaremos aquí es, en su expresión léxica, la de "ciudad". La consideraremos con la forma en que se enuncia en latín, *civitas*. Primero en su estructura formal. Nada más sencillo, más inmediatamente claro, sea para el locutor romano, sea para el analista moderno, que la formación de *civitas*: es el abstracto en *-tās* derivado de *civis*.

Aquí empieza a formarse un problema imprevisto. Sabemos lo que significa *civitas*, ya que es el término que da cuerpo en latín a la noción de "ciudad", pero ¿qué significa *civis*? La cuestión sorprenderá. ¿Hay por qué poner en tela de juicio el sentido de "ciudadano" concedido siempre y por doquier a *civis*? Sí, es preciso. Ni que decir tiene, en multitud de sus empleos esta palabra no puede traducirse más que por "ciudadano", pero creemos poder establecer, contra toda la tradición, que no es éste el sentido propio y primero de *civis*. La traducción de *civis* por "ciudadano" es un error de hecho, uno de esos anacronismos conceptuales que el uso fija, de los que se acaba por no tener conciencia, y que impiden la interpretación de todo un conjunto de relaciones.

Puede mostrarse esto, primero, por razón lógica. Traducir *civis* por "ciudadano" implica referencia a una "ciudad". Es poner las cosas al revés, en vista de que el latín *civis* es el término primario y *civitas* el derivado. La palabra básica por fuerza debe tener un sentido que permita que el derivado signifique "ciudad". La traducción de *civis* por "ciudadano" resulta ser un *hysteron proteron*.

Si esta traducción no hubiese sido recibida como una evidencia, y por poco que se hubiera atendido a ver cómo la palabra se definía para quienes la empleaban, sin falta se habría advertido el hecho, registrado en los diccionarios por lo demás, aun-

que relegándolo a segunda o tercera posición, de que *civis* en la lengua antigua y aún en la época clásica se construye a menudo con un pronombre posesivo: *civis meus*, *cives nostri*. Esto bastaría para revocar la traducción por "ciudadano": ¿qué es lo que podría significar "mi ciudadano"? La construcción con el posesivo revela de hecho el verdadero sentido de *civis*, que es un término de valor recíproco² y no una designación objetiva: es *civis* para mí aquel de quien soy *civis*. De ahí *civis meus*. El término más próximo que pudiera describir en español esta relación será "conciudadano" en función de término mutuo.³ Que el sentido de *civis* es ciertamente "conciudadano" es cosa que resalta hasta la evidencia en una serie de empleos epigráficos y literarios de los que apenas podemos citar unos cuantos, pero que concuerdan sin excepción. Son significativos a la vez por la naturaleza de los textos, documentos oficiales por una parte, lengua familiar de la comedia por otra, y por su fecha antigua. La característica común es la construcción de *civis* con un pronombre posesivo: *civis meus* no puede significar otra cosa que "mi conciudadano".⁴ Tal es la traducción que se impone en los ejemplos siguientes.

En la *Lex repetundarum* 60: *regis populeive civisve sui nomine*.

En Plauto:⁵

□ *facilem hanc rem meis civibus faciam*

"me las arreglaré para facilitar la cosa a mis conciudadanos" (*Pseud.* 586a);

□ *adulescens quidam civis huius Atticus*

"uno de sus compatriotas, un joven ateniense" (*Rud.* 42);

² Dejamos de lado aquí el problema etimológico, que será tratado en otro lugar (*Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, I, 1969). Mostraremos que lo que corresponde a *civis*, sánscr. *śeva*, gót. *heiwa*, etc., implica precisamente esta relación mutua.

³ En francés, habrá que pensar en la expresión campesina *mon pays, ma payse*, que Furetière definía así: "un salut de gueux, un nom dont ils s'appellent l'un l'autre quand ils sont du mesme pays". [Cf. "paisano", "paisa", en español. r.]

⁴ En el *Thesaurus*, s.v. *civis*, se encuentra una subdivisión donde el término es definido como: "sacpe de participe eiusdem civitatis cuius est alius quoque civis, de quo agitur, qui sequiore actate 'convivis' audiebat (inde *civis meus* etc.)", y una lista de ejemplos, entre ellos los que citamos.

⁵ Las citas de Plauto van acompañadas a propósito de la traducción [pasada al español] de A. Ernout (*Belles-Lettres*), que vierte siempre *civis* por "conciudadano, compatriota", como lo requiere el contexto.

opsecro, defende civis tuas, senex

“te lo ruego, anciano, defiende a tus conciudadanas” (*Rud.* 742);

turpilucricupidum te vocant cives tui

“‘hombre bajamente codicioso’ te llaman tus conciudadanos” (*Tri.* 100).

En Tito Livio:

invitus quod sequius sit de meis civibus loquor

“siento tener que hablar mal de mis compatriotas” (II, 37, 3);

adeste, cives; adeste, commilitones

“¡socorro, *cives!* ¡socorro, camaradas de guerra! (II, 55, 7).

La simetría entre *cives* y *commilitones* acusa bien en *cives* el aspecto comunitario.

iuvenem egregium... suum quam alienum mallent civem esse

“que debían preferir que este joven sin par fuese su propio conciudadano y no el de extranjeros” (III, 12, 6).

En Varrón:

non sine causa maiores nostri ex urbe in agris redigebant suos cives

“no sin razón nuestros antepasados devolvían de la ciudad a los campos a sus conciudadanos” (*R. R.* III, 1, 4).

En Cicerón, *cives nostri*, “nuestros conciudadanos”, no es raro.

No habría que creer que este sentido de *civis* se limitara a determinada latinidad y desapareciera después. Quien se ponga a seguirle la pista a través de las fases ulteriores de la lengua lo descubrirá hasta en la Vulgata, donde aún no ha sido advertido: *cives eius* en Lucas, 19, 14, para volcar el gr. *hoi politai autoû*, con el mismo valor recíproco de *politês*.⁶

Las tres traducciones antiguas de los Evangelios han reproducido la expresión: en gótico, *baurgjans is*; en armenio, *k'atak'*-

⁶ Sentido poco frecuente en griego. No se adjudicará ningún valor idiomático al uso, único, de *politês* por “(su) prójimo” en un pasaje de la Epístola a los Hebreos, 8, 11, que es una cita de Jeremías 31, 34: *hékastos tón politên autoî*. Vulg. *unusquisquam proximum suum* “cada quien (no enseñará ya) a su prójimo”; aquí gr. *politês* es un hebraísmo.

ac'ik'n nora, y en a. eslavo *grazdane ego*. Incluso cuando el original griego del NT dice *sympolites* por "conciudadano", la Vulgata evitará *conconcivis* y mantendrá *civis*. Así *cives sanctorum* "conciudadanos de los santos" (Ef. 2, 19); pero las otras versiones imitan el derivado griego: gót. *gabaurgja*, arm. *k'atak'akic'*, a. esl. *sožiteli*.

Así definido en sus empleos contextuales, *civis* lo está también por la relación paradigmática en que se opone a *hostis*. La pareja *civis/hostis* es por cierto complementaria en esta representación donde el valor mutuo se afirma siempre. Como para hacerlo evidente, Plauto llega a formularlo explícitamente. Ampelisca, sirvienta del templo de Venus, pide un cántaro de agua a su vecino Esceparnión, que le pide a cambio otro favor (*Rud.* 438-440):

*Cur tu aquam gravare, amabo, quam hostis hosti commodat?
Cur tu operam gravare mihi quam civis civi commodat?*

—¿Por qué hacerte tanto de rogar, dime, por agua que no se le niega a un extraño?

—¿Por qué hacerte tanto de rogar, por una complacencia que no se le niega a un compatriota?

Un *hostis* tiene delante a un *hostis*; un *civis* lo es para otro *civis*. La cuestión es siempre *hostine an civis* (Trin. 102). Son dos términos polares, mutuos ambos: ego es *hostis* con respecto a un *hostis*; parecidamente es *civis* con respecto a un *civis*. No hay pues *civis* fuera de esta dependencia recíproca. Se es *civis* de otro *civis* antes de ser *civis* de determinada ciudad. En *civis Romanus* el adjetivo no añade más que una indicación localizadora, no una definición de estatuto.

Ahora resulta posible y fácil fundar con rigor la relación lingüística que hay entre *civis* y *civitas*. Como formación de abstracto, *civitas* designará propiamente el "conjunto de los *cives*". Tal es, en efecto, la idea que se hacían de *civitas* los mejores escritores. Plauto da un ejemplo al principio del prólogo al *Rudens* (vv. 1-2), donde habla el astro Arturo:

*Qui gentes omnis mariaque et terras movet
eius sum civis civitate ccelitum*

“Del dios [Júpiter] que mueve todas las naciones, las tierras y los mares, soy el *civis* en la *civitas* de los habitantes del cielo.” Aquí queda ilustrada una doble relación: *civis eius sum* “soy su *civis* (y él es el mío)”; *civis civitate* “soy su *civis* en y por la *civitas* de los celestes”, es decir, a la vez entre el conjunto de los *cives* del cielo y en virtud de la calidad de *civis*. También es a la *civitas* como colectividad y mutualidad de los *cives* a donde remite César, *B. Gall.* 7, 4, 1: *cuius pater... ab civitate erat interfectus* “su padre había sido muerto por sus conciudadanos”. El mismo César hace comprender el vínculo entre *civis* y *civilis* cuando escribe: *ne cives cum civibus armis decertarent* “que los (con)ciudadanos no se combatan entre ellos (= no se entreguen a una guerra *civilis*)” (*B. Civ.* III, 19, 2, cf. 31, 4); *civilis* significa en un principio, sin duda, “que ocurre entre *cives*”.

Un modelo muy distinto de esta misma relación (decimos que es la misma no sólo porque opera entre términos del mismo sentido, sino porque no puede variar más que por inversión: $A \rightarrow B$ o $B \rightarrow A$) es dado por el griego. Los términos griegos por considerar son los del binomio *polis* “ciudad”: *politēs* “ciudadano”. Esta vez el derivado en *-itēs*⁷ se determina en relación con un término básico *polis* en tanto que designa “el que participa de la *polis*”, el que asume los debates y los derechos de su condición.⁸ Esta relación aparece también en griego en una serie:

thiasos : *thiasitēs* (o *-ôtēs*)
phulē : *phulētēs*
phrātra : *phratritās*

Se parte pues en griego del nombre de la institución o del grupo para formar el del miembro o del participante. El itinerario es inverso del que hemos observado en latín⁹ y esta parti-

⁷ Ver acerca de esta formación G. Redard, *Les noms grecs en -tēs, -tis* (Paris, 1949), pp. 20ss.

⁸ A veces, pero muy raramente, *politēs* se llama al “conciudadano”. Normalmente *politēs* no se presta a la construcción con un pronombre de persona.

⁹ Hay que distinguir bien en latín la relación *civis* : *civitas* de la de *pagus* : *paganus*, *urbs* : *urbanus*, que se reduce a la clase de los étnicos *Roma* : *Romanus*.

cularidad saca a la luz la diferencia entre los dos modelos. Hay que precisarla en su estructura formal y en el movimiento conceptual del que procede.

En latín el término básico es un adjetivo que remite siempre a un estatuto social de naturaleza mutua: tal es *civis*, que no puede definirse más que en una relación con otro *civis*. Sobre este término básico se construye un derivado abstracto que denota a la vez la condición estatutaria y la totalidad de aquellos que la poseen: *civis* → *civitas*.

Este modelo se reproduce en latín en cierto número de relaciones típicas que caracterizan agrupaciones antiguas de la sociedad romana. Primero:

socius : *societas*. Un *socius* lo es en relación con otro *socius*, y el círculo entero de los *socii* se integra como *societas*.

Lo mismo en las cofradías:

sodalis : *sodalitas*

o en las clases:

nobilis : *nobilitas*.

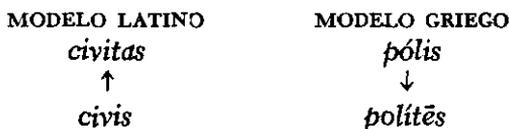
Así la *civitas* romana es ante todo la calidad distintiva de los *cives* y la totalidad aditiva constituida por los *cives*. Esta "ciudad" realiza una vasta mutualidad; no existe sino como suma. Reaparece este modelo en las agrupaciones, antiguas o modernas, fundadas en una relación de mutualidad entre gente de igual pertenencia, ya concierna a parentesco, clase, profesión: *sodalidades*, *fraternidades*, *corporaciones*, *sindicatos*; italiano *socio* : *società*, alemán *Geselle* : *Gesellschaft*, antiguo francés *compain* : *compagne* ("compagnie"), etc.

De modo enteramente opuesto, en el modelo griego el dato primero es una entidad, la *polis*. Ésta, cuerpo abstracto, Estado, fuente y centro de la autoridad, existe por sí misma. No encarna ni en un edificio, ni en una institución, ni en una asamblea. Es independiente de los hombres y su sola sede material es la extensión del territorio que la funda.

A partir de esta noción de la *polis* se determina el estatuto del *polítēs*: es *polítēs* el que es miembro de la *polis*, quien participa de ella de derecho, recibe de ella cargos y privilegios. Este estatuto de participante de una entidad primordial es algo es-

pecífico, a la vez referencia de origen, lugar de pertenencia, título de nacimiento, constreñimiento de estado; todo emana de este vínculo de dependencia con respecto a la *polis*, necesario y suficiente para definir el *polítēs*. No hay más término que *polítēs* para denotar el estatuto público del hombre en la ciudad que es suya, y es por necesidad un estatuto de relación y de pertenencia, puesto que por necesidad la *polis* va por delante del *polítes*. Tenemos aquí una situación inicial cuyas implicaciones sería imposible sacar a relucir sin extender el análisis a otros derivados, como el adjetivo *politikós*, el abstracto *politeía*, el presente *politéuein*, que se sustentan estrechamente y cada uno de los cuales aporta a los demás sus determinaciones propias. Un estudio completo de estos derivados pondría aún mejor de manifiesto la especificidad de esta noción de *polis*. Recordemos que Aristóteles consideraba la *polis* anterior a toda otra agrupación humana, que la ponía entre las cosas que existen por naturaleza y que están ligadas a la esencia de la humanidad y a ese privilegio del hombre que es el lenguaje (*Política* 1253a)

Puede resumirse esta confrontación de dos tipos de relaciones mediante el esquema siguiente:



En el modelo latino, el término primario es el que califica al hombre en cierta relación mutua, *civis*. Ha engendrado el derivado abstracto *civitas*, nombre de colectividad.

En el modelo griego, el término primario es el de la entidad abstracta *polis*. Ha engendrado el derivado *polítēs*, que designa al participante humano.

Estas dos nociones, *civitas* y *polis*, tan próximas, parecidas y por así decirlo intercambiables en la representación que se hace el humanismo tradicional, se construyen en realidad de modos inversos. Esta conclusión, fruto de un análisis interno, debiera ser punto de partida para un nuevo estudio comparativo de las instituciones mismas.

Hoy, en el vocabulario político de las lenguas occidentales y

de las que pertenecen a la misma área, es el modelo griego el que ha prevalecido. Ha producido:

esp.	<i>ciudad</i> : <i>ciudadano</i>
fr.	<i>citó</i> : <i>citoyen</i>
ingl.	<i>city</i> : <i>citizen</i>
al.	<i>Burg</i> : <i>Bürger</i>
ruso	<i>gorod</i> : <i>grazdanin</i>
irlandés	<i>cathir</i> : <i>cathrar</i>

Ha eliminado el modelo latino, puesto que es el antiguo derivado secundario *civitas* el que se ha vuelto en las lenguas romances el término primario: fr. *citó*, it. *città*, esp. *ciudad*... sobre el que se construyó el término nuevo —*citoyen*, *cittadino*, *ciudadano*. Un binomio nuevo, *ciudad* : *ciudadano* ha sucedido al binomio inverso latino *civis* : *civitas*. Valdría la pena indagar en detalle si esta recreación procedió de causas mecánicas: reducción fonética de *civitas* en las lenguas romances y eliminación de *civis*, o si tuvo un modelo (como en el caso de a. esl. *grazdanin *, imitado del gr. *polit s*). Toda la historia léxica y conceptual del pensamiento político está todavía por descubrir.



impreso en publimex, s.a.
calz. san lorenzo 279-32
cp. 09850 - méxico, d.f.
un mil ejemplares y sobrantes
25 de abril de 1999

Este segundo volumen de Problemas de lingüística general reúne, siguiendo el modelo del primero, veinte importantes estudios publicados por Émile Benveniste entre 1965 y 1972, con los cuales se completa una vasta introducción a la problemática del lenguaje.

Los dos primeros artículos, en forma de diálogo, tratan de la evolución de la lingüística y de los cambios recientes en las doctrinas acerca del lenguaje. Se pasa entonces al problema fundamental de la comunicación y del signo, al desenvolvimiento de la semiología de la lengua. Las nociones de estructura y de función son objeto de los estudios siguientes. La sintaxis está representada por la composición nominal y las relaciones de auxiliariadad. Luego de dos estudios dedicados a mostrar cómo está implícito el hombre en la lengua, los últimos capítulos llevan adelante la indagación de la génesis de términos y conceptos culturales importantes.

ISBN 968-23-0333-8



9 789682 303333



siglo
veintiuno
editores

